CIENCIA FICCIÓN

¿Y SI PUDIERAS CAMBIAR EL FUTURO DE UN MUNDO?

HILARIO GÓMEZ SAAFIGUEROA

EN EL GÉLIDO RÍO DEL TIEMPO

Edición exclusiva para Kindle

EN EL GÉLIDO RÍO DEL TIEMPO

Hilario Gómez Saafigueroa

Edición Kindle

Ciencia Ficción

En el gélido río del tiempo

© Hilario Gómez Saafigueroa, 2013

Madrid, España

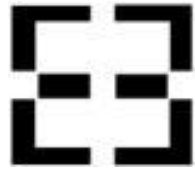
CEA: A33MIKKGYOE74M

A mi hijo, que verá cosas que yo no puedo ni imaginar.

A mi mujer, por su paciencia y ánimo.

“La única manera de descubrir los límites de lo posible es aventurarse hacia lo imposible”

Arthur C. Clarke, 1973



Desde que su consciencia despertaba a la vida en el Centro de Reproducción, cada ser humano sabía que tenía un papel específico en un mundo perfecto.

Esa convicción, en apariencia innata pero en realidad imbuida en su mente desde el momento en que ésta alcanzaba un mínimo grado de madurez, se manifestaba al principio de forma imprecisa, silenciosa, una senda brumosa que le invitaba a seguir un camino ya trazado. Con el paso de los años la intuición se transformaba en certeza, en una certidumbre que trazaba un camino único y diáfano para el resto de su larga y provechosa existencia. Toda su experiencia vital quedaba marcada por esa comprensión y por ella se regían sus relaciones sociales, profesionales y sentimentales.

Asumido desde el principio como algo natural, el temprano conocimiento de quién era y qué podía esperar de una vida que se desarrollaría en un entorno seguro, próspero y controlado aseguraba la plena sumisión al orden establecido de todos y cada uno de los diez mil millones de miembros de la especie.

Porque para los planificadores de la Nueva Sociedad, surgida lentamente de las cenizas de las Guerras de Conciencia que asolaran el siglo XXVI y que llevaran a la civilización al borde mismo del abismo, asegurar la supervivencia y la prosperidad de la Humanidad se había convertido en el fin supremo al que se subordinaba cualquier otra consideración. Para ello necesitaban estabilidad y obediencia. No cejaron hasta alcanzarlas.

Pero tal vez el precio fuese demasiado alto.

PRAEFECTURA PRAETORIO GALLIARUM

DIOCESIS GALLIAE

PROVINCIA BELGICA PRIMA

AUGUSTA TREVERORUM

ANNO MXCI AB URBE CONDITA

ANTE DIEM XV KALENDAS IAN.

[*Prefectura del Pretorio de las Galias*

Diócesis de Galia

Provincia de Bélgica Prima

Ciudad Imperial de Tréveris

Año 1091 de la fundación de Roma

18 de diciembre]

Año 338 d.C.

PRIMUS

Madrugada

La noche había sido oscura, fría y placentera.

El día amaneció blanco, helado y fúnebre.

Flavio Maximiano trató de desentumecerse las manos frotándolas una contra otra, pero ni así consiguió espantar el frío que las atenazaba. El temporal había azotado sin descanso las calles y los edificios de Tréveris durante toda la tarde anterior y casi toda la noche hasta que todo quedó cubierto por un espeso manto de nieve. Y el recién nacido día no apuntaba mucho mejor, pues oscuros y plomizos cúmulos cubrían los cielos de la capital de la prefectura de las Galias augurando nuevas y gélidas ventiscas.

Sólo los niños y los perros disfrutarían de aquel día, pensó Flavio con resignación mientras se cubría la cabeza con la capucha del sago{1} y batía los pies contra el suelo en un vano intento de hacerlos entrar en calor. Menos mal, se consoló, que al principio del invierno había remendado sus viejos calzones y túnicas y que, con las primeras lluvias, había tenido la precaución de impermeabilizar las botas y el manto de lana con una buena capa de lanolina. El hecho de que a cambio todo su ser apestase a oveja era un mal menor. Además, no se había pasado veinte años en el ejército pateando vías, barrizales, ríos y bosques para no saber hacer frente a un invierno crudo. "*Experientia docet*", como le gustaba decir a su difunto padre.

Flavio sacudió la cabeza para tratar de alejar de ella los últimos vapores de las incontables jarras de vino trasegadas en esa noche de juerga. El frío ayudaba, claro. Y la escena que contemplaba delante de él, también.

La orden había llegado unas semanas atrás directamente de la boca de su máximo superior, el *princeps scholae agentium in rebus* Appio Claudiano: aquel asunto tenía prioridad absoluta, pero debía resolverse con la discreción habitual, así que no cabían muchas alternativas. Además, le confió Appio, el prefecto del pretorio de las Galias –el *clarissimus* Ambrosio– sospechaba que tras todo aquello podían estar los enemigos del emperador, que no eran pocos. Si Sexto y él resolvían el caso rápidamente, no le cabía duda alguna de que el prefecto se mostraría en extremo generoso. Pero el problema era el tiempo. Con las Saturnales encima, un rumor entre el populacho sobre

las hazañas de un asesino invisible bien podía dar lugar a disturbios y motines y poner en cuestión la autoridad imperial.

Flavio estuvo de acuerdo. Las Saturnales eran una de las pocas festividades que los romanos de todo género, credo y condición celebraban con entusiasmo allí dónde se encontrasen. Y ello para desesperación de obispos, diáconos, sacerdotes y misioneros cristianos, que contemplaban impotentes cómo su rebaño se desmadraba durante una semana por calles, foros, tabernas, circos y anfiteatros en feliz mestizaje, tanto espiritual como carnal, con la pecadora caterva pagana que infestaba los dominios de sus augustas y cristianas majestades.

A tal punto llegaban las cosas, y tan insensible se mostraba la grey nazarena a las admoniciones y prédicas de sus pastores, que el arzobispo de Tréveris, Maximino, se había convencido de que lo mejor era –como ya habían sugerido otros notables eclesiásticos– trasladar la celebración del nacimiento de Cristo al octavo día antes de las calendas del enero para hacer coincidir el aniversario de tan gozoso evento con las festividades del Sol Invicto y del nacimiento de Mitra, el dios oriental del Cielo y de la Luz que tan querido era entre los soldados. De este modo, con mucha paciencia, perseverancia y algo de apoyo por parte de las autoridades imperiales, a la vuelta de una o dos generaciones habrían reconducido por el camino de la virtud y de la fe verdadera a aquellos desgraciados pecadores que, arrastrados por la lujuria y el vino, se entregaban a todo tipo de excesos amparados en máscaras y disfraces con los que subvertían el divino orden del mundo, convirtiendo a los esclavos en señores, a los ricos en pobres y a las matronas en fulanas.

Así se lo había sugerido Maximino al prefecto Ambrosio, que a su vez había comentado el asunto con su augusta majestad, Flavio Claudio Constantino, hijo de Constantino el Grande y señor de la Galia, Britania e Hispania desde que un año antes se repartiese el imperio con sus hermanos Constante y Constancio. Pero de todos era sabido que, aunque buen cristiano, el emperador tenía otros asuntos más urgentes de los que ocuparse y prefería no agitar al populacho de Tréveris, su capital, ni ganarse la antipatía de la gran mayoría pagana de sus dominios. Por ello, Maximino decidió dejar el asunto para una ocasión –o para una autoridad imperial– más propicia.

Esto último lo sabía Flavio porque así se lo había contado entre jarra y jarra de vino de Burdigala su viejo amigo y confidente Tito Albino, *vicomagistro* de Tréveris, durante la animada cena que habían compartido la noche anterior en una afamada taberna cercana a la Puerta Sur. Satisfecha su sed y apaciguado su apetito, habían

conseguido hacer frente a los elementos y alcanzar un puerto seguro en el cercano lupanar de Helvia, donde yacieron hasta caer rendidos con las furcias más caras que Tito pudo pagar.

Flavio despertó cuando la oscuridad se batía en retirada ante las primeras luces del alba. Con suma desgana se zafó del cálido abrazo de la moza que le había ayudado a combatir el frío nocturno y, no sin esfuerzo pues la cabeza todavía le daba vueltas, se puso de pie para revivir el brasero, asearse un poco y vestirse a la mayor velocidad posible.

Sintiendo el frío de la madrugada adherirse a su piel, Flavio agarró el atizador y removió los tizones, que refulgieron lanzando una breve oleada de aire caliente a su cara. Al lado del pie de la estufa había un cubo de madera con grandes pedazos de carbón. Sin dudarlo, cogió varios y los arrojó dentro del brasero. Pronto la temperatura subió un poco, pero no lo suficiente como para que sus pies dejasen de ser dos muñones contraídos. Durante un instante valoró la opción de volver a meterse en la cama con la prostituta, taparse la cabeza con la manta y no salir de allí hasta la primavera, pero sabía que eso era sólo un bonito sueño para el que no tenía ni edad, ni tiempo, ni dinero. Además, Claudiano no se lo permitiría. Al fin y al cabo, aquello era una casa de putas, como se encargó de recordarle un viejo grafiti arañado sobre la pared en la que se apoyaba el brasero:

"*Quincio, soldado de los Herculani, jodió aquí estupendamente con Euplia, muchacha nada desagradable, por un denario*"

Flavio no tardó en reparar en otros textos similares garabateados a golpe de punzón en la pared que loaban las proezas sexuales de su autor o la destreza amatoria de las chicas del lupanar. Como buen romano, Flavio se sintió tentado de dar libertad a su vena lírica y añadir una nueva oda a aquel certamen de cantos eróticos, pero enseguida recordó que él no había pagado nada: la fiesta había corrido a cargo de Albino que, en la habitación de al lado, roncaba plácidamente y al unísono con sus dos compañeras de orgía. Era a él al que le correspondía hacer las debidas alabanzas a los productos ofertados en el establecimiento.

Estaba pensando si debía ir a despertarlo cuando unos golpes en la puerta del prostíbulo, seguidos del chirriar de goznes y del inconfundible sonido de unas botas militares lo hicieron volverse hacia el vestíbulo.

Tal y como suponía, allí estaba, firme pero azorado por las miradas lascivas, las risitas cómplices y los comentarios procaces de algunas de las jóvenes rameras de Helvia, el apuesto Sexto Claudio

Propercio. Antes de que su joven colega abriese la boca, Flavio ya sabía que había ocurrido algo realmente grave. La tarde anterior le había dicho dónde podría encontrarlo si eso pasaba.

—¿Y bien, Sexto? ¿De qué se trata?

—Ha aparecido un nuevo cuerpo. Esta vez es un hombre.

—¿Ha muerto cómo los otros?

—Aparentemente, sí.

—¿Dónde?

—En el recinto del santuario de Asclepio.

—¿Y las patrullas nocturnas? ¿Saben algo?

—Lucio y sus hombres están ocupados con un incendio en una panadería cerca del foro, y la gente de Vitaliano está poniendo orden a palos en un tumulto junto al anfiteatro.

—¿Y quién está con el muerto?

—Gente de Julio Vero.

Flavio asintió satisfecho. Los hombres de Albino eran honrados y cumplidores, pero no muy discretos. Y aunque para gente como Sexto y Flavio los cotillas no tenían precio, en aquella ocasión cuantos menos metiesen las narices en el asunto, mejor.

En cuanto a Julio Vero, el viejo señor de los bajos fondos de Tréveris y de todo el norte de la Galia, en otros tiempos había sido un eficiente *frumentarii* hasta el día en que el emperador Diocleciano se cansó de los chanchullos y corruptelas de su cuerpo de espías y los disolvió de un plumazo sustituyéndolos por los *agentes in rebus*. Pero para entonces Vero ya había montado su propio negocio y ofrecido los servicios de sus matones a quien los necesitase, autoridades incluidas. Tras casi cuatro décadas de reinado, aquel cabrón octogenario había amasado una enorme fortuna fruto de todo tipo de sobornos, chantajes, robos, contrabandos, asesinatos por encargo y cualquier otro delito imaginable, y no parecía tener ninguna prisa en morirse. Por fortuna para ellos, tampoco estaba dispuesto a consentir ninguna competencia criminal así que, en cuanto se enteró de lo que estaba ocurriendo, ordenó a sus intermediarios que pusiesen a varios de sus hombres a disposición de las autoridades para lo que fuese necesario a cambio de una de sus condiciones habituales: inmunidad.

Una vez terminó de vestirse, se cubrió con el sago y se dirigió

hacia la puerta. La resaca lo hizo dar un traspié, cosa que no dejó de ser advertida por Sexto. Pero éste conocía de sobra el genio matutino de Flavio como para hacer comentarios mordaces al respecto.

—Vamos.

—¿Y Tito Albino?

—Está en brazos de Morfeo y de un par de germanas. Ya será informado cuando le toque. Si es que alguna vez llega a ser necesario que se entere, claro.

Flavio y Sexto cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la salida. Pero antes de que el joven alcanzase la puerta, una atractiva muchacha pelirroja, apenas cubierta por un desgastado chitón de lino que dibujaba con descaro las jóvenes curvas de su cuerpo, le tomó la mano izquierda y la puso sobre uno de sus pechos, que se adivinaban perfectos y rotundos bajo la tela. Sorprendido, Sexto dio un respingo.

—Adiós, mocetón —le susurró la muchacha con un suave acento meridional—. Ven a verme cuando quieras y haremos lo que te apetezca, que para los guapos la primera vez es gratis.

Sin que el ruborizado Sexto pudiese impedirlo, la chica le plantó la otra mano en la entrepierna para agitar el avispero. Y lo que encontró pareció satisfacerla en extremo, a la vista de la seductora sonrisa que le dedicó. Con la respiración acelerada, el joven agente se zafó como pudo de las garras de la moza y salió detrás de Flavio dando trompicones mientras trataba de recomponerse los pantalones y la túnica de forma que su excitación no se hiciera excesivamente evidente a los demás.

—Vamos, Sexto —lo urgió Flavio—, que estás de servicio. Ya tendrás ocasión de cepillarte a Pupinia otro día. Hasta puede que te cuente alguna historia jugosa sobre cierto eclesiástico excesivamente aficionado a los traseros de las jovencitas. Pero ten cuidado, que a cambio te dejará seco como una pasa. Ahora tenemos otras cosas más graves de las que preocuparnos.

Sexto tuvo tiempo sobrado para enfriar sus ardores varoniles, pues el frío era intenso y la nieve dificultaba el avance fuera de las calles porticadas, aunque el trayecto a recorrer no era mucho. Desde el burdel la distancia al templo de Asclepio podía cubrirse en cosa de un cuarto de hora a buen paso así que, una vez llegados al foro, giraron a la derecha para avanzar hacia el oeste bajo la protección de las calles porticadas.

Augusta Treverorum –a la que casi todos llamaban Tréveris– era

una gran ciudad, la tercera mayor de Occidente. Dentro de un perímetro amurallado de más de cuatro millas daba cobijo a unas setenta mil personas. Su amplio cardo, paralelo al río Mosela, se extendía a lo largo de casi una milla y su decumano se prolongaba desde el puente sobre el Mosela hasta el anfiteatro, distante cerca de media milla. Como residencia imperial que era, la ciudad había sido objeto de las atenciones de los augustos convirtiéndola, como no se cansaban de repetir sus orgullosos habitantes, en una "segunda Roma".

Fuera de los esclavos públicos que empezaban a trabajar en la limpieza de las calles inundadas por la nieve y de algunos carros de suministro que trataban de avanzar como podían, apenas había nadie que les estorbase en su caminata. Al cabo de unos minutos cruzaron la calle a la altura de las termas, bajaron por el tramo del decumano que desembocaba en la puerta fluvial de la muralla, frente al puente, y torcieron de nuevo a la derecha por una calle paralela a los almacenes portuarios. Pronto tuvieron a la vista el recinto del templo pero, al abandonar la protección de los pórticos, se hundieron en la nieve hasta las pantorrillas. Cuando entraron en el patio del santuario el frío les cortaba los pies.

El recinto de Asclepio estaba formado por un conjunto de edificios dispuestos alrededor de un patio porticado en cuyo centro se levantaba el templo propiamente dicho. Era una construcción religiosa bastante corriente y anodina, el típico alto podio con altar y escalinata que daba acceso a un peristilo en el que ocho columnas rematadas con capiteles corintios sostenían un frontón sin relieves. Unos almacenes, los alojamientos para los trabajadores y los peregrinos, unas termas y un gimnasio completaban el santuario. Su mayor atractivo en aquellos días de menguante fe en las viejas creencias eran los baños, muy utilizados por los vecinos, y el patio, que servía de palestra a los usuarios del gimnasio.

El encargado de mantener el complejo en unas condiciones aceptables era el viejo Gesio, un liberto britano que había dedicado la mayor parte de su vida a atender las necesidades espirituales y materiales de Esculapio. Como todos los días, se había levantado antes del alba para comprobar que los esclavos bajo sus órdenes tuviesen a punto las calderas que proporcionaban agua caliente y calefacción a las salas y piscinas termales, que sin duda estarían muy demandadas en un día tan desapacible. Acababa de salir al patio para dirigirse a los sótanos de los baños, espantando apenas las sombras con la trémula luz de un farol, cuando se percató del cuerpo tendido entre el altar y la escalinata del templo. Debía llevar poco tiempo allí, pues apenas

estaba cubierto de nieve.

Gesio, asustado y sorprendido, se acercó cauteloso y comprobó que se trataba de un hombre joven, rubio, muy bien formado, y totalmente desnudo. Tenía los ojos muy abiertos, con una expresión de sorpresa en el rostro. Estaba muerto y era un desconocido.

La muerte era algo cotidiano para cualquier romano y Gesio no era una excepción. Pero no era lo mismo tropezarse con el cadáver de un vagabundo en un callejón, o con el de un recién nacido en un vertedero, que encontrar uno en un lugar que estaba bajo tu exclusiva responsabilidad. Gesio era lo bastante viejo, y había visto lo suficiente, para saber que si denunciaba el hecho a las autoridades oficiales podía meterse en problemas, pues los magistrados solían aplicar la máxima de que el principal sospechoso de un crimen de sangre era el esclavo o liberto más cercano y, si no lo era, tenían métodos muy eficientes para convencerlo de su culpabilidad. Por ello muchos romanos de baja cuna (y bastantes de alta) preferían lavar los trapos sucios en casa o, en su defecto, poner el asunto en manos de una persona de confianza, alguien con autoridad pero, a la vez, discreto y eficiente.

¿Y quién mejor que Julio Vero? Gracias a su protección el viejo santuario se mantenía a flote a pesar de sus cada vez menores ingresos, sus matones espantaban a las bandas de cristianos fanáticos que de vez en cuando asomaban por la puerta armados con palos, piedras y antorchas dispuestos a limpiar de pecado aquel antro de brujería politeísta. También ejercían una loable labor de concienciación y promoción de la solidaridad ciudadana al hacer ver a los proveedores locales las muchas ventajas que para la salud de sus negocios y sus cuerpos tendría aplicar fuertes descuentos a los productos vendidos al templo.

Y todo ello a cambio de muy poca cosa: ceder a Vero el control del negocio de la prostitución en los baños, dar a sus carros acceso libre a los almacenes sin hacer preguntas sobre lo que transportaban, procurar refugio y cuidado a sus hombres cuando se veían envueltos en algún problema con las autoridades y cosas así. En opinión de Gesio, todo el mundo salía ganando, los sacerdotes del templo estaba satisfechos y él sabía a quién acudir si había problemas. Como aquella madrugada.

Nada más hallar el cadáver, Gesio pensó deprisa y ordenó a un par de esclavos que vigilasen que nadie se acercase al muerto. Luego salió del santuario todo lo deprisa que le permitían la nieve y sus artríticas piernas para avisar de lo ocurrido al hombre de Vero en aquel distrito, el tabernero Faustino. En apenas media hora dos de sus

hombres controlaban la situación en el templo y otro, siguiendo las indicaciones recibidas unas semanas atrás, se dirigía a toda prisa a casa del *agens in rebus* Flavio Máximiano para informarle. Pero como no lo encontró en ella se fue a la de su colega Sexto Propercio que, nada más enterarse de lo ocurrido, se fue a buscarlo a donde sabía que lo encontraría esa madrugada.

Y allí estaban. Dos de los tres esbirros de Vero vigilaban el exterior y el interior del santuario. Uno de ellos tenía las hechuras de un veterano del ejército, el gesto adusto y la faz curtida de quien se había pasado años soportando el acoso del calor, del frío y del viento. Quizás, pensó Flavio al pasar junto a él, fuese uno de aquellos reclutas de rostro olvidado a los que él mismo entrenase años atrás, cuando era *campidoctor* de la *I Minervia* allá en Bonna,{2} en el *limes* de Germania. De vez en cuando todavía recordaba con nostalgia esa época de su vida, un tiempo en que no tenía que preocuparse de conspiradores, ni de inspecciones sorpresa en oficinas imperiales o en las postas de correos. Su cometido era formar a reclutas bisoños y dirigirles en la batalla acordándose de sus muertos cada vez que metían la pata:

—¡Paulo! ¡Lo que tienes en la mano es una espada! ¡Es de madera, pero no deja de ser una espada! ¡Golpea el jodido poste! ¡Ataca y cúbrete con el puto escudo! ¿O es que quieres que los bárbaros te capen?

—A ver, Gayo, ¿tú eres tonto de nacimiento o te has quedado así de tanto follar con las cabras de tu padre? ¡Apoya la lanza sobre el brazo! ¡No la sujetes con el sobaco, coño!

A veces se preguntaba qué habría sido de la mayoría de ellos. Suponía que algunos habrían muerto en combate y otros, unos pocos, habrían ascendido en el escalafón. Pero la mayoría seguiría donde siempre, en las guarniciones legionarias *limitanei*, con la vista puesta en la otra orilla del Rhenus,{3} esperando una nueva y violenta acometida de alguna de las tribus germanas que por allí se revolvían de cuando en cuando, codiciosas de las riquezas de los romanos. Aunque también podría darse el caso de que alguno de sus antiguos y sufridos pupilos ahora formase parte de los ejércitos de campaña, ya que no era infrecuente que los hombres más capaces o las unidades más aguerridas fuesen transferidos al *comitatus*.

Pero en lo que concernía al individuo que ahora vigilaba al cadáver y a Gesio, estaba claro que no había llegado tan lejos. En cuanto al otro tipo, no pasaba de ser un simple matón de barrio, como el mastuerzo cojitranco que vigilaba la puerta.

Flavio volvió a resoplar en el aire helado y a batir los pies sobre

el pavimento. El frío y la obligación del deber habían terminado por alejar del todo la resaca y sus entendederas volvían a funcionar con normalidad. Menuda nevada, pensó. Tanto el suelo de piedra como la escalinata y el altar estaban cubiertos de una espesa capa de nieve manchada por las pisadas de unos y otros. En el resto del santuario los esclavos y empleados trabajaban con inusitada eficiencia para despejar puertas, patios y accesos.

—Joven, menos de treinta años, desnudo… Y con la misma quemadura circular en el pecho —resumió, contemplando el cadáver y exhalando una nube de aliento—. Desde luego, no cabe ninguna duda: nuestro amigo ha vuelto a actuar.

—Y, como los otros, su cara muestra la misma expresión de sorpresa —añadió Sexto.

—Ya lo decía mi padre: "*Mors certa, hora incerta*."

—Hombre sabio, tu padre.

—Ciertamente.

—Me pregunto a qué vendrá esta manía del asesino de dejar a sus víctimas en cueros.

Flavio miró de reojo a su ayudante, sonrió para sus adentros y decidió, una vez más, ponerlo a prueba.

—¿Para qué no sepamos a qué clase pertenece, quizá? —aventuró.

Sexto consideró un momento la idea mientras trataba de sacar algo de calor de su manto. A continuación meneó la cabeza, se inclinó sobre el muerto, palpó someramente el cuerpo y le abrió la boca como si estuviese comprobando la salud de un caballo en un mercado.

—No lo creo —respondió mientras se levantaba—. En mi vida he visto seres humanos como estos. Son físicamente perfectos, tanto los hombres como las mujeres. Su constitución y proporciones son más propias de las estatuas griegas de dioses y héroes que de personas normales y corrientes. Ni una cicatriz, ni un lunar, ni un simple defecto. Mira la dentadura de este individuo: blanca, limpia, sin mácula. No le falta ni una pieza. Lo mismo les ocurría a los otros. ¿Cuándo se te cayó el primer diente podrido, Flavio?

—Era más joven que tú —gruñó Flavio—. Y hace un año tuvieron que sacarme una muela picada. Juro por los dioses que no volverán a sacarme otra, al menos vivo.

—¿Y qué me dices del pelo? —prosiguió Sexto—. Sano y espeso como el de un crío. Yo todavía no he cumplido veinticinco y mi buen dinero me cuesta cuidar el que tengo, aunque supongo que acabaré tan calvo como tú.

—Haz el favor de dejar de recordarme mis miserias.

Sexto dejó escapar una risa burlona.

—De acuerdo, pero entonces de la estatura, mejor ni hablamos, ¿no?

—Así, a ojo, este hombre debe medir más de seis pies.

—Sólo algo menos que el que apareció flotando en el río hace un par de semanas, que medía casi siete ¡Siete pies de altura! Tú eras maestro de armas en la legión. Sinceramente, ¿cuántos soldados has visto con semejante estatura y complexión? Quitando a algún gladiador africano o a algunos germanos de los ejércitos de campaña, no recuerdo haber visto ejemplares parecidos. ¡Pero si hasta parece que Príapo lo había tomado bajo su protección, a la vista de ese miembro! Muchas esposas e hijas de ilustres senadores pagarían con gusto un montón de oro por poder disfrutar de algo así. Y hablando de mujeres, recuerda el cuerpo de la que apareció bajo el puente: rondaba también la treintena, pero era de una belleza espectacular, bien formada y mejor conservada, alta y esbelta, sin una arruga, ni un defecto, como una auténtica diosa.

—¿Entonces?

—Pues… —Sexto se tomó un respiro para reordenar sus ideas—. Desde luego no pertenecen al populacho. No con esos cuerpos. Pero tampoco creo que sean miembros de familias nobles o adineradas, ya que en ese caso sus muertes serían de dominio público y algún magistrado tocapelotas estaría metiendo las narices en el asunto y mandando gente al potro. Creo que son extranjeros. ¿De dónde? Ni idea. Pero me gustaría haber nacido en su país, a la vista de cómo los crían.

Flavio sonrió. Sexto Propercio había vuelto a hacer gala de su notable sagacidad y buenas dotes de observación. Inteligente, políglota –se había criado hablando griego con su madre y en el *limes* había aprendido algunas lenguas bárbaras–, fuerte y bien parecido, Sexto sólo tenía un defecto que lo mantenía todavía sólidamente anclado en la soltería: su timidez con las mujeres. Pero, en opinión de Flavio, eso era algo que el tiempo y los atentos cuidados de expertas damiselas como Pupinia se encargarían de arreglar. Era lo que pasaba

por tener padres tan cultos como los de Sexto: que, en su afán por asegurar a sus vástagos una buena educación, a veces dejaban de lado algunas cosas fundamentales y, sobre todo, prácticas.

No fue, recordaba Flavio no sin sarcasmo, el caso su padre, el decurión Marco Valeriano Póstumo. Su pragmático progenitor solventó esa parte de su formación como hombre de provecho llevándolo el día que cumplió trece años a un oscuro lupanar de Carnunto,{4} una ciudad danubiana crecida al abrigo de los escudos de la decimocuarta legión, la *Gemina Victrix*, en la que su padre prestaba servicio en la quinta cohorte de los *ripenses*. Una atenta aunque poco agraciada prostituta de cuerpo huesudo y aliento hediondo fue la encargada de enseñarle lo esencial de las relaciones humanas. El resto tuvo que aprenderlo el joven Flavio por su cuenta, sobre todo desde el día en que su padre cayó valerosamente en combate (o al menos eso les dijeron) en una olvidada escaramuza frente a los alamanes cerca de Brigetio.{5}

Además de un muchacho y una niña, el decurión dejó en este mundo una pequeña granja cerca de Carnunto, dos esclavos, otras tantas vacas, un caballo, una bolsa con unas cuantas monedas de oro y una esposa, Sulpicia Matina, que a no mucho tardar contrajo segundas nupcias con Tito Maximiano, un viejo amigo de Marco.

Aunque las malas lenguas siempre insistieron en que Tito y Sulpicia eran también "*amigos*" desde antes de la muerte de su padre, Flavio nunca las hizo demasiado caso, pues Tito no sólo adoptó sin problemas a los hijos de su fenecido amigo sino que se preocupó sinceramente de su bienestar. Llegado el momento, no dudó en hacer valer su rango de centurión para facilitarle las cosas a Flavio a la hora de seguir los pasos de sus mayores en la milicia, y tampoco descuidó su deber hacia el futuro de la joven Martina, para la que logró concertar un buen matrimonio con el hijo de un próspero batanero.

Con los años y la experiencia, Flavio se convirtió en *campidoctor* de la *Minervia*, y como tal habría seguido hasta su retiro de no haber sido por la acuciante necesidad del prefecto del pretorio de las Galias de dotar a sus servicios de fiscalización e información de gente de confianza. Enterado de ello, y harto de bregar con reclutas patosos, Flavio hizo uso de sus contactos y de su hoja de servicios, así que al poco cambió la cota de malla por el manto, el bastón de mando por los rollos de pergamino y la espada por una daga más discreta pero igualmente mortífera.

Y allí estaba, dos años después, tratando de atrapar a un misterioso asesino, quizás un enemigo del Estado o simplemente un

loco maníaco. No era esa la idea que tenía del papel de los *agentes in rebus*, aunque las órdenes eran las órdenes. Se suponía que ellos eran meros supervisores de la cosa pública, pero tampoco les eran ajenas las tareas de información, investigación y delación. Un poco de todo a mayor gloria del imperio.

A Sexto lo conoció en el transcurso de una de esas misiones especiales. Hacía cosa de un año habían llegado a oídos de la prefectura ciertos rumores sobre las sospechosas irregularidades que se estaban produciendo en los servicios administrativos de las tropas de la *XXII Primigenia* desplegadas en la provincia de Germania Prima. Enviado a Mogontiacum,{6} tuvo que recurrir a los servicios de los secretarios del *dux* para conseguir ciertas informaciones burocráticas sobre la gestión de la tesorería, pero el más veterano de los *exceptores*, un viejo y desabrido sexagenario llamado Romuliano, no le facilitó en nada la tarea. Sin embargo, el secretario más joven, un espabilado veinteañero llamado Sexto Claudio Propercio, lo informó discretamente de todo lo que quiso y le facilitó bajo cuerda todo tipo de documentos, que entre otras cosas probaban de forma irrefutable el papel de Romuliano en una oscura trama de desfalcos en la caja militar.

Descubierto el pastel, arrestados los implicados y cesado el *dux*, Flavio consideró que un talento como el de Sexto no podía dejarse languidecer entre expedientes y pergaminos así que –tras una rápida consulta con sus superiores– le propuso cambiar de oficio y de aires. Ni que decir tiene que Sexto, que se sentía incómodo, señalado y vigilado tras su papel en el desmantelamiento de la red del finado Romuliano, aceptó encantado.

El bautismo de fuego del flamante *agens* llegó unos pocos meses después, de la mano de Africano, un elegante y ambicioso mercader de vinos que dominaba el mercado en media Galia y aspiraba a controlar la otra media. Pero para ello precisaba de contactos e influencia en la diócesis y para lograrlos consideró que lo mejor era agasajar a algunos altos funcionarios del *officium* de la prefectura con un convite de los que dejan huella.

Enterado el *princeps* Claudiano del asunto, decidió infiltrar a uno de sus agentes en la fiesta a fin de saber más sobre las intenciones del vinatero. Y aunque consideraba aquello como un asunto menor, decidió que su hombre debía ser alguien con cierta clase y modales, leído, discreto y buen conversador. Un papel que le iba como anillo al dedo a Sexto Propercio.

Con la ayuda de Flavio y de otros miembros del cuerpo, Sexto

adoptó la identidad de un tal Paladio, uno de los ayudantes del *auditor* Catulino, el asistente del *magister officiorum*.{7} Y de esa guisa fue presentado a Africano por Clemacio, tribuno de la guardia imperial. En total, una decena de comensales disfrutaron de una majestuosa, excesiva e infinita sucesión de los más variados y exóticos manjares, regados por los mejores caldos de Africano y amenizados por los contoneos de sensuales muchachas. Pero mientras los demás trasegaban jarra tras jarra de vino e ingerían un plato tras otro, Sexto se mantuvo contenido y moderado, aplicando la máxima de Séneca: "*Copia ciborum, subtilitas impeditur*".

Sí, las comidas abundantes embotan la inteligencia y el vino en exceso suelta las lenguas. Eso fue lo que le pasó al pobre Africano cuando, ya pasada la medianoche, su creciente ebriedad se tornó en imprudencia al ponerse a criticar al gobierno imperial sin desparpajo alguno e incluso –para asombro de Sexto y de Clemacio, los únicos que permanecían sobrios– a pontificar con vehemencia sobre lo conveniente que sería un cambio de poderes. Varios de los presentes, atontados por la bebida, aplaudieron en mala hora el sedicioso discurso, que sería relatado al día siguiente con pelos, señales y nombres por Sexto, y refrendado por Clemacio, a un boquiabierto Claudiano. Pocas horas después, la guardia imperial procedía a arrestar a un sorprendido Africano y a varios de sus invitados. De ellos nunca más se supo.

Tras esto, Claudiano decidió asignar a Sexto y a Flavio a la capital de la prefectura de forma permanente. Necesitaba tener gente de absoluta confianza en Tréveris y aquella curiosa pareja, formada por un viejo y feo soldado curtido por años de servicio al imperio y por un atractivo e inteligente joven deseoso de labrarse una brillante carrera en la administración, podía serle de gran utilidad.

Y entonces, después del verano, apareció el primer cadáver. El de un hombre joven, perfecto, totalmente desnudo y con una extraña quemadura circular entre ceja y ceja. El asesino dejó tirado el cuerpo junto a la entrada de la Curia, en el foro, de madrugada. Retirados los despojos por los *vigiles* antes de la apertura del mercado, el caso no trascendió y Claudiano –informado a través de los cauces oficiales– no le dio mayor importancia pues las muertes, violentas o no, para nada eran infrecuentes en la segunda Roma, como tampoco lo eran en la primera o en cualquier otra gran ciudad del imperio. Retirado el anónimo cuerpo, una breve investigación por parte de las autoridades no pudo fijar responsabilidad alguna, así que el informe fue archivado y el cuerpo inhumado en una fosa común por cuenta de las autoridades municipales.

Pero cuando unas semanas más tarde apareció el cuerpo de una bellísima mujer de unos treinta años –también desnudo pero con la quemadura a la altura del corazón– enfangado en el lodo bajo uno de los arcos del puente sobre el Mosela, el *princeps* Claudiano empezó a inquietarse. Algo estaba pasando en Tréveris, la sede del poder imperial en aquella parte del mundo romano, y no era bueno. Debía tomar cartas en el asunto así que, tras una reunión de urgencia con el prefecto Ambrosio, Claudiano se hizo cargo de la investigación pese a las protestas de un magistrado al que tuvo que llamar brevemente a capítulo para recordarle ciertas irregularidades en la gestión de sus asuntos que no le convenía para nada que fuesen removidas si deseaba tener una larga y próspera vida.

Alejado el moscón y advertidos los testigos, Claudiano puso a sus mejores hombres a trabajar en el caso. Pero para cuando Flavio y Sexto iniciaron sus pesquisas, una tercera víctima, otro varón desconocido, apareció flotando en el río. Se lo encontró una lluviosa mañana de otoño un barquero al servicio de Julio Vero mientras se acercaba a un ajado muelle de madera cerca de un almacén para descargar varios fardos de mercancías de contrabando. Asustado, el hombre escondió el cuerpo entre la espesa vegetación de la orilla del río y avisó a sus compinches, por lo que Vero no tardó en enterarse. Sus oídos en la prefectura ya lo habían puesto al tanto de los movimientos de Claudiano y sus hombres, así que debió pensar que no estaría de más ofrecer una vez más sus servicios a las autoridades para poner fin a todo aquel engorroso asunto. Esa misma noche, Flavio y Sexto recogieron al muerto en el almacén de Vero.

Y ahora debían decidir lo que iban a hacer con el que tenían delante. Del interrogatorio del pobre y asustado Gesio no iban a sacar nada que ya no les hubiera contado al llegar. Empezaba a clarear y era día de mercado. Y aunque el frío y la nieve podían ayudar, tampoco era cuestión de dejar un muerto tirado allí, a la vista de todos. Los romanos, tanto cristianos como paganos, eran muy supersticiosos y enseguida se imaginaban todo tipo de desgracias fruto de la ira de los espíritus de cuerpos insepultos.

—Sexto, aquí no hay más que hacer —concluyó Flavio—. No hay ni rastro del asesino, suponiendo que actúe solo. Ni siquiera unas pisadas en la nieve que nos sean útiles: las únicas parecen ser las que hemos dejado nosotros, Gesio, sus esclavos y esos dos —dijo, señalando a los esbirros de Vero—.Creo que es obvio que, quienquiera que sea el responsable de esto, actuó en medio del temporal y cualquier huella ha quedado cubierta por la nevada. Tanto si a este tipo se lo cargaron aquí como si lo hicieron en otro sitio, de haber

ocurrido esta madrugada debería haber un rastro sobre la nieve fresca, pero no hay nada. Y ayer por la tarde, cuando empezó a nevar, aquí no estaba, ¿verdad, Gesio?

El viejo britano, acuclillado en un rincón junto al altar, tiritando de frío y de miedo, asintió con la cabeza.

—Así es, señor. Ni tampoco dos horas más tarde, cuando el suelo estaba cubierto con un palmo de nieve. Tuve que ir a las cocinas y pasé por aquí. No había nadie. Y a la vuelta, un rato después, tampoco. Lo juro por los dioses. Y ninguno de nosotros volvió a salir hasta esta madrugada.

—Te creo. Bien, será mejor que te vayas dentro y te tomes algo caliente. Pero recuerda: si tú o alguno de tus esclavos abrís la boca y contáis lo que ha pasado aquí, acabaréis tan muertos como este hombre. ¿Lo has entendido?

Gesio, más pálido que el cadáver que tenían delante, volvió a asentir y se levantó con dificultad, tanta que Flavio se apiadó de él y lo ayudó a ponerse de pie. Después, el viejo volvió a jurar por Júpiter, por Marte, por Isis, por Asclepio, por Mitra y hasta por el mismísimo Jesucristo que ni una palabra saldría de su boca. Acto seguido, se dio la vuelta y desapareció todo lo deprisa que pudo en dirección a la cocina.

—Bien, ¿qué hacemos con el cuerpo? —preguntó Sexto—. ¿Lo ponemos en conserva como el otro o consideras que ya tenemos suficiente carne almacenada?

Flavio no pudo por menos que soltar una helada carcajada. Si no fuese por su carácter obligatorio, Sexto nunca se habría hecho socio de un *collegium* funerario ni de una cofradía cristiana. Los años pasados junto a su padre en los hospitales militares de la frontera lo habían endurecido hasta el punto de enfrentar la inevitabilidad de la muerte con cierto estoicismo cínico y bastante humor negro. En una ocasión, Sexto le había confesado que no creía que hubiese nada más allá y que poco importaban al respecto los ritos y las tradiciones: un muerto no era más que un montón de carne y huesos sin otro destino que pudrirse en la fosa o arder en la pira.

—Muy bueno, Sexto. Pero no podemos deshacernos de él sin más, al menos de momento. Lo llevaremos también al nevero de la prefectura. Discretamente, por supuesto.

Los neveros eran un buen negocio. A los ciudadanos romanos en general, y a los niños en particular, les encantaba disfrutar de una

copa bien fría de vino o de néctar de frutas en los largos y cálidos veranos. Por eso, en invierno y al principio de la primavera los esclavos encargados de la tarea recogían grandes cantidades de nieve y la trasladaban a pozos en los que se compactaba hasta formar hielo. Después éste se cubría con tierra, hojas, paja o ramas formando capas de un grosor homogéneo. Llegado el verano, sólo había que cortar los bloques de hielo y llevarlos por la noche allí donde la gente pagaría gustosa unas cuantas monedas por ellos. Muchas casas de alcurnia tenían sus propios almacenes de hielo, y los del palacio imperial eran, como no podía ser de otra manera, los más grandes de aquella parte del mundo romano.

A Sexto se le ocurrió que el nevero del palacio sería un lugar estupendo en el que dejar los cuerpos, al menos unos días. Buen conocedor de las virtudes del frío para aliviar determinadas dolencias, para contener hemorragias y para frenar la descomposición, expuso con urgencia su petición a Claudiano argumentando que el cuerpo de la tercera víctima era la única pista que tenían en aquel extraño caso y que por ello no convenía que se pudriera o se convirtiera en cenizas, como ocurrió con los dos primeros cadáveres. Tiempo habría para realizar una ceremonia fúnebre como era debido.

Aunque a Flavio la idea de su joven camarada le había parecido un completo disparate, a Claudiano no sólo no le había parecido mal sino que la había aplaudido. "*Así garantizaremos la debida discreción en este asunto*", dijo. Y así lo hicieron. En el más absoluto de los secretos se habilitó un discreto espacio en el nevero y se depositó el cuerpo, enterrado bajo montones de nieve prensada. A nadie se le escapaba el escándalo mayúsculo que podría montarse en la ciudad si la plebe llegase a enterase de que en los oscuros y fríos sótanos del palacio del augusto había cadáveres insepultos. Que allí hubiese mazmorras secretas donde se moliese a palos –o directamente se decapitase– a los más recalcitrantes opositores era una cosa, pero que se dejasen tirados por ahí los muertos era otra muy distinta porque, antes de lo que se tarda en rezar un Padrenuestro, Tréveris se llenaría de lémures, espectros y demonios que aterrorizarían a los leales súbditos de su cristiana majestad y les llevarían sin la más mínima duda al motín y la rebelión. Las Saturnales eran propicias para ese tipo de cosas.

—Voy a buscar un carro. Y tú deberías ir a por unos sacos o algo así para cubrir el cuerpo —dijo Sexto, encaminándose hacia la salida del santuario.

—De acuerdo —Asintió Flavio, que añadió—: Pero espero que, cuando atrapemos al este criminal, al prefecto no se le ocurra invitarnos a celebrarlo con una copa de vino helado.

SECUNDAS

—¡Mamá! ¡Tenemos hambre!

Marcia volcó la última jarra de agua caliente en el barreño y se volvió para recibir con una sonrisa al pequeño Aulo, que entraba corriendo en la cocina seguido por su fiel *Castor* y dejaba un rastro de humedad allí por donde pisaban sus botas cubiertas de nieve. El niño y el perrillo –regalo de su abuela Lucrecia por su quinto cumpleaños– eran uña y carne, dos revoltosos cachorros que devoraban la vida a grandes bocados sin tomarse más respiro que el estrictamente necesario para reponer fuerzas. Así tenía que ser, pensó contenta Marcia mientras abrazaba a su hijo. Tiempo tendría para aprender a sufrir, a llorar y a amar.

—¡Pero si estás tiritando, hijo! —exclamó Marcia— ¡Y tienes el manto empapado! ¿Qué habéis estado haciendo?

—Hemos estado jugando —respondió Aulo—. Falerio, Lucio, Julia, *Castor* y yo hemos estado tirándonos bolas de nieve y…

—Ya, ya veo… Bueno, no quiero saber más. Venga, que tienes el barreño listo.

—Pero mamá, no me quiero bañar.

—¿Quieres ponerte malo? ¡Al agua! Si no, te quedas sin cena.

—Pero *Castor* no se va a bañar…

—*Castor* es un perro, no necesita mantos ni botas y sabe secarse solo. Vamos.

—Pero…

—¡Obedece!

Un gesto severo asomó al rostro de su madre, que ya había puesto los brazos en jarras. Lo siguiente sería un buen cachete. Buscando un último clavo al que agarrarse en su fútil resistencia, los ojos de Aulo buscaron los de *Castor*. Pero el muy traidor ya se había acomodado junto al calor de la cocina y gimoteaba esperando a que Marcia se apiadase de él y le diese algo de comer. No había nada que hacer, así que el niño empezó a desvestirse y al cabo de un instante estaba metido en el barreño, disfrutando del agua caliente.

—Mamá, el agua quema.

—Te aguantas —replicó divertida Marcia mientras derramaba otra jarra de agua sobre la rubicunda cabellera de su hijo.

—¿Qué hay para cenar? ¿Pan con miel y queso?

—Eres un glotón, Aulo. Sí, tienes pan con miel y queso, huevos duros y pescado frito con salsa. Levanta los brazos.

—No me gusta el pescado.

—Pero a la abuela y a mí, sí. Y tú vas a comerlo también.

—¿Y *Castor*? ¿Qué va a comer?

Como si hubiese entendido la pregunta, el perro levantó las orejas y sacudió el rabo.

—Tiene unas estupendas morrallas de gallina y unos huesos de pollo. Lo que sobró ayer. Venga, a secarse, a vestirse y a cenar, que ya viene la abuela.

Marcia envolvió en un paño seco al niño y le plantó un par de sonoros besos en las mejillas mientras lo secaba. Aulo era el centro de su pequeño universo doméstico y no había otro objetivo en su vida que asegurar su bienestar. Cada moneda, cada oración, no tenían otro fin y rogaba todos los días a Dios que su hijo tuviese una vida larga y feliz. No pedía nada para ella, sólo tiempo para verlo crecer y convertirse en un hombre bueno, trabajador y honrado, un buen cristiano, como lo había sido su difunto padre, Lucio Helvio.

Su marido había muerto hacía tres años, poco después del segundo aniversario del nacimiento de Aulo. Era el mejor maestro broncista de la provincia y ambos esperaban que, a su debido tiempo, su hijo lo fuese también. Para que así ocurriera, Lucio tenía intención de que el chiquillo se iniciase en el trabajo del metal en cuanto cumpliese los seis años, pues era necesario tiempo para dominar el arte. Bien lo sabía él. Se había iniciado en el oficio en el taller del afamado orfebre Aurelio Marcio cuando apenas llegaba de puntillas al borde de la mesa de trabajo.

La inesperada muerte de su padre, ferretero y viejo amigo de Marcio, a consecuencia de una desafortunada cuchillada recibida en el transcurso de una algarada tabernaria, puso a su familia –compuesta por su madre, su hermana mayor y él mismo– al borde mismo de la miseria. Pero Salustia era una mujer decidida y no tardó en conjurar la amenaza que se cernía sobre ellos enviando a su hija Helvia, una muchacha bastante agraciada, a explotar sus encantos en el burdel de

la vieja Saturnia y a su hijo pequeño al taller de Marcio como mozo, aprendiz y sustituto de su padre.

Tuvieron suerte después de todo. A su manera, Helvia prosperó rápidamente en su oficio y no pasó mucho tiempo antes de que Aurelio Marcio se fijase en la extraordinaria destreza que el pecoso chiquillo mostraba con las herramientas de la orfebrería. El yunque, el punzón y el martillo fueron los juguetes con los que Lucio creció y con los que se convirtió en lo que llegó a ser. El viejo maestro, cuyo primogénito había muerto siendo niño por culpa del sarampión, se encariñó con el chaval, viendo en él al sucesor en el oficio que Dios le había negado durante tantos años, pues pese a todos los intentos, amuletos, ungüentos y oraciones, el vientre de su esposa Lucrecia se había secado tras el difícil parto de su hija pequeña, Marcia, que casi la costó la vida. Y ésta, que apenas sabía andar cuando el joven Helvio entró en su vida y en su casa, creció sabiendo que aquel discreto y laborioso jovencito sería un día su esposo.

Así fue. Llegado el momento, Helvio y Marcia se casaron, tal y como deseaba Aurelio y esperaban todos los demás. Convertido en un habilidoso artesano, Helvio se había asociado algún tiempo atrás con su futuro suegro y su fama no paraba de crecer. No les faltaban clientes e incluso recibían encargos de casas de alcurnia. Pronto el viejo taller se les quedó pequeño y tuvieron que alquilar uno más amplio, cerca del foro, que terminarían comprando al cabo de un par de años. De allí salían lámparas, marmitas, adornos para muebles, vajillas, copas, jarras, mesas, calentadores, sartenes, braseros... Parecía que no había objeto que las hábiles manos de Lucio Helvio no pudieran fabricar y embellecer. El anciano Aurelio todavía vivió lo suficiente como para sostener en brazos a su nieto Aulo y Marcia estaba convencida de que su padre había partido feliz a su encuentro con el Todopoderoso.

Pero una hermosa mañana de primavera todo cambió.

Helvio llevaba un par de semanas trabajando sin descanso en un aparatoso y alto trípode de bronce primorosamente decorado con motivos vegetales y extrañas formas geométricas encargado por Gayo Mario, uno de tantos nuevos ricos surgidos al calor de la paz de Constantino que se suponía había hecho su fortuna construyendo y alquilando bloques de casas baratas en Tréveris y otras ciudades de la Galia. Ni que decir tiene que él no vivía en ninguno de aquellos infectos apartamentos amontonados en oscuras ínsulas de los barrios bajos, sino en una lujosa mansión campestre, a unas cuantas millas de distancia al norte de Tréveris.

Helvio había hecho partícipe a su esposa de las extravagantes dimensiones del trípode y no quería ni imaginarse cómo sería el brasero que debería soportar. Pero sobre todo le extrañaba la altura a la que estaría: casi diez pies.

—Pero en fin, no es asunto mío —añadió, encogiéndose de hombros—. Si Gayo Mario quiere gastarse un montón de monedas en ese armatoste, allá él y bienvenidas sean. Con unos cuantos clientes más como ése hasta podría retirarme y viviríamos de las rentas. Mañana meteré todas las piezas en el carro e iré a la villa a montarlo.

Helvio estuvo casi todo el día fuera. Cuando volvió, ya entrada la noche, parecía estar muy cansado y extrañamente pálido.

—Acuéstate. No tienes buen aspecto.

—Sí, estoy agotado.

—Has estado trabajando en exceso estos días. Anda, descansa.

A la mañana siguiente, Helvio pareció encontrarse mejor y los dos se fueron al taller. Mientras él se disponía a seguir con sus tareas habituales, Marcia ordenó el mostrador y colocó los artículos de la forma más llamativa posible para atraer a los clientes. Un día más, como otro cualquiera.

Pero, a media mañana, el estrépito del metal caído alarmó a Marcia, que entró corriendo en el taller; encontró a Helvio tirado en el suelo, como un muñeco de trapo abandonado por un niño, rodeado por las piezas de bronce y de las herramientas que habían caído de la mesa de trabajo cuando él lo hizo del taburete.

—¡Lucio! ¿Qué ha pasado?

Pero su esposo no respondió. Era incapaz de articular palabra alguna ni de moverse. No parecía herido, pero Marcia vio en sus ojos abiertos y en su mirada perdida que su alma ya no estaba allí. Desesperada, corrió a pedir ayuda a los vecinos. Apenas unos momentos después el taller se llenó de cuerpos y voces y pronto alguien fue a llamar a un físico que vivía por allí cerca.

Pese a las inevitables envidias que su prosperidad generaba entre los más mezquinos, Helvio era un hombre respetado y apreciado por todos los que lo conocían. Buen marido y mejor padre, de vez en cuando gustaba de asistir a las carreras y juegos del circo o de compartir conversación con sus amigos en las termas, cuando no aprovechaba el buen tiempo para ir a pescar al Mosela en compañía de su hijo. Un hombre corriente, que sólo aspiraba a tener una vida

tranquila y seguir la vieja máxima romana de "*Annorum vinum, socius vetus et vetus aurum*".

Pero el vino añejo, los viejos amigos y el oro viejo dejaron de tener significado para él y sólo algunos breves instantes de lucidez rasgaron la espesa cortina que se abatió sobre su ser y que apenas le permitía reconocer al pequeño Aulo y a su desconsolada esposa.

Apoplejía, había dictaminado el físico. No había remedio, salvo un improbable milagro. Pero Dios no parecía estar por atender las oraciones de Marcia. Por la tarde, Lucio Helvio cayó en una profunda inconsciencia. Nunca regresó de ella y murió a la mañana siguiente.

El mismo sacerdote que celebrase sus esponsales unos años antes fue el encargado de recordar a los presentes, ante el cuerpo amortajado, las palabras del apóstol Pablo:

—Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con Él.

Pero Marcia no escuchaba. Ni siquiera fue consciente de los murmullos de desaprobación que se dejaron oír cuando Helvia, la meretriz, hizo acto de presencia en el funeral de su hermano. En su desamparo, una única pregunta, repetida una y mil veces, llenaba su alma:

"*¿Por qué Dios te ha apartado de mi lado?*"

—Esto es lo que os decimos como Palabra del Señor —continuó el sacerdote—: Nosotros, los que vivimos y quedamos para cuando venga el Señor, no aventajaremos a los difuntos. Pues Él mismo, el Señor, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor...

"*¿Por qué me has dejado sola?*"

Ahora, al cabo de los años, Marcia recordaba aquellos momentos como si fuesen fragmentos de un trágico sueño. Por lo menos, se consolaba, el Señor había sido piadoso y Helvio no sufrió. Pero ella… Sólo el apoyo de sus parientes y amigos, miembros todos ellos de la numerosa comunidad cristiana de Tréveris, y la mirada extrañada e inocente del pequeño Aulo, que no entendía nada de lo que pasaba a su alrededor, impidieron que cayese en el pozo de la desesperanza.

Refugiada en el bálsamo de la oración y consciente de que el cuidado de su hijo era la única prioridad, Marcia empezó a reconstruir su vida, su alma y su patrimonio. Por fortuna, y a diferencia de su padre, Helvio no había dejado a su familia desamparada. Entre las clases bajas la muerte del cabeza de familia solía comportar la miseria para los suyos si no había hijos en edad de trabajar o familiares que pudiesen echar una mano. Pero la maestría de Helvio en su oficio se había traducido en ingresos regulares y su último trabajo –el trípode para la villa de Gayo Mario– le había reportado una cantidad de dinero que él mismo había juzgado como "escandalosa".

Tras hablarlo detenidamente, Marcia y Lucrecia resolvieron que lo mejor era arrendar el taller del foro a Publio Mario, un miembro del gremio que se había interesado por él y que estaba dispuesto a pagar una renta aceptable. También decidieron alquilar la habitación del piso superior de la casa familiar, un pequeño apartamento al que se accedía a través de unas escaleras directamente desde la calle. Aurelio lo había reformado poco antes de morir y había permanecido casi sin usar desde entonces. Así que, después de adecentarlo un poco, la joven puso un anuncio en el foro que rezaba:

"*Marcia, hija de Aurelio, el maestro broncista, alquila cerca del foro una habitación bien ventilada, amplia y limpia para personas decentes, desde las Idus de agosto de este año a las Idus de agosto de dentro de dos años. Si a alguien le interesa, póngase en contacto con nosotros*".

Dispuestas a economizar todo lo que pudiesen, y con la ayuda de su vieja esclava Vibia, convirtieron el pequeño patio trasero en un productivo huerto e invirtieron unas cuantas monedas en la compra de varias gallinas y un par de cabras. Con ello se aseguraban un suministro seguro de verduras, legumbres, huevos y leche. Al fin y al cabo, como le gustaba decir a Lucrecia, siempre habían sido gente de campo.

Y así, la pequeña familia de Marcia pudo apañárselas para sobrevivir sin excesivas estrecheces pero también sin demasiados lujos. Por lo menos, el futuro de su hijo parecía más o menos asegurado, lo que no era poco. Además, ya había hablado con Publio Mario para que, a cambio de una rebaja en el alquiler, aceptase a Aulo como aprendiz en cuanto cumpliese los siete años. Ése era el deseo de su padre.

De su querido Helvio.

—Mamá, ¿estás triste?

—No, hijo —mintió Marcia tratando de disimular su congoja—.

Es sólo que..., estoy cansada.

Pero Aulo era un chico listo y no era la primera vez que sorprendía a su madre enjugándose las lágrimas a escondidas, o que simulaba estar dormido mientras su abuela y ella conversaban en voz baja sobre la dicha de su pasado y la incertidumbre de su futuro.

Además, estaban los otros niños.

—A Lucio su madre le ha dicho que los cristianos vamos al cielo y los paganos al infierno —comentó Aulo mientras jugaba con *Castor*—. ¿Papá está en el cielo?

La cándida curiosidad de Aulo pilló desprevenida a Marcia, que estaba poniendo la mesa.

—Claro, hijo. Está en el cielo con Dios.

—¿Dios se lo llevó con él?

—Sí, Aulo –respondió ella, sintiendo un nudo en la garganta—. Dios se lo llevó con él.

—¿Y por qué no nos lleva a nosotros también? Así podríamos estar juntos...

Marcia se emocionó con la inocencia de su hijo. Casi sin poder retener las lágrimas, respondió:

—Aulo, es Dios quien decide cuándo nos ha llegado la hora de dejar este mundo. No depende de nosotros. Tu padre está en el cielo, en la gloria de Dios y llegará un día en que, si cumplimos con sus mandamientos, iremos también al cielo si esa es su voluntad ¿Entiendes? Pero no debes pensar en esas cosas ahora, mi niño. Tienes que crecer y hacerte un buen hombre y un buen cristiano, como lo fue tu padre. Luego Dios dirá. Mira, ya está aquí la abuela. Anda, ve a darle un beso y siéntate a la mesa.

La cena transcurrió con la rutina habitual, con la charla centrada alrededor de los últimos cotilleos que corrían por la ciudad y de los que Lucrecia y Vibia habían hecho acopio aquella tarde en las termas. Aulo hacía como que escuchaba la conversación de los mayores mientras distraía de vez en cuando un pedazo de pan para deslizarlo discretamente hasta *Castor* que, no satisfecho con las sobras del día anterior esperaba expectante a sus pies.

Marcia hacía como que no lo veía. Ella tampoco prestaba demasiada atención al sumario de chismes provincianos que desgranaba su madre pero tampoco la molestaban y hasta podían

resultar divertidos. Y al fin y al cabo, pensó con algo de malicia, ¿en qué vas a pasar el tiempo cuando la lengua es la única parte de tu cuerpo que todavía te funciona bien? Porque, a sus sesenta años, Lucrecia era todo un muestrario de los achaques de la vejez, aunque todavía se las arreglase con los quehaceres diarios, siempre y cuando su querida y paciente Vibia –que tampoco era flor de juventud– no anduviese demasiado lejos.

Lucrecia era una buena mujer que había tenido el suficiente juicio para entregar el gobierno de la familia y de su pequeña hacienda a su hija tras la muerte de Helvio, retirándose a un discreto segundo plano en el que llorar a sus muertos –primero su hermano, después su marido, más tarde su yerno…– y reír con las trastadas de Aulo, al que adoraba y mimaba. Su último acto en el escenario doméstico antes de entregar definitivamente las llaves fue buscar un nuevo inquilino para el cuarto del piso superior.

El anterior arrendatario, un liberto de la prefectura, había sido trasladado repentinamente a otra ciudad así que, tras poner un nuevo anuncio en el foro y sondear a un par de posibles candidatos, Marcia hizo caso de la opinión de Lucrecia y alquiló el cuarto a Fabio Crispo, un joven cristiano, limpio, educado y en absoluto mal parecido cuya solvencia estaba garantizada al trabajar como *librator* a las órdenes del *redemptor* Escribonio, el contratista que se encargaba de las obras de reparación que se estaban acomentiendo por cuenta del prefecto en el tramo de la Via Agrippina entre Tréveris y Bonna.

Según había contado Lucrecia, su nuevo arrendatario era oriundo del sur de la Galia. Discreto, trabajador y formal, no sólo no había tenido reparo alguno a la hora de abonar la cantidad fijada por Marcia como garantía, sino que había adelantado varias semanas de alquiler pues, por su trabajo como nivelador en las obras de las calzadas, pasaba muchos días al mes fuera de la ciudad. Por lo poco que él mismo había contado, no tenía familia: hijo único, sus padres habían muerto años atrás, lo mismo que su esposa, a la que Dios Todopoderoso se había llevado por culpa de unas terribles fiebres sobrevenidas tras el parto prematuro del que debería haber sido su primogénito, que nació muerto.

Desde entonces, el trabajo se había convertido en su vida. Durante un lustro y medio había recorrido las carreteras y caminos de Britania, de Hispania y de la Galia tomando medidas, marcando niveles, supervisando trabajos de reparación y de construcción de nuevos ramales de las vías. Así había llegado a Tréveris, donde esperaba permanecer al menos un año dedicado a su oficio.

A la vista de todo aquello, casi al final de la cena Lucrecia volvió a insistir en el que últimamente era su principal tema de conversación cuando Aulo caía rendido sobre la mesa, en apariencia dormido:

—Joven, viudo, solitario, trabajador, educado, guapo, alto, sano y cristiano... Marcia, ¿a qué estás esperando? No aparecen hombres así todos los días, sólo tienes que echar una ojeada alrededor. Hija, no puedes permanecer atada al recuerdo de Helvio toda tu vida. Te lo digo yo, que sé de sobra qué es ver morir a los tuyos y llorarles a diario. Tu esposo y ellos disfrutan de la gloria del cielo pero tú sigues aquí en la Tierra, y por muchos años.

»Tienes que reconstruir tu vida. Llegará un día que Aulo se haga un hombre y tenga su propia familia. Sí, se preocupará por ti y procurará que nada te falte, pero en realidad estarás sola, tanto como lo estoy yo aunque viva con vosotros. Ya sabes a qué tipo de soledad me refiero. Eres todavía joven y hermosa, sólo tienes veinticuatro años ¿Vas a pasar otros tantos viendo pasar los veranos y los inviernos, con el único consuelo de cuidar a tus nietos, si llegas a tenerlos? Crispo tiene poco más de treinta años y los dos podríais concebir hijos fuertes y sanos. ¡Y piensa en Aulo, en todo lo que podría aprender de un hombre como él! Los dos han hecho buenas migas y el niño se siente fascinado por los extraños instrumentos que maneja nuestro inquilino, que sabe leer y escribir, es hombre de mundo y su oficio está bien pagado.

Mientras Lucrecia hablaba, Marcia había cogido en brazos al niño y lo llevaba con cuidado hasta su cama, en la habitación contigua que compartían. No respondió a los argumentos de su suegra porque sabía que tenía razón. El recuerdo de Helvio estaba muy presente en su corazón, pero era muy cierto que Aulo necesitaba un padre y ella un marido.

De cuando en cuando, pero cada vez con más frecuencia, se sentía muy sola y añoraba el cálido abrazo de un hombre en las largas noches de invierno. Alguna vez se había sorprendido mirando con ojos escabrosos a algún fornido soldado con el que se cruzaba en la calle o a algún vecino joven de buen ver cuando se dirigía al mercado. Bien sabía lo que ocurría entre muchas nobles damas y hercúleos gladiadores en los rincones más recónditos del *ludus*. Y aunque ella era una cristiana decente a la que nunca se la ocurriría acudir a los sangrientos espectáculos del anfiteatro, no por ello era ajena al deseo. Cuando eso le ocurría, cuando su cuerpo se sacudía en un espasmo de insatisfecha avidez, buscaba de inmediato el apaciguamiento y el perdón en la oración. Pero eso cada vez funcionaba menos. Y con el desenfreno de las Saturnales sabía que la inquietud podía convertirse

fácilmente en ansia.

—Ahora no, madre, ahora no —acertó a replicar en voz baja— Dios dispondrá lo que su voluntad considere lo mejor para cada uno de nosotros. Tú me lo enseñaste.

Marcia dejó al niño en la cama, lo tapó con la manta y le dio un beso. En ese momento, *Castor* se subió al camastro de un brinco y se acurrucó a los pies de su amo. Marcia sonrió, acarició al cachorro, apagó la lamparilla de aceite de la mesita, salió del cuarto y corrió la pesada cortina que lo separaba del comedor.

Lucrecia parecía tener ganas de seguir martilleando sobre el mismo clavo, pero Marcia estaba cansada y no tenía ganas de discutir.

—Creo que me voy a lavar un poco y a acostarme —anunció, simulando un bostezo—. Ha sido un día muy largo y estoy agotada. Que Vibia recoja todo esto, pero que deje lo de fregar el suelo para mañana por la mañana. Yo la ayudaré a limpiar antes de marcharme al mercado.

—Tienes razón —concedió Lucrecia—. Pero te aconsejo que pasado mañana te des una vuelta por las termas, te pongas tus mejores galas y abras ese frasquito de perfume que te regalé en tu aniversario.

Marcia la miró sorprendida.

—¿Por qué? ¿Acaso vamos a algún sitio?

—No. Es Crispo el que viene —sonrió, pícara—. Me dijo hace unos días que se pasaría a pagar el alquiler de los próximos dos o tres meses.

Marcia dio gracias a que la semioscuridad de la estancia impidiese ver el rubor que inundó su rostro.

Cuando finalmente las voces y los ruidos cesaron y la casa quedó envuelta en la semioscuridad y el silencio, *Castor* se arrastró con cuidado sobre la cama hasta ponerse a la altura de la cara de Aulo. El perro conocía bien al niño y sabía que bastaban un par de lametones para comprobar si estaba dormido de veras o no.

—A ti no puedo engañarte, ¿verdad? —musitó sonriendo Aulo mientras acariciaba al cachorro—. ¿Sabes, *Castor*? ¡Estoy muy contento! ¿Has oído a la abuela? ¿Te imaginas que Crispo fuese nuestro padre? ¡Seguro que podríamos jugar con todas esas cosas tan bonitas que guarda en la caja que tiene debajo de la cama! ¿Recuerdas

la bola blanca y el aro dorado que encontramos allí la tarde que nos colamos en su cuarto? Pero mamá no debe enterarse, ¿eh? Si lo hace, seguro que se enfada y nos da unos azotes.

TERTIUS

La nieve y el viento volvieron a enseñorearse de las vacías calles de Tréveris nada más caer la noche. Sexto apretó el paso bajo los soportales, maldiciendo entre dientes y escalofríos a Coro, a Coecio, a Tifón y a Eolo.{8} Y también se maldecía a sí mismo por haber tenido semejante ocurrencia en una noche semejante. Pero no había podido evitarlo.

Estaba totalmente seguro. No era una sombra o un pliegue de la piel apenas vislumbrado a la frágil luz del amanecer. Había visto algo en el cadáver. La certeza se había abierto paso hasta su consciencia desde el recóndito rincón de su memoria en el que había estado macerándose mientras devoraba una frugal cena en su casa. Después, cansado, se había quedado dormido sobre la mesa.

Y soñó.

Soñó con una oscura filigrana compuesta por delicados hilillos dorados que serpenteaba sobre otras líneas de mayor tamaño. Él era un niño que contemplaba absorto cómo la trama crecía y crecía hasta ocupar todo su campo de visión. Sus padres adoptivos, Tito y Alina, estaban con él, cuidándole. Pero por detrás de ambos, como en casi todos sus sueños infantiles, estaban las sombras apenas perfiladas de otras dos personas. Sexto sabía que aquellos eran los fantasmas, las siluetas evanescentes de sus padres naturales, de los que nada sabía, pues Tito lo había adoptado siendo poco más que un bebé.

De repente, el trazo irregular de la filigrana empezó a alejarse. Él, sin comprender, miraba a su madre y ella le respondía en su amada lengua helénica:“ἐὰν μὴ ἔλπηται ἀνέλπιστον, οὐκ ἐξευρήσει, ἀνεξερεύνητον ἐὸν καὶ ἄπορον”.{9}

¿Si no espero lo inesperado no lo encontraré? ¿Qué quería decir su madre? Volvió a mirar la trama, cada vez más lejana, cada vez más difusa, sobre un tejido de color rosado. Pero entonces se dio cuenta de que no era una tela. Era piel. La piel de una mano. De la palma de la mano.

Entonces, despertó. Y lo recordó. Era algo que había visto de pasada en el cadáver del santuario esa madrugada y que, por alguna razón, su mente había dejado de lado. Justo en la parte exterior de la palma de la mano derecha del muerto, apenas asomando bajo los

dedos crispados. Y no se trataba de los pliegues de la piel. Era otra cosa. Una débil marca, un difuso tatuaje o una vieja cicatriz. No sabía exactamente qué era, pero sí sabía que estaba allí.

Sólo cabía una acción. Ir a toda prisa a los sótanos de la prefectura, bajar al nevero y comprobarlo. Por fortuna, la casa de Sexto no estaba demasiado lejos del distrito imperial, apenas a media milla, pero para cuando llegó frente a la gran arco triunfal que daba acceso a la enorme palestra que precedía al palacio –reminiscencia de los días en que el complejo estaba destinado a ser unos grandes baños– estaba muerto de frío.

A ambos lados de la majestuosa entrada, en cuyos frisos se celebraban los inmortales triunfos del gran Constantino, se extendía un largo y elegante pórtico habitualmente vigilado por miembros de la guardia imperial. Pero la crudeza de la ventisca había convencido a soldados y oficiales de que la seguridad de la augusta familia no iba a resentirse por el hecho de que ellos se refugiaran al calor de los braseros en las dependencias del cuerpo de guardia. Así que Sexto apretó el paso, subió la escalinata y avanzó raudo a través del desierto y oscuro pórtico. Pronto alcanzó la esquina del monumento y, descendiendo de nuevo las escaleras, se precipitó a toda prisa hacia un portón lateral de servicio. Ya no sentía los dedos cuando golpeó la puerta varias veces con el badajo de bronce, hasta que un portero de ojos aburridos se asomó a la mirilla, extrañado de que alguien en su sano juicio anduviese de paseo por ahí con la que estaba cayendo.

—Soy Sexto Claudio Propercio, *agens in rebus*. ¡Abre de inmediato!

No tuvo que repetir la orden, pues el portero reconoció de inmediato su voz como la de uno de los agentes que esa misma mañana, poco después del amanecer, habían llegado en un carro y –blandiendo una orden escrita por el *princeps scholae agentium in rebus* Appio Claudiano que conminaba a todos a obedecer las órdenes de sus dos subordinados– habían introducido un fardo grande y pesado en lo más profundo de la despensa del palacio sin permitir que nadie les ayudase, exigiendo absoluta reserva y prohibiendo taxativamente que nadie se acercase al bulto. No era la primera vez que lo hacían. Qué habría en esos fardos y dónde los habían metido no era ni de la incumbencia ni del interés de ninguno de los que allí trabajaban. Si querían disfrutar de una vida larga y tranquila, lo mejor era no meterse donde no les llamaban.

Los cerrojos se descorrieron y unos instantes después Sexto se sacudía la nieve y trataba de hacer entrar en calor su aterido cuerpo

pegándose a un brasero e ingiriendo de un trago una copa de vino caliente con especias que el solícito y jorobado cancerbero había hecho aparecer como por arte de magia. Sin duda, la inesperada e intempestiva visita de Sexto lo había pillado cenando en el cuarto anexo y aquella copa de vino estaba destinada a calentar su estómago, pero dar satisfacción a un *agens in rebus* tenía prioridad sobre cualquier otra consideración.

Una vez que dejó de temblar, Sexto fue directo al grano:

—La llave de la despensa. Y una lámpara.

Obediente, el portero asintió con la cabeza y un momento después salía del cuarto de al lado con lo pedido. Sin mediar palabra, Sexto cogió la llave con una mano, la lámpara de aceite con la otra y desapareció a través de una puerta entreabierta al fondo de la estancia que daba acceso a un pequeño y oscuro corredor. Una vez la puerta se cerró a cal y canto, el portero se encogió de hombros y se volvió a su cubículo, a seguir disfrutando de su cena y de la compañía de una jovencita empleada en la lavandería del palacio que siempre estaba dispuesta a calentarle el catre si de por medio había algunas monedas o una sabrosa vianda distraída de la despensa. Los chanchullos de sus señorías no eran asunto suyo.

Sexto se movió con cuidado entre barriles de salazón de pescado, sacos de trigo, mijo y cebada, cestos de galletas, barricas repletas de tasajos de cerdo y ternera, fardos llenos de dátiles, higos, almendras, nueces, orejones, pasas, avellanas y castañas. En dependencias anexas de la despensa podían adivinarse, a la trémula luz de su lámpara, grandes vasijas de aceite y vino de las más variadas procedencias, montones de embutidos colgados del techo y anaqueles repletos de tarros y potes que seguramente contenían frutas conservadas en vino, vinagre o desecadas. Personalmente, él prefería que la fruta se conservase en miel pues, como decía Columela, "*Nullum esse genus pomi, quod non possit melle servari*". No existe fruta que no pueda ser conservada en miel, pero su padre siempre le insistió en las virtudes y beneficios de la fruta fresca, pese a que la mayoría de sus compatriotas –y Flavio el primero– la consideraban un lujo innecesario de ricos malcriados.

El nevero del palacio consistía en un amplio y profundo pozo de unos dieciocho pies de profundidad y casi quince de diámetro excavado junto a la pared del fondo de la despensa, desde la que se accedía a su interior a través de una compuerta. En el exterior del

edificio otra trampilla permitía introducir la nieve transportada en carros y cestos. Y con la nevada que estaba cayendo, pensó Sexto, los esclavos iban a tener fácil la tarea de reponer las existencias.

Sexto se aproximó a la compuerta, cuyo tamaño permitía pasar cómodamente a un hombre. Dejó la lámpara de aceite a su lado, en el suelo, levantó el cerrojo y abrió. Un hálito helado lo saludó nada más asomarse al interior. Hacía mucho frío allí dentro, tanto como en la calle pero sin viento. Al lado de la compuerta, en una hornacina, había un farol de bronce y vidrio y Sexto, necesitado de algo más de luz, no tardó en encenderlo con la llama de su lamparilla. A su luz vio que la escalera de madera seguía donde la habían dejado esa mañana, debajo de la compuerta, así que se introdujo a través de ésta y empezó a bajar.

Al cabo de unos segundos estaba sobre la compacta y fría masa de hielo. Caminar sobre ella era fácil gracias a la capa de paja y tierra que cubría el último añadido de nieve. Envuelto en una nube de aliento, Sexto avanzó hasta casi llegar a la pared opuesta del pozo, donde un gran pedazo de hielo había sido cortado formando una suerte de escalón. Abajo, unos listones de madera tapaban el hueco que Flavio y él habían abierto entre los bloques y en los que habían depositado los cuerpos. Sexto dejó el farol a un lado, apartó los maderos y levantó las mantas que cubrían los dos cadáveres. Allí estaban.

Sexto ya había perdido la cuenta del número de muertos que había visto en su vida. Siendo un muchacho, su padre adoptivo, Tito Claudio Propercio, *medicus ordinarius* de la valetudinaria de Bonna,{10} decidió formarlo como *capsarii*, primera etapa de su formación en el oficio de galeno, con la idea de que en el futuro pudiera sucederlo como oficial-jefe médico del hospital militar. Así que Sexto tuvo que hacer de tripas corazón y enfrentarse a diario a las consecuencias de la guerra y la enfermedad, de modo que se pasó buena parte de su adolescencia cosiendo y amputando extremidades, limpiando y cauterizando con el hierro candente horribles heridas, ligando venas, extrayendo puntas de flecha, preparando pócimas y jarabes, amortajando cuerpos. Su padre también cuidó su formación intelectual y pronto le fueron familiares las obras de Celso, Dioscórides, Rufo, Sorano y Areteo. Un poco de todo mezclado con la tendencia empirista y práctica de la que hacía gala Tito.

Pero aunque Sexto era competente en sus tareas y brillante en sus estudios, el ejercicio de la medicina no llegaba a satisfacerle. Como le dijo a su disgustado padrastro el día en que se cansó de todo aquello, ellos se limitaban a remendar cuerpos, a recomponer huesos y a tratar

de aliviar el dolor y la fiebre, pero era poco lo que podían hacer por curar cualquier cosa más complicada que un resfriado, una cuchillada, una jaqueca o una indigestión. Si por medio había una hemorragia severa, una fractura craneal, un tumor, una gangrena, una enfermedad contagiosa o un mal de origen desconocido, sólo cabía olvidarse del principio de "*bona diagnosis, bona curatio*", que el paciente se encomendarse a la divinidad que mejor le pareciera y esperar que su propia naturaleza fuese lo suficientemente fuerte como para hacerlo salir victorioso del trance. Y eso ocurría muy pocas veces.

—Yo lo que quiero saber es por qué —le explicó—. Por qué la enfermedad mata; por qué una hierba cura y otra no; por qué cuando yo me hiero o caigo enfermo me recupero mucho más rápido que otros.

El semblante de Tito se oscureció. Comprendía perfectamente la desazón de Sexto porque él también la sentía. Conocía las preguntas, pero no sabía las respuestas. Al menos, no todas.

—Eso sólo lo saben los dioses, hijo.

—¿Existen los dioses, padre?

—No lo sé, Sexto —se había sincerado Tito—. Pero he visto demasiado dolor y desgracia como para poner mis esperanzas en ellos.

—Entonces, a todos los efectos, estamos solos, ¿no?

Tito se había encogido de hombros.

—Con dioses o sin ellos, hacemos lo que podemos. Y nuestras limitadas artes y conocimientos son la única esperanza de miles de personas.

Al final, harto de tanta miseria humana, prefirió cambiar de aires y dirigir su vida hacia horizontes menos humanitarios pero más provechosos y se hizo funcionario. No es que el empleo de secretario del *dux* de la *Primigenia* lo entusiasmase, y menos teniendo que compartir despacho con alguien tan detestable y corrupto como Romuliano, pero por lo menos era un trabajo tranquilo que no le hacía pasar la noche en vela preguntándose si no habría podido hacer algo más por aquel joven legionario gravemente herido al que había visto morir, bañado en dolor y con el terror dibujado en el rostro, ese mismo día.

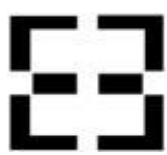
Pero su nuevo oficio era atrozmente aburrido por lo que cuando Flavio Maximiano apareció en su vida y le ofreció convertirse en *agens in rebus* vio el cielo abierto y aceptó de inmediato. No tardó en

descubrir que aquel trabajo parecía haber sido hecho para él. Cada misión suponía un nuevo desafío y sus atribuciones como agente imperial ponían a su alcance un poder con el que nunca había podido soñar. Y no tenía que preocuparse por los cadáveres que fuese encontrando por el camino o por los que dejase tras él: de los primeros no era responsable y de los segundos tampoco pues, o bien se merecían terminar como lo hacían o bien se limitaba a cumplir órdenes. Así que por las noches dormía a pierna suelta y sin problemas de conciencia.

Además, los años pasados junto a Tito en la valetudinaria lo habían endurecido frente a la muerte y lo hacían contemplar con mucho escepticismo y no poco desdén tanto las tradicionales creencias escatológicas romanas como las cristianas. Y por lo mismo le causaban risa las siniestras historias sobre las truculentas andanzas de los espíritus de aquéllos que no habían sido objeto de las debidas ceremonias fúnebres. Era el caso de los dos que tenía delante. No parecía que tuvieran la más mínima intención de abandonar su helado sepulcro para irse por ahí a espantar romanos. Estaban muertos y bien muertos.

No sin dificultad, Sexto extrajo las dos víctimas para poder examinarlas con más comodidad y abrió el saco que contenía el cuerpo de la última. Fuera de algunas livideces, el cadáver mantenía el buen aspecto general pero le costó manipularlo ya que la rigidez cadavérica había hecho presa en él antes de trasladarlo y el frío del nevero no había hecho sino prolongar un efecto que en condiciones normales desaparecería en apenas un día. Durante unos instantes, a la tímida luz del farol, Sexto volvió a admirar la perfección física de aquel hombre y no le costó reconocer que lo envidiaba. Pero no estaba allí para admirar cuerpos esculturales. Haciendo acopio de fuerzas, tiró del brazo derecho del muerto hasta que consiguió separarlo lo suficiente del cuerpo para luego forzar el rigor de la mano y echar una ojeada. Acercó la luz para ver mejor.

No cabía duda alguna. Un conjunto de diez líneas del grosor de un clavo, de color marrón claro, organizadas en dos grupos de cinco, formando algo que parecían dos letras E opuestas:



Todas las líneas estaban perfectamente trazadas y aparecían bien diferenciadas de los pliegues de la palma de la mano.

Sexto pasó los dedos sobre aquel extraño patrón de líneas. Para su sorpresa, no se trataba de un tatuaje. Estaba acostumbrado a ver ese tipo de adorno en la piel de prisioneros bárbaros, de soldados y mercenarios de origen africano y de gladiadores de diversa procedencia. Y tampoco era la gruesa cicatriz de una quemadura, como las que se solían hacer con un hierro al rojo en la piel de los esclavos. No. Era algo más delicado que todo eso. Parecía formar parte de la propia piel. Como una peca, pero más sutil.

Intrigado, Sexto cambió de lado para ver si en la mano izquierda había algo parecido pero tras unos minutos de forcejeo pudo comprobar que no era así. Acto seguido, se volvió hacia el otro cadáver, el que habían sacado del río, abrió el costal y –sin prestar atención al desagradable aspecto del cuerpo, que presentaba ya manchas verdosas en el abdomen, algunos veteados venosos repartidos por aquí y por allá y cierta hinchazón– le levantó la mano derecha. En efecto, allí estaban las marcas. Idénticas en todo.

La fría mente analítica de Sexto no tardó en colegir que, con toda probabilidad, en la palma derecha de los cuerpos de las otras dos víctimas –el de la mujer que apareció bajo el puente y el del hombre de la Curia– debía aparecer el mismo dibujo. Era una lástima que no se hubiesen podido conservar los cuerpos, pensó. Y de nada serviría ahora desenterrarlos, pues la descomposición ya habría hecho su trabajo y poco sería lo que podría encontrarse en ellos. De todos modos, decidió que no estaría de más echar una ojeada a los informes del vicomagistro Tito Albino a ver si se mencionaba algo al respecto. Pero estaba prácticamente convencido de que así era y que aquellos cuatro desdichados compartían algo entre ellos que iba más allá de tener la apariencia de héroes homéricos.

Exhalando un helado suspiro, Sexto se apartó de los restos, se estiró, se frotó las manos con energía y batió con fuerza los pies contra el suelo. Allí hacía mucho frío, pero todavía no había terminado su trabajo. Una vez encontró algo de calor en su propio ser, se inclinó sobre el cuerpo de la última víctima e inició un riguroso y completo examen con la esperanza de hallar algún otro detalle que se les hubiese pasado por alto.

No encontró nada. Ni tampoco en el otro cadáver. Decepcionado, Sexto estaba a punto de volver a meter los cuerpos en sus sacos y enterrarlos de nuevo en el hielo cuando tuvo una idea. Una idea loca, pero práctica.

Aquellas extrañas líneas en las palmas de los dos hombres eran la única pista que tenían. Y a dónde quiera que fuesen tras la muerte, si

es que iban a algún sitio, no las iban a necesitar.

Arriba, en la despensa, había visto varias vasijas de vinagre.

Sin pensárselo dos veces, Sexto sacó su daga.

QUARTUS

21 de diciembre

El nuevo día despuntó frío pero espléndido, con el cielo teñido de un azul intenso. La ventisca de los días precedentes dio paso a la calma y los ciudadanos de Tréveris, convenientemente abrigados, no tardaron en arrojarse con algarabía a las calles para seguir celebrando las Saturnales.

Por todo el imperio reinaba una alegría desmedida: curias y senados suspendían sus sesiones, se cerraban los tribunales, se aplazaban las ejecuciones, se liberaban reos de delitos menores, gramáticos y retores daban licencia a sus pupilos y los emperadores mostraban su gran liberalidad organizando sorteos y rifas, proveyendo multitudinarios banquetes en foros y basílicas, costeando grandes espectáculos en anfiteatros e hipódromos. Para escándalo de las autoridades eclesiásticas, la sangre de las bestias y de los gladiadores corría con la misma velocidad que lo hacían los carros de los aurigas, inflamando los corazones de paganos y de cristianos por igual, en un pandemonio dionisíaco en el que confraternizaban, en ocasiones en exceso, amos y esclavos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres.

Para minimizar el riesgo y los efectos de tan pecaminosas conductas, el arzobispo Maximino ordenó aumentar el número de oficios religiosos y de procesiones. También puso a sus escribas a trabajar para que inundasen a las comunidades cristianas con epístolas y escritos que recordasen a los fieles que, en los ya lejanos tiempos del emperador Septimio Severo, el cronista Sexto Julio Africano había establecido que Jesús había nacido el octavo día antes de las calendas del enero,{11} y que esta fecha ya fue fijada por la Iglesia de Alejandría una década atrás, cuando se celebró el Concilio de Nicea bajo los auspicios del emperador Flavio Valerio Aurelio Constantino, el padre del actual augusto occidental.

Pero todas estas cuestiones que quitaban el sueño a los eclesiásticos preocupaban bien poco al común de los cristianos, más pendientes de los fuegos saturnales y de los ríos de vino que de las disquisiciones teológicas. En unos días tendrían lugar también los fastos del nacimiento del Sol Invicto y terminarían el mes celebrando con gran bullicio la noche de vísperas de la festividad de las Strenas, que marcaba el fin del año solar. ¿Qué importaba la divinidad a la que

correspondiese la celebración de turno en tanto que pudiera disfrutarse de la vida? Espectáculos y carreras, comida y bebida, música y mujeres, regalos… Porque una de las tradiciones más arraigadas entre los romanos era la de intercambiar presentes en estas fechas señaladas y, por ello, los niños esperaban la llegada de las Saturnales con ilusión y nerviosismo.

Incluido el pequeño Aulo.

La abuela Lucrecia y Vibia se habían pasado toda la tarde anterior amasando la tradicional rosca de pan rellena de higos, dátiles y miel en la que escondieron un haba que aseguraba al que la encontrase la condición de Rey de Reyes durante todo el día. Y ni que decir tiene que el afortunado fue Aulo. Aquello, pensó entusiasmado cuando lo mandaron a la cama, tenía que ser un buen presagio. Seguro que en las Sigilares, las fiestas que tenían lugar hacia el fin de las Saturnales, le regalarían muchas cosas. Juguetes. También algo de ropa nueva, pero *Castor* y él preferían, desde luego, los juguetes.

Fabio Crispo lo sabía y por eso se había dado una vuelta por el mercado antes de regresar a su sencillo alojamiento en el piso superior de la casa de Marcia. Al final había encontrado lo que buscaba en el tenderete de un competente artesano, en la forma de un pequeño carro, una biga de carreras conducida por un valeroso auriga que sujetaba las riendas de sus dos briosos corceles con la mano derecha mientras blandía la fusta con la izquierda. Todo en buena madera de pino, con las ruedas del carro y de los caballos trabajadas con esmero para que pudieran rodar sin problemas tras su joven y orgulloso propietario. Un cordel aseguraría la obediencia de caballos, vehículo y conductor, cuyos colores quedaban a la elección del cliente. Crispo no sabía si el finado padre de Aulo sentía preferencia por los Azules o si se inclinaba más por los Verdes, así que decidió dejar aquella cuestión al albedrío del niño y de su madre. Bien merecía la pena el desembolso.

Envuelto en su manto, trató de no verse arrollado por las enfebrecidas y cada vez más achispadas masas de jovenzuelos que recorrían todas y cada una de las tabernas y lupanares de la ciudad para festejar como era debido las Saturnales. Por fortuna, el tiempo acompañaba y de momento no se vislumbraba en el horizonte la amenaza de un nuevo temporal de nieve. Sólo había que mirar dónde se ponía el pie para evitar las desagradables consecuencias de un resbalón sobre el hielo.

En cuanto llegó a la casa de Marcia lo primero que hizo fue subir a su habitación a ponerse más presentable. Se desvistió, echó agua en

la palangana y se aseó un poco antes de ponerse una túnica nueva y un calzado seco. Se arregló el pelo y, tras asegurarse de que el *tonsor* Domicio había hecho un buen trabajo con su barba, sacó de su escondrijo bajo la cama el cofrecillo en el que tenía guardada una respetable cantidad de dinero. Centenionales de bronce, miliarenses y siliquas de plata, y un buen puñado de sémises y sólidos de oro. Monedas nuevas y relucientes. Todo un tesoro. Crispo cogió una de las piezas de bronce y un sólido de oro y admiró durante unos instantes su excelente factura, pasando un dedo con delicadeza sobre las figuras y textos que contenían.

El busto diademado de Constantino I resplandecía con orgullo en el sólido de oro, confiando en la Victoria que sujetaba un estandarte en el reverso. Más simple, pero no menos bien resuelta, la imagen imperial laureada del anverso de la moneda de bronce estaba rodeada de la inscripción CONSTANTINVS AVG y, en el lado opuesto, una guirnalda celebraba los primeros veinte años de su gobierno con la abreviatura VOT XX bajo la leyenda DN CONSTANTINI MAX AVG.

"*Domini Nostri Constantinii Maximi Augusti*", leyó en silencio Crispo, completando en su mente la inscripción abreviada. Toda una declaración de principios de la organización del mundo romano y del poder imperial. Tras medio siglo de caos político y desorden económico, Diocleciano y Constantino habían ofrecido a los romanos la promesa del orden, la paz y la estabilidad a cambio de un sistema social y político jerarquizado, burocratizado, absolutista y divinizado. Hastiados y arruinados, sus súbditos aceptaron el trato con resignación, pero también con alivio.

Aquellas monedas simbolizaban el nuevo orden. La estabilización del desbarajuste monetario y fiscal había sido uno de los grandes logros de Constantino, si bien lo había conseguido a costa de la creciente pauperización de unas clases populares que tenían que apañárselas en su vida diaria con la poco valorada moneda de bronce, aunque las tasaciones, impuestos y las fortunas de los poderosos se medían con la poderosa y estable moneda de oro.

El sólido era la garantía del orden y de la autoridad imperial y todo emperador que se preciase emitía enseguida nuevas series de monedas que glorificasen su persona. Las figuras de los augustos eran omnipresentes en las calles y foros, en los mercados, en las basílicas, en los templos y en las iglesias, en los estandartes de los ejércitos, en las monedas... Y, a diferencia de otros tiempos, cuando las representaciones de los emperadores les mostraban como los simples mortales que al fin y al cabo eran, grandes y poderosos pero relativamente cercanos y naturales, ahora los señores del mundo

romano aparecían ante su pueblo como seres mayestáticos y distantes ante los que había que mostrarse, no ya humildes y respetuosos, sino sumisos y serviles. Ante ellos te inclinabas con temor, no con respeto, sabiendo que su mandato respondía a la voluntad del Todopoderoso. No cabía oposición alguna a sus designios.

Crispo sacudió la cabeza y alejó de su mente todas aquellas consideraciones. Ahora no tocaban. Cogió el dinero que podría necesitar durante los siguientes días, cerró el cofre, lo volvió a meter en su discreto escondite bajo las tablas del suelo, envolvió en un pedazo de tela el carro de madera y se dispuso a atender sus negocios con la casera. Quería dejar solventado el asunto antes de reincorporarse, tras las Saturnales, a sus tareas laborales en las obras de rehabilitación de un tramo de la Via Agrippina cercano a Tréveris.

Y también tenía que ocuparse del otro asunto, el que realmente lo había llevado hasta aquella ciudad. Quedaban bastantes cabos sueltos que debía atar antes de dar por concluida su misión.

Años atrás, a la familia de Aurelio Marcio le habían ido bastante bien las cosas y pudieron plantearse mejorar sus condiciones de vida. Anexa a su casa había una modesta tienda de telas, cerrada desde el fallecimiento de su anterior propietario, que compraron por poco dinero a sus desinteresados herederos. El viejo Aurelio no tardó en ponerse manos a la obra, derribando tabiques y cegando puertas. De este modo, al cabo de unos meses, no sólo había ampliado su espacio doméstico sino que también le había dado nueva vida a la estancia del piso superior, a la que dotó de un acceso independiente desde la calle mediante unas escaleras. Lamentablemente, Aurelio no pudo disfrutar mucho de su reformada casa, pues falleció poco después. Serían su viuda, su hija y su yerno los que recogiesen los frutos de aquel esfuerzo.

Crispo cerró la puerta tras él y bajó por las escaleras de madera. Una vez en la calle sólo tenía que dar un par de pasos a la izquierda para estar ante la entrada de la residencia de los Marcio. La puerta del vestíbulo estaba cerrada, pero debían estarlo esperando pues bastó una ligera llamada con los nudillos para que Vibia abriese la puerta y lo hiciese pasar.

El estrecho pasillo de entrada conducía a un pequeño atrio encuadrado por sólidas vigas de madera a modo de columnas al que se abrían las distintas dependencias de la casa. Crispo pudo ver a su izquierda, a través de una puerta entreabierta, una modesta y tradicional cocina romana presidida por un gran fogón bien dotado de leña en la oquedad inferior, un pequeño fregadero y un retrete. Al

fondo, junto a la ventana enrejada, una escalera de madera conducía, a través de una trampilla cerrada, al piso superior que él ocupaba. Distintos utensilios de cocina compartían la pared de la derecha con un rústico crucifijo bajo el que una mesa de madera y tres taburetes le indicaron que allí la familia daba buena cuenta de las rápidas colaciones del día a día. El triclinio quedaba para las grandes ocasiones. Y allí era a donde Vibia lo conducía.

Sentadas al lado de un brasero en unas sencillas sillas plegables de cuero y madera labrada con cierto gusto, sin duda obra de algún artesano local, Marcia y Lucrecia esperaban junto a una mesita redonda que soportaba una jarra de vino, otra de agua, tres copas y una bandeja en la que distintas variedades de dulces y entremeses se distribuían en varios cuencos. Toda la vajilla, a excepción de los cuencos de cerámica, era de bronce labrado, sin duda salida de las hábiles manos del difunto Helvio. Y a la vista de las apetitosas viandas dispuestas para agasajarlo –dátiles fritos en miel rellenos de nueces y piñones, huevos cocidos rodeados de aceitunas negras, albaricoques e higos secos, pastel de queso con ajo y panecillos calientes recién horneados– Crispo no pudo evitar sentir un silencioso rugido en su estómago, pues era la hora séptima y no había ingerido nada en todo el día fuera de un frugal desayuno.

Pero había que guardar las formas y lo primero era saludar a las señoras como mandaban los cánones de la buena educación. Cumplidas las reverencias y salutaciones de rigor, Crispo fue invitado a sentarse en uno de los divanes del triclinio. Pese a que aquel mueble había conocido tiempos mejores, había que reconocer que estaba restaurado con esmero, como los otros dos que se disponían alrededor de la mesita y que fueron ocupados por las dos mujeres.

—Vibia, sírvele una copa de vino a nuestro invitado.

—Gracias —correspondió Crispo, sincero—. Llevo todo el día por ahí y, aunque no nieva, hace mucho frío.

Crispo mantuvo la copa en sus manos un instante antes de beber, dejando que lo embargase el aroma del vino mezclado con agua caliente, especias y miel. Tomó un buen sorbo y dejó que la espesa mezcla se deslizase suavemente por su paladar. Pronto sintió que un agradable calor se abría paso desde su vientre. Estaba muy bueno.

—Un caldo excelente, si se me permite alabarlo.

—Receta doméstica —intervino Lucrecia—. Miel, frutas, algo de sal, unas pizquitas de canela, clavo y unas hierbas que no le voy a revelar le dan ese sabor.

—Pues os felicito por la receta —Crispo volvió a tomar otro sorbo —. Es exquisito.

Lucrecia no pudo ocultar su satisfacción por el cumplido. Y no dejó tampoco de aprovechar la oportunidad.

—¡Oh! El mérito es de Marcia; ella lo ha preparado. Y también los dátiles rellenos y el pastel de queso. Tiene muy buena mano con las cosas de la cocina. Probadlos, probadlos.

—Por favor, madre...

A Crispo no se le pasó por alto el sonrojo que tiñó las mejillas de Marcia y que pareció reflejarse en sus ojos glaucos. Era realmente hermosa. Llevaba el pelo espeso y bermejo recogido en un moño, dejando al descubierto un cuello largo y elegante adornado por una gargantilla de la que colgaba un discreto crucifijo del mismo metal adornado con algunas cuentas de vidrio. Todavía era joven. Crispo no la echó más de veinticinco años y ello se apreciaba en la limpieza de su tez, en la elegancia de su talle y en la firmeza de su busto, detalles estos que eran fáciles de apreciar incluso bajo la estola azulada de lana, ideal para aquellos fríos días, y ceñida con un patagio{12} de tela roja. De vez en cuando un pie bien cuidado asomaba bajo las telas, enfundado en unas sandalias de cuero. Al lado de su hija, Lucrecia se mostraba con una vestimenta más apagada. No tuvo duda alguna de que ése era el fin buscado. Bien, pensó, sigamos el juego.

—Voy a tener que haceros caso —Crispo estiró la mano hacia la bandeja que le ofrecía Lucrecia y tomó una porción de pastel que se llevó a la boca sin demasiadas ceremonias— Mmm... Delicioso. Si me permitís...

Crispo repitió el pastel y no tardó mucho en picar también el contenido de los otros platos, que recibieron los halagos oportunos. En los ojos de la anciana creyó reconocer una mirada de satisfacción.

Durante un rato los tres se limitaron a sostener una de esas típicas conversaciones intrascendentes sobre la comida, el tiempo, el aumento constante de los precios de los productos básicos, el alboroto de las Saturnales y la evidente necesidad de que las autoridades, cristianas al fin y al cabo, pusiesen coto a tanta inmoralidad y cosas así.

—Bueno, no quisiera abusar de su hospitalidad por más tiempo — anunció Crispo cuando consideró llegado el momento—. Tal y como acordamos, os entrego la cuantía del alquiler de la habitación durante los próximos tres meses.

Crispo sacó del interior de su túnica un saquito de cuero, desató

el cordón y depositó sobre la mesa varias monedas de plata y bronce.

—Gracias, Fabio Crispo —Marcia recogió las monedas y se las entregó a Lucrecia.

—Por otro lado —continuó—, quisiera agradeceros también todas las atenciones que tenéis para conmigo. Ya he perdido la cuenta de los panes y bollos recién sacados del horno que Vibia me ha subido en estos días. Así que, aprovechando la tradición de las Saturnales y, por muy paganas que sean, me gustaría que aceptaseis este pequeño presente para vuestro hijo Aulo. Es un juguete. Tomad.

Crispo entregó a Marcia el pequeño paquete que contenía el carrito que había adquirido en el mercado. Durante un instante, ella titubeó.

—Sois muy amable y atento —acertó a decir—. Pero no sé si debemos...

—Seguro que a Aulo le va a encantar —la interrumpió Lucrecia con una amplia sonrisa—. Muchas gracias. ¡Vaya! Creo que por ahí vienen esos dos.

En efecto, y antes de que nadie pudiera evitarlo, *Castor* entró al galope en el triclinio perseguido por las carcajadas de Aulo. El cachorro se fue directo hacia Crispo, al que enseguida le puso las patas delanteras sobre las piernas, meneando alegremente el rabo.

—¡Por Dios! ¡*Castor*! —exclamó escandalizada su madre— ¡Aulo! ¿Qué forma de comportarse es esta? ¡Saca a este animal de aquí!

Aulo se frenó en seco y enmudeció. En los ojos de su madre pudo ver un enfado mayúsculo y casi sintió en sus posaderas el escozor de los azotes que a buen seguro le caerían de un momento a otro.

—Por favor, no se enfade con ellos Marcia —medió Crispo—. Sólo están jugando, que es lo que deben hacer los niños ¿Verdad, *Castor*? —Mientras hablaba empezó a acariciar la cabeza del perro y le guiñó un ojo al pequeño— Tienes un perrito muy listo y simpático, joven Helvio. ¿Sabes? A mí me gustan mucho los perros.

La afable reacción de Crispo relajó el ambiente y el hermoso semblante de Marcia se distendió.

—¿Es obediente tu perro, Aulo? —quiso saber Crispo, mientras le rascaba la barriga al cachorro, para evidente satisfacción de éste.

El niño pareció meditar la respuesta.

—Pues... Me sigue a todas partes y le estoy enseñando a sentarse.

—Con poco éxito —se burló Marcia.

Aulo bajó la cabeza.

—Ya veo —Crispo observó fijamente a *Castor* durante un instante y luego levantó la vista hacia Aulo— ¿Quieres que te cuente cuál es el secreto para que los perros te obedezcan?

El rostro del pequeño se iluminó.

—¿Hay un secreto?

—Sí.

—¿Me lo vas a contar?

Crispo levantó la vista y guiñó un ojo a una desconcertada Marcia. Luego se volvió de nuevo hacia el niño.

—Sí, pero antes tienes que prometerme una cosa, jovencito.

—¿Qué cosa?

—Tienes que prometerme que vas a ser un buen chico y que vas a obedecer siempre a tu madre y a tu abuela.

Aulo recordó por un instante la tarde en la que se colaron en la habitación de Crispo, aprovechando que él no estaba y que alguien había dejado la trampilla de la cocina sin acerrojar. Debajo del camastro, en el doble fondo cerrado por un simple pestillo, dentro de una caja de madera cubierta por un trapo, habían encontrado aquella extraña y fascinante bola de vidrio. En esa ocasión no había sido un "buen chico", pero nadie se había enterado.

—¡Lo prometo!

—Y, además, vas a aprender a leer, a escribir y a manejar los números.

Aulo dudó un instante y miró a su madre, que asintió.

—Mamá me ha enseñado a escribir mi nombre —afirmó orgulloso el niño—. Y estoy empezando a aprender a leer las Escrituras.

—Eso está muy bien, Aulo —asintió Crispo—. Recuerda siempre que "*Initium sapientiae, timor Domini*". Pero, aunque el principio de la sabiduría es el temor del Señor, tienes que aprender igualmente otras muchas cosas, como hice yo. Y también a sumar y a restar. ¿Me lo prometes?

—¡Sí, te lo prometo!

—Estupendo, Aulo. Entonces, puedo contarte mi secreto. Pero recuerda: las promesas hay que cumplirlas.

—Sí, sí...

—Bien, escucha: los perros, como sus primos los lobos, son animales de manada. Y como tales hay que tratarlos. *Castor* no es tu hermano ni tu amigo. Es tu perro. Para él tu familia es *su* manada. Y debes demostrarle que el jefe de esa manada, el que manda, eres tú, no él. Tú eres el líder. Tú tienes la mejor parte de la comida y él tiene que esperarse a que tú termines. Tú duermes en la cama y él en el suelo. Tú le recompensas cuando obedece. Los perros son felices siendo sumisos, acatando las normas del grupo y respetando a su líder. ¿Entiendes?

Aulo se quedó callado, pensativo.

—Entonces, ¿tengo que ser su jefe?

—Exacto.

—Pero los jefes no juegan. Mandan ¿No voy a poder jugar con él?

Crispo sonrió.

—¡Claro que puedes jugar con él! Siempre que le dejes claro que tú eres el que manda, *Castor* te obedecerá y hará lo que sea por complacerte: se sentará y se tumbará, se callará o ladrará cuando tú se lo órdenes. Hasta atacará a cualquiera que ose agredir a tu familia porque estará defendiendo la manada. Todo es cuestión de autoridad. Observa, Aulo.

Crispo se volvió hacia el perro, que se mantenía en una espera expectante meneando el rabo. Clavó sus ojos en los de *Castor*, le puso la mano derecha sobre la cabeza durante unos segundos y luego le dijo:

—*Castor*, siéntate.

El perro se sentó.

Aulo, Marcia y Lucrecia se miraron con incredulidad.

—¿Has visto, mamá? ¡Se ha sentado!

Crispo, en un gesto inconsciente de autoridad, levantó la mano, pidiendo silencio. Sin apartar la vista del cachorro, le ordenó:

—*Castor*, levántate y saluda.

Obediente, el animal se levantó, se alzó sobre sus patas traseras y adelantó las delanteras hacia Crispo, que le cogió la derecha y simuló un saludo.

—Muy bien, *Castor*. Buen perro —a continuación tomó de una de las bandejas un pedazo de pan—. Toma.

Castor cazó al vuelo el mendrugo, se lo tragó casi sin masticar y acto seguido se tumbó a los pies de Crispo, atento a cualquier indicación suya.

Aulo observó toda la demostración con los ojos abiertos como platos.

—¿Lo ves, Aulo? Es muy fácil. Como te decía, es cuestión de autoridad.

—Mamá, ¿has visto?

Marcia estaba tan asombrada que tardó en contestar.

—Sí, es increíble.

—¿Y yo podré hacer eso? —preguntó, excitado, el niño.

—Por supuesto que sí. Sólo tienes que hacer lo que te he explicado.

—No sé si sabré...

—Seguro que Crispo puede ayudarte.

Marcia se volvió hacia su madre, estupefacta.

—Pero, madre, Fabio Crispo es un hombre ocupado. No podemos pedirle que...

—¡Oh, no es problema! —la interrumpió Crispo—. Entre las Saturnales y el mal tiempo, no reanudaremos los trabajos de reparación en la calzada hasta dentro de al menos un par de semanas. De momento, mis colegas y yo nos limitamos a echar una ojeada a lo que está hecho y lo que queda por hacer de forma que no tengamos sorpresas. Tengo mucho tiempo libre y estaré encantado de instruir al joven Aulo en lo que pueda.

—Sois muy amable —agradeció Marcia con una sonrisa.

—Es lo menos que puedo hacer para agradeceros vuestras atenciones, señoras.

Los viejos ojos de Lucrecia brillaron de emoción. Sus planes no podían estar saliendo mejor. A duras penas contuvo su satisfacción.

—Bueno, espero entonces que accedáis a ser nuestro invitado a la mesa.

Crispo tomó otro sorbo de vino sin apartar sus ojos de los de Marcia. Ella sintió que las mejillas le ardían y las manos le temblaban.

—Será un honor —aceptó.

—Pues no se hable más. Por cierto, Aulo, ¿sabes que Fabio Crispo te ha traído un regalo?

El niño dio un brinco.

—¿Un regalo? ¿Dónde está?

—Toma.

Lucrecia tendió a su nieto el pequeño paquete. Emocionado, Aulo desenredó el bulto y apartó la tela.

—¡Una biga! —exclamó entusiasmado— ¡Una biga de carreras! ¡Con caballos y todo!

—¿Qué se dice?— inquirió Marcia.

—¡Muchas gracias, Fabio Crispo! —se inclinó respetuoso, sin poder ocultar su excitación.

—De nada, Aulo. Que lo disfrutes.

Aulo se volvió hacia su madre.

—¿Me puedo ir a jugar con la biga y con *Castor*?

—Claro hijo.

—¡Gracias! ¡Venga, *Castor*! ¡Vamos a jugar a las carreras!

Y los dos cachorros desaparecieron al instante en dirección al atrio.

—Vale, ya veo que va a costarme más trabajo del que pensaba hacerle entender a Aulo los secretos del mundo canino —comentó, jocoso, Crispo.

Marcia y Lucrecia estallaron en risas.

—Sí, creo que sí —asintió divertida la anciana—. Os costaría menos meter en cintura a un recluta novato.

—¡Uf! Podría contaros muchas historias muy poco edificantes sobre los soldados y los trabajadores que tenemos que padecer en las obras públicas. Os aseguro que desvelarle a Aulo los secretos de la obra del Todopoderoso en este mundo será un divertimento en comparación. Por lo menos, con los niños tienes la satisfacción de ver cómo aprenden, pero con los mayores... Muchos parece que tuvieran la cabeza llena de serrín.

Lucrecia, sin dejar de sonreír, miró de reojo a su hija, que no apartaba la vista de vista de Crispo. Y él tampoco buscaba otra mirada que la suya.

Cuando Crispo subió las escaleras que conducían a su alojamiento, miles de estrellas cubrían ya una noche fría y sin Luna. Antes de abrir la puerta y refugiarse en su interior, Crispo se dio la vuelta y fijó la vista más allá del foro, hacia el suroeste, donde Júpiter descendía poco a poco sobre el horizonte. Más arriba y hacia el este, a unos treinta y ocho grados de altitud, el Cinturón de Orión resplandecía sobre Rigel y entre ambas, en la región de la Espada, podía apreciarse a simple vista una pequeña mancha difusa.

Sólo un puñado de personas en todo aquel mundo y en aquella época sabía que se trataba de uno de los más bellos objetos que podían contemplarse en los cielos: la gran nebulosa de Orión. Distante mil quinientos años luz de la Tierra, formaba parte de una inmensa nube de gas y polvo cósmico que servía de incubadora a cientos de nuevas estrellas. También sólo ellos, los Exiliados, podían apreciar la auténtica magnitud y belleza de otra pequeña e imprecisa nubecilla que, a cuarenta y cinco grados de altitud hacia el oeste, adornaba la cintura de Andrómeda: un objeto que todavía tardaría seiscientos años en ser descrito por primera vez por un astrónomo persa llamado Azophi: la gran galaxia espiral que acompañaba a la Vía Láctea en su camino por el universo, a la espera de fusionarse con ella dentro de varios miles de millones de años.

Eso era algo que no podría enseñarle al pequeño Aulo, pensó. A lo sumo, alguna insignificante pizca del auténtico conocimiento, una diminuta semilla que tal vez lograse madurar en un lejano futuro que en su realidad ya formaba parte de un remoto pasado. En todo caso, sólo sería una inocente travesura sin importancia, un infinitesimal desgarro en la tupida malla del cosmos. Pero para eso habría tiempo.

Entonces sintió un escozor en su mano derecha. La levantó y vio que en la palma las líneas que conformaban el símbolo de los

Protectores del Consejo habían sido sustituidas por un mensaje formado por caracteres alfanuméricos que sólo tenía sentido para él y para los que eran como él. Integrado en su propia piel, el casi invisible e indetectable dispositivo que le había servido para acceder a la sencilla mente de *Castor* y controlarla a su voluntad, un milagro de la genotrónica de mediados del cuarto milenio, le estaba avisando de que los sensores de su esfera habían detectado las sutiles alteraciones espaciotemporales que anunciaban la abertura del portal. Parecía que un nuevo visitante estaba en camino.

Crispo suspiró, entristecido. No cabía duda alguna: a no ser que tuviese éxito en su misión, jamás les dejarían en paz.

La caza comentaba de nuevo.

QUINTUS

23 de diciembre

—¿Qué dices que has hecho?

Flavio Maximiano, pasmado por lo que acababa de oír, se había olvidado del plato de gachas que iba a servirle de almuerzo. La sencilla comida de un soldado. Había viejas costumbres y hábitos que eran muy difíciles de abandonar, pensó Sexto mientras trataba de sacar algo de calor del fogón de la cocina.

La modesta vivienda de Flavio, formada por dos pequeñas habitaciones en el primer piso de un bloque de tres plantas en el barrio del anfiteatro, al oeste de la ciudad, tenía la única ventaja de estar situada justo encima de una panadería, con lo que parte del calor del horno subía hasta el dormitorio de Flavio, lo que en verano podía ser ciertamente incómodo pero que en un invierno tan crudo como aquél era una bendición.

Fuera, un viento helado azotaba de nuevo Tréveris espantando de las calles a borrachos, mercachifles, juerguistas y demás ralea, pero también a los ciudadanos honrados, obligados todos a refugiarse en sus hogares, caso que los tuvieran. De no ser así, los más desventurados siempre podrían acogerse a la diligencia y piedad las autoridades públicas y religiosas, pues las basílicas y los templos permanecían abiertos a todo aquél que necesitase refugio y alimento. En eso, reconocía Sexto, los cristianos, que tanto se jactaban de su amor al prójimo, se mostraban más sensibles, misericordiosos y dispuestos. Por algo la fe del nazareno se estaba extendiendo como el vino derramado entre las masas de humildes y desheredados de todas las ciudades del imperio.

—Ya te lo he dicho —respondió al fin—. Le he cortado la mano.

Flavio dejó la cuchara sobre la mesa, al lado del plato. Su ajuar doméstico era tan sencillo como sobria era la casa, en la que había sólo lo justo para llevar una vida digna. Paredes desnudas, colores simples, ausencia total de elementos decorativos, ni un triste crucifijo o la imagen de una deidad cualquiera. Un camastro de innegable estilo militar, un par de taburetes, un arcón para la ropa y otras pertencias, una mesa de madera, un sencillo fogón para cocinar, un retrete cubierto y una estantería –también de madera– con el espacio

justo para algunos instrumentos de aseo, una tablilla de cera para escribir, un estuche con unos pocos pergaminos debidamente enrollados, unos platos, vasos, cuchillos y cucharas y un par de vasijas de recia cerámica. No había más. A su lado, la también sencilla pero más acogedora y espaciosa casa de Sexto se antojaba la villa campestre de un terrateniente ocioso. Claro que si Flavio vivía con estrecheces era porque quería. Al fin y al cabo, un *agens* tenía oportunidades de sobra de llenarse la bolsa y asegurarse un futuro tranquilo, siempre y cuando sus superiores se lo consintieran y no se pusieran demasiado quisquillosos. Alguna vez, en especial cuando llegaba el día de cobro, Flavio había dejado caer que el día menos pensado dejaría a un lado sus cada vez más oxidados principios castrenses de frugalidad y templanza y se dedicaría a hacer lo que los demás.

—Joder, Sexto —gruñó Flavio, tras beber un largo trago de vino —. Te dejo un rato solo y la lías. No contento con negar la sepultura a los muertos, vas y los cortas en pedazos. Un día tendremos que hablar largo y tendido, de hombre a hombre, sobre esa manía tuya de tratar a los pobres muertos como simples trozos de carne putrefacta.

—Bueno, el último todavía está presentable.

—No me interrumpas cuando me sale una buena frase, Sexto. No me suele suceder a menudo. No soy tan leído como tú.

—Disculpa.

—Disculpado. Y ahora, dime: ¿Por qué coño has hecho eso?

—Ya te he contado lo de las marcas que encontré en la palma de la mano derecha de los dos cadáveres. Es lo único que tenemos, fuera de la peculiaridad de la perfección física de nuestros amigos, y lo único que desentona. Decidí llevarme la mano por si acaso, no sea que alguien descubra los cuerpos y se monte un escándalo. Aunque por lo que vi al salir, el portero de los almacenes tiene otras ocupaciones más placenteras que curiosear en nuestras cosas.

Mientras hablaba, Sexto puso sobre la mesa la vasija que había traído consigo. La boca estaba tapada por un pedazo de cuero fuertemente atado al borde del recipiente por un grueso cordel.

Flavio miró la vasija y luego levantó los ojos hacia Sexto.

—¿Qué es eso?

—Imagina —respondió Sexto, encogiéndose de hombros.

Flavio arqueó las cejas y apartó definitivamente el plato de

gachas.

—Ya —asintió—. La mano.

—Ajá —confirmó Sexto—. Bien conservada en vinagre y salmuera.

—Vamos, como si fuera una trucha.

—Lo mismo.

Flavio resopló y dio otro trago de vino. Luego le dijo a Sexto:

—Venga, sácala ya y enséñame esas dichosas marcas.

Sexto desató el cordel y retiró el cuero. Acto seguido, introdujo en la vasija tres dedos de su mano derecha formando una pinza y extrajo el miembro amputado, que dejó vuelto hacia arriba sobre la mesa.

—Mira aquí —le indicó a Flavio, señalando con el dedo la palma de la mano muerta.

Flavio se inclinó hacia adelante para ver mejor.

—Sí, ya lo veo. ¿Pero no decías que era un conjunto ordenado de líneas horizontales y verticales que parecían formar dos letras E opuestas? Lo que yo veo aquí se parece más a la trama de una telaraña.

Sexto asintió.

—Así es. El dibujo ha cambiado.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Te juro por mis muertos que hasta ayer el dibujo de esta palma era mucho más sutil y mostraba un patrón de dos grupos de cinco líneas, organizadas de forma horizontal y vertical. Pero desde anoche es como si las manchas, o lo que quiera que sean, hubieran cobrado vida. Da la impresión de que las líneas se han desorganizado en multitud de fragmentos más pequeños que tratasen de dibujar otra cosa.

Flavio volvió a fijar la vista en el dibujo de la palma de la mano cortada. Mostraba una retícula de aspecto vagamente circular, como un trazo salido de las manos de un niño que estuviese aprendiendo a dibujar.

Flavio resopló de nuevo y se rascó la cabeza.

—La verdad, me cuesta creer todo esto.

—A mí me ocurre lo mismo. Pero hace un rato he consultado los informes de Tito Albino sobre el caso de la mujer que apareció bajo el puente. Hay una referencia a un "tatuaje" en la palma de la mano.

Flavio cogió el miembro y lo observó con detenimiento desde todos los ángulos posibles. La mano desprendía un intenso olor a vinagre y a sal y se mostraba apergaminada y pálida. Tras dudar un poco, pasó un dedo sobre las curiosas marcas de la palma.

—Tienes razón, es como si formase parte de la piel. Nunca había visto nada parecido. ¡Es muy extraño! ¿Tú crees que es algo de brujería?

—Ya sabes que no creo en esas cosas. Y tú tampoco, ¿o sí?

Flavio negó con la cabeza.

—No, pero es que no lo entiendo.

—Yo tampoco pero, como tú mismo me recordaste una vez, "*non semper ea sunt quae videntur*". En este caso creo que la precaución está más que justificada: las cosas no son siempre lo que parecen.

—¿Y por qué habrán cambiado de forma estas líneas?

—Ni idea. Tal vez porque ahora está en una mano muerta —aventuró Sexto.

Flavio siguió mirando fijamente la mano, como si esperara que ésta le revelase sus secretos sólo con hacerlo. Luego suspiró y devolvió el miembro a la vasija, cogió el plato con las gachas y lo vació en el retrete, dejándolo después dentro de un barreño con agua al lado del fogón. A continuación, regresó a la mesa y apuró la copa de vino. De pronto, se quedó quieto, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida, sujetando la copa en la mano pero sin verla. Sexto, extrañado, iba a preguntarle si le ocurría algo cuando el rostro de Flavio se iluminó, sus ojos brillaron y estalló en una carcajada.

—¡Claro! ¡Domicio Petelio! ¿Cómo no lo he recordado antes? —exclamó, mientras dejaba caer la copa sobre la mesa y salía corriendo hacia el dormitorio.

—¿Quién es Domicio Petelio? ¿A dónde vas? —preguntó Sexto, estupefacto.

—No voy. ¡Nos vamos! —lo corrigió Flavio mientras se ponía encima un grueso manto de lana.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

Antes de contestar, Flavio se cubrió la cabeza con un viejo gorro panonio, recuerdo de sus días en la milicia.

—¡A la taberna de Ulfilo! ¿A dónde, si no? —dijo, como si ello fuese lo más lógico del mundo— Tengo hambre, quiero comer algo decente y esas gachas estaban asquerosas. Y también quiero charlar un rato con alguien de confianza que tal vez nos proporcione alguna luz en todo este embrollo. Venga, abrígate y vámonos. Pero antes guarda esa vasija donde yo no la vea.

El anfiteatro de Augusta Treverorum había sido construido hacía un par de siglos en el este de la ciudad, aprovechando parte de la falda de una colina en la que se había excavado la sección oriental del graderío –que en total podía dar asiento a unas dieciocho mil personas–, de forma que subiendo por la empinada ladera de la colina se podía llegar a los muros que delimitaban la parte superior de la cavea. Cuando, tiempo más tarde, la ciudad fue rodeada por una muralla, ésta se unió al anfiteatro de forma tal que su entrada norte quedaba dentro del recinto amurallado y la entrada sur fuera, sirviendo así el edificio de puerta monumental de la ciudad. Los viajeros que accedían por ahí a Tréveris no dejaban de mostrar su asombro y desconcierto cuando, al traspasar el puesto de guardia de la puerta sur, se encontraban en medio de la arena que en ocasiones señaladas servía de escenario a sangrientas cacerías y violentos combates de gladiadores, siendo observados por jovenzuelos ociosos y soldados libres de servicio que dejaban correr las horas sentados en las gradas, viendo ir y venir a la gente, mientras apuraban un frasco de vino barato.

La taberna de Ulfilo ocupaba los bajos de una casa vecinal a tiro de piedra del tramo de la muralla que se unía al coliseo. Era una zona poco poblada en la que se mezclaban terrenos de cultivo con villas suburbanas, parques, caballerizas, almacenes, viviendas y talleres que daban servicio al anfiteatro, al cercano hipódromo y al palacio imperial, que se levantaba también en las proximidades. Podría decirse que era una barriada tranquila, excepto cuando había juegos y carreras, con un continuo trasiego de gentes y mercancías que iban y venían por el decumano. Y ello aseguraba a Ulfilo un permanente flujo de sedienta y hambrienta humanidad a la que procuraba dar –siguiendo el precepto evangélico– inmediata satisfacción a cambio, eso sí, de una justa remuneración. Su especialidad eran salchichas y asados regados con caldos locales de aceptable calidad, si bien su bodega escondía tesoros de importación que sólo eran disfrutados por

los exquisitos paladares de su más selecta clientela, esto es, aquellos que estaban dispuestos a pagar lo que valían. Sólo algunos íntimos, familiares y amigos se libraban de rascarse la bolsa si querían disfrutar de vinos meritorios. Y entre ellos estaba Flavio Maximiano.

—¡Hombre, pero si es el *campidoctor* Maximiano, el terror de los reclutas! —exclamó Ulfilo desde el fondo del mostrador cuando los vio entrar— ¡Sé bienvenido, amigo mío! Ya te echábamos de menos.

Aunque Sexto ya lo sabía por boca de Flavio, no hacía falta ser un adivino para reconocer en las formas cuadradas de aquel gigantón de cabeza güera, rostro sanguíneo, ojos de un azul intenso y espeso bigote a uno de aquellos miles de godos orientales que se buscaban la vida y la fortuna bajo los estandartes del imperio desde hacía generaciones. El rotundo acento que secaba las palabras según las pronunciaba y el hecho de que atendiese por "Ulfilo" despejaba cualquier sombra de duda que pudiera abrigarse sobre sus orígenes.

Hijo de un noble segundón asentado en la Dacia desde antes que él naciera y educado en las costumbres romanas, el antiguo draconario{13} de la *Prima Minervia* se había licenciado con honores hacía más de un lustro. Tras una larga carrera al servicio de Maximiano y Constantino, matando unas veces a bárbaros y otras a romanos en las duras guerras civiles que desangraran al Occidente durante años, Ulfilo finalmente cambió la espada por el espetón y el yelmo por las ánforas de vino, tal y como deseaba su esposa Galeria, que para algo era hija de tabernero. Y no le había ido nada mal con el cambio.

—¡Salud, Marco! —saludó Flavio, estrechando la mano de su camarada—. Sí, es cierto, hacía ya un par de meses que no me pasaba por aquí. La última vez que vine tu gente me contó que andabas por ahí, peleándote un día con los vinateros y otro cerrando ventajosos tratos con los encargados de los almacenes imperiales.

—Bueno, uno tiene que cuidar de sus intereses, ¿verdad? —dijo, guiñando un ojo—¿Qué sería de los buenos negocios sin los buenos contactos? Y hablando de contactos, creo que hoy voy a homenajear como se debe un agente imperial. Por cierto, el mozalbete que te acompaña, ¿es acaso el brillante Sexto Propercio, el hijo del médico militar, del que tanto y tan bien me has hablado?

Sexto saludó con la debida cortesía.

—A mí también me han hablado de tus muchas hazañas, Marco Ulfilo. Es un honor conocerte.

—Vaya, espero que Flavio no haya sido demasiado locuaz al respecto —observó el viejo soldado haciendo un gesto de complicidad —. Hay cosas que nuestras esposas no deben saber…

—Descuida, Marco. El joven Propercio es un celoso guardián de las informaciones más comprometedoras. Pero ten cuidado, que no se le escapa nada.

—Bien, por lo que dices tendré que sobornaros con una buena comida a cuenta de la casa. Venga, no os quedéis ahí, que hace un frío del demonio —Ulfilo se hizo a un lado para invitarles a pasar—. Con la que está cayendo hay poca clientela, así que podré trataros como merecéis. Tengo una mesa estupenda al fondo, junto a un buen brasero. Y acabo de asar un par de capones que os van a saber a gloria.

Flavio y Sexto siguieron a Ulfilo hasta el lugar indicado. En el local sólo había un par de distraídos comensales dando cuenta de unas viandas de aspecto bastante apetitoso en opinión de Sexto, que no había desayunado.

Una vez sentados a la mesa –que, en efecto, disfrutaba de un mayor grado de confort que las otras al estar aislada por un tabique y beneficiarse del calor del brasero–, no tardaron en disfrutar de las excelencias culinarias de los fogones de Ulfilo en forma de dos gordos pollos asados rellenos de cebolla, salchichas, uvas pasas y frutos secos, bañados en su propio jugo y regados por un estupendo vino galo mezclado con agua caliente, miel y especias. Todo un banquete amenizado por los recuerdos de las hazañas bélicas de Flavio y de Ulfilo.

—¿Te he hablado alguna vez de Domicio Petelio?

Sexto tragó un pedazo de pechuga antes de responder a la pregunta de Flavio.

—¿El tipo ese que mencionaste en tu casa? No, nunca. ¿Quién es?

—No *es*. *Era*. Petelio era un gilipollas al que hicieron tribuno de la *Minervia* cuando yo no era más que un recluta al que se le caían todavía los mocos. ¿Te acuerdas, Marco?

—¿De tus mocos? Sí, claro que sí. Eran sólo un poco más verdes que los míos.

Acto seguido Ulfilo estalló en una risotada y luego se metió en la boca una enorme salchicha que desapareció entre sus mandíbulas en un abrir y cerrar de ojos. Después dio un largo trago a su copa y fijó la

mirada en el espeso líquido rojo, dejado que viejos recuerdos volvieran a la memoria.

—¿Quién podría olvidarse de semejante tipo? —se preguntó al fin— Flavio lo ha definido a la perfección. Podríamos decir que Domicio Petelio era un incompetente engreído, un vanidoso, un pedante. Todo lo que quieras y se te ocurra, Sexto. Pero es mejor no malgastar saliva y decir que era, simplemente, un gilipollas. Sin duda, ya nació gilipollas.

—¿Por qué no le cuentas a Sexto cómo acabó? Ya sabes, lo del ataque al campamento. Le va a interesar y yo apenas conozco los detalles de su muerte. Recuerdo sólo lo poco que tú me contaste. Y de eso hace veinte años.

Ulfilo pareció pensárselo, entre trago y trago de vino.

—¡Puf! No deja de ser una historia muy triste. De esas que no me gusta recordar. Empieza tú con lo de los francos y luego sigo yo con lo del ilustre Petelio.

—De acuerdo.

—Me tenéis sobre ascuas —reconoció Sexto.

Flavio bebió un generoso trago de vino antes de iniciar su relato. De la cercana cocina llegaba un espeso y agradable olor a guiso.

—Como bien sabes, Sexto, en el pasado los francos le crearon al imperio muchos problemas. Hace unos setenta años, aprovechando la transitoria debilidad de los gobiernos de occidente, los francos y otras tribus bárbaras se dedicaron a saquear a diestro y siniestro, llegando tan lejos como Tarraco, en Hispania. Finalmente fueron sometidos, pero muchos se establecieron en la parte occidental de la provincia de Bélgica, creando problemas en las comunicaciones con Bretaña, lo que obligó a nuevas acciones militares de nuestra gente.

—Hasta nuestra querida Tréveris fue mancillada —añadió Ulfilo— Los alamanes la arrasaron en tiempos de Claudio Tácito.{14}

—Sí, así fue —confirmó Flavio—. Bien, hace veinte años, cuando me incorporé a filas en la *Minervia*, ya se había restablecido cierto orden en las fronteras. Marco era ya un *semisalis,* un soldado veterano, y fue él quien me enseñó de verdad todo lo que debía saber para sobrevivir, más allá de lo que aprendías de tu centurión en la instrucción.

—Vaya. Vas a hacer que me sonroje.

—Tú no sabes lo que es sonrojarse, Marco. Y no me interrumpas más, que me cortas la inspiración.

»Como te decía, Sexto, en aquellos días había una calma sólo relativa pues no era infrecuente que bandas descontroladas de bárbaros y de desertores, que no tenían otra cosa que perder que el pellejo, cruzaran el Rinhus a la menor oportunidad y se dedicaran a cometer todo tipo de tropelías en aldeas y villas aisladas. Había que reprimir y exterminar a aquellos elementos antes de que su osadía fuese a más y allí estaban la *Minervia* y las otras fuerzas de *limes* para hacerse cargo del trabajo sucio.

»No era una tarea especialmente gloriosa ni reconocida la nuestra. Mientras estabas en la guarnición podías descansar y *disfrutar* de la rutina militar, pero cuando había que salir en persecución de las partidas bárbaras la cosa cambiaba y tenías que estar con los ojos bien abiertos. Las escaramuzas eran lo de menos, pues eran resolutivas; lo peor era andar metido en bosques oscuros en los que la maleza no te dejaba ver a diez pasos, o embarrado en pantanales hediondos en los que los mosquitos eran más temibles que el enemigo. Dormías cuando podías, con un ojo abierto y otro cerrado, sin saber si verías el siguiente amanecer.

»El caso es que aquellas patrullas y persecuciones en realidad no le interesaban demasiado a nadie excepto a nosotros, a los bárbaros y a sus víctimas. No reportaban ninguna gloria a los oficiales que las dirigían y muchos preferían mover sus contactos para que los trasladaran a las unidades de los ejércitos de campaña, donde las condiciones son mucho mejores. De hecho, tanto Marco como yo formamos parte de destacamentos de refuerzo del *comitatus* de Constantino durante las luchas contra Maximiano y Licinio.

—Te pagan más, ves mundo y vives a costa del sufrido ciudadano —lo interrumpió Ulfilo— ¿Qué más puedes pedir? ¿Alguien quiere otro pedazo de pollo?

—No, gracias —declinó Flavio—, pero pásame esos huevos cocidos, por favor. Bueno, fue por entonces cuando alguien decidió prescindir de los inestimables servicios de Domicio Petelio y enviárnoslo a nosotros. Ni los oficiales veteranos, ni nosotros los soldados, tardamos mucho en calibrar al flamante tribuno y empezamos a preguntarnos qué pecado habíamos cometido para tener que estar a las órdenes de aquel fulano. Por fortuna, solía delegar casi todas las tareas de cierta complejidad en la competente oficialidad que lo rodeaba, así que durante un tiempo nosotros seguimos a lo nuestro y él a lo suyo, a sus libros y a sus empalagosos discursos.

Lamentablemente, hubo una vez que decidió tomar el mando directo. Fue la última.

Flavio se detuvo y dio un mordisco distraído a uno de los huevos, que dejó en el plato sin terminar de comérselo. Después apoyó los brazos sobre la mesa y juntó los dedos bajo la nariz, excavando en recuerdos enterrados hacía mucho tiempo en lo más profundo de su memoria.

Sexto esperaba sin decir palabra y sin terminar una porción de capón que se había quedado fría hacía un rato, lo mismo que el vino de la jarra. Al cabo de unos segundos, Flavio prosiguió:

—Un día, a finales del invierno del año de los siete Augustos,{15} nos llegó la noticia de que una numerosa horda de francos y alamanes había logrado cruzar el Rinhus aprovechando que en algunos tramos cercanos a Bonna estaban congelados y andaba ya por los alrededores de Juliacum{16} arrasándolo todo a su paso. Nuestra legión fue de inmediato movilizada y se enviaron varios destacamentos en varias direcciones para tratar de cortar el paso a los bárbaros y obligarlos a retroceder. Pero cuando supimos que el grupo principal, nuestra centuria, estaría al mando directo de Domicio Petelio, muchos nos echamos a temblar. A lo que parecía, nuestro ilustre tribuno, que no sabía distinguir una lanza de una jabalina ni un alazán de un prieto, quería hacer méritos ante sus superiores demostrando que, al fin y al cabo, no era tan torpe como todo el mundo decía.

»No te voy a aburrir con los detalles tácticos ni con nuestras idas y venidas tras los francos, pero el caso es que, tras varios días de peregrinar y de alguna que otra refriega, casi todos sospechábamos que el tribuno no tenía, por decirlo suavemente, un plan de acción claro…

—Lo que no tenía era ni puta idea de lo que tenía que hacer —intervino abruptamente Ulfilo.

—Es otra forma de decirlo —aceptó Flavio—, pero sí: el tribuno no tenía ni idea de lo que se llevaba entre manos.

—Vaya situación.

—Sí, era desesperante. En realidad, los bárbaros nos estaban flanqueando y, pese a ser inferiores en número, nos superaban en audacia, velocidad y táctica. Petelio ignoraba los consejos y ruegos de los centuriones y parecía creerse que estaba en un desfile militar. Pero claro, era el jefe. Y, como tal, a última hora eligió como emplazamiento de nuestro campamento una vaguada que era a todas

luces una ratonera, difícil de defender y más difícil todavía de evacuar en caso de retirada. Pero, por alguna razón, el tribuno estaba empecinado con acampar allí. No hubo forma de convencerlo de que era mejor buscar otro sitio, cualquier otro, así que no nos quedó más remedio que levantar y fortificar el campamento lo mejor que pudimos, tomar un refrigerio y tratar de descansar un poco, rogando cada uno a su dios que los bárbaros tuviesen una noche tranquila pues, de lo contrario, allí seríamos presa fácil.

—Pero al final ocurrió lo que tenía que ocurrir, ¿no? —intuyó Sexto— Tito, mi padre adoptivo, me comentó en alguna ocasión que en la valetudinaria de Bonna tuvieron que atender a una gran cantidad de heridos de una centuria de la *Minervia* que había sido víctima de una sangrienta emboscada nocturna.

Flavio asintió y apuró la copa de vino. Sus ojos y su rostro reflejaban la tristeza que lo embargaba conforme desgranaba el relato y las pocas ganas que tenía de continuar. Y, en efecto, le cedió el testigo a Ulfilo.

—Por favor, Marco, sigue tú. Al fin y al cabo conoces el resto de la historia mejor que yo.

El viejo godo sonrió, pero sólo para tratar de ocultar también su aflicción.

—Perdimos a muchos y muy buenos amigos aquella noche, Sexto. Parece ser que nuestro ilustre tribuno eligió aquel sitio porque al otro lado del arroyo, en el centro de un bosquecillo, estaban los restos de un pequeño templo consagrado a Cibeles. Petelio eligió a media docena de hombres para que lo escoltasen, entre los que me encontraba yo, y para allá nos fuimos. De excursión.

Sexto no daba crédito.

—¿El tribuno abandonó el campamento en una situación de guerra para ir a ver un santuario?

—Así fue. Una locura, ¿verdad? Petelio nos condujo hasta el templo, que llevaba abandonado mucho tiempo y se encontraba en un estado ruinoso. Recuerdo que, tras abrirnos paso a cuchilladas entre la espesa maleza que lo rodeaba, el tribuno exhaló un profundo suspiro y exclamó, para nuestra sorpresa, "*¡Os maldigo, tinieblas que todo lo devoráis!*" o algo así.

Sexto dio un respingo.

—¿Lo que dijo no sería acaso "*Yo os maldigo, siniestras tinieblas del*

Orco, que devoráis todas las cosas bellas"?

Ulfilo, pasmado, abrió los ojos de par en par. Flavio sonrió.

—Pues…, sí. Creo que fue eso. ¿Cómo lo sabes?

—"*At vobis male sit, malae tenebrae Orci, quae omnia bella devoratis*" —recitó Sexto de nuevo, con una entonación exquisita—. Es parte de un poema amoroso que Cátulo, un escritor de hace trescientos años, dedicó a su amada Clodia, a la que en el poema llamaba Lesbia, y que estaba triste porque se le había muerto un pajarillo al que tenía en mucha estima y… Pero bueno, eso es lo de menos. Perdona la interrupción.

—¿Ves, Marco? Esas son las ventajas de ser una persona culta —se mofó Flavio.

—Ya lo veo, ya. Como tu amigo sea tan diestro con la daga como con los libros, voy a tener que empezar a preocuparme. Bien, mejor sigo con lo que estaba contando. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!

»El caso es que aquel absurdo paseo tuvo un brusco final cuando a nuestras espaldas se desató el infierno: los bárbaros, como nos temíamos todos excepto el tribuno, habían lanzado un feroz ataque contra el campamento ocultándose en las primeras sombras de la noche. Aprovechando las empinadas laderas que rodeaban el lado occidental de la vaguada, arrojaron grandes troncos untados de aceite y grasa a los que habían prendido fuego y que se estrellaron contra nuestra débil empalizada. Antes de que los camaradas tuviesen tiempo de reaccionar, decenas de flechas incendiarias cruzaron el cielo para clavarse en tiendas, escudos y soldados. Y cuando las llamas comenzaron a extenderse y a devorarlo todo, los francos y sus amigos se lanzaron en masa sobre el punto más débil del reducto, tal y como hubiésemos hecho nosotros en su lugar. Eran menos que nosotros pero por su fiereza, audacia y convicción parecían tres veces más. Hachas, lanzas y espadas destellaban entre las llamas, partiendo corazas, atravesando cuerpos y enfangando la tierra de sangre. Ése fue el espectáculo con el que nos encontramos cuando salimos del bosquecillo.

»Sin pensárnoslo dos veces, y sin prestar la más mínima atención a Petelio que, inmóvil, mudo y pálido, se escondía detrás de nosotros sin ser capaz de tomar decisión alguna, los seis hombres de su improvisada escolta desenvainamos las espadas, atravesamos el riachuelo y nos lanzamos al combate. "*Roma Victrix!*" oímos gritar entonces al viejo centurión Liberio, que había conseguido reagrupar al grueso de lo que quedaba de la centuria y retroceder hasta el centro

del campamento para formar un cuadro defensivo erizado de lanzas que asomaban desafiantes sobre los escudos.

»Tan ocupados estaban los bárbaros embistiendo contra el sólido muro de nuestros camaradas que no repararon en que otro grupo de legionarios se disponía a atacarles por el flanco derecho. En efecto, mis cinco compañeros y yo habíamos logrado reunir a otros tantos soldados dispersos y cargábamos dando alaridos contra ellos. Los francos, sorprendidos, retrocedieron y, aprovechando el momento de desconcierto, Liberio ordenó una carga general que desbarató por completo al enemigo. Su jefe, un tiparrón enorme y bigotudo que blandía una enorme hacha y estaba equipado a la romana, comprendió de inmediato que las tornas habían cambiado y ordenó la retirada.

»Antes de que nos diésemos cuenta, los francos se habían esfumado dejando en el campo de batalla una veintena de muertos y heridos que fueron rápidamente rematados. Pero la peor parte nos la habíamos llevado nosotros, pues contamos treinta y ocho bajas. Casi la mitad de nuestra centuria. Entre los heridos estaba Flavio, que yacía medio inconsciente sobre un franco al que había atravesado de lado a lado con su lanza antes de recibir un espadazo en un costado y otra en el brazo derecho. Lo despachamos a Bonna con el resto de los heridos.

—Ahora ya sabes de dónde salió esa enorme cicatriz que luzco en verano —interrumpió Flavio, dirigiéndose a Sexto—. No me extrañaría que tu padre fuese el médico que me remendó al día siguiente.

Sexto asintió.

—Sí, mi padre me contó en ocasiones cosas sobre el resultado de escaramuzas como esa —dijo—, pero no solía dar demasiados detalles. Cuando crecí y empecé a ayudarlo en la valetudinaria no tardé en comprender el porqué de sus silencios al respecto. ¿Pero qué fue de Petelio?

Flavio le hizo una seña a Ulfilo.

—Ahora nos lo contará Marco. Él fue testigo de todo lo ocurrido y yo bastante tenía con lamerme las heridas. Como ya te he dicho, apenas llegué a enterarme de alguna cosa más tarde, al calor de una jarra de vino en la taberna de la guarnición.

El godo disfrutó de la expectación de Sexto mientras apuraba de un trago su copa y se servía a continuación otra generosa dosis que desapareció en su gaznate a la misma velocidad que la anterior.

—Cuando todo terminó —continuó—y nos pusimos a hacer

recuento de los vivos y los muertos, nos dimos cuenta de que nuestro estimado tribuno no estaba ni entre unos ni entre otros. Y, más que nada para asegurarse de que al menos nos habíamos quitado de encima al tipo, Liberio nos mandó a Cayo Vero y a mí…

—¿Cayo Vero?

—Sí, un sobrino de Julio Vero. Un buen chaval. Por entonces, su tío llevaba ya unos cuantos años apartado del camino de la rectitud, pero Cayo nunca fue muy dado a hablar de su pariente. Quizás fuese lo mejor. Un par de años más tarde murió en otra emboscada fronteriza.

»El caso es que Cayo y yo cogimos un par de antorchas y nos fuimos a buscar a Petelio. Echamos una ojeada al río, por si hubiese caído por ahí, pero no hubo suerte. Entonces se me ocurrió ir al santuario de Cibeles. Y acerté.

—Se había escondido allí para escapar del combate, ¿no? —aventuró Sexto.

—Pues no estoy muy seguro, la verdad. A pesar de todos los años que han pasado, no lo sé. El caso es que, a la luz de nuestras antorchas, junto a las ruinas apareció un franco muerto. No sé cómo, pero estaba tieso y bien tieso.

—¿Por qué lo dices? —se interesó Flavio.

—Porque no tenía herida alguna. Ni una cuchillada, ni un lanzazo, ni una gota de sangre. Nada. Sólo una mancha oscura humeante en el pecho y una hacha enorme tirada a su lado.

Flavio y Sexto cruzaron una mirada de asombro, pero no dijeron nada. Ulfilo, que no dejó de notar la excitación en el rostro de su amigo y de su acompañante, siguió con su narración.

—Visto lo visto, desenvainamos las espadas y entramos. No tardamos en encontrar a Petelio en el fondo del templo, arrodillado junto a una estatua descabezada de la diosa, como enloquecido, balbuceando incoherencias, sosteniendo en una mano una especie de aro de metal dorado, del tamaño de una diadema. Presa del frenesí que lo embargaba, ni siquiera se dio cuenta de nuestra presencia hasta que lo cogimos por los hombros y lo llamamos por su nombre. Entonces pareció que volvía por un momento a la realidad. Nos miró con los ojos enrojecidos, muy abiertos, señaló al bárbaro muerto y exclamó: "*La diosa, la diosa lo ha matado*".

Sexto sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿En serio? ¿Eso dijo?

—Así es, Sexto. Lo repetía una y otra vez, llorando como un niño.

—Sigue, por favor.

—Bueno, Vero y yo recogimos sus cosas y arrastramos al tribuno fuera del templo. Tras reunirnos con nuestros camaradas, enviamos a Petelio y a los heridos a Bonna con una escolta y los demás nos quedamos para dar sepultura a los muertos y asegurarnos de que los francos no merodeaban por los alrededores.

»Al poco de regresar a nuestra base, el tribuno perdió del todo la poca cordura que le quedaba y el *dux* decidió que estaría mejor en su casa. Por lo que llegamos a saber algo más tarde, murió pocas semanas después tras haber contado que, al darse cuenta de que los francos atacaban, se había escondido entre las ruinas del templo tratando de reunir el suficiente valor para seguirnos al campamento y luchar.

»Vio entonces, medio enterrada junto a la base de la estatua de Cibeles, lo que en principio creyó que era un adorno de la diosa, una diadema o una corona. No pudo evitar recoger aquel objeto, que resultó ser un aro de metal, de un extraño metal dorado. El aro tenía una especie de empuñadura cubierta de extraños símbolos, y cuando se estaba preguntando qué sería aquello, apareció un franco enorme dando alaridos y blandiendo su hacha, corriendo hacia él con la evidente intención de partirlo por la mitad. Antes de que se diera cuenta lo tenía casi encima y, aterrorizado, el tribuno alzó la mano con el aro para tratar de frenar el inminente golpe. De repente, el aro brilló, se produjo un intenso resplandor y el bárbaro cayó muerto a sus pies. Y esa es toda la historia.

Ulfilo se sirvió otra generosa ración de vino mientras los fogones apuraban los últimos rescoldos. Flavio y Sexto guardaban silencio, tratando de asimilar todo lo que les había contado el viejo godo y hacerlo encajar en el caso que les ocupaba. Y como era habitual, fue la despierta e inquieta mente de Sexto la que primero enhebró todos los hilos y extrajo las conclusiones oportunas.

—Marco, muchas gracias por contarnos todo esto. Créenos cuando te decimos que nos va a ser de gran utilidad. Pero permíteme que te haga un par de preguntas al respecto.

—Tú dirás.

Sexto cruzó su mirada con la de Flavio por un instante. Éste asintió.

—Has dicho que el aro, la diadema o lo que fuese que encontró Petelio tenía unos símbolos en la empuñadura.

—Ajá.

—¿Recuerdas cómo eran?

El servicial godo meditó un instante su respuesta, mientras se acariciaba la barbilla y se concentraba en aquellos lejanos reflejos de su memoria.

—¡Buf! Casi lo había olvidado, han pasado muchos años. Pero creo recordar que eran líneas que formaban un recuadro...

Sexto sintió cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Entonces, mojó dos dedos en su copa de vino y trazó sobre la mesa el extraño símbolo que encontrase en las palmas de las manos de los cadáveres.

—¿Era algo así?

Ulfilo lo miró asombrado.

—¡Sí, exactamente eso! ¿Cómo has podido saberlo?

Y, sin molestarse en responder, Sexto inquirió:

—Por favor, Marco, esto es muy importante: el aro ese, ¿qué fue de él?

El franco se encogió de hombros.

—Ni idea. Se lo quité a Petelio de las manos y se lo di a Vero, junto con el resto de las armas del tribuno. Tras nuestro regreso al campamento no volví a preocuparme por esa cosa. Hasta hoy. ¿Pero por qué os interesa tanto toda esta historia?

El día ya estaba próximo al ocaso cuando salieron de la taberna de Marco Ulfilo. Del cielo, de nuevo encapotado, empezaban a caer gruesos copos de nieve. Apenas algunos transeúntes ateridos apresuraban el paso para buscar calor, comida y refugio en sus casas o en los locales que aún permanecían abiertos.

Sexto respiró hondo, casi con satisfacción, el helado aire del exterior. Durante un instante entretuvo la mirada en un viejo carromato que, tirado por un mulo y conducido por un individuo envuelto en un grueso manto con capucha, transportaba un desmedido cargamento de leña al interior de la ciudad. Por lo menos, consideró

Sexto, el tipo había tenido el buen juicio de cubrir la madera con unas lonas aunque, por la forma chapucera en que lo había hecho, se veía que llevaba prisa. Claro que no era para menos, tal y como se había puesto la tarde.

—Y ahora, ¿qué crees que debemos hacer?

La interpelación de Flavio hizo que Sexto se volviese para mirar a los ojos de su mentor. Para su sorpresa, lo que encontró en ellos y en su expresión fue el claro reconocimiento de que sus respectivos papeles empezaban a invertirse, quizás para siempre. Flavio tenía claro que, al menos en aquel caso, era a la despierta mente de Sexto a la que correspondía trazar el camino a seguir. Y por la discreta sonrisa dibujada en el rostro del viejo *campidoctor*, no cabía duda que se encontraba muy cómodo en esa nueva situación y le cedía de buen grado el bastón de mando.

—Va siendo hora de que hagamos una visita a Julio Vero —sugirió—. Creo que está en posesión de algo a lo que deberíamos echar un vistazo.

—La diadema esa de Petelio, ¿no? —supuso Flavio.

—¿Qué otra cosa podría ser? Apostaría la bolsa a que su sobrino Cayo se quedó con ese objeto tan curioso y que, tras su muerte, pasó a manos del viejo.

Flavio sonrió y palmeó amistosamente la espalda de Sexto.

—Como tú digas, compañero.

SEXTUS

23 de diciembre

Con los pies hundidos hasta los tobillos en la nieve, Crispo permanecía oculto tras el grueso tronco de un roble caído en la primera línea de árboles que llegaba hasta la misma orilla del río, encerrado en un amplio meandro al norte de Tréveris. Brillando bajo un débil Sol amenazado por espesas nubes procedentes del norte, la nieve se extendía hasta donde alcanzaba la vista formando pequeños y suaves montículos entre la arboleda.

Cubierto por un grueso manto, una *paenula* {17}de lana de color claro, Crispo trataba de alejar el frío que empezaba a extenderse por todo su cuerpo. La pequeña hoguera que había encendido un rato antes apenas espantaba las glaciales rachas de viento que le cortaban la cara. No quería estar allí, pero era su deber. Era lo que tenía que hacer. Varias vidas, incluida la suya, dependían de que hiciese bien su trabajo. No había alternativa.

Según los cálculos, ya no faltaba mucho para que el portal se abriese a sólo unas pocas decenas de metros frente a él. Una vez más, para asegurarse y por hacer algo, se puso de pie, extrajo la esfera de la bolsa que colgaba de su hombro bajo el manto, posó su mano derecha sobre ella para activarla y concentró su pensamiento en la orden de comprobación. Casi de inmediato, la imagen de una trama de delicados haces de luz violeta cobró vida en su mente y se proyectó ante sus ojos, convergiendo en un punto en el aire justo entre dos robles y un afloramiento rocoso cubierto de nieve. Apenas cinco minutos. Como siempre, el calculador multidimensional de la esfera había hecho bien su trabajo. Si todo se desarrollaba sin problemas, pronto podría estar de vuelta en casa.

"*En casa*"

Crispo se dio cuenta de que aquellas dos palabras habían surgido de forma espontánea e inconsciente en su mente: En casa. Sí, era donde quería estar pero, ¿dónde estaba, en realidad, su casa?

¿Quizás en la pequeña estancia del piso superior de la vivienda de Marcia y su familia?

¿Acaso en la sucia habitación que había compartido con un gato

callejero medio tuerto en una infecta ínsula de Roma, frente al abandonado teatro Marcelo? Hacía algo más de un lustro, allí lo conocían como Décimo Manlio Celer, de profesión maestro tallista. No en balde, había buscado alojamiento frente al viejo auditorio que, convertido en cantera urbana, suministraba material de construcción para nuevos edificios o para la reparación de los puentes sobre el Tíber. Fue en la milenaria capital del imperio donde se había producido, tras años de aparente olvido, la primera infiltración de un comando del Consejo Supremo y la primera muerte entre los Exiliados.

¿Quizás su hogar fue la elegante mansión del mercader Eusebio, en Cartago, donde pasase casi doce años bajo la identidad de Tarasio, su secretario y hombre de confianza? Por un momento, Crispo dudó. Rememorar Cartago era evocar el cálido abrazo de Alena. Su sonrisa. Su voz. Sus labios. Su cuerpo. Sus lágrimas. Muchas veces, siendo ya Décimo Manlio o, más tarde, Fabio Crispo, se había preguntado cómo debió encajar Alena la noticia de que el barco en el que su amante y su hermano mayor regresaban al África había naufragado al sur de Sicilia. Eusebio se había salvado, pero de su fiel Tarasio nunca volvió a saberse nada. El mar se lo había tragado y ahora disfrutaba de la gloria del cielo. Quizás si unas semanas antes Alena no hubiese empezado a manifestar su extrañeza ante el desconcertante hecho de que su amado, que se suponía era casi quince años mayor que ella, no mostrase ni el más mínimo efecto del paso del tiempo, mientras que a ella ya empezaban a asomarle las canas en su hermoso pelo azabache, quizás –sólo quizás– él no se hubiese dado tanta prisa en desaparecer.

No, era mejor no recordar eso. Mejor quedarse con las imágenes, los sonidos, los aromas, las texturas, los sabores, las sensaciones experimentadas durante los incontables viajes que hiciese al lado de su patrón por todo lo largo y ancho del imperio, de Cartago a Lutecia, de Roma a Alejandría, de Tarraco a Antioquía, de Atenas a Heliópolis… Fue una década maravillosa a través de un mundo convulso, muchas veces cruel y violento, pero vivo y fascinante. Nunca se había sentido más libre. Y por ello ahora estaba dispuesto a luchar, a morir y a matar para que los Exiliados supervivientes pudiesen seguir disfrutando de ese derecho. De poder ser libres. De poder elegir. De poder vivir.

Pero ninguno de esos lugares, por bien que se sintiera en ellos, era su verdadero hogar. Éste estaba lejos, mucho más lejos de lo concebible para cualquier persona de aquella época o de las que estaban por nacer en las siguientes sesenta generaciones. Tendría que subir casi dos mil años en la línea del tiempo para poder encontrar a

alguien que pudiese siquiera entenderlo y aceptar que tras aquella apariencia de maduro treintañero había en realidad un inquieto septuagenario que todavía no había cruzado el ecuador de su vida. A no ser que mediase algo como lo que se disponía a hacer en unos minutos contra otro ser humano, pasarían todavía muchas décadas sin que tuviese que empezar siquiera a preocuparse por el último desafío que todo ser consciente debe enfrentar: su propia muerte. Aunque él y los que eran como él también jugaban con ventaja en esa partida, porque podían elegir entre la extinción definitiva o la transferencia del contenido de su mente al frío letargo de los circuitos de memoria de las esferas, a la espera de que alguien decidiese algún día traer su conciencia de nuevo al mundo. Claro que esa opción se antojaba, cuando menos, improbable en el mundo en el que habían elegido vivir.

Pero, para quienquiera que fuese el que estuviese a punto de asomarse a aquel mundo a través del portal, no habría elección posible. Y para la inmensa mayoría de los cincuenta millones de personas que luchaban a diario por sobrevivir bajo el pesado yugo de los emperadores romanos, gentes sencillas y desamparadas cuya longevidad apenas alcanzaba los cuarenta años, la esperanza de una vida más allá de la muerte era algo que sólo cabía esperar de la benevolencia de un Ser Supremo. En él fiaban sus anhelos y sus oraciones. Y así seguiría siendo durante siglos. Porque sólo los dioses eran inmortales.

Y los dioses vivían en los cielos. En el Olimpo. En el Valhalla. En el Paraíso. En los grandes complejos que en su realidad flotaban en el espacio alrededor del Sol o en las ciudades que se asentaban con firmeza sobre la superficie de cien mundos inimaginablemente lejanos. Los dioses podían vivir incluso más allá, pues habían logrado romper y manipular la urdimbre misma de la Creación, la trama de cuerdas que sustentaba la existencia del espacio y del tiempo, para moverse a su antojo a través del infinito número de realidades paralelas del universo reescribiendo, si así lo deseaban, las líneas del destino de muchas de ellas. Eso es lo que habían hecho los Exiliados. Pero habían roto las reglas de los otros dioses y por ello ahora les perseguían.

De repente, se produjo un cambio en el entorno que alejó a Crispo de sus divagaciones. El aire se había hecho más denso y cálido, y no tardó en percibir el familiar cosquilleo de la piel, en sentir que todo a su alrededor empezaba a oscilar, al principio de forma casi imperceptible pero en seguida de modo evidente. Frente a él, entre los dos robles y la roca cubierta de nieve, la realidad latió y se deformó.

Durante un segundo el mundo se incendió en un destello de

colores indefinibles y todo pareció quedar detenido, congelado, inmóvil. Él mismo experimentó un gélido éxtasis que apenas duró un segundo. Al instante siguiente, el espacio y el tiempo giraron sobre sí mismos y se retorcieron. Crispo sintió que todo su cuerpo era atraído hacia la esfera traslúcida que acababa de manifestarse ante él y sobre la que cada árbol, cada roca, cada copo de nieve, cada brizna del aire circundante, cada rayo del Sol poniente, se deformaba en formas imposibles, como las irisaciones que se dibujaban sobre una pompa de jabón, aparentemente de forma azarosa pero en realidad siguiendo un orden en el caos.

La burbuja de espacio-tiempo volvió a latir para, a continuación, contraerse hasta la mitad del tamaño que tenía un instante antes, apenas la altura de un ser humano adulto. Un nuevo latido. Una nueva expansión. Una última contracción.

La esfera desapareció. Los árboles volvieron a mostrarse enhiestos y rotundos, las rocas no variaron su posición inmutable. El viento volvió a dejar sentir su aliento helado y cruel. Donde unos instantes antes se había manifestado la sección espaciotemporal, la nieve se había derretido y formaba regueros que empezaban a serpentear hacia las heladas aguas del Mosela.

Pero ahora había algo más allí. Una persona. Una mujer. En cuclillas y de espaldas a él. Aturdida. Indefensa. Desnuda.

Crispo dio un paso al frente mientras buscaba algo entre sus ropas.

Tras unos segundos de desconcierto la mujer, que seguía sin ser consciente de su presencia, se puso en pie y buscó con la mirada la pequeña caja que se había materializado con ella. El viento del norte volvió a soplar, agitando una espesa y larga melena cobriza y haciendo que todo su cuerpo, joven, bello, perfecto, se estremeciese en un escalofrío.

Entonces Crispo pisó una rama.

La mujer, sorprendida por el crujido, se volvió de inmediato. Sus ojos se cruzaron y en el rostro de la mujer se dibujó una expresión de asombro. Era alta, hermosa y bien proporcionada. Como lo eran todos los humanos allí de donde ella procedía. Como lo era él.

Crispo levantó su arma. Al ver el brillante aro dorado apuntando hacia su cabeza, la joven palideció, levantó instintivamente una mano, en un desesperado intento de protegerse y trató de decir algo, pero no tuvo tiempo. El destello fue breve, intenso y mortal. La mujer ya

estaba muerta cuando su cuerpo empezó a desplomarse sobre la nieve. Crispo se acercó a ella a tiempo de ver cómo una breve columna de humo blanco se elevaba desde la pequeña herida circular que el rayo había dibujado entre sus grandes y hermosos ojos turquesa.

Crispo guardó el aro de energía en su funda bajo el manto. Se arrodilló junto al cadáver y le cerró los ojos. Tal y como había hecho en anteriores ocasiones, musitó:

—Lo siento. Has llegado hasta aquí sólo para encontrar la muerte. Pero si vosotros morís, nosotros vivimos. Descansa en paz, Protectora.

Acto seguido, sacó de nuevo la pequeña bola de su bolsa y la depositó sobre la palma de la mano derecha de la muerta. Justo sobre la figura dibujada por las diez líneas. Crispo apoyó a su vez su mano sobre la bola y concentró su mente. Por un instante, el dibujo de la mano de la muerta brilló y se fundió con la trama gemela de la superficie de la esfera. Ya no podía salvar la conciencia de la mujer, pero sí restos de su memoria y toda la biometría que almacenaba su ahora casi apagada red genotrónica. Cuando tuviese tiempo podría examinar en detalle toda esa información.

Crispo devolvió la esfera a la bolsa, se levantó y luego recogió la caja de piel viva que había llegado con la mujer. Supuso que en su interior habría lo habitual: algo de ropa y dinero de la época, un aro de energía, un módulo médico y una esfera. Lo mismo que habían traído consigo los otros Protectores abatidos. Lo mismo que, un día ya lejano, él había traído también.

Por lo menos, pensó Crispo mientras arrastraba el cadáver hasta la improvisada tumba que había excavado un rato antes, esta vez la burbuja espaciotemporal se había materializado en las afueras de la ciudad, con lo que le había dado más tiempo para preparar el recibimiento. Las últimas apariciones habían tenido como escenario la misma Tréveris y ello le había complicado en extremo la vida, pues en un par de ocasiones apenas había tenido tiempo más que para quitarse de en medio, una vez eliminado el objetivo, antes de que algún ciudadano madrugador hiciese acto de presencia. Fue el caso del santuario de Asclepio, cuando estuvo a punto de ser descubierto por un viejo siervo del templo. Pero, por fortuna para el anciano y para él, las sombras del altar frente a la escalinata fueron suficientes para evitar una madrugada más mortífera.

Una vez dentro de su helado sepulcro, Crispo cubrió el cuerpo de la mujer con tierra, nieve, ramas y piedras. Terminada la tarea, examinó el resultado con ojo crítico y quedó bastante satisfecho. Era poco probable que nadie pasase por allí hasta la primavera y más

improbable aun que alguien descubriese la tumba. Además, había aprendido las lecciones de errores anteriores. "*Experientia docet*", pensó. Hacía poco había eliminado a otro Protector junto al río y lo había enterrado a toda prisa cerca de la orilla. Demasiado cerca, pues una inesperada crecida del Mosela, a causa de unas lluvias desmedidas, había arrastrado el cuerpo río abajo hasta dejarlo cerca de un embarcadero. Tampoco había tenido excesiva suerte con su anterior víctima, otra mujer a la que mató cerca de los baños imperiales. Había arrojado el cuerpo a las cloacas, pero no tardó mucho en aparecer varado bajo el puente. En cualquier caso, tampoco tenía por qué preocuparse en exceso: en aquella época, lo raro era no encontrarse un muerto en cada esquina.

Un rato más tarde, cuando ya el Sol acariciaba las suaves colinas boscosas que se extendían al este de la ciudad, Crispo terminó de preparar el carromato. Ir a por un cargamento de leña seca a un almacén de las afueras había sido la excusa perfecta para su pequeña excursión cinegética. Antes de partir, sacó de la caja de la Protectora las monedas y el módulo médico y luego la dejó sobre una roca. Acto seguido, tras alejarse unos pocos metros, disparó su aro contra la caja. Con un último e intenso destello, ésta y todo lo que contenía se desintegró, evaporándose en una infinitud de partículas que enseguida dispersó el viento.

Algún día, pensó Crispo mientras arreaba al mulo e iniciaba el viaje de vuelta a la ciudad, tendría que tratar de entender por qué sólo la materia viva podía atravesar las burbujas espaciotemporales. Nada artificial, metálico o sintético, podía cruzarlos si no estaba convenientemente protegido. Tampoco es que supusiese un problema, pues hacía siglos que su gente era capaz de crear cualquier cosa viva con cualquier fin imaginable. Pero sumergirse en el gélido río del tiempo, aunque sólo fuese durante un segundo, no era una experiencia demasiado agradable. Suponía exponerse a un frío intenso, profundo, casi mortal. Por eso tan poca gente estaba dispuesta a hacer el viaje.

Pero, sobre todo, debía tratar de averiguar por qué durante tres décadas el Consejo Supremo no había dado señales de vida y ahora, en el breve lapso de unos meses, había enviado a varios de sus Protectores, primero a Roma y luego a Tréveris. Desde el mismo momento que pusieron los pies en esta realidad dejaron claras sus intenciones: eliminar a los Exiliados. Uras había sido el primero en caer y Crispo nunca se lamentaría lo suficiente por no haber llegado antes a la cita que tenía concertada con él en las Termas de Constantino. De haberlo hecho, tal vez hubiera podido salvar a su amigo.

¿Cómo les habían localizado? La única explicación que se le ocurría era que alguien había conectado una baliza temporal, o al menos estaba intentando hacerlo. Pero se suponía que sólo existía una en aquella realidad y durante años habían creído que estaba desactivada y a buen recaudo. Otro miembro del grupo, Nanshe, le confirmó que Uras había sido el primero en detectar la infiltración y que, tras el asesinato de éste, él en persona había verificado que la baliza estaba tan desactivada como siempre. De inmediato, acordaron un plan de acción para proteger al resto de los expedicionarios y tratar de averiguar qué estaba pasando.

Desde entonces no había vuelto a contactar ni con Nanshe ni con ningún otro Exilado, aunque ello no significaba nada. De hecho, en aquella situación era casi lo más aconsejable. Cuando considerase que el peligro había pasado, ya se preocuparía por averiguar dónde se habían metido sus camaradas.

La nieve empezaba a caer de nuevo con fuerza cuando atravesaba la arena del anfiteatro. Crispo escondió la cabeza en la capucha tratando de protegerse del frío. Una vez dentro de la ciudad, observó cómo apenas un puñado de ateridos transeúntes apresuraban el paso para buscar refugio en sus casas o en los locales que aún permanecían abiertos.

A la puerta de uno de ellos, una agradable taberna, que Crispo sabía propiedad de un viejo veterano godo cuya especialidad eran las salchichas y los asados, le sorprendió la mirada inquisitiva e inteligente de un fornido y bien parecido individuo de unos veintitantos años que observaba con curiosidad el carromato. Por alguna razón, el rostro le resultaba vagamente familiar, pero no fue capaz de saber por qué. Al lado del joven, un hombre ya entrado en la cuarentena y con el rostro marcado por las cicatrices de la vida y de mil batallas le estaba preguntando algo. A través del viento y la nieve, Crispo creyó oír la pregunta:

—Y ahora, ¿qué crees que debemos hacer?

El hombre joven se volvió y le respondió, pero el viento cambió de dirección y Crispo ya no pudo oírle.

SEPTIMUS

24 de diciembre

Hora quinta

En el exterior hacía frío y nevaba de forma copiosa, pero en el interior de la gran basílica de Constantino la temperatura era agradable. Muy agradable.

Sexto le calculó a ojo al edificio unos doscientos y pico pies de largo, unos noventa de ancho y no menos de cien de alto.{18} Viendo la suntuosidad del enorme salón, en el que los elaborados mosaicos geométricos competían en esplendor con las brillantes lámparas de bronce y con el pulido mármol multicolor del pavimento, de las columnas y de las estatuas, no tardó en preguntarse cuánto costaría mantenerlo caliente. Claro que, ya puestos, lo mismo cabría preguntarse sobre el conjunto de todas las residencias imperiales repartidas por la ciudad, así como sobre las grandes termas públicas y algunas lujosas residencias particulares.

En realidad, la respuesta era sencilla, pues todo el mundo sabía que en los sótanos de esas magníficas construcciones, soberbios ejemplos del arte arquitectónico, legiones de esclavos y de trabajadores se deslomaban acarreando día tras día, hora tras hora, miles de libras de madera con las que alimentar los insaciables e infernales hornos que permitían a los honrados ciudadanos romanos disfrutar de un saludable baño de vapor en el *caldarium* mientras en la calle un viento helado congelaba hasta las ideas. Pero, ¿a quién le importaba realmente las condiciones en las que vivían y morían los niños y hombres a los que estaba encomendado el buen funcionamiento de las calderas? A nadie. Lo importante era estar cómodos y calientes.

Y seguro –pensó Sexto, observando el ir y venir de funcionarios, guardias, criados, eclesiásticos y particulares a la espera de una audiencia– que la cátedra imperial que presidía el ábside de la basílica, flanqueada por los estandartes del águila y del lábaro, tenía también calefacción. Al fin y al cabo –se le ocurrió–, el bienestar del culo de un emperador es un asunto de estado. Más de un reino había caído por culpa de unas inoportunas hemorroides y ahí estaban para demostrarlo los casos de Calígula, Nerón, Vespasiano o Heliogábalo, que las sufrieron en silencio. Al final, tanto padecimiento les envenenó

el alma y terminaron cometiendo mil barbaridades. Si sus médicos, pensaba Sexto, hubiesen prestado más atención a las enseñanzas de Hipócrates, como hubiera hecho el viejo Tito Claudio Propercio en tal circunstancia, el imperio se habría ahorrado más de un disgusto: «*Yo recomiendo para su tratamiento, preparar siete u ocho pequeños pedazos de hierro, del tamaño de una brasa, y una espina hueca gruesa que en un extremo tiene un gancho y en el otro un pequeño recipiente oval… el día anterior al procedimiento se purga al enfermo con medicamento y el día de la operación se aplica el cauterio, colocando previamente al enfermo sobre su espalda sobre una almohada en su cadera, forzando a exteriorización de su ano con los dedos, tanto como sea posible y quemando las hemorroides hasta secarlas, sin omitir ninguna... las hemorroides se reconocerán sin dificultad y cuando el cauterio se aplique al enfermo, éste gritará proyectándolas más exterior… cuando se hayan quemado se aplicará una cataplasma de lentejas y brea finamente trituradas y hervidas, por cinco o seis días... al séptimo día se corta una gasa delgada humedecida con miel y con el dedo índice de la mano izquierda se empuja tan profundo como sea posible y se deja dentro del ano... Cuando el enfermo evacua, éste debe lavarse con agua caliente y cada tercer día debe tomar un baño*».

—Sexto, mira. Ahí viene.

—¿Eh?

Perdido en sus divagaciones, Sexto tardó un momento en darse cuenta de que Flavio señalaba con un gesto a un obeso y calvo individuo, feo como un pecado, que acababa de entrar en la basílica sacudiéndose la nieve y temblando de frío. Sin cruzar palabra con nadie, se fue directo a uno de los braseros cercanos a la entrada y trató de apaciguar la tiritona calentándose las manos sobre los carbones. Al cabo de un par de minutos, y todavía pálido, se alejó del trípode, se quitó el mojado manto y se hizo un hueco entre la gente que esperaba sentada en uno de los bancos su turno para resolver sus asuntos. El calor que subía desde el suelo a través de las canalizaciones del hipocausto hizo que el color volviese poco a poco a su rostro, así que cuando Flavio y Sexto se plantaron ante él sus mejillas volvían a mostrar un saludable tono rosado y la ropa parecía estar ya razonablemente seca.

—¿Lucio Cornelio? —preguntó Flavio, en tono imperativo.

El hombre levantó la vista, sorprendido.

—¿Quién quiere saberlo? —gruñó, molesto.

—Flavio Maximinano y Sexto Propercio. *Agentes in rebus.*

La presentación de Flavio estuvo acompañada por la discreta exhibición del medallón que lo identificaba como miembro de la *scholae*. La grasienta faz de Cornelio se tornó macilenta, pero reaccionó con presteza:

—¿Qué puedo hacer por los honorabilísimos hombres de su Augusta Majestad?

Su voz y su rostro reflejaban inquietud y miedo. Un ligero temblor se había adueñado de sus labios y de su nariz chata. Sexto se sintió un tanto decepcionado. Esperaba algo más de presencia de ánimo por parte de uno de los hombres de confianza de Julio Vero. Claro que Lucio Cornelio Crisógono no era un vulgar matón con dos puños por cerebro y una daga por argumento. Era abogado, lo que era casi peor.

Se suponía que el retor Lucio Cornelio se ganaba la vida como uno de tantos *causadici*{19} que pululaban por los barrios más humildes de las grandes ciudades del imperio, pero Flavio y Sexto sabían bien que la mayor parte de sus honorarios tenían más que ver con su papel de testaferro y hombre de paja de Vero que con las magras ganancias que obtenía representando en pleitos, y asesorando en trámites, a plebeyos, pobres y putas.

—Queremos hablar con tu jefe —contestó Sexto.

Los grasientos ojillos de Cornelio bailaron nerviosos de Sexto a Flavio y luego otra vez a Sexto. En su boca se dibujó una sonrisa hipócrita. De hiena. De abogado.

—¿Mi jefe? —replicó, tratando de levantarse— ¿Qué jefe? Yo sólo soy un honrado asesor legal que…

Los nudosos dedos de Flavio se clavaron en el codo derecho de Cornelio a través de la espesa túnica, hundiéndose sin piedad en su mantecosa piel. Una ráfaga de intenso dolor atravesó la conciencia del retor como la cuchillada de una afilada daga. En su orondo rostro se dibujó una mueca deforme, le fallaron las piernas y cayó pesadamente en el banco, ante los murmullos de algunos vecinos de asiento, rápidamente acallados por una mirada asesina de Flavio, que les hizo ver lo adecuado de cambiar de aires. Cornelio intentó moverse, defenderse, protestar, pero no pudo. Le faltaba el aire.

Sin aflojar la presión de su pulgar sobre el nervio cubital del abogado, Flavio se sentó a su derecha y Sexto hizo lo propio a la izquierda. Frente a ellos, la gente seguía yendo y viniendo, atenta a la resolución de sus asuntos oficiales y particulares, y ajena al creciente

temblor de las manos y los pies de Cornelio. Un hilillo de saliva colgaba de su boca, abierta como la de un pez fuera del agua.

A través de los altos ventanales de la basílica, unos tímidos rayos de luz anunciaron que la tormenta había acabado. Muchos de los presentes celebraron el regreso del Sol Invicto, dispuesto a reivindicar la celebración de su renacimiento frente a las nuevas tradiciones construidas a toda prisa sobre las prédicas del hijo de un carpintero judío ejecutado por sedicioso mucho tiempo atrás. Sin duda, Cornelio debía estar encomendándose a él en ese momento, rogándole que aquel suplicio terminara.

Sexto acercó su boca a la oreja del cada vez más sudoroso y quebrantado abogado. Hablando casi en un susurro, de forma que sólo él pudiera oírle, le dijo:

—Escúchame bien, inmundo pedazo de mierda. ¿Con quién te crees que estás tratando? No somos dos magistrados de barrio a los que puedas comprar con un puñado de monedas y los coños de unas crías. Somos *agentes in rebus*. Hacemos rodar cabezas de generales, senadores y jurisconsultos así que con un asqueroso picapleitos como tú no tenemos ni para empezar. ¿Me entiendes, Lucio?

Cornelio no contestó. Estaba paralizado por el dolor y el miedo. Sexto casi podía olerlo.

—¿Me has entendido? —repitió.

Flavio aflojó un poco la presión de su garra, lo justo para que Cornelio pudiese recuperar algo de resuello.

—Sí…, sí —balbuceó.

—Bien —sonrió Sexto—. Veo que empezamos a entendernos. Vamos al grano. Tu jefe, el famoso Julio Vero, no es muy habitual de los círculos más selectos de Tréveris y lleva años sin dejarse ver por aquí. Siempre emplea a pringados como tú para gestionar sus chanchullos, incluso cuando trata con gente de alcurnia, ya sea nuestro *princeps* Claudiano, el prefecto Ambrosio o el mismísimo arzobispo Maximino. Bueno, pues ha llegado el momento de cambiar eso. Julio debe ampliar sus horizontes sociales y va a empezar por nosotros. Así que ya sabes: queremos saber dónde se esconde. Y queremos saberlo ya. ¿Está claro?

Con la vista perdida en el suelo, Cornelio asintió. Flavio había dejado de oprimirle el codo y parecía un poco más rehecho. Quizás por ello, y por mantener un poco su autoestima, trató de presentar una última resistencia.

—Teníamos un trato con el prefecto —objetó, con un hilo de voz —. Si os lo digo, soy hombre muerto.

La réplica de Sexto fue inmediata, y dejó helado a Cornelio.

—Y si no nos lo dices, también. No llegarás vivo a la noche —le espetó Sexto—. Ese acuerdo que teníais ya no está en vigor. Pero, si colaboras, podemos ofrecerte un trato en nombre de nuestro superior.

Al oír aquello, el abatido retor levantó la vista. Una chispa de esperanza brilló en sus ojos. Un trato. Al fin algo a lo que agarrarse, una esperanza, un terreno en el que se sentirse seguro. No en balde, era parte de su oficio.

—Te escucho.

Sexto sonrió con malicia.

—Si nos dices lo que queremos saber, puedes contar con un salvoconducto firmado y sellado por el prefecto del pretorio, además de una generosa cantidad de oro para los gastos de viaje y como compensación por las molestias. ¿Sabes? Gente de tu valía es necesaria en Constantinopla. Es una ciudad nueva y pujante. No hay muchos *causadici* por allí, al menos de momento.

El abogado asintió.

—¿Y cuándo tendría ese salvoconducto y el dinero?

—Esta misma noche. Aquí mismo. Pero recuerda: el trato sólo vale si la información es veraz. Si tratas de engañarnos…

—No tengo ninguna intención de hacerlo. ¿Tengo tu palabra?

—La mía, la de mi compañero y la de nuestro superior. ¿Verdad, Flavio?

—Así es.

Cornelio parecía estar sopesando la situación. Pero era consciente de que no tenía salida.

—Está bien. Al fin y al cabo no me queda otra opción ¿verdad?. Bueno, sabed que Julio Vero se mueve por la provincia entre varias propiedades rurales que están a nombre de gente como yo. Desde hace cosa de dos meses se encuentra en la más importante de ellas, la villa de Gayo Mario, a unas ocho millas al norte de Tréveris, donde el río gira hacia el este...

Cuando, la tarde anterior, el *princeps scholae agentium in rebus* Appio Claudiano había accedido a recibirles en sus dependencias del palacio de la prefectura, Flavio y Sexto estaban convencidos de que, más allá de la atención que su superior prestase al detallado informe de sus pesquisas que tenían pensado ofrecerle, la respuesta a la petición que le pensaban hacer –y que en realidad era lo que había motivado la solicitud de audiencia– sería un rotundo aunque educado "no". Al fin y al cabo, los dos estaban de sobra al tanto de la estrecha relación que, a través de los oportunos intermediarios, habían forjado el jefe de los agentes imperiales y el señor de los bajos fondos.

Pero esta vez se equivocaron.

Pocas eran las personas, fuera de sus colaboradores y subordinados, que habían pisado alguna vez el espartano despacho de Claudiano y seguían vivos para contarlo. En la pequeña oficina, atestada de archivadores repletos de rollos de pergamino cuidadosamente clasificados y que sin duda contenían inconfesables secretos, apenas había espacio para más que un sencillo escritorio de madera de roble –salpicado por aquí y por allá por manchas de tinta y grasa–, una pesada silla con brazos y respaldo y un par de recios taburetes frente a la mesa. Un brasero, un par de pequeños baúles y varias lámparas de aceite completaban el parco mobiliario. El cuarto, que habría provocado una mueca de desagrado en más de un secretario, no recibía más luz natural que la que penetraba a través de una angosta ventana vidriada que se abría sobre un patio interior en la pared opuesta a la puerta. No estaba mal pensado, consideró Sexto, pues en días soleados Claudiano aparecería a contraluz de quien entrase en la habitación. Y en un oficio como el suyo, cualquier ventaja era bienvenida.

Sin apenas ceremonia, Claudiano les había invitado a sentarse en los taburetes y a ponerlo al día. El jefe de los *agentes in rebus* era un hombre canoso, de algo más de cincuenta años, circunspecto, recio, alto y delgado, cuyo rostro estaba surcado por los inconfundibles estigmas de una temprana viruela. Vestía con sencillez, reservando sus ropas más aparentes y lujosas para las recepciones oficiales y las ceremonias religiosas. Sentado detrás de su escritorio, con los codos clavados en la mesa y las manos cruzadas bajo el mentón mientras escuchaba de labios de Sexto el resumen de sus indagaciones respecto de las extrañas muertes de los émulos de Apolo y Venus, más parecía un adusto pedagogo escuchando recitar la lección a un alumno aventajado que el alto funcionario encargado de la supervisión de la posta imperial y cuyos ojos y oídos llegaban a todos los rincones de la prefectura de las Galias. Bajo su humilde presencia se escondía un

poder inmenso, sólo superado por el del prefecto y el del mismísimo emperador. De hecho, sabía más de todos que lo que todos sabían sobre sí mismos. Nunca nadie podía estar seguro de que alguno de sus agentes no estuviese rondando cerca, a la caza de cualquier deslealtad, así que más convenía guardarse las opiniones disidentes para uno mismo, no fuese ocurrir como en el caso del desventurado Africano.

Claudiano no perdió detalle del informe de Sexto. Incluso tomó algunas notas en una tablilla. Se mostró muy sorprendido, como cabía suponer, con el descubrimiento de las extrañas marcas de las palmas de las manos de los dos cuerpos del nevero y aplaudió la decisión de Sexto de amputar la mano derecha de la última víctima y conservarla por si era necesario. También se mostró de acuerdo con Flavio en que ya no tenía sentido mantener esos cuerpos por más tiempo en el nevero, pues cabía la posibilidad de que fueran accidentalmente descubiertos y estallara un escándalo, así que les ordenó que los sacasen discretamente de allí y les diesen una digna sepultura.

Así, cuando Sexto le narró la extraña historia del tribuno Domicio Petelio, llegaron al meollo del asunto.

—Estamos convencidos –añadió Sexto— de que Julio Vero está en posesión del extraño aro que Petelio manipulaba entre las ruinas del templo de Cibeles. Nadie ha vuelto a ver ese objeto desde entonces, así que es casi seguro que su sobrino Cayo se lo llevó consigo. Algo tan peculiar habría llamado la atención.

—Y ese aro, diadema o lo que sea estaría relacionado de alguna forma con las víctimas de nuestro misterioso asesino, ¿verdad? —dedujo Claudiano, cruzando los brazos sobre la mesa.

—Así es, señor —confirmó Sexto—. Según nos contó Ulfilo, el aro mostraba unos extraños dibujos, parecidos a los de las palmas de las manos de los cadáveres.

—¿Y del aro salió un rayo?

—Así parece.

—¿Cómo es posible?

Sexto se encogió de hombros.

—Ni idea, señor. Está claro que Petelio estaba muerto de miedo ante el ataque bárbaro, pero no parece que en el terror encontrase las fuerzas suficientes para enfrentarse a un guerrero franco sedienteo de sangre. Cuando el bárbaro lo atacó, él levantó el brazo con el aro en un movimiento instintivo. Pero entonces algo ocurrió. ¿Qué fue? No lo

sabemos todavía.

»Flavio me sugirió hace poco que tal vez todo este asunto tenga que ver con prácticas de hechicería. ¿Era el aro un objeto mágico? Quién sabe. De pequeño me contaban historias terroríficas sobre la Estirge, el monstruo volador que se supone succiona la sangre de sus víctimas. Esa noche no dormía, pero luego uno crece, tiene una educación y unas lecturas y termina considerando esas historias como lo que parecen: cuentos para niños. Sin embargo, ahora ya no sé qué pensar. Pero que haya una relación entre ese objeto que tenía Petelio y los cuerpos que hemos encontrado me parece muy plausible.

Claudiano volvió a llevarse los dedos al mentón, considerando con atención todo lo que estaba escuchando. Fue entonces cuando Flavio consideró oportuno intervenir:

—Si me lo permites, señor —dijo—, creo que conviene insistir en que ésta es nuestra única pista más o menos clara. Y ella nos conduce a Julio Vero. Por eso necesitamos hablar con él. Si, como creemos, está en posesión de ese objeto, tal vez conozca su auténtica naturaleza y quizás ello explique su interés por colaborar con nosotros en este asunto. Sea como sea, creemos que debemos echarle un vistazo a esa cosa para saber si estamos ante la clave de todo el caso o si no tiene importancia alguna y seguimos tan perdidos como al principio.

Claudiano asintió ligeramente y empezó a tamborilear sobre el escritorio mientras pensaba. Al cabo de unos instantes resopló, se levantó, se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventana, con las manos a la espalda. Flavio y Sexto esperaron sin decir nada. Pasaron algunos segundos de espeso silencio. Después, Claudiano se acercó a un gran armario de bronce y madera, situado en una pared lateral, cuyas macizas puertas estaban cerradas a cal y canto por un candado de barril. Claudiano metió la mano bajo su túnica, extrajo una cadena de la que colgaba una pequeña llave que introdujo en el candado y, con un par de giros, liberó el pasador, retiró el candado y abrió el armario. Dentro había estantes colmados de pergaminos enrollados, identificados por etiquetas que colgaban de uno de los extremos. Tras buscar un instante, Claudiano extrajo uno de los rollos, no especialmente grueso. En la etiqueta podía leerse un nombre:

QVINTVS IVLIVS VERVS

—Un caso curioso el de Quinto Julio Vero —dijo, volviendo a sentarse detrás del escritorio y desenrollando el documento–. Según parece, nació en Diona, una aldea cercana a Savaria, en Panonia, el mismo año en que fue proclamado emperador Marco Julio Filipo{20} esto es, hace ochenta y cuatro años, nada menos. Parece que ni la

mismísima Parca es capaz de poner fuera de la circulación a este elemento.

»El caso es que, poco después, la provincia fue saqueada por los godos y su padre, un veterano del ejército, se vio obligado a malvender sus propiedades a un terrateniente local convirtiéndose, como tantos otros, en siervo de su propia tierra. Pero el colonato no estaba hecho para el joven Vero que, en cuanto alcanzó la estatura y edad requeridas, se enroló en las legiones de Valeriano y Galieno{21} y con ellas recorrió medio imperio, combatiendo contra Póstumo en la Galia, contra los godos en Panonia o contra Aureolo en Italia. Esos nefastos años, y los que les siguieron, fueron de guerra permanente y sabemos que Julio Vero –ascendido a decurión– llegó incluso a combatir en Oriente, durante las campañas de Aureliano{22} contra la reina Zenobia de Palmira. De regreso a Occidente, su unidad fue acantonada en el *limes* galo donde Vero permaneció durante el resto de su carrera militar, ya convertido en centurión.

»Para cuando Marco Carino{23} subió al poder, Julio Vero tenía casi cuarenta años, había servido bajo las águilas de media docena de emperadores y matado a diestro y siniestro en nombre de ellos, su hacienda abultaba poco más que su petate y su futuro no ofrecía más perspectiva que la de un discreto retiro en una colonia de veteranos viviendo de las devaluadas rentas de un pequeño lote de tierra. Es por eso que cuando le ofrecieron incorporarse a los *frumentarii* aceptó sin dudarlo ni un instante. De ese modo pasó de organizar guardias y entrenar reclutas a encargarse de tareas de vigilancia policial e intendencia militar desde una cómoda oficina de la prefectura.

»No tardó en darse cuenta de que aquel puesto ofrecía muchas oportunidades a quien estuviese dispuesto a correr el riesgo. Ya lo dijo Virgilio: "*Audentes Fortuna iuvat*". Y, ni corto ni perezoso, aprovechando su posición y contactos, Vero empezó a tejer su propia red ilícita, falseando registros de almacenes militares, revendiendo provisiones en el mercado negro, extorsionando a mercaderes, artesanos, taberneros y meretrices a cambio de protección, etc. Al cabo de unos pocos años, la Fortuna en efecto había recompensado su audacia y las actividades de nuestro amigo se extendían a casi todo aquello que pudiese dar dinero, ya fuesen burdeles, juego, préstamos con usura, palizas o crímenes por encargo, lo que fuera. Y sus compañeros no eran mucho mejores.

»Que el emperador Diocleciano se decidiese por fin a poner freno a tanta corrupción y disolviese el cuerpo de los *frumentarii* para sustituirlos por los *agentes in rebus* no fue algo que preocupase demasiado a Julio, pues tenía a demasiados funcionarios y

magistrados sobornados como para verse afectado por la medida. Tras la muerte de su sobrino Cayo, y sin tener otros familiares o amigos de los que preocuparse, Julio decidió que ya no tenía por qué seguir disimulando por más tiempo y se esfumó. Pasó a la clandestinidad y allí parece seguir, al cabo de treinta años.

»Como resultado, hoy por hoy Julio Vero es un perfecto desconocido. Podría estar sentado en el graderío del anfiteatro y pasaría por ser un anciano cualquiera. Casi nadie, a excepción de un puñado de siervos y colaboradores de extrema confianza, tiene acceso directo a él y son ellos los encargados de dar órdenes a los matones y tratar con los hombres de paja que dirigen los negocios "legales" de Vero en las distintas ciudades del norte de la Galia. Estos representantes son también los encargados de negociar con las autoridades si es preciso y de sobornarlas de la forma adecuada cuando es necesario. Aquí, en Tréveris, ese papel lo representa un en apariencia modesto abogado que suele despachar algunos de sus asuntos en la basílica de Constantino y que atiende por Lucio Cornelio Crisógono. Ése es vuestro hombre.

»No os costará reconocerlo: de unos cuarenta y muchos años, no muy alto, bastante obeso, la nariz chata y poco agraciado, sin un pelo en la cabeza y con una respiración pesada. No creo que os cueste mucho persuadirlo de que colabore y os lleve hasta Julio Vero. Ofrecedle lo que sea, o rompedle las piernas si es preciso. Confío en vuestra diligencia e iniciativa al respecto.

Claudiano volvió a enrollar el informe y sonrió al ver la estupefacción dibujada en el rostro de sus dos subordinados.

—No pongáis esa cara de sorpresa —se burló—. Al fin y al cabo, es nuestro trabajo, ¿no? Y tranquilos, que vuestros expedientes no abultan tanto.

Acto seguido se levantó, guardó el rollo dentro del armario, cerró la puerta y echó el candado. Después cruzó el pequeño despacho y se acercó a un cofre que descansaba sobre un escabel. Lo abrió y, para nueva sorpresa de Sexto, extrajo de su interior tres copas de bronce y un frasco de grueso vidrio semitransparente. Dentro se agitaba un líquido oscuro. Claudiano puso las copas sobre su escritorio y vertió en ellas un vino rojizo, espeso y aromático. Luego empujó dos de las copas hacia sus dos agentes y levantó la suya.

—A nuestra salud, camaradas.

Flavio y Sexto respondieron al brindis y vaciaron de un trago sus copas. Era vino puro, sin agua ni aditivos.

—Aguar el vino y especiarlo es un pecado heredado de nuestros mayores —bromeó Claudiano—. Pero las viejas costumbres perviven como las malas hierbas.

El *princeps* volvió a llenar las copas, vaciando la botella.

—Señor…

—¿Sí, Sexto?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué ahora? Quiero decir…

—¿Qué por qué vamos a ir ahora a por Julio Vero y no antes?

—Eso es.

En los labios cerrados de Claudiano se dibujó algo parecido a una sonrisa y las cicatrices de su rostro parecieron hacerse más profundas.

—Porque ahora Julio Vero es un estorbo —reveló—. Nuestras fuentes en Italia nos han informado que Constante, el hermano pequeño de nuestro amado Augusto, no está del todo satisfecho con el resultado de la conferencia de Viminacio en septiembre pasado, pese a que tras la muerte del césar Dalmacio{24} se hizo con Tracia y Macedonia. Y Constantino, huelga decirlo, tampoco está muy contento con el reparto, pues aspira a controlar las provincias africanas y parte de ellas entran dentro de las posesiones de Constante. Los dos andan cada vez menos soterradamente a la greña, para alegría del Augusto Constancio, que contempla con satisfacción desde Constantinopla cómo sus dos hermanos parecen dispuestos a destrozarse mutuamente.

»Y encima está la cuestión religiosa. Constantino y Constante siguen las directrices de la ortodoxia de Nicea, pero a Constancio –como a su padre en sus últimos días– se la ponen dura las prédicas arrianas, ya sabéis, todas esas majaderías sobre si el Padre y el Hijo no tienen identidad substancial porque el Hijo es criatura del Padre y por ello tiene una naturaleza semejante pero no idéntica a Él… En fin, el problema es que ha llegado a oídos de nuestros hombres en la Corte de Constantinopla que Constancio tiene intención de enviar un misionero arriano a tratar de convertir a los godos lo que, de tener éxito, le daría una baza importantísima para el futuro, sobre todo si consigue imponer esa doctrina como la mayoritaria en su parte del imperio.

»En resumidas cuentas, está claro que Constancio está

maniobrando para hacerse con el poder absoluto en el imperio y que aprovechará las rencillas entre sus dos hermanos para quitarlos de en medio más pronto que tarde. Si el viejo Constantino hubiese tenido algo más de juicio, ahora no tendríamos este problema.

»Supongo que os estaréis preguntando qué pinta Julio Vero en todo esto. Os lo explico: en una situación política tan envenenada como la actual, el ilustrísimo prefecto Ambrosio quiere asegurarse la total y absoluta lealtad para con Constantino de todos sus subordinados, de todos los senadores, de todos los eclesiásticos, de todos los ciudadanos importantes. Nada de gente deshonesta, mudable y venal, siempre dispuesta a venderse al mejor postor. Hay que hacer limpieza. Y por eso tenemos que deshacernos de toda la gente a la que Vero tiene comiendo de su mano, que no es poca. Necesitamos saber con certeza quiénes y cuántos son. Y eso sólo lo sabe el propio Vero.

»Por eso, una vez que sepáis dónde se esconde ese viejo hijo de perra, iremos a por él. El prefecto me ha asignado ya una centuria de guardias imperiales para el trabajo. Le sacaremos todo lo que sabe y luego lo mandaremos a donde tendría que estar ya desde hace tiempo. Si, como resultado de eso, podéis resolver el caso que tenéis entre manos, estupendo. Si no, mala suerte y a tirar de otro hilo. Como ya os he dicho, tengo plena confianza en vosotros.

Claudiano cogió su copa, se reclinó en la silla y bebió un largo trago. A través de la ventana apenas penetraba ya la frágil luz del ocaso.

—¿Alguna pregunta más?

Flavio y Sexto negaron al unísono.

—Adelante pues.

OCTAVUS

26 de diciembre

Hora duodécima

—¿Entonces el mundo es redondo?

—Más o menos.

—¿Cómo mi pelota?

Aulo señaló la irregular bola de trapo con la que *Castor* estaba jugueteando. Crispo asintió con una sonrisa.

—Algo así, pero mucho más grande.

—¿Cómo de grande?

—*Muy* grande, Aulo. Más de lo que la mayoría de la gente se cree. Mira, para que te hagas una idea: imagínate una pelota tan grande como el anfiteatro, ¿eres capaz?

—Humm… Sí.

—Vale. Ahora fíjate en esta mota de polvo —Crispo le enseñó una diminuta partícula que sostenía en el dedo índice de su mano derecha — ¿La ves?

—Sí.

—Estupendo. Pues entonces, Aulo, juguemos a que esa bola tan grande como el anfiteatro es el mundo, y esta mota de polvo es Tréveris, nuestra ciudad. Si pones este pequeño granito en esa pelota gigante…

El niño se puso serio durante un instante. Su rostro reflejaba que estaba tratando de imaginarse la situación.

—¡Ya lo entiendo! —exclamó— ¡Vaya! ¡Es muy grande el mundo!

—Es tan grande, y nosotros tan pequeños, que nos parece plano.

—¡Cuántas cosas sabes, Crispo! —se admiró Aulo.

—Tú también las sabrás, Aulo —Crispo acarició la espesa cabellera del niño—. Es sólo cuestión de tiempo. Tienes que seguir practicando la lectura y la escritura, así como las cuentas, ¿de

acuerdo?

—Sí.

—Quiero que leas siempre que puedas el libro que te he regalado. Y tu madre se pondrá muy contenta si prestas la debida atención a sus lecturas de los Evangelios. Más adelante ya te regalaré otros libros en los que podrás aprender muchas cosas útiles. Pero por hoy ya es suficiente. Venga, agarra a ese perro tuyo e iros a jugar.

Aulo se levantó, recogió su tablilla y el libro –una copia de la traducción al latín de las *Fábulas de Esopo*, salida de la pluma del poeta Fedro casi tres siglos antes–, lo metió todo en su bolso y, tras agradecer de nuevo a Crispo sus enseñanzas, llamó a *Castor*, que se le acercó meneando el rabo y llevando en la boca la pelota de *harpastum*, {25} y ambos bajaron corriendo las escaleras que separaban el pequeño apartamento del resto de la vivienda.

Crispo se acercó al taburete en el que había estado sentado Aulo, le dio la vuelta y retiró la delgada lámina del estimulador neuronal que había adherido a la tabla del asiento antes de que el niño subiese a recibir su lección diaria. Aulo era un crío avispado y con la invisible ayuda del estimulador su capacidad de aprendizaje y sus habilidades estaban creciendo de forma acelerada. En unos pocos días, para sorpresa de su madre y de su abuela, había pasado de balbucear el alfabeto a leer con fluidez y a escribir con soltura, aunque de forma todavía algo abigarrada. Y parecía especialmente interesado por la aritmética y el dibujo. Si nada se torcía, el joven Helvio podría tener un brillante futuro ante sí. Crispo estaba satisfecho. Su intuición se había mostrado acertada, pues el estimulador se limitaba a potenciar las destrezas latentes en la persona, no a crearlas de la nada.

En su mundo hacía siglos que dispositivos similares a aquél eran de uso común. Habían sido fundamentales para asegurar la supervivencia de una humanidad diezmada y la reconstrucción de un planeta arrasado tras las Guerras de Conciencia del siglo XXVI. Poco después se instauró el sistema obligatorio de los Centros de Reproducción, de los que cada individuo concebido salía con sus potencialidades dispuestas para ser puestas al servicio de la comunidad mediante un proceso formativo del que los estimuladores eran la piedra angular. El suyo era un modelo de finales del siglo XXXIII, cuando la segunda oleada de la expansión humana por la galaxia tocaba a su fin, por lo que estaba especialmente diseñado para acelerar los procesos cognitivos y formativos en entornos hostiles o conflictivos. Y tras casi tres siglos de servicio, el dispositivo seguía funcionando como el primer día, por lo que Crispo nunca había

sentido la necesidad de sustituirlo por uno de más reciente fabricación.

En realidad, la misma idea de tener que cambiar aquella unidad –o cualquier otro aparato de su época– por algo más "moderno" le era, sino inconcebible, sí sumamente extraña. En su mundo las cosas se mostraban en apariencia ajenas al paso del tiempo. No eran eternas, claro, pues ni el mismo universo puede escapar a la Segunda Ley de la Termodinámica, que establece que todo sistema tiende a maximizar la entropía, a distribuir la energía de forma uniforme hasta que se alcanza un equilibro absoluto. La entropía puede crearse, pero no destruirse, y en el universo –que no deja de ser un sistema aislado– ésta crece constantemente con el tiempo.

No, la eternidad es un absurdo. Pero su civilización había aprendido a usar el tiempo a su favor. En todos los sentidos. Porque, aunque ni ellos ni sus objetos podían vivir para siempre, al menos sí podían hacerlo durante mucho más tiempo del que en otras épocas se consideraba imaginable. E incluso cabía concebir que la Humanidad escapase al propio fin del cosmos, siempre y cuando lograse sobrevivir hasta entonces.

Pero para eso faltaba todavía más de un billón de años, se obligó a recordar Crispo, agitando la cabeza para espantar de su conciencia aquellas inútiles divagaciones cosmológicas. Ahora tenía que ocuparse de cosas más urgentes.

Crispo guardó el estimulador en la caja de madera que tenía escondida debajo de la cama. Un doble fondo cerrado por un pestillo de difícil acceso ocultaba de miradas indiscretas su esfera, otro artilugio prodigioso de una era en la que la ciencia había alcanzado los límites de lo posible. Al igual que ocurría con el estimulador, Crispo apenas conocía más que los principios generales en los que se basaba su funcionamiento. Sabía que la esfera hacía uso de procesadores cuánticos que operaban de forma simultánea en múltiples estados, en múltiples universos, resultando de ello una potencia de cálculo poco menos que infinita. También sabía que su fuente de energía y sus bancos de memoria hacían uso de la propia estructura del espacio-tiempo subatómico, pero nunca se había preocupado demasiado por los detalles. Lo importante era que la esfera podía encargarse casi de cualquier tarea, desde almacenar cantidades ingentes de información, a computar los casi incomprensibles cálculos multidimensionales que estaban detrás de la tecnología del salto entre realidades, si bien para esto último precisaba del soporte de la plataforma de acceso o de una baliza. Y aquí estaba el problema.

Sabía que la única baliza en funcionamiento en aquella realidad había sido desactivada y puesta a buen recaudo hacía cosa de treinta años por los Exiliados. Pero ahora ya no cabía duda alguna de que alguien, en algún lugar de los alrededores de Tréveris, había activado otra unidad no controlada, pues si no le habría sido imposible a los Controladores detectar el rastro de la baliza a través de la infinitud del multiverso, fijar la señal y determinar su situación espacio-temporal para luego forzar la apertura de portal y lanzarse contra ellos. De no ser por su esfera, no habría detectado la llegada de los Protectores y no habría podido actuar.

Crispo se acercó al brasero para atizarlo. A través de la ventana del voladizo de la habitación le llegaron los ecos de una ciudad viva. Abriendo un poco la celosía, Crispo se asomó a aquel mundo primitivo y brutal, a aquella ciudad maloliente y asfixiante en verano, gélida y oscura en invierno. Al otro lado de la calle, una cuadrilla de trabajadores desafiaba al frío subida a un andamio y daba los últimos toques a la ampliación de la casa de Trebio Justo, el vendedor de pieles. Era una reforma hecha a imagen y semejanza de la que en su día Aurelio Marcio acometiese en su casa. La nueva planta estaba construida sobre un entramado de vigas de madera relleno con piedra machacada y mortero, lo que en el oficio se conocía como *opus craticum*. Barato y práctico, pero poco resistente y presa fácil del fuego. Por eso, lo primero que había hecho Crispo nada más alquilar la habitación había sido revisar la estructura de los tabiques y del techo para asegurarse de que no iba a morir aplastado. Por suerte, Aurelio había encargado el trabajo a un albañil competente y enseguida concluyó que podría dormir tranquilo. Ni que decir tiene que hubiese preferido habitar una casa más sólida, construida con gruesas paredes de ladrillo y hormigón, como la mansión de Eusebio en Cartago o alguna de las ínsulas de Roma, pero tampoco se quejaba.

Algo más lejos, cerca de la esquina opuesta de la calle, los primeros clientes vespertinos se dirigían a la taberna de Macrino para gozar de sus infectos caldos. Otros salían de la panadería de Marco Coceyo, cuya esposa estaba ya recogiendo los pocos panes sobrantes de la jornada. No en balde, Coceyo hacía uno de los mejores panes de la ciudad por lo que entre su clientela se encontraban algunos altos funcionarios y militares que vivían por los alrededores, como era el caso de Flavio Magnencio, tribuno de los Herculani, al que Crispo conocía de vista.

De pronto, un infantil alboroto llamó su atención. En medio de la calle, Aulo y un par de amigos habían montado una improvisada, ruidosa e incruenta batalla de bolas de nieve que, casi

indefectiblemente, acababan estrellándose contra el pequeño cuerpo de *Castor*. Tal era el alboroto que una furiosa Marcia terminó por salir a la calle para poner orden, disolver a los revoltosos y obligar a meterse en casa a un contrariado Aulo y a un aliviado *Castor*. Mientras perro, hijo y madre entraban, ella levantó la vista como si hubiese sentido que él la miraba. Sus ojos se cruzaron por un instante y la tensión desapareció de su rostro, sustituida por una cálida sonrisa.

Marcia. Una flor en el lodo, pensó Crispo al tiempo que la devolvía el discreto saludo. No podía sino admirarla. Hermosa. Inteligente. Discreta. Dotada de una elegancia natural en cada uno de sus movimientos. La compañera ideal si no fuera por su pobre formación y su muy limitada visión del mundo, fuertemente influida por sus profundas convicciones religiosas, creencias que daban forma y sentido a su vida de un modo tal que en ocasiones a Crispo se le antojaba –pese a toda su preparación, pese a sus conocimientos sobre aquella época y aquella cultura, pese a haber hecho suyos el idioma, los gustos y las costumbres– casi incomprensible. Más de una vez había sentido la tentación de usar con ella el estimulador neuronal para abrir su mente, despierta y aguda, a nuevos horizontes. Pero no se atrevía. Sabía que no tenía derecho a hacerlo. Al fin y al cabo, Marcia era, a su manera, feliz. Sabía cuál era su lugar en el mundo. En su mundo.

Crispo se apartó de la celosía y cerró la contraventana. Sus pensamientos giraban y giraban sobre aquella última idea. Sí, aquella era la clave. Al fin y al cabo, el mundo de Marcia y el suyo propio no eran tan diferentes en lo esencial. Dos sociedades separadas por tres mil doscientos años de historia y de conocimiento, pero ambas jerarquizadas, ordenadas, sometidas a una autoridad suprema que no concedía espacio alguno a la disidencia y en las que cada persona sabía cuál era su papel en el perenne drama de la vida. En realidad, eran ellos, los Exiliados, los que no encajaban. Ni en una época ni en la otra.

¿Cómo podría explicar tal cosa a Marcia? Sería imposible.

Crispo había sido concebido setenta y cuatro años atrás en el Segundo Centro de Reproducción de Shamash, el Decimotercer Asentamiento Solar, una de las inmensas colonias espaciales construidas en los puntos de libración de la órbita terrestre. Shamash orbitaba alrededor de Lagrange Cinco, el tercer vértice de un triángulo equilátero definido por la Tierra y el Sol, a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia y a sesenta grados por detrás del planeta. La colonia estaba formada por dos gigantescos cilindros contra-rotatorios de treinta y dos kilómetros de largo por seis y medio de

diámetro, cada uno de ellos dividido en seis franjas longitudinales alternas de zonas habitables y de iluminación.

Varios millones de personas vivían y trabajaban en Shamash, en un entorno físico similar al de cualquier región templada de la Tierra. De hecho, éste era prácticamente indistinguible en tanto en cuanto no se levantase la vista al cielo y se vislumbrasen entre las nubes las ciudades, bosques, ríos, lagos y zonas de cultivo de las otras dos secciones, que daban la sensación de flotar invertidas en el aire, mientras la Tierra y la Luna se asomaban majestuosas en el falso horizonte de las franjas transparentes a través de las que penetraba la luz del Sol reflejada por los espejos gigantes del exterior.

En su época, y desde hacía ya varios siglos, centenares de millones de seres humanos vivían sus vidas en hábitats artificiales similares al que lo viera nacer. Otros cientos de miles lo hacían en las ciudades subterráneas de Marte, en las instalaciones mineras y fabriles que salpicaban la Luna y el cinturón de asteroides, o en las bases de investigación científica de algunas de las lunas de los planetas gigantes. Y unas pocas decenas de miles ocupaban las remotas colonias levantadas en casi un centenar de mundos que orbitaban alrededor de otros soles en un radio de mil quinientos años luz. Pero la inmensa mayoría del género humano seguía viviendo en el mismo lugar en el que lo había hecho durante los últimos tres millones de años: en el planeta Tierra.

Claro que casi ninguno de aquellos diez mil millones de seres había elegido vivir donde vivía y hacer lo que hacía. El precio que la humanidad había tenido que pagar para apartarse del abismo de la extinción al que se había asomado durante las Guerras de Conciencia y para asegurar una era de paz, estabilidad y progreso sin parangón en su historia, había sido muy alto. Todo atisbo de individualismo, de egocentrismo, de autodeterminación y de disidencia fue expurgado y la sociedad humana fue reconstruida sobre nuevas bases psicológicas, económicas, políticas y culturales. La planificación alcanzó a todos y cada uno de los niveles de la actividad humana, incluida la reproducción.

En efecto, la supervivencia de la especie y la calidad de su carga genética eran asuntos demasiado serios como para dejarlos al albur del deseo sexual de sus miembros y al azar de la evolución. Los Centros de Reproducción se encargaron a partir de entonces de tan delicada cuestión. En ellos se crearía el número de seres humanos que fuese considerado necesario en cada momento, con las modificaciones genéticas que se creyesen oportunas y con las potencialidades intelectuales adecuadas para que cada uno de ellos ocupase el lugar

que le correspondía. "*Pro Mundi beneficio*". Y así, durante mil años, los hombres y sus máquinas progresaron en una escala nunca vista.

Tumbado en la cama, Crispo se dejó llevar por los sonidos de la calle y de la casa, en cuya cocina Marcia y Vibia estaban preparando la cena mientras las sombras empezaban a extender su manto sobre Tréveris. El cuarto estaba casi a oscuras pero, gracias a otro regalo de la ciencia genética del cuarto milenio, Crispo no necesitaba disponer de ninguna fuente de luz artificial para moverse y trabajar con seguridad o para leer y escribir: sus ojos amplificaban al instante la luz residual que entraba por la ventana y lo bañaban todo en una cálida luz nacarina. La luz de su infancia.

Crispo recordó los años de su primera juventud en Shamash, los días y las noches que pasó junto a sus compañeros en las selvas de Emesh, la región central de la Segunda Franja dedicada a las zonas silvestres, observando en silencio la eterna lucha entre cazadores y cazados. Depredadores y presas de infinidad de especies salidas de los Centros de Reproducción les mostraron la cruda realidad de la supervivencia en entornos salvajes, les hicieron sentir en sus manos el tacto cálido y espeso de la sangre que manaba a chorros de la garganta sajada de un aterrorizado antílope que ellos mismos habían tenido que abatir con una improvisada lanza. Otras veces, sus compañeros y él –todos futuros Protectores– vivían duras experiencias de supervivencia y combate en recreaciones virtuales que simulaban multitud de escenarios diferentes, tanto terrestres como extraterrestres. Pero no por ser simuladas aquellas experiencias resultaban ser menos peligrosas y dolorosas.

En aquel lejano tiempo, en sus primeras tres décadas de vida, era conocido como Lugal-Kitun Zarlagab Shamash, el nombre que se le dio en el Centro de Reproducción. Asignado a un tutor, pronto los estimuladores y los formadores tomaron nota de sus aptitudes mentales y físicas para el combate, la supervivencia y la guerra. Ése era el papel que le tocaba cumplir y para el que se entrenaría durante años. Para ser un Protector.

Los Protectores no eran sino la fuerza de choque del Consejo Supremo, la máxima y todopoderosa autoridad colegiada que regía los destinos de la humanidad desde hacía mil años. La composición y funcionamiento del Consejo eran secretos y lo único que sabían los miles de millones de seres que acataban sus decisiones sin el menor atisbo de duda era que estaba compuesto a partes iguales por mentes humanas y artificiales. Ése era el acuerdo que había puesto fin a las Guerras de Conciencia, y así seguiría siendo por los siglos y milenios venideros.

Los Protectores no eran muchos, apenas cincuenta mil individuos, una gota en un océano de humanidad, pero contaban con el respaldo de un pequeño ejército de droides –tanto humanoides como simples máquinas de combate– capaces de funcionar en casi cualquier entorno concebible. Esto último era muy importante porque, mientras que en la Tierra y en sus colonias del Sistema Solar toda oposición a los designios del Consejo había sido eliminada hacía muchísimo tiempo, en parte de los mundos extrasolares todavía en proceso de colonización la situación de seguridad distaba de estar controlada. De hecho, en un puñado de ellos podía hablarse de guerra abierta, planetas en los que la forma de vida dominante, inteligente pero tecnológicamente atrasada, no estaba dispuesta a ser exterminada sin resistencia. Lucharían hasta el final. Como pudieran.

Uno de esos mundos era Nergal, un planeta algo más pequeño que la Tierra que orbitaba en torno a dos soles gemelos a unos doscientos años-luz de distancia. Descubierto siglos atrás, las sondas interestelares lanzadas al principio de la segunda oleada constataron la ausencia de formas de vida inteligente y lo declararon como apto para la colonización. Durante algún tiempo, mientras los terrícolas terminaban de poner en orden sus asuntos y ocupaban otros mundos más cercanos, Nergal permaneció tranquilo, recibiendo visitas esporádicas de naves-robot de reconocimiento. Pero al planeta terminó por llegarle el turno y, unos años antes del nacimiento de Lugal-Kitun, se decidió establecer en él un pequeño asentamiento humano, avanzadilla de la gran colonización que no tardaría en llegar, si todo marchaba como se preveía.

Y, en efecto, los primeros informes enviados por los exploradores a través de sus comunicadores cuánticos confirmaron y ampliaron lo que se sabía hasta el momento sobre Nergal: un mundo pletórico de exóticas formas de vida vegetal, sin rastro alguno de vida animal y con unas condiciones ambientales adecuadas para la vida humana. Pero unos pocos meses más tarde el contacto se interrumpió. Se pensó que podía tratarse de alguna avería en los sistemas de comunicación pero, al no poderse restablecer el contacto ni producirse el retorno de los expedicionarios, se concluyó que algo grave había pasado. No tardaron en enviarse sondas de reconocimiento para averiguar qué había ocurrido. No encontraron ni rastro del asentamiento ni de sus ocupantes.

Dado que eran muchos los mundos y asuntos que reclamaban la atención del Consejo, el incidente de Nergal quedó relegado a un segundo plano. No fue hasta décadas más tarde que el Consejo Supremo decidió que había llegado el momento de averiguar qué

había pasado en aquel planeta y ordenó el envío de una nueva expedición.

Fue la primera misión de Lugal-Kitun Zarlagab Shamash tras terminar su período de formación y recibir su esfera, dispositivo cuya posesión era un privilegio reservado a Controladores y Protectores. Se manejaba a través de una interfaz cerebral integrada en la red nanoelectrónica que recorría todo el sistema nervioso del usuario y que tenía por conexión física principal una trama biotrónica en la palma de su mano derecha que mostraba el distintivo del Consejo Supremo: un conjunto de diez líneas organizadas en dos grupos de cinco, formando un pictograma que recordaba vagamente a dos letras E opuestas. En realidad era un *adinkra*, un milenario símbolo africano que representaba los principios de cooperación, apoyo y ayuda mutua que determinaban la acción del Consejo.

Crispo no se reconocía en el recuerdo del joven e inexperto Protector. En efecto, por entonces compartía con el resto de los cien tripulantes de la astronave *Isimud* la fanática convicción de que la Humanidad tenía un derecho innato e inalienable a ocupar aquel lejano mundo, dando así cumplimiento a las órdenes del benéfico Consejo Supremo, único depositario de la voluntad de la especie. Bajo la dirección de los Controladores, responsables de la ejecución de las decisiones del Consejo, averiguarían lo ocurrido en Nergal y restablecerían los estandartes rojos y negros del Imperio Humano.

Si se confirmaba que aquel mundo estaba deshabitado y que no existía especie animal alguna que pudiese suponer una amenaza o cuestionar la presencia del hombre, su ocupación sería una tarea sencilla. Esta vez no habría que liberar toxinas, ni hacer impactar asteroides para barrer a formas de vida inteligente poco colaboradoras. De los microorganismos ya se ocuparía la todopoderosa ciencia del cuarto milenio. Nada que no se hubiese hecho antes.

Y así, el día en el que Lugal-Kitun cumplió treinta años, los motores de inercia de la *Isimud* la alejaron instantáneamente de Shamash y de la Tierra, un planeta en el que Lugal-Kitun y la mayoría de los expedicionarios jamás habían puesto el pie.

Pocas horas más tarde, los generadores de distorsión de la astronave tomaron el relevo y crearon a su alrededor una burbuja de deformación plana que empezó a plegar el espacio-tiempo por delante y a expandirlo por detrás. Moviéndose a través del universo a velocidad superlumínica, la burbuja transportaba a la estática *Isimud* sin que sus tripulantes experimentasen el más mínimo efecto de las brutales fuerzas de marea, aceleraciones y efectos relativistas que

tenían lugar a su alrededor. La astronave, encerrada en su propio mini-universo, se dejaba llevar hasta su destino en un viaje de apenas dos años de duración que los miembros de la misión pasarían en animación suspendida.

Entonces no lo sabía, rememoró Crispo no sin algo de melancolía por la inocencia perdida, pero Nergal iba a cambiarle. Les cambió a todos. De hecho, lo que allí encontraron, bajo la brillante luz de los dos soles gemelos y sobre los prados de hierba viva, iba a cambiar el destino de un mundo.

—Dómina, la *tyripatina*{26} está lista.

Marcia se acercó a la mesa de la cocina para comprobar si la vieja y casi olvidada receta que heredase de su abuela paterna había obtenido el resultado esperado. Tras dejar enfriar y cuajar en la ventana una pequeña cacerola de cobre en la que había hervido una mezcla de leche, huevos, pimienta y miel, Vibia estaba volteando el recipiente sobre un plato, no sin cierta aprensión ante la responsabilidad asumida. Pero, para su alivio, al levantar el cuenco apareció ante ella un brillante, tembloroso y apetitoso flan que, sin duda, haría las delicias del pequeño Aulo.

—¡Espléndido! —aplaudió Marcia, entusiasmada, tras probar una pequeña pizca del postre— ¡Vamos a preparar otro!

—¿Otro?

—Sí, para Crispo.

La vieja Vibia no pudo reprimir una sonrisa al ver el brillo de la excitación en los ojos de Marcia.

—Sí, *domina*. Ya entiendo. Como mandes. Descuida, que quedará satisfecho. Supongo que se lo subirás tú, ¿verdad?

El sonrojo inundó las mejillas de Marcia, que no supo qué contestar. Vibia se compadeció de la joven:

—Es que yo no voy a poder —explicó—. Tengo el resto de la cena al fuego, un montón de cacharros que fregar y he de poner la mesa. Y tu madre tampoco puede llevárselo, con ese catarro que tiene…

Marcia, todavía apurada, aceptó de buen grado la puerta abierta que la había dejado Vibia para escabullirse con cierta dignidad.

—Sí… Bien, de acuerdo. Yo se lo subo. Voy a ponerme

presentable.— Y salió de la cocina en dirección a su cuarto.

Cabeceando divertida, Vibia fue a la despensa a buscar más huevos y otra jarra de leche. "*Voy a ponerme presentable*" ¡Por Cristo! Pero si Marcia se había pasado toda la tarde en las termas, aseándose y acicalándose como si fuera a acudir a sus esponsales.

Nergal. Crispo recordó como si acabase de ocurrir la tensión que se respiraba a bordo de la *Isimud* en las horas y días que siguieron a su entrada en órbita polar. La emoción del descenso en los módulos de aterrizaje. La seguridad con la que pusieron el pie en la superficie. El orgullo con el que alzaron los estandartes del Consejo y los vieron ondear al viento. La curiosidad que les produjo encontrarse en un mundo cuya enorme y compleja ecología estaba compuesta en exclusiva por plantas y microorganismos, sin que hubiese el más mínimo espacio para formas de vida animal en las inmensas selvas verdiazuladas que se extendían de polo a polo y de costa a costa, ni en los poco profundos y cálidos mares que circundaban el planeta. La preocupación que mostraron los Controladores de la misión cuando encontraron los restos de las naves de la primera expedición enterrados bajo metros de tierra y raíces en lo más profundo de los bosques ecuatoriales. El miedo que les embargó cuando las plantas empezaron a moverse alrededor de sus campamentos y naves, a rodearlos y a atacarlas, exhalando extrañas y complejísimas sustancias bioquímicas que enloquecían a los humanos mientras dormían y les empujaban al suicidio o al asesinato, cuando no eran abatidos en mitad de la jungla por los certeros y rápidos golpes de ramas, zarcillos y lianas que después arrastraban a sus víctimas a lo más profundo de la espesura, donde nada ni nadie podía penetrar para tratar de rescatarlos o para recuperar sus restos.

No tardaron en darse cuenta de que si en Nergal no existían formas superiores de vida animal era, simplemente, porque en un pasado remoto las plantas habían acabado con ella. Y cuando aceptaron que en Nergal sí que existía una forma de vida inteligente pero extraña y diferente, una mente colectiva que cubría el planeta entero surgida de cientos de millones de años de evolución del reino *Plantae*, ya era demasiado tarde.

De poco sirvieron las armas de energía, los explosivos o los lanzallamas en medio de aquel infierno vegetal en el que las raíces de extraños árboles de formas retorcidas se arrastraban por la superficie con la velocidad de una serpiente y de cuyos troncos salían disparadas gruesas y afiladas agujas que atravesaban trajes y cascos con la misma

facilidad que un cuchillo caliente penetraba en la mantequilla. Un lugar en el que, en unas pocas horas, un apacible arroyo de aguas cristalinas se convertía en un mortal torrente ácido capaz de disolver cualquier cuerpo y cualquier metal, donde los pétalos de grandes flores multicolores de repente cobraban vida, se endurecían y cercenaban brazos y piernas, infectando las heridas con las más extrañas y mortales bacterias a las que los científicos terrestres se hubiesen enfrentado jamás.

En menos de dos semanas, cuatro quintas partes de los miembros de la expedición de la *Isimud* habían muerto o desaparecido, incluidos todos los Controladores. Sus campamentos y vehículos, a excepción de uno, habían sido literalmente fagocitados y sólo un puñado de supervivientes resistía en una plataforma rocosa rodeada por un amenazante mar verdiazulado que cada día, cada cuarenta horas, se acercaba un poco más a ellos. Manteniéndose despiertos gracias a un menguante arsenal químico, Lugal-Kitun y sus compañeros, bajo la dirección del Protector Uras –el más veterano del grupo– se embarcaron en una carrera contra-reloj para tratar de reparar la única lanzadera que quedaba y poder escapar hacia la seguridad de la *Isimud*. Trataron de ganar algo de tiempo ordenando a la nave nodriza que disparase haces de energía contra la marea vegetal que estaba a punto de inundarles, pero su pasmosa capacidad de adaptación y su determinación terminaron por vencer. Las primeras raíces, gases y chorros ácidos estaban a escasos metros de distancia cuando, por fin, los motores inerciales del vehículo volvieron a la vida y lo lanzaron a la seguridad del espacio exterior.

De vuelta en la *Isimud*, los Protectores supervivientes, conscientes del profundo trauma que afectaba a los pocos expedicionarios que habían podido salvar la vida, optaron por regresar de inmediato al Sistema Solar. No fue fácil, pues era la primera vez en siglos que no había un Controlador al mando para tomar la decisión oportuna. Ni siquiera se molestaron en consultar con el Consejo Supremo y no fueron conscientes de que era también la primera vez en siglos que ocurría semejante cosa. Todas las convicciones ideológicas y culturales de aquel pequeño grupo humano se habían visto trastocadas por la experiencia de Nergal. Toda su mente había sido alterada por la larga exposición a elementos bioquímicos desconocidos y sólo en el frío abrazo de la animación suspendida sus atormentadas almas hallaron reposo.

Cuando, dos años más tarde, la *Isimud* se acopló de nuevo al complejo Shamash, los hombres y mujeres que emergieron de las entrañas de la nave eran personas muy distintas a las que habían

partido hacia Nergal henchidos de fanatismo y orgullo.

Rápidamente aislados del resto de sus congéneres, los supervivientes de Nergal fueron evaluados, diagnosticados y tratados con el objetivo de reconstruir sus esquemas psíquicos previos para de convertirlos otra vez en productivos y obedientes ciudadanos. Pero las alteraciones que habían sufrido sus subconscientes eran demasiado profundas como para que el tratamiento tuviera un éxito completo.

Y ello planteaba un problema. El Consejo Supremo se había acostumbrado a gobernar sobre el dócil rebaño humano y no estaba dispuesto a permitir que un grupo de inadaptados sociales, por pequeño que fuese, comprometiese la labor de un milenio de orden, prosperidad y paz. Había que hacer algo con ellos.

La Comisión que se encargaba de su caso barajó la idea de enviarlos de vuelta a un Centro de Reproducción, procesarlos y enviar sus restos al reciclado biológico pero, tras una larga discusión y una apretada votación, no se les consideró merecedores de semejante castigo. Al fin y al cabo, habían ido a Nergal a cumplir con su deber, lo habían hecho lo mejor posible dadas las circunstancias, habían luchado por su vida y logrado regresar con informaciones trascendentales para evitar en el futuro situaciones similares. Además, la atención médica recibida parecía haber logrado eliminar los daños más visibles.

Quizás hubiese algún lugar, o algún proyecto, en el que sus nuevas y alteradas características psicológicas –su mayor capacidad de tomar decisiones de forma individual y autónoma, su rechazo a la obediencia ciega e indiscutida, sus tendencias sociópatas– fuesen de utilidad, por lo menos durante un tiempo. Si las cosas se torcían, siempre se les podía enviar al Centro de Reproducción más cercano.

Entonces, alguien mencionó el programa Cronos.

El tembloroso flan se mantenía más firme en la bandeja que el corazón de Marcia en su pecho mientras subía los pocos escalones que separaban el cuarto de Crispo del resto de la casa. Nerviosa como una doncella en su noche de bodas, se sentía avergonzada de sí misma. Pero no podía evitarlo.

Pese a todas las invocaciones, pese a todas las oraciones, cada vez que veía a Fabio Crispo, cada vez que escuchaba su voz, cada vez que sus manos se rozaban, sentía que su pulso se aceleraba, que la temblaban las piernas y que el fuego del deseo la devoraba desde lo

más profundo de su ser.

Para Marcia era una sensación desconocida. Su matrimonio con Helvio había sido tan previsible como el frío del invierno y el calor del verano. Algo natural. Esperado. Ordenado.

Llegado el día de su casamiento, Marcia y Helvio habían unido sus manos frente al sacerdote y, delante de los testigos y del resto de los invitados, pronunciaron la fórmula de rigor: "*Ubi tu Caius, ego Caia*".{27} Luego consumaron su matrimonio como era acostumbrado y, a su debido tiempo, nació Aulo, el primero de los varios hijos que deberían haber tenido si Helvio no hubiese muerto.

Marcia lo había querido, sí. Pero ahora ya no estaba tan segura de haberlo amado. Ella había sido una buena esposa, como mandaban la tradición y la Iglesia, y él había sido un buen marido y padre, como correspondía. Pero por Helvio nunca había sentido el ansia que ahora la consumía el alma. Sabía que eso era indecente y pecaminoso, fruto de la soledad y de la demoníaca lujuria que infestaba la ciudad durante las Saturnales. Pero no le importaba.

Estaba frente a su puerta, golpeando con los nudillos.

Crispo abrió la puerta. Sólo la débil luz de una lamparilla de aceite que portaba en su mano derecha rompía las espesas tinieblas que envolvían el cuarto e iluminaba su rostro con una luz dorada, pero a Marcia la pareció que era del rostro del *librator* del que emanaba aquella cálida luminosidad que bañaba sus facciones. Sí, pensó fugazmente y con la respiración contenida, Crispo era hermoso. Muy hermoso. Sus facciones eran perfectas, como las de las estatuas de los dioses paganos. Era alto. Era esbelto. Era fuerte. Era irresistible. Como un dios.

Su dios.

Fabio Crispo la invitó a pasar. La puerta se cerró tras ella.

Sólo volvió a abrirse al despuntar el alba.

NONUS

28 de diciembre

Pasada la medianoche

La villa de Gayo Mario era, como tantas otras de las provincias del *limes*, una fortaleza autosuficiente. La residencia en sí misma era sólo una pequeña parte de un conjunto que comprendía almacenes, talleres, establos, hornos, molinos, estanques, barracas, huertos y templos. Enormes extensiones de tierras de cultivo, bosques, pastizales y hasta un meandro del Mosela, en el que un puente de madera controlado por un puesto de guardia comunicaba ambas orillas, quedaban bajo la autoridad del próspero Mario, antaño ambicioso constructor e implacable casero y ahora poderoso latifundista, protector de las artes y guardián de las viejas tradiciones romanas.

Pero Mario era también el más importante de los hombres de paja de Julio Vero, auténtico dueño de la mansión y de todo lo que la rodeaba. La gestión económica de la propiedad estaba en manos de un par de competentes libertos pues, como Flavio y Sexto averiguaron de los sebosos labios de Lucio Cornelio, la idea que tenía Mario de la administración de bienes no iba mucho más allá de extorsionar a los pobres desgraciados que malvivían en los insalubres chamizos que él les proporcionaba. Gestionar con el debido esmero y pulcritud una empresa tan compleja como aquella finca era algo que iba más allá de su capacidad y de su imaginación.

La villa estaba rodeada por una alta muralla que disponía de un acceso principal en el lado sur, flanqueado por un puesto de guardia y por un establo. Dentro del recinto, el espacio se dividía en dos partes bien diferenciadas, que estaban separadas por un segundo muro en cuyo centro una puerta monumental, inscrita en una torre de vigilancia, daba acceso a la villa propiamente dicha.

Pegada al lado norte de la muralla, la residencia estaba formada por un elegante edificio rectangular de dos plantas en cuya fachada destacaban dos largas galerías porticadas. En el extremo oeste de la mansión, una construcción anexa de planta circular alojaba unas espaciosas termas, prueba definitiva de que el propietario de la villa no se privaba de ningún lujo.

Varios pabellones, patios y jardines completaban una morada

principesca que contrastaba con la simplicidad y espíritu práctico con el que habían sido concebidas las dependencias fabriles, los alojamientos de los trabajadores y los barracones de los bucelarios que ocupaban la mayor parte del recinto amurallado. Dos mundos en uno. Riqueza y miseria coexistiendo separadas en un mismo espacio.

Tras estudiar detenidamente la distribución de la enorme villa, Flavio consideró que lo más prudente era que un pequeño grupo de hombres decididos y experimentados fuesen los primeros en entrar para sorprender a Vero y a su gente. Preferentemente de noche y, a ser posible, sin excesivo alboroto. Ya harían bastante ruido los *auxilia* cuando atacaran.

Las tres estrechas barcas, en las que cuatro hombres apenas podían sostenerse de rodillas cargados con su equipo militar, deslizaron en silencio sus quillas aplanadas sobre las frías y oscuras aguas del Mosela, lejos de la adormecida atención de los esbirros de Vero que guardaban el puente de madera un cuarto de milla más abajo. La breve travesía entre ambas orillas del río había durado lo suficiente para que a Sexto el frío le penetrase hasta el tuétano a pesar de la gruesa capa de lana con la que se cubría. Faltaban unas tres horas para que saliese el Sol y en el limpio cielo nocturno las estrellas brillaban con gélida intensidad, ajenas al devenir de las cosas de los hombres, pese a que algunos creyesen lo contrario.

Sexto estaba seguro de que más de uno de la docena de duros y experimentados soldados que lo acompañaban en aquella misión estaba convencido de que su futuro estaba escrito en las estrellas y que, como sabía que había hecho antes de partir del acuartelamiento el joven decurión Bainobaudes, habrían sentido la tentación de que cualquier hechicera de cuatro bronces les serenase el ánimo con un buen augurio. Algún otro también habría levantado la vista al cielo, pero no para buscar su destino en las estrellas sino para encomendarse a Dios Todopoderoso, pues tanto paganos como cristianos compartían las filas del regimiento *Cornuti* de los *auxilia palatina*.{28} Y cada uno combatía el miedo y la tensión por el incierto futuro a su manera.

Sexto prefería distraer la mente y aplacar los nervios abstrayéndose en sus recuerdos, espoleados por la magnificencia del cielo estrellado. Recordó por un instante a Témaclo, un joven diácono al que conoció en Bonna siendo un crío y con el que entabló amistad. Témaclo solía echar una mano, tanto física como espiritual, en la valetudinaria y sabía tanto de las Sagradas Escrituras como de las ciencias físicas. Gracias a él, Sexto aprendió a reconocer e identificar

constelaciones, estrellas y planetas.

Como cristiano fiel y educado que era, Témaclo no creía en la astrología, pues sólo Dios conocía qué nos deparaba el destino. Para él las estrellas eran simplemente luces que había en el cielo: unas fijas y otras errantes. Las primeras, según algunos sabios antiguos, quizás fuesen incluso cuerpos físicos muy lejanos, pero su utilidad se limitaba a la orientación nocturna y a la elaboración de los calendarios. Los cometas y las estrellas fugaces, que de vez en cuando se dejaban ver y que muchos consideraban desde antiguo como heraldos de la calamidad, no eran en su opinión sino extraños fenómenos atmosféricos. Pero nada que el hombre no pudiera llegar a averiguar, lo aleccionaba el diácono, si se dedicaba al estudio de las leyes de la maravillosa naturaleza que el Todopoderoso había creado.

Una ligera sacudida devolvió a Sexto a la helada realidad de aquella noche de invierno. Su barca había llegado a la orilla opuesta y quedado varada sobre la nieve. Rápidamente, los soldados saltaron a tierra empuñando sus armas y con los escudos ovalados colgados de su espalda. Exhalando espesas nubes de vaho, verificaron que la zona de desembarco estuviese despejada, aseguraron con cuerdas las barcas a unos troncos, se calaron sus yelmos y se deslizaron en silencio hasta la espesura.

Flavio, que dirigía a la mitad del pelotón, le hizo una señal convenida de antemano a Bainobaudes para que, con el resto de la tropa, se dirigiese al puente. Sexto esperó órdenes. Flavio, a su lado, le puso una mano en su hombro derecho y le musitó:

—¿Preparado?

Sexto asintió.

—Pues entonces, adelante.

El grupo de Flavio se abrió paso despacio entre la nieve y la maleza, aproximándose en silencio al lado norte del muro que circundaba la villa. Sólo el débil resplandor algunos faroles y hachones dispuestos a intervalos regulares sobre el lienzo de la muralla permitía vislumbrar el antepecho que protegía un adarve por el que cada cinco o seis minutos se paseaba un bucelario bien armado. Su objetivo era un postigo inscrito en un gran portón de servicio delante del que dos guardias dormitaban frente a una gran hoguera. Por su aspecto y equipo militar, era casi seguro que se trataba de mercenarios francos. Envueltos en gruesas capas de piel y armados hasta los dientes, no parecían estar demasiado preocupados por las amenazas de la noche. Sería su último error en este mundo.

A una orden de Flavio, dos de los *auxilia* se adelantaron y tomaron posiciones tras un tronco caído cubierto de nieve, a escasos cuarenta pasos del postigo y de los francos. Sexto observó que portaban sendas *arcubalistae*. Los dos tiradores, ocultos tras su improvisado parapeto, tensaron las ballestas, cargaron los dardos y esperaron a que el vigilante de la muralla se perdiese en la oscuridad de la noche. En cuanto lo hizo, se levantaron, alzaron sus armas, apuntaron a sus durmientes blancos y dispararon al unísono.

Con un suave silbido, los dardos atravesaron el aire helado y se clavaron en silencio en los pechos de los guardias, sin que sus cotas de malla les supusieran mayor obstáculo. De sus labios apenas escapó un discreto gemido cuando el sueño se tornó en muerte. Los dos ballesteros atravesaron todo lo deprisa que pudieron la distancia hasta el postigo y remataron a los francos a puñaladas, aunque era poco probable que esa acción fuese necesaria, tan certeros habían sido los disparos.

En ese momento volvieron a dejarse oír los pesados pasos del vigilante del adarve, que continuaba su ronda ignorando lo que había ocurrido más abajo. Con sus *arcubalistae* preparadas de nuevo, los dos soldados se pegaron al fondo del portón y esperaron a que el bucelario se alejase de nuevo antes de hacer una señal al resto del grupo.

Bainobaudes, acompañado por uno de sus hombres, llegó a donde esperaban Flavio y Sexto. Su capa y su uniforme estaban manchados de sangre.

—Misión cumplida —anunció el decurión—. Ha sido fácil, sólo eran dos francos medio borrachos. He dejado a cuatro de los nuestros controlando el puente y el camino. El resto de las tropas tienen vía libre y deberían estar frente a la entrada principal en cuanto amanezca.

—Estupendo, buen trabajo —lo felicitó Flavio—. Nosotros ya nos hemos deshecho de los dos de la puerta, pero tenemos un problema en el adarve, con un pelmazo que parece empeñado en cumplir con su turno de guardia a rajatabla. Tus ballesteros van a tener que liquidarlo por las bravas también. Espero que no haga demasiado ruido al caer, con todo el hierro que lleva encima.

Bainobaudes se mesó la barba cubierta de escarcha mientras consideraba el asunto. El bucelario volvió a pasar en su interminable ronda.

—No lo veo, *campidoctor* —dijo al fin—. Hay demasiado riesgo de que nos descubran si mis camaradas fallan y el fulano se pone a gritar

de dolor o si cae del lado que no debe. Alguien va a tener que subir y solucionar el problema de la forma más silenciosa posible. Esa garita del adarve —Bainobaudes señaló con el dedo hacia una estrecha estructura cuadrada que se adivinaba en la oscuridad— es un buen sitio para esperar a que el grandullón se dé la vuelta. Pero el que le rebane el pescuezo deberá ser rápido, preciso y alto, porque el tipo no es un enano, precisamente.

—Yo lo haré —dijo Flavio.

—No. Lo haré yo —intervino Sexto—. Soy el más alto de todos nosotros, incluso más que el vigía ese. Y sé lo que hay que hacer.

—¿Estás seguro? —preguntó Flavio, tras un instante de duda.

—Por supuesto.

Su compañero asintió.

—Entonces, te ayudaremos a subir.

Bainobaudes y Flavio no fueron los únicos que se pasmaron ante la felina agilidad de la que hizo gala Sexto para alzarse hasta un estrecho saliente situado bajo el antepecho del muro. Él mismo no daba crédito a su flamante habilidad trepadora. Agarrándose al borde del lienzo, saltó al adarve y corrió a esconderse en la estrecha garita que se proyectaba hacia el exterior de la muralla. Apenas tuvo tiempo de cobijarse en su interior cuando oyó los pasos del bucelario.

Sexto se sentía alerta pero insólitamente tranquilo. El corazón le latía con fuerza, aunque no de la forma desbocada que había supuesto, y su respiración era pausada. La afilada daga que blandía en su mano derecha permanecía firme y segura, dándole la impresión de ser más una extensión de su brazo que una simple herramienta de muerte. Su sangre fría lo estaba sorprendiendo. Y no era lo único extraño.

Ocurrió nada más tomar la decisión de subir al adarve y casi sin percatarse. Al principio había supuesto que era debido al reflejo sobre la nieve de la luz de la hoguera que habían encendido los dos francos muertos pero ahora, dentro de la estrecha caseta, se había dado cuenta de que la noche parecía haberse convertido en día. Asombrado, Sexto recorrió a la luz de aquella insólita claridad el interior de la garita, hasta sus más pequeños rincones. Asomándose un poco al exterior pudo ver con nitidez no sólo al mercenario franco acercándose sino también todo lo que había alrededor: el lienzo de la muralla, el suelo cubierto de nieve, las paredes y los muros de la villa,

los bosques nevados y el río. Todo. Era como si el mundo hubiese quedado de repente bañado en una suave luz nacarina.

Durante un instante temió que algo estuviese iluminando el lugar, pero enseguida se dio cuenta de que sólo él tenía esa percepción de lo que lo rodeaba, pues el bucelario continuaba impertérrito su ronda, sin aparentemente percibir nada anormal. Para el bárbaro la noche seguía estando tan oscura como hacía un momento lo estaba para él. Sexto supo de forma instintiva que apenas les separaban siete pasos. Podía verlo con total claridad. Era un tipo alto y fornido, corpulento, cuyos cabellos rubios asomaban debajo de un elegante yelmo sármata de bronce dotado de protector nasal. Estaba muy bien equipado: vestía botas romanas de caballería, calzones de piel, una túnica oscura sobre la que portaba una cota de malla de excelente factura y una gruesa capa de lana. Venía armado con una gran espada cuyo tahalí colgaba de un cinturón de cuero que entallaba la cota de malla y del que pendía también una pesada hacha de guerra. Sólo le faltaba una lanza y un escudo para convertirse en uno de aquellos terribles guerreros que años atrás asolaran la Galia.

El franco llegó a la altura de la garita. Sexto contuvo la respiración y se quedó quieto como una estatua. Sólo lo separaba de su enemigo una pared de mampostería. Pero el guardia no sospechó nada, dio media vuelta y reemprendió la marcha.

Sexto sabía que sólo tendría una oportunidad. Más tarde ya trataría de averiguar qué le estaba pasando a sus ojos. Pero ahora debía aprovechar la ventaja que su cuerpo le estaba dando.

Quizás si el franco no hubiese cargado con aquel pesado yelmo habría oído acercarse a Sexto. Pero no lo hizo. Sorprendiéndolo por detrás, Sexto pasó su brazo izquierdo sobre el hombro del mercenario, alcanzó su barbilla, tiró de ella hacia atrás con fuerza y, al tiempo, llevó su daga hasta la garganta del guardia y hundió el filo en el cuello tirando con decisión en sentido opuesto. Un enorme chorro de sangre arterial le inundó las manos. Con un rápido movimiento, Sexto tapó la boca de su víctima con su mano izquierda mientras con la derecha hundía con fuerza el puñal en la garganta del franco hasta que su tráquea crujió.

Todo había ocurrido en un instante. El bucelario se desplomó en silencio tras apenas un estertor. Sexto lo asistió en su caída al suelo para evitar ruidos innecesarios. Todavía asombrado por la facilidad con la que había degollado al franco, se limpió un poco las manos y la daga en la capa del muerto e hizo la señal convenida a sus compañeros. Unos segundos más tarde estaba de nuevo junto a ellos

ante el postigo, sin terminar de creer lo ocurrido.

—¿Todo bien? —se interesó Flavio.

Agachándose para terminar de limpiarse las manos con la nieve, Sexto asintió.

—Ha sido más fácil de lo que suponía.

—Mejor así. Vamos.

Sexto se incorporó y echó una rápida ojeada a su alrededor. Todo aparecía ante sus ojos iluminado por la luz nacarina. Sólo el fuego de la hoguera de los guardias francos se mostraba extraño, pues las llamas no desprendían sus habituales y tornadizos tonos rojos y amarillos, sino unas coloraciones apagadas, sin vida. Como un fuego frío.

Sexto decidió que era mejor no comentarle nada a Flavio sobre su recién adquirida capacidad para ver en la oscuridad. Tal vez fuese un don divino o quizás el síntoma de algún mal desconocido. Podría ser que se fuese como vino, de repente, o que se quedara para siempre. No lo sabía, pero de momento le era muy útil.

Tampoco consideró oportuno preocupar a su camarada con los detalles de la eliminación del vigía franco. Aunque estaba acostumbrado a tratar con la sangre y la muerte, e incluso en el pasado se había visto obligado a matar para vivir, nunca antes lo había hecho de aquella forma. Flavio estaba de sobra al corriente de su escasa experiencia como matarife y había asumido un gran riesgo al dejar que se hiciese cargo de la tarea. Pero lo que no sabía –y quizás nunca lo supiese, pues a él mismo lo asustaba el reconocerlo– era que había *disfrutado* degollando al bucelario. No podía engañarse a sí mismo. Mientras la sangre manaba a raudales por la garganta sajada del bárbaro y la vida se le escapaba en un siseo a través de su tráquea abierta, Sexto se había sentido todopoderoso por un instante. Sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. En su cabeza sólo escuchó un grito: "*Iugula!*"{29}. Y así lo hizo. Sin que nadie se lo hubiese enseñado. Con la precisión de un cirujano y la indiferencia de un gladiador.

Pero no era el momento de preocuparse por todo eso, pensó. Ya habría tiempo. Ahora tenían que entrar en esa villa y actuar rápido.

La cerradura del postigo consistía en una simple tranca de madera, así que no supuso mayor problema abrirla. El portón conducía a un patio rectangular rodeado por un amplio peristilo que

daba acceso a diversas dependencias de la villa. Entre las columnas reinaba una negrura casi absoluta que devoraba a todo y a todos. Excepto a Sexto. Mientras sus compañeros procuraban moverse con cuidado para no tropezar con algo que pudiese alertar a los guardias y despertar al resto de los habitantes de la casa, él avanzaba con seguridad, despreocupado por una oscuridad que para Sexto no existía.

—Seguidme —susurró a los demás—. Tenemos que llegar al otro lado del patio. Iremos por el peristilo.

—Tienes buena vista, amigo —observó Bainobaudes—. Lo que es yo, no me veo ni los pies.

Frente a ellos, en uno de los lados largos del patio porticado, se alzaba la gran mole del edificio de las termas. Sexto calculó que, si seguía los modelos habituales, aquellos baños debían tener cabida para una docena de personas al mismo tiempo. Muy poca gente podía permitirse algo así.

Por un momento se imaginó disfrutando del *caldarium*, ajeno a las dentelladas del viento helado de la madrugada. Pese a ir abrigados, el intenso frío estaba haciendo mella en sus manos y en sus pies, pero el entrenamiento y la tensión les permitían continuar donde muchos romanos se habrían rendido y buscado refugio y calor. Otros, no pocos entre los más pobres y desamparados, terminarían rindiéndose a la inconsciencia hasta caer en el reino del Hades. Sexto había visto, en los años pasados en la valetudinaria de Bonna, algunos casos de legionarios que habían muerto de frío tras quedarse dormidos durante una guardia a la intemperie en inviernos especialmente crudos. Su curiosidad insaciable lo había llevado a preguntar a su padre por qué la mayoría de aquellos cadáveres mostraban una expresión de calma, de profunda paz, de sosiego. Ante la pregunta, Claudio Propercio se había encogido de hombros, limitándose a aventurar:

—Supongo que la muerte les sorprendió mientras soñaban con algo agradable…

Respuesta que no era sino una forma como otra cualquiera de decir que no tenía ni idea.

Ahora Sexto lo sabía, por supuesto. Sabía que, si el frío era muy intenso y no se contaba con los medios de protección adecuados, la temperatura del cuerpo podía caer. En tal caso, no tardaban en aparecer la debilidad física, la pérdida de coordinación y los temblores incontrolables. En un intento de mantener calientes los órganos vitales, los vasos sanguíneos se contraían, la piel palidecía y labios,

orejas y dedos adquirían una tonalidad azulada. Sabía que, si la temperatura corporal se situaba por debajo de los treinta y dos grados centígrados, se entraba en la fase poiquilotérmica de la hipotermia: los temblores y escalofríos cesaban, las extremidades dejaban de responder, los ritmos cardíaco y respiratorio disminuían y, como consecuencia, la somnolencia y la ofuscación mental se adueñaban de la persona. Sabía que la taquicardia ventricular y la fibrilación auricular anunciaban el fallo multiorgánico y la muerte, aunque la disminución de la actividad celular podía…

Sexto se detuvo en seco.

"¿Cómo sé todo eso?", se preguntó, incrédulo.

—¿Qué ocurre?

La pregunta de Flavio quedó sin respuesta. Sexto, inmóvil y estupefacto, tenía la mirada perdida y la boca abierta. Tan sólo podía prestar atención al alud de conocimiento que inundaba su consciencia.

El consumo de oxígeno disminuye gradualmente con la reducción de la temperatura corporal central y se produce un enlentecimiento enzimático generalizado…

—¡Sexto! ¿Qué te pasa?

Aunque seguía siendo poco más que un susurro, en la voz de Flavio la inquietud estaba dando paso a la alarma.

… A medida que progresa la hipotermia, el sodio tiende a disminuir y el potasio a aumentar debido a la disminución de la actividad enzimática de la membrana celular…

—¡Sexto!

Al sentir la tenaza de los dedos de Flavio sobre su brazo, Sexto volvió a la realidad. En los ojos de su amigo vio la sombra del miedo. Dio gracias de que él no tuviese su capacidad para ver en la oscuridad y darse cuenta de que en su rostro también estaba dibujada la aprensión que lo dominaba.

Tratando de recuperar el control de sí mismo, Sexto levantó una mano pidiendo silencio.

—Escucha —dijo—. Alguien viene.

Flavio prestó atención.

—Yo no veo ni oigo nada.

—Yo sí —se reafirmó Sexto—. Dos hombres armados. Guardias de ronda. Ahí dentro.

Sexto apuntó con el dedo al extremo más lejano del patio, donde una pesada puerta de madera, situada bajo un frontón triangular sostenido por columnas, daba acceso a la residencia principal. No sólo sus ojos podían rasgar el velo de la noche; también sus oídos escuchaban más allá del aparente silencio nocturno.

—Sigo sin… —Flavio se interrumpió— ¡Ah, ahora sí!

—Debe ser el relevo de los dos que los ballesteros se han cargado ahí fuera —supuso Sexto—. Debemos liquidar a estos también.

Flavio estuvo de acuerdo.

—Si nos ponemos detrás de esas dos columnas de la entrada, con esta oscuridad ni nos verán. Será fácil. Bainobaudes, que tu gente se pegue a la pared.

Obedientes, los *auxilia* se sumergieron en la casi completa oscuridad del peristilo. Sexto y Flavio se situaron detrás de las dos gruesas y altas columnas que sostenían el frontón del portal, sacaron sus dagas y esperaron.

Los cada vez más cercanos pasos de los bucelarios venían acompañados del creciente tintineo de las cotas de malla. Al llegar a la puerta se detuvieron y el sonido de sus pisadas fue sustituido por el quejido de los goznes. Un halo de luz temblorosa procedente de un farol colgado de la pared bañó las figuras de los dos mercenarios cuando traspasaron el umbral y se asomaron a la cruda madrugada.

Los francos sólo habían dado unos pasos en el exterior cuando Sexto y Flavio saltaron sobre ellos. No les dieron la más mínima oportunidad de defenderse. Sexto degolló al suyo del mismo modo que había hecho con el guardia del adarve y Flavio hundió su daga en el costado del otro al tiempo le tapaba la boca con la mano libre. Los dos cuerpos cayeron sin vida al suelo. Después, Sexto se volvió para empujar la puerta hacia dentro y Flavio avisó con un silbido a los demás. Con la ayuda de los *auxilia*, arrastraron los cadáveres en el interior y los dejaron en un rincón.

No había nadie en la antesala, una estancia espaciosa apenas alumbrada por la luz del fanal de bronce que había sido mudo testigo de los últimos instantes de la vida de los dos guerreros francos. Por lo demás, la habitación, cuyas paredes estaban decoradas con pinturas multicolores de motivos geométricos, estaba vacía de mobiliario. Frente a la puerta que daba al patio porticado había otra más pequeña

que conducía a otras dependencias de la casa.

Sexto casi no se sorprendió cuando se dio cuenta de que sus ojos se habían adaptado de nuevo a la escasa luz ambiental. Tampoco lo hizo cuando una súbita ráfaga de comprensión atravesó su mente.

Un estrato celular adicional en la sección posterior de los ojos logra aumentar entre treinta y sesenta veces cualquier rastro de luz. Esta adaptación, tomada del "tapetum lucidum" de los felinos, fue implementada en los humanos a partir del año…

No necesitaba saber más.

Flavio, sin poder ocultar su preocupación, se le acercó y musitó:

—No sé qué es lo que te ocurre, Sexto. Te noto extraño, diferente. Tus ojos brillan de una forma especial. Algo ha cambiado en ti esta noche. ¿Qué te pasa?

Sexto miró primero a su camarada y luego al resto del grupo. Ninguno de ellos podía imaginar lo que pasaba por su cabeza. Ni siquiera él podía estar seguro de que todo aquéllo no fuera el fruto de la locura. Pero, de momento, debía centrarse en la misión que les habían encomendado.

—No te preocupes por eso ahora. Puedes estar tranquilo. Más tarde te lo contaré. Confía en mí. Venga, vamos a por esos cabrones.

Flavio pareció dudar, pero asintió y se dirigió a la puerta interior, la abrió un poco y se asomó.

—Un pasillo, como suponíamos —anunció—. Hay una lámpara encendida, pero no se ve a nadie. Vía libre.

El día anterior al del asalto, Flavio, Bainobaudes y él habían hecho un reconocimiento a distancia de la villa desde lo alto de una colina cercana que ofrecía una vista completa de la propiedad. Conocían por ello la distribución general de la mansión y podían hacer suposiciones razonables sobre la disposición de las dependencias internas. Al fin y al cabo, los romanos –arquitectos incluidos– eran poco imaginativos, pensaban todos de forma parecida y se distinguían por hacer las cosas lo más prácticas posible. Así que sabían por dónde ir.

Bainobaudes dejó a los tres *auxilia* que lo acompañaban controlando la entrada y el peristilo para evitar sorpresas y después se unió a Flavio y a Sexto en el corredor. En un extremo, una alta lámpara de aceite de bronce con varias boquillas iluminaba débilmente el pasillo, proyectando sombras en otro corredor.

—Por ahí —dijo Sexto.

Gayo Mario había dormido a pierna suelta, sin ni siquiera despertarse a medianoche, como solía ocurrirle, para ir a orinar. En sus sueños rememoró con placer la suave piel y los cálidos pechos de la descarada Pupinia, la putilla pelirroja por cuyos servicios a domicilio había pagado a Helvia, la dueña del mejor burdel de Tréveris, una cantidad escandalosa. Pero los daba por bien empleados. ¡Cómo había disfrutado cabalgando y dejándose cabalgar por aquella insaciable moza! Había hecho bien en traerla a la villa para disfrutarla en solitario, aunque para ello hubiera tenido que pagar un extra. Tenía tres días para hacer con ella lo que le apeteciera y por Dios que pensaba hacerlo.

Sí, había sido un día memorable. Y una buena noche. Al menos la mayor parte de ella. Justo hasta el momento en que tres individuos armados con dagas y espadas irrumpieron en su dormitorio, descalabraron al pobre Flaviano –su esclavo predilecto, que dormía frente a la puerta de su habitación atento a su más mínimo deseo– y se arrojaron sobre él sin darlo tiempo siquiera a levantarse de la cama. Y lo hicieron con tal eficiencia y discreción que nadie más en la casa debió de enterarse. De lo contrario, no le cabía duda, los guardias francos los habrían despedazado. Pero ni uno sólo había aparecido hasta el momento, cosa que no dejaba de lamentar, pues su situación no era demasiado halagüeña en ese momento, tirado como estaba en el frío suelo, amordazado, con las manos atadas a la espalda y medio asfixiado por el lazo corredizo de una soga que, atada a sus tobillos, oprimía su cuello cada vez que trataba de mover sus entumecidas y doloridas piernas.

Aunque para doloridas, sus costillas. Y la cara, ya abotargada y cubierta de la sangre que fluía como agua de su nariz rota y de su boca, donde algunos dientes se resentían de los puñetazos. Y sus testículos. ¡Oh, Dios Todopoderoso! El rodillazo en las pelotas que uno de los asaltantes –un fulano de aspecto poco amistoso– le había propinado nada más sacarlo a rastras de la cama le había producido un dolor indescriptible, penetrando en su ser con la fuerza de una lanza que lo traspasara de lado a lado. Casi se había desmayado y todavía lo estaba padeciendo. Pero tal suplicio sólo había sido el anticipo de lo que luego se le vino encima.

La paliza fue concienzuda, cruenta, dolorosa y silenciosa. Antes de que terminase, Mario ya había decidido que, si podía, haría lo que quisieran aquellos tipos, les diría cualquier cosa que quisiesen saber.

Lo que fuera, con tal de que el tormento acabase de una vez. Ya no estaba en edad de ser un héroe. De hecho, nunca lo había sido.

Sexto le ordenó a Bainobaudes que dejase de patear a Gayo Mario y que saliese al corredor para asegurarse de que nadie hubiese visto perturbado su merecido descanso por culpa de los dolorosos gemidos del viejo. Una vez que el decurión abandonó el aposento, Sexto cruzó una mirada con Flavio –que estaba apoyado sobre un mosaico multicolor de la pared, calentándose al lado de un alto brasero de bronce–, cogió una lamparilla de aceite y se agachó frente al machacado rufián, que apenas podía mantener los ojos abiertos a causa de la creciente hinchazón de sus párpados.

—Bien, Mario —empezó a decirle en voz baja—. Supongo que, a estas alturas, ya tendrás más o menos claro que queremos algo de ti, ¿no?

Jadeando con dificultad a través de la ensangrentada mordaza, Mario asintió.

—Veo que eres un tipo listo. Así me gusta. No hay nada peor que la gente que no está dispuesta a hacer lo que pueda por el bien público —se burló Sexto—. Creo que no hará falta que nuestro amigo el de las patadas vuelva a entrar. ¿O sí?

Mario negó débilmente con la cabeza. Cada vez le era más difícil respirar. La soga lo estaba ahogando. Su asfixia no pasó desapercibida a Sexto.

—Será mejor que te suelte la cuerda.

Con un rápido movimiento, Sexto cortó la soga y los pies de Mario cayeron pesadamente al suelo. Luego le aflojó el nudo corredizo y la mordaza. Mario aspiró con ansia una bocanada de aire, escupió sangre y tosió. Pero ello hizo que todo su cuerpo se sacudiese en un tremendo espasmo de dolor, así que no volvió a toser.

—No te voy a engañar, Mario —prosiguió Sexto con tono frío e indiferente—. Esto sólo puede acabar de dos maneras. Si no colaboras, si tratas de engañarnos, morirás hoy mismo. Y de forma cruel. Está a punto de amanecer y en cosa de una hora esta villa se va a llenar de soldados de los *auxilia palatina* sedientos de sangre y de oro que tienen órdenes de actuar sin contemplaciones.

»Pero si nos ayudas, vivirás. No como hasta ahora, claro: puedes despedirte de los lujos, de esa cama de bronce y maderas nobles, de estos mármoles del suelo, de tus joyas y de tu dinero, pero vivirás. Te remendaremos un poco y podrás pasar los años que le queden a tu

inútil existencia sirviendo al imperio como esclavo público, quizás guardando la ropa de los ciudadanos honrados en las termas o tal vez contando sacos de trigo en un almacén de cualquier propiedad rural imperial. No te preocupes, te buscaremos un puesto tranquilo, pues ya no estás para muchos trotes.

»¿Vivir o morir? Tú eliges.

Sexto guardó silencio y esperó. No tuvo que hacerlo mucho. Apoyándose con dificultad sobre su brazo derecho, Mario se incorporó un poco, apartó con la mano un esputo de sangre que colgaba de su boca y respondió sin dudar:

—Vivir.

Sexto sonrió.

—Sabia elección. Verás, deseamos mantener una agradable charla con Julio Vero. Sabemos que está en la villa, pero nos gustaría saber exactamente dónde. Como comprenderás, no tenemos tiempo para ponernos a registrar todas las dependencias, ya te he explicado lo de los *auxilia*…

Mario ni siquiera lo dejó terminar. No le importaba ya lo más mínimo lo que aquella gente quisiera hablar o hacer con Vero.

—La última vez que lo vi fue ayer por la mañana, en los baños. Tiene un apartamento privado en el ala este, al lado del templo de Jano. No suele salir mucho de él; de hecho, siempre que hablamos, lo hacemos en el triclinio o en su despacho, que es la habitación más grande que hay junto al atrio y que tiene una puerta que conecta directamente con sus aposentos. Supongo que a estas horas estará allí, durmiendo, aunque últimamente hay ocasiones en las que desaparece durante días sin que nadie sepa en dónde se mete.

—No creo que a su edad vaya muy lejos, ¿no?

Mario negó con la cabeza y se acomodó de nuevo en el suelo. Una mueca de dolor se dibujó en su cara y se llevó una mano a un costado. Los golpes en las costillas que le propinase Bainobaudes le estaban pasando factura.

—Tampoco es tan viejo, y no es que salga de la villa —aclaró, después de exhalar un suspiro—. Es que a veces desaparece de sus aposentos sin que nadie lo vea salir de ellos. Eso es lo que dicen los esclavos que lo atienden. Cuentan cosas extrañas, como que un día Vesto, uno de sus siervos de confianza, tras haberlo ayudado a bañarse, afeitarse y vestirse, lo dejó en su habitación desayunando y

se fue a llevar la ropa sucia al lavadero. Cuando regresó un rato después Vero ya no estaba. Nadie lo había visto salir, pese a que siempre hay vigilantes y esclavos en torno a sus dependencias. Y, mientras Vesto preguntaba a todo el mundo si alguien había visto a su amo, hubo un extraño temblor y al poco oyó a Vero llamarlo a gritos. Cuando Vesto entró en su habitación a toda prisa, se encontró a Vero con el pelo encrespado y la cara enrojecida, como si hubiese…

—No nos vengas con cuentos para niños —le cortó Flavio, desde el otro lado del dormitorio.

—Os lo juro por mi vida, por poco que valga.

—De todas formas, todo eso nos da igual —interrumpió Sexto—. Esperemos que Vero no se haya ido de paseo. Y supongo que sus pertenencias y archivos estarán siempre con él, ¿no?

—Así es.

—¿Cuántos siervos y guardias puede haber ahora en sus dependencias?

—Habitualmente, duermen dos esclavos junto a su puerta y frente a ella hay dos de sus matones francos.

Sexto y Flavio intercambiaron miradas.

—Está bien. Ahora nuestro amigo de ahí fuera se ocupará de ti. Y te aconsejo que, por tu bien, te olvides de lo que has visto, dicho y oído.

DECIMUS

28 de diciembre

Al alba

Crispo permaneció recostado, todavía con el dulce sabor de Marcia en sus labios y con el tacto de la suave piel de su cuerpo en sus dedos. Las húmedas manchas que salpicaban la colcha arrugada eran el mudo testimonio del apasionado encuentro sexual que había tenido lugar sobre aquella cama. Al principio, Marcia se había mostrado tímida y formal, pero en sus ojos brillaba una llama de deseo que no le pasó desapercibida a Crispo, como tampoco lo hicieron su respiración acelerada y sus pupilas dilatadas. La chispa saltó con un roce en apariencia fortuito, con una caricia seguida de un beso. Sólo tuvieron que dejarse llevar y sentirse libres para amarse. Sí, al menos esa noche habían sido libres.

Ser libres ¿Acaso lo era él? ¿Lo había sido cuando le dieron a elegir entre unirse al proyecto Cronos o acabar en la desintegradora de un Centro de Reproducción? Ninguno de los Exiliados había rechazado la propuesta, como era de esperar. Así, pronto se vieron metidos en una nave de transporte de los Protectores rumbo a la Tierra, de la que apenas tuvieron una fulgurante visión desde el espacio mientras sobrevolaban nubes, océanos y continentes. Nada diferente de lo que habían visto en multitud de ocasiones durante sus años de formación a través de proyecciones y simulaciones virtuales. Aun así, a él le pareció un mundo hermoso.

Aterrizaron en un atardecer lluvioso sobre una plataforma circular en lo alto de una esbelta torre que se elevaba mil doscientos metros sobre la superficie. Bajo ellos resplandecía una inmensa urbe que se extendía en todas direcciones hasta donde se perdía de vista. En las pantallas de la nave habían visto que la ciudad estaba situada en el Distrito Europeo Suroccidental, en el centro de una gran península asomada a dos mares y unida al continente africano por una multitud de puentes que cruzaban un estrecho brazo de mar.

Unos robots de seguridad les estaban esperando y les condujeron a otro vehículo aéreo, también de los Protectores, que les trasladó a velocidad supersónica hasta un complejo de discretos edificios que ocupaban varias decenas de hectáreas en un claro de una zona forestal a orillas de un caudaloso río. No necesitaban consultar sus esferas o

los paneles de datos para saber que estaban sobrevolando la parte occidental del territorio del Distrito Europeo Central, una región que, mucho tiempo atrás, había estado densamente poblada y dividida entre naciones enemigas. Muchas de las ciudades que allí habían existido durante siglos –Nancy, Metz, Arlone, Luxemburgo…– ahora yacían olvidadas bajo bosques, lagos y pequeñas poblaciones rurales tras haber sido devastadas durante los primeros compases de las Guerras de Conciencia que enfrentasen, durante un cuarto de siglo, a hombres y máquinas.

El complejo al que la nave les condujo en el silencio de la noche había sido edificado junto al Mosela, a unos kilómetros al norte de donde en otro tiempo se levantase la dos veces milenaria Trier. El vehículo describió en el cielo una espiral en torno a uno de los edificios, descendió con suavidad y aterrizó. Un comité de recepción formado por Protectores armados les esperaba a pie de pista.

Durante las semanas siguientes el grupo fue sometido a un intenso programa de preparación teórica y práctica. A través de los estimuladores y de recreaciones adquirieron los conocimientos y las aptitudes necesarias para desempeñar sus futuras misiones; aprendieron nuevas técnicas de combate y supervivencia en entornos primitivos; estudiaron lenguas y costumbres extintas desde siglos y milenios atrás; pasaron durante días enteros en entornos virtuales asimilando hábitos y modos de vida que las arenas del tiempo habían borrado de la memoria de los hombres. Escucharon atentos las explicaciones sobre las líneas temporales relativas, sobre la certeza de que el universo no tiene una línea temporal absoluta e inalterable; sobre que cada uno de los estados cuánticos posibles para una partícula existe de forma simultánea en un mismo universo y que es el observador, al examinarla, el que hace que su función de onda colapse y se escoja una de las líneas temporales posibles, que se convierte en el “ahora” del observador, en su presente, pero ni en su pasado ni en su futuro. Asimilaron todo lo que necesitaban saber sobre la física de los vórtices de energía necesarios para generar efectos de deformación del tejido espacio-temporal y aprendieron cómo manejar las unidades de balizamiento temporal, imprescindibles para no perder la conexión cuántica con su presente original y poder retornar a él.

Cuando los Controladores consideraron que el grupo ya estaba preparado, seleccionaron a seis de ellos –tres mujeres y tres hombres– y les condujeron a un enorme edificio semiesférico de color gris oscuro levantado al otro lado del complejo, junto a un meandro del río. Los demás no supieron qué ocurrió allí dentro hasta que, al cabo de varias horas, vieron regresar al equipo. Cansados, sucios, agotados,

histéricos, con una expresión de incredulidad y de pánico en sus rostros, mirándose unos a otros sin terminar de creer lo que acababan de vivir. Y faltaban dos de los miembros del equipo.

No pudieron mantener contacto alguno con sus compañeros para saber qué les había ocurrido, aunque les llegaron algunos rumores y comentarios del personal técnico. Hablaban de una breve e increíble incursión en otra realidad, en un "presente" que bien podría ser el futuro de la suya dentro de cientos de millones de años, en un mundo del que el hombre llevaría ausente mucho, mucho tiempo. Una Tierra tan distinta de la suya como su propia época del período Carbonífero, dominada por extraños paisajes poblados por insólitas formas de vida que parecían salidas del sueño de un genetista enloquecido. Y algunos de esos seres resultaron ser extremadamente agresivos, como tuvo la desgracia de experimentar en sus carnes una de las parejas integrantes del grupo. No tuvieron opción y su horrible muerte decidió a los demás a poner fin a su visita antes de lo previsto. Pronto corrió la noticia de que el portal sería clausurado para siempre y que los expedicionarios supervivientes serían trasladados a un lugar secreto para un tratamiento adecuado. No volvieron a saber de ellos.

Al cabo de unos días le tocó el turno a su grupo, formado por tres Protectores –Uras, Nanshe y él– y tres Técnicos –Karis, Ishkur y Gibil–. De nuevo, varios Protectores y Controladores les condujeron a la gran cúpula.

Era una madrugada fría y oscura, en la que un frío viento septentrional anunciaba la pronta llegada del invierno. Cuando el vehículo levitador traspasó las enormes y macizas puertas del edificio, se dieron cuenta de que en realidad estaban dentro de una gigantesca y perfecta esfera de unos doscientos metros de radio. Toda su superficie interna, de un blanco inmaculado, estaba repleta de maquinaria pesada, cableado, sensores y equipos electrónicos, sistemas de refrigeración, terminales de los sistemas de computación cuántica… Decenas y decenas de técnicos humanos y androides iban y venían sin fijarse en ellos. A través del suelo transparente podía verse la atestada y vibrante parte inferior de la esfera, donde se alojaba el corazón de aquella inmensa máquina, esperando a liberar sus cósmicos poderes en cuanto fuesen invocados.

Siguiendo las indicaciones del hierático Controlador que les precedía, subieron por una escalera metálica hasta alcanzar, a una docena de metros del suelo, una amplia plataforma circular rodeada por dos grandes anillos de varios metros de diámetro que se cruzaban por encima de sus cabezas y por debajo de la plataforma. Estaban hechos de un material dorado para ellos desconocido y parecían flotar

en el aire.

Sabían lo que tenían que hacer a continuación y, antes de que el Controlador se lo indicase, empezaron a desvestirse. Una vez totalmente desnudos, y tras asegurarse de no llevar encima ninguna pieza metálica o inorgánica, un robot les acercó las cajas de tejido vivo que servían de contenedor al equipo científico y de supervivencia. También guardaron en ellas sus esferas y armas. Un robot flotante se les acercó con la baliza temporal, una esfera de color lechoso de unos veinte centímetros de diámetro, no muy diferente de las esferas personales de los Protectores, aunque todos sabían que en su interior se ocultaba una tecnología inimaginablemente compleja que funcionaba gracias a principios físicos que sólo un puñado de seres humanos –entre ellos Ishkur y Gibil– era capaz de comprender. El robot introdujo la esfera en una de las cajas y la depositó junto a las otras, al lado de los expedicionarios.

Acto seguido, Controladores, Protectores y robots desaparecieron escaleras abajo y el grupo quedó sólo bajo los anillos. De pronto, sonó una bocina, las luces se atenuaron hasta casi apagarse y los anillos empezaron a girar. Cada vez más deprisa.

El aire se hizo más denso y cálido y no tardaron en sentir un extraño cosquilleo en la piel. A su alrededor todo empezó a oscilar, al principio de forma casi imperceptible, pero en seguida de modo evidente. El edificio y todo lo que contenía, los mismos anillos giratorios, parecieron deformarse y latir.

Apenas un instante después el mundo se incendió en un destello de colores indefinibles y todo pareció quedar detenido, congelado, inmóvil. Los anillos habían desaparecido y vieron que estaban inmersos en una brillante e irreal esfera. De pronto, el espacio y el tiempo giraron sobre sí mismos y se retorcieron. Durante apenas un segundo experimentaron el gélido éxtasis que anunciaba el cambio de realidad. Sintieron en sus cuerpos un frío infinito y se vieron atraídos y rechazados al tiempo hacia la esfera traslúcida, que se deformaba en formas imposibles, como las irisaciones que se dibujaban sobre una pompa de jabón, aparentemente de forma azarosa, pero en realidad siguiendo un orden en el caos.

La burbuja de espacio-tiempo volvió a latir para, a continuación, contraerse hasta la mitad del tamaño que tenía un instante antes, apenas la altura de un ser humano adulto. Un nuevo latido. Una nueva expansión. Una última contracción. Un último destello que les hizo cerrar los ojos.

Cuando volvieron a abrirlos la esfera había desaparecido.

También lo había hecho la plataforma, la maquinaria, la gran cúpula, los robots, los técnicos, los Protectores y los Controladores. Estaban de pie, aturdidos y desorientados, en medio de un espeso bosque primario. El alegre trinar de los pájaros, la agradable temperatura, los pólenes que flotaban suspendidos en el aire y el intenso azul del cielo parecían indicar que estaban en primavera o comienzos del verano. A su derecha podían escuchar el murmullo de las aguas de un río. El mismo que los había visto partir en otra realidad. El Mosela.

Saliendo rápidamente de su estupor, abrieron las cajas vivas, sacaron la ropa, el equipo y todo lo que podían necesitar. Nanshe abrió una de las cajas y verificó el estado de la baliza, todavía brillante. Uras puso su mano derecha sobre ella y anunció:

—Todo correcto. La baliza está activa. En unos segundos reducirá su señal al nivel cuántico.

Y, en efecto, al cabo de unos segundos, la esfera volvió a adquirir su color nacarado original. Sólo volvería a activarse si un Protector o un Controlador apoyaba el símbolo de su mano derecha sobre su casi inapreciable reflejo en la superficie de la baliza y pensaba en un código alfanumérico que había sido memorizado antes de abandonar su realidad por Lugal-Kitun, Nanshe y Uras.

Abrir un portal entre dos realidades distintas no era una tarea fácil y estaba sometida a un considerable grado de incertidumbre. Trataban con una tecnología que apenas contaba con medio siglo de existencia y todavía quedaba mucho por estudiar, teorizar y experimentar. Según les habían informado durante la preparación, el programa Cronos sólo disponía de cuatro plataformas en todo el planeta y la que ellos iban a usar era la única existente en Europa. Hasta el momento se habían realizado una docena de saltos con resultados desiguales, pues la única forma de saber a dónde conducía un portal recién abierto era dejarse llevar por él. Por ello, cada vez que se decidía abrir un portal, era un robot biológico el primero en explorar esa nueva realidad. Y no siempre sobrevivía al salto, como le ocurrió al que se encontró de repente en una Tierra devastada, contaminada y radiactiva en la que no había rastro alguno de vida ni trazas de atmósfera respirable. Algún otro portal había llevado a realidades más avanzadas que la suya y, de hecho, parecía ser que una de las mayores preocupaciones del Consejo Supremo era que en algún momento se manifestasen portales abiertos *desde otras* realidades similares. Entre el personal del proyecto Cronos incluso circulaba el rumor de la detección de al menos dos de ellos en Asia y América del Norte.

Por ello, cuando la plataforma de Europa consiguió enlazar con una realidad del todo idéntica a la que la suya propia conociese tres milenios atrás, en el período que en el mundo euromediterráneo estaba sometido a la soberanía de los augustos del imperio romano, a principios del siglo IV después de Cristo, los Controladores responsables del proyecto respiraron aliviados y dieron su visto bueno a una expedición. La que en ese momento Lugal-Kitun y sus compañeros estaban iniciando.

Su misión consistía, fundamentalmente, en observar y registrar. Todo lo que experimentasen en aquella realidad, hasta el más mínimo detalle, quedaría registrado en su memoria y en los discretos dispositivos con los que estaban equipados. Después toda esa valiosísima información sería volcada en las esferas y, cuando retornasen a su propio presente, se entregaría a una legión de ansiosos historiadores, antropólogos, economistas, arqueólogos, sociólogos, y psicólogos. También sería objeto de deseo para los programadores de los sistemas de inteligencia artificial encargados del diseño de entornos virtuales con fines educativos y lúdicos. Incluso los responsables de las políticas de comunicación y educación social del Consejo Supremo, lo que en otras épocas se habría llamado el aparato de propaganda del régimen, estaban deseando tener acceso a toda la información posible sobre ese período, deseaban saberlo todo sobre cualquier otra época en la que prevaleciesen los regímenes totalitarios.

Para desempeñar de forma satisfactoria su labor investigadora, Lugal-Kitun y sus compañeros atesoraban en sus mentes un caudal de conocimientos que en cualquier otro tiempo les hubieran elevado a la condición de sabios. Conocían la historia (al menos, la de su realidad); podían consultar, si era necesario, los estudios de generaciones de académicos y vestían, hablaban y se comportaban como las gentes de aquel mundo, aunque había cosas que no podían cambiar, al menos no del todo.

Herederos de mil quinientos años de un constante trabajo de experimentación y mejora genética, los cuerpos altos, esbeltos y perfectos de los humanos del siglo XXXV resultarían demasiado llamativos en un mundo en el que la estatura media se situaba por debajo de los ciento sesenta y cinco centímetros y la esperanza de vida no pasaba de los cuarenta años. Por ello se decidió que se dividieran en grupos de dos o tres personas a fin de pasar lo más desapercibidos posible, y que se repartieran por las distintas regiones del imperio. Después de cuatro años de exploración se reunirían de nuevo en un lugar predeterminado, devolverían la baliza a su estado activo y retornarían a su mundo cargados con su valioso tesoro de información

y experiencias.

Uras y Karis se quedarían en la diócesis de la Galia y las provincias del *limes*; Lugal-Kitun y Gibil partirían hacia el África romana y Egipto, pasando por Hispania; por su parte, Nanse e Ishukur recorrerían Italia, Grecia, Asia Menor y Siria. Una tarea ingente y a la vez fascinante.

Pero antes de nada debían ocultar la baliza en un lugar seguro. Tras estudiar detenidamente los alrededores, se decidieron por las ruinas de un viejo y olvidado templo de Cibeles, semioculto por la espesura del bosque cerca de un afluente del Mosela, en el fondo de una estrecha vaguada. La enterraron bajo la basa de una estatua descabezada de la diosa, donde nadie sino ellos pudieran encontrarla. Después, tras despedirse y desearse suerte, partieron hacia sus destinos.

La luz del nuevo día empezaba a penetrar a través de la celosía de la ventana. Un Sol triste y frío, velado por una delgada cortina de nubes bajas, anunciaba otra jornada desapacible. Crispo, incorporándose en el camastro, percibió que la temperatura y la humedad eran algo mayores, así que era probable que, a lo largo de la jornada, la nieve cediese el protagonismo a la lluvia.

Los ladridos de *Castor*, las voces de Aulo y de su madre y el suave calor que, filtrándose a través de las paredes, subía hasta su cuarto desde el hogar de la cocina lo conminaron a levantarse, lavarse un poco y vestirse. El buen cristiano no puede holgazanear, se dijo.

Crispo agitó el brasero, pero apenas quedaban unos tizones calientes. Mientras añadía más carbón vegetal y reavivaba el fuego cayó en la cuenta de que, al fin y al cabo, la deficiente construcción de las casas romanas menos pudientes no dejaba de tener sus ventajas. Las muchas grietas de las paredes y las celosías de madera que cubrían las ventanas sin cristales impedían que los humos y el monóxido de carbono producido por la combustión de braseros y cocinas se acumularan en las viviendas hasta el punto de ocasionar la muerte a sus ocupantes. O lo que era lo mismo, pensó, en el mundo romano podías morir de hambre, de aplastamiento o de frío, pero no asfixiado.

A aquel mundo había que aceptarlo como era. Y si querías cambiar algo tenías que ser consciente de que tardarías décadas en ver los frutos de tus esfuerzos. Las sociedades agrícolas preindustriales tenían una enorme inercia que sólo se veía alterada por los momentos de grave crisis, e incluso así siempre trataban de mantenerse dentro de

las coordenadas sociales y económicas tradicionales. Claro que, en su propia realidad, esa era también la política del Consejo Supremo: estabilidad a ultranza. Las sociedades dinámicas e innovadoras, sujetas a los constantes vaivenes del cambio social, económico y tecnológico eran cosa del futuro lejano en aquella realidad y del pasado remoto de la suya.

Pero no por ello dejarían de intentarlo, se dijo mientras se vestía. Aulo era un buen ejemplo de ello. Tal vez en un par de décadas su despierta mente, espoleada por los beneficiosos efectos del estimulador neuronal, lo condujese a grandes logros. Pero también podía ocurrir que nunca llegase a ser nada más que un hábil artesano, como su padre, cuyos conocidos lo considerasen un buen hombre que de vez en cuando decía cosas raras sobre el mundo y su naturaleza. No había forma de saberlo todavía, como tampoco el resto de los Exiliados podían tener seguridad alguna sobre lo que resultaría de los experimentos genéticos y de las pequeñas semillas que habían ido sembrando en las mentes de muchos jóvenes por todo lo largo y ancho del imperio. Deberían esperar y ver.

Pero nada les impedía soñar. Como una vez le confesó Uras, el más veterano de los miembros del grupo, sería muy excitante ver cómo, de repente, uno o varios ingenieros romanos retomaban el camino iniciado por Herón de Alejandría siglos atrás, hacían avanzar de forma revolucionaria la tecnología del vapor y ponían los pilares para una temprana revolución industrial que pusiese fin a un ineficiente y opresor sistema servil que cada año exigía del aporte de medio millón de nuevos brazos. ¿Qué le ocurriría entonces a la civilización romana? ¿Cómo sería el mundo que viniese después?

Eso fue treinta años atrás, cuando –al cabo de varios años de andanzas y aventuras por todo el imperio– el grupo de expedicionarios volvió a reunirse en el viejo templo de Cibeles para iniciar el regreso a su propio presente. Pero, tal y como sospechaban todos gracias a los esporádicos contactos mantenidos a través de las esferas y otros dispositivos, las cosas habían cambiado. Mejor dicho, aquella realidad les había cambiado. *Ellos* habían cambiado.

Ninguno de los integrantes de la expedición parecía tener demasiada prisa por retornar a su realidad. Durante cuatro años no se habían limitado sólo a recorrer el imperio de un extremo a otro, observando y anotando como exploradores de un nuevo mundo, sino que se habían integrado en él, mezclándose con sus gentes, compartiendo su vida y sus costumbres, estableciendo vínculos personales y afectivos con ellas. Liberados de la alienante y totalitaria opresión del Consejo Supremo, habían descubierto que en aquella

primitiva realidad podían ser, simplemente, libres. Y ése era un buen argumento para quedarse.

Al final, fue Uras el que habló alto y claro, expresando en palabras lo que todos estaban pensando.

—¿Para qué vamos a regresar? ¿Qué nos espera al otro lado? ¿Represión? ¿Miedo? ¿Más mentiras? ¿Acaso le dijeron a la gente lo que ocurrió en Nergal? ¿Sabéis vosotros algo de las muchas misiones interestelares que acabaron en desastre? ¡La gloriosa era del Consejo Supremo está construida sobre el genocidio y la manipulación a escala planetaria! Nuestra civilización ha ido dejando tras de sí un rastro de muerte en una docena de mundos distantes. Bajo la excusa de la unidad de destino del hombre y de su bienestar, hemos exterminado a varias especies inteligentes que habían osado resistirse y a comunidades enteras de nuestra propia gente ante la más mínima sospecha de disidencia.

»Yo no quiero volver a eso. Si lo hacemos, nos eliminarán en cuando dejemos de serles útiles. Al fin y al cabo, somos bichos raros. Gente que no tiene cabida en el pulcro, obediente y ordenado universo del Consejo Supremo. Tener ideas propias, ser crítico e individualista, amar y ser amado, querer cambiar las cosas… Todo eso es un pecado, una aberración para esas frías y calculadoras mentes que controlan nuestro mundo.

»Cuando hace un milenio se firmó el armisticio entre los hombres y las máquinas, se decidió que el destino de unos y otras fuese decidido de mutuo acuerdo, colaborando para reconstruir la civilización y asegurar el futuro de la especie. Pero, con el paso del tiempo, ese loable fin se ha transmutado en fanático totalitarismo y obediencia ciega. Nada distingue ya a los miembros humanos del Consejo Supremo de los robots con los que comparten el poder. Son todos máquinas implacables. Y eso es algo que ya no puede cambiarse.

»Pero sí podemos impedir que ése sea también el futuro de esta realidad. Aquí y ahora podemos tratar de cambiar su destino introduciendo alteraciones que con el tiempo se conviertan en nuevas y poderosas corrientes de pensamiento y acción. Podemos tratar de librar a los descendientes de esta gente de la tentación de la tiranía y el totalitarismo. Recordad lo que aprendimos no hace tanto tiempo: las líneas temporales no son absolutas ni deterministas. Y si, además, nosotros mismos podemos ser libres y felices en este exilio, creo que merece la pena intentarlo. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

El unánime silencio del grupo ratificó el vibrante discurso de Uras. Nadie tenía nada que objetar.

Por entonces, Uras debía rondar los cien años. Era un Protector de Segundo Rango, sólo por debajo de los altos oficiales del Directorio de los Protectores. Tras setenta años de servicio, Uras había sido elegido para la misión a Nergal por su amplia experiencia y resolución. Fue una buena elección. Gracias a su energía y determinación pudieron escapar de aquel mundo infernal, e incluso daba la impresión de que había sido el menos afectado por la experiencia. Pero, como le confesó a Crispo en una ocasión durante las semanas de formación intensiva que precedieron a su salto a través del tiempo, sí que lo estaba.

—Sigo soñando con Nergal —le dijo—. Tengo pesadillas horribles. Muchas noches me despierto sudando, aterrorizado, creyendo que seguimos allí. Sintiendo cómo las afiladas ramas de los árboles rojos me atraviesan de lado a lado, viendo a nuestros compañeros ser despedazados por las lianas vivas. Ni la terapia ni las drogas han logrado limpiar del todo mi mente.

Crispo le entendía bien, pues a él y a la mayoría de los veteranos de Nergal les ocurría, en mayor o menor grado, lo mismo. Por eso, entre su equipo para aquella nueva aventura figuraba un amplio arsenal de antipsicóticos. Pero, para su sorpresa, dejaron de necesitarlos al poco de llegar. Era como si sus experiencias previas en Nergal y en el opresivo mundo del que procedían perteneciesen a otra vida. De hecho, sentían que así era.

Tomada la decisión, lo siguiente fue interrumpir la conexión cuántica de la baliza con su realidad original. Tras examinar varias ideas, al final optaron por la drástica propuesta de Nanshe: meter en una de las cajas de tejido vivo una de las armas portátiles de energía convenientemente modificada para que detonase un par de segundos después de atravesar el portal. La liberación repentina de la enorme cantidad de energía que acumulaba cualquiera de sus armas portátiles bastaría para destruir, o al menos dañar muy seriamente, el portal del otro lado.

Así lo hicieron. Situaron la baliza sobre la caja con la bomba, la hicieron enviar la señal cuántica de retorno y se apartaron. Al cabo de unos segundos, al otro lado de la realidad los anillos empezaron a dar vueltas. La baliza empezó también a girar cada vez más deprisa y a crecer, mientras su superficie se hacía transparente. A su alrededor todo empezó a oscilar. Pronto la baliza desapareció de su vista y una brillante e irreal esfera traslúcida envolvió la caja con la bomba, que en una décima de segundo empezó a destellar en colores indefinibles.

De repente, el espacio y el tiempo giraron sobre sí mismos y se retorcieron. La esfera de espacio-tiempo empezó a latir, a expandirse,

a contraerse. Tras un último destello, todo volvió a la normalidad. La esfera temporal había desaparecido y la baliza yacía apagada en el suelo, sobre la hierba. No había el más mínimo rastro de la caja.

—Ya está —Anunció Uras—. Espero que la bomba no haya matado a nadie.

Volvieron a enterrar la ahora inerte baliza en el viejo templo, bajo la estatua de la diosa. Junto a ella, y por si alguna vez era necesario intentar reactivarla, enterraron también otra de sus armas de energía y se dispusieron a separarse de nuevo, esta vez con la intención de no volver a reunirse allí nunca más. Cada uno era libre de ir donde quisiera y de hacer lo que mejor le pareciese con su vida y con aquel mundo. De ser necesario, los Protectores mantendrían contacto a través de las esferas, pero tratarían de evitarlo.

Los Exiliados empezaban sus nuevas vidas.

Cuando Crispo bajó a la cocina para desayunar con la familia por expresa invitación de Marcia, fue recibido por ella con una discreta pero cálida sonrisa. Por lo que había encima de la mesa, el *ientaculum* iba a ser algo más variado de lo habitual ya que, junto a las habituales tortas de trigo, Marcia había dispuesto huevos cocidos, queso, miel, frutos secos, leche y algo de vino. Había visto almuerzos menos suculentos.

Vivir con Marcia. Ser feliz. ¿Podría hacerlo? Quizás no fuera tan mala idea probar fortuna de nuevo en Tréveris, compartiendo, al menos por un tiempo, la vida de Marcia y su familia. Como había hecho en Cartago con Alena.

Pero había una diferencia fundamental entre las dos mujeres. Alena era un espíritu libre. Ninguna divinidad atenazaba su albedrío, ni su moral se veía constreñida por unos códigos de conducta dictados por mentes mezquinas. Inteligente, curiosa, insaciable, culta y hermosa, la hermana del siempre ocupadísimo Eusebio hacía y deshacía a su antojo en su vida y en su hacienda y desde el principio le había dejado muy claro al hombre que ella conocía como Tarasio que sólo en la cama sería su dueño. Y eso siempre y cuando a ella le apeteciera.

Marcia era distinta. Ella no buscaba sólo un amante para saciar su deseo. Lo que quería era un esposo. Un padre. Un *pater familas* cristiano al que entregar su amor y su obediencia. Y Crispo no sabía si estaba preparado para eso. Nadie de su mundo lo estaba, pues allí la

“familia” era sólo una referencia imprecisa, un anacronismo que el Consejo Supremo usaba para controlar a su antojo las conciencias y los destinos de la humanidad.

En su época, los ciudadanos de ambos sexos podían tener todas las relaciones afectivas más o menos esporádicas que quisieran o pudieran. Un buen día recibían una notificación, o más bien una orden, para que se presentaran en el Centro de Reproducción asignado, donde eran sometidos a un rápido y rutinario control genético para comprobar que la “materia prima” no hubiese sufrido degeneración alguna en el transcurso de los años. Verificada su idoneidad, efectuaban una donación obligatoria de óvulos o de esperma y ya estaba. Podían seguir con su rutina, con la tranquilidad de saber que el Consejo se encargaría de usar su material genético de la mejor forma posible en beneficio del género humano.

Todo lo más, cabía la posibilidad de ser seleccionado para ejercer la tutoría de un niño o una niña durante unos pocos años, hasta que alcanzase la pre-adolescencia, momento en el que pasaría a ser responsabilidad de nuevo de las instituciones formativas. No era una tarea especialmente dura ni compleja, pues los pequeños salían del Centro de Reproducción sabiendo ya lo básico y el tutor se limitaba a supervisar su socialización con otros menores y adultos, a ayudarle a moverse con seguridad en el complejo mundo del cuarto milenio, a orientar sus apetencias lúdicas y su curiosidad intelectual.

Pero nada de eso era válido en el primitivo y cruel mundo del siglo IV después de Cristo, como tampoco lo sería a todo lo largo de los siguientes dos milenios. La familia era más que un grupo social vinculado por lazos biológicos y afectivos; era un fin en sí misma, una unidad económica y social, un clavo al que agarrarse cuando el paso del tiempo y las desventuras de la vida hacían mella en el cuerpo y el espíritu del ser humano. Y para Crispo esa institución fundamental había sido al principio tan extraña como una civilización alienígena. Todo lo que sabía sobre ella era pura teoría, y sólo cuando se vio inmerso en aquella realidad empezó a entender lo que suponía. Le llevó años poder desenvolverse con plena seguridad en la compleja trama familiar, social e institucional del imperio.

Marcia lo invitó a sentarse y, al hacerlo, la mano derecha de Crispo rozó por un instante su brazo izquierdo. Ella trató de ahogar el sonrojo de sus mejillas buscando a su hijo con la mirada.

Aulo estaba sentado junto al hogar, jugando con la biga de madera que le regalase Crispo, bajo la atenta mirada de *Castor*. Tenía a su lado una caja de madera con sus más preciados tesoros infantiles.

—Hijo, ven a la mesa.

Obediente, el niño dejó el juguete dentro de la caja, con los demás, y acudió a sentarse al lado de Crispo.

—¿Tienes hambre?

Aulo asintió.

Crispo cortó una loncha de queso, la puso encima de una torta y la cubrió con miel, añadiendo un par de nueces partidas.

—Toma. Y come despacio.

—¡Gracias! —La torta y su guarnición desaparecieron con un par de bocados— ¿Puedo repetir?

Antes de que su madre tuviese tiempo de soltar un gruñido, Crispo sonrió, acarició la cabeza del chico y le dijo:

—"*Omnis saturati mala*". El exceso es malo, Aulo. Pero creo que hoy podemos hacer una excepción, ¿verdad?

Y preparó varias tortas más para todos.

Mientras desayunaban, dejaron que la conversación derivase hacia cuestiones banales: la ligera mejoría del tiempo, el esperado final de las fiestas, el retorno a las tareas cotidianas…

—Por fin vamos a reanudar los trabajos en la Via Agrippina —anunció Crispo—. O al menos así estaba previsto antes de las Saturnales y de que hiciese tan mal tiempo. Me temo que vamos a tener que quitar mucha nieve.

Marcia seguía sus palabras con una mirada aparentemente distraída, aunque por debajo de la mesa sus pies jugueteasen de vez en cuando con los de Crispo. El rostro de Lucrecia, siempre atenta a lo que los demás trataban de ocultar, estaba iluminado por la satisfacción.

—¡Gracias al Cielo!— suspiró.

Sorprendida, Marcia se volvió hacia su madre.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

—Sí, hija. No te preocupes, son cosas mías.

Pensando que tal vez la discreción era lo más oportuno, Marcia se levantó y ayudó a Vibia a recoger la mesa. Por su parte, Crispo decidió fijar su atención en su joven pupilo.

—¿Recuerdas lo que te conté el otro día sobre mi trabajo, Aulo?

—¿Lo de cómo se construían las vías?

—Eso es. ¿Te acuerdas?

Aulo elevó la vista un instante, haciendo memoria. Luego cogió otra nuez y se la dio a Crispo para que se la abriera.

—Sí.

—¿Seguro? —insistió Crispo, mientras partía la cáscara de la nuez con las palmas de las manos.

—Seguro —se reafirmó el niño al tiempo que tomaba el fruto seco que le tendía Crispo, lo partía en dos trozos, se metía en la boca uno de ellos y le daba el otro a *Castor*, que esperaba impaciente sentado a su lado.

—Venga, cuéntaselo a la abuela y a tu madre.

Aulo masticó y tragó la nuez, bebió un poco de leche y empezó a hablar:

—Pues… Lo primero es despejar el terreno y allanarlo. Luego hay que fijar la anchura de la calzada, para lo que se usan dos bordillos —Aulo acompañó la explicación trazando con el dedo índice de cada mano dos líneas invisibles paralelas sobre la mesa—. Después se excava entre los bordillos una fosa de entre dos y cuatro pies y se la va rellenando, primero con *statumen*, que está hecho de piedras grandes mezcladas con tierra y agua, luego con la argamasa y las piedras del *rudus* y, al final, con el *nucleus* de grava. Luego se pone el pavimento. Lo he dicho bien, ¿verdad?

Las tres mujeres miraban al niño con ojos de asombro. Crispo sonrió, le dio unas suaves palmadas en el hombro y le dijo:

—¡Espléndido, Aulo! ¿Y recuerdas cómo se llamaban los instrumentos que yo utilizo en mi trabajo y que te enseñé?

—¡Claro! La pértica, el odómetro, la groma, la escuadra, el corobate, la dioptra…

Crispo le hizo un gesto para que parase.

—Vale, vale. Muy bien. Ya veo que tienes una excelente memoria. Anda, vete a jugar.

Marcia y Lucrecia miraban perplejas al muchacho y Crispo casi se compadeció de ellas. Evidentemente, nunca podría hablarles de los

benéficos efectos del estimulador neuronal sobre el cerebro humano, pues era algo que escapaba por completo a la capacidad de comprensión de sus mentes supersticiosas. No podrían considerarlo sino como una herramienta demoníaca manejada por un brujo que trataba de apartar al pequeño del recto camino de la Salvación.

Así pues, sólo cabía la mentira. Y debería mentirles a diario durante mucho tiempo. Durante todos los años que compartiese su vida.

¿Podría hacerlo? Con Alena todo había sido mucho más sencillo, pues su relación se había basado más en una serie de fogosos encuentros sexuales entre viaje y viaje que en la lenta y paciente construcción de un espacio común de confianza, afecto, empatía y deseo. Nada en su previa experiencia vital lo había preparado para algo parecido. Pero debía intentarlo.

Así pues, sólo cabía una respuesta al desconcierto de aquellas mujeres.

—Dios nuestro Señor ha bendecido al joven Helvio con un espíritu despierto y sagaz —dijo—. Aprende rápido y por ello le estoy enseñando todo lo que puedo. Podéis estar orgullosas de él.

La explicación de Crispo pareció convencer a todo el mundo y las mujeres siguieron con sus tareas domésticas, canturreando alabanzas al Señor por su misericordia y buena fortuna. Crispo se levantó con la intención de regresar a su cuarto cuando reparó en la caja de juguetes de Aulo. Además de la biga, los caballos y el auriga de madera, había algunos muñecos articulados del mismo material, la pelota de trapo, una espada de madera y algunos objetos de metal, sin duda regalos de su padre. Y, en el fondo del todo, medio tapado por el resto de las cosas, un aro de metal.

Crispo se paró en seco y volvió a mirar.

No parecía tener más de veinte centímetros de diámetro y era de bronce. Demasiado elaborado para ser un juguete infantil.

De hecho, no parecía ser un juguete.

Intrigado, Crispo se agachó junto a la caja. Aulo lo miró con curiosidad.

—¿Me dejas que vea ese aro?

—Claro —respondió el niño.

Crispo extrajo el aro y el corazón casi le dio un vuelco.

Tenía que tranquilizarse. *No podía ser*. Era de bronce. Pero *idéntico*. La misma empuñadura. Las mismas inscripciones. Las mismas marcas…

Era una copia casi perfecta del aro de energía que los exiliados habían enterrado junto con la baliza, treinta años antes.

—Aulo, este aro, ¿te lo regaló tu padre?

—No. Me lo dio mamá. ¿Por qué?

—¡Oh! Es que está muy bien hecho.

Marcia se acercó a ellos.

—Lo hizo Lucio, poco antes de morir —explicó—. Un día, revisando algunas de sus cosas, lo encontré y me pareció un bonito juguete para Aulo.

—Sin duda lo es —asintió Crispo, ya con sus nervios controlados —. Es una hermosa pieza. No sé lo que es —mintió—, pero es perfecto.

—Ese aro formaba parte de su último trabajo de encargo. Era una especie de trípode de bronce muy elaborado para sostener no sé qué cosa en la villa de un rico de las afueras, un tal Mario, creo recordar.

—¿Mario?

—Gayo Mario —intervino Lucrecia—. Un constructor que se hizo rico a costa de la ruina de los pobres a los que alquilaba sus casuchas.

—Eso es —asintió Marcia—. Esa pieza era una copia de la auténtica. Lucio tuvo que hacerla para poder ajustar las medidas del trípode, pues parece ser que Mario quería incluirla en él. Lucio me dijo que el original, que pudo ver pero no tocar, parecía de oro. Un siervo de Mario le dio las medidas y el peso exacto de la pieza, supervisando su elaboración, y luego su colocación en el trípode, para asegurarse de que la joya auténtica encajaría perfectamente. Cuando Lucio terminó el encargo, se quedó con ese modelo para fundirlo con otras piezas sobrantes y reutilizar el bronce. Pero no tuvo ocasión.

Crispo se maldijo para sus adentros. ¡Tantas semanas buscando una pista y había estado allí todo aquel tiempo!

—Tu esposo era un gran artesano, Marcia. Un artista.

Marcia bajó la vista, incómoda.

—Sí. Era un buen hombre.

Crispo dejó el aro en la caja, con el resto de las cosas de Aulo, y se incorporó. Su mirada se cruzó con la de Marcia. Sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y regresó a sus quehaceres.

Crispo empezó a subir los escalones de madera que conducían a su cuarto. Su búsqueda, por fin, había terminado. Estaba asombrado y satisfecho. Pero también enfadado consigo mismo.

¿Cómo no se le había ocurrido ir al templo y comprobar si la baliza y el aro seguían allí? Nanshe le había dicho que ya lo había hecho él tras el asesinato de Uras, pero estaba claro que había sido un estúpido.

Alguien había recuperado ambos objetos de las ruinas del templo en el que los habían enterrado hacía tantos años. Esa persona sabía que sólo con una descarga controlada de la enorme cantidad de energía que acumulaba el aro en su interior podría la baliza volver a la vida y tratar de restablecer el contacto con su realidad.

Pero ése era un conocimiento que estaba sólo al alcance de los Exiliados. Uno de ellos se estaba haciendo pasar por Gayo Mario, o lo controlaba desde la sombra.

Crispo entró en su cuarto y cerró la puerta tras él.

Ahora ya sabía dónde estaba la baliza.

Y sabía lo que tenía que hacer.

UNDECIMUS

28 de diciembre

Tal y como Sexto le anticipase a Gayo Mario, los soldados del *Cornuti* se lanzaron al ataque en cuanto los primeros rayos del Sol lamieron los paños de la muralla que rodeaba la villa. Amparados en la oscuridad de la noche, casi un centenar de hombres se había desplegado alrededor de la finca, a la espera de que la avanzadilla de Bainobaudes hiciera la señal convenida para comenzar el asalto final.

Y así fue. Cuando la antorcha osciló a izquierda y derecha sobre el puente, las cornetas rasgaron el aire, las gargantas rugieron y decenas de flechas, jabalinas y dardos se abatieron sobre los sorprendidos mercenarios francos que, sin terminar de entender del todo quién o por qué les estaba atacando, fueron barridos del adarve, de las puertas y de los patios por una lluvia de metal y fuego. Al tiempo, otro grupo de *auxilia* irrumpía en la villa a través de la puerta controlada por los hombres de Bainobaudes y daba comienzo a la matanza y el pillaje.

Pronto los patios, los mosaicos y los mármoles se tiñeron de sangre y quedaron cubiertos por los cuerpos de mercenarios, criados y colonos. El saqueo, el asesinato y la violación, sin distinción de sexos ni de edades, convirtieron la hasta entonces próspera villa en un infierno en la Tierra.

Cuando, avanzada ya la mañana, la soldadesca quedó ahíta de sangre, lascivia y oro, una cuerda de desdichados abandonó para siempre la finca y se encaminó hacia la esclavitud. Entre aquellos hombres, mujeres y niños que avanzaban con dificultad sobre la nieve cojeaba un hombre maltrecho ya entrado en años, cuyo rostro estaba hinchado y macilento. A cada paso que daba sentía la dolorosa protesta de sus costillas fracturadas y el férreo sabor de la sangre inundando su boca.

Le habían prometido que escaparía a la furia homicida de los soldados y así había sido. Pero Gayo Mario no tardó en darse cuenta de que, a sus años y en su estado, poco podría hacer de utilidad allí donde lo llevasen. Los administradores y los capataces querían esclavos jóvenes y fuertes que diesen rendimiento durante años, no residuos humanos. Mario no dudó que las promesas servirían de bien poco y que pronto envidiaría la suerte de los muertos.

No. Mejor acabar cuanto antes. Era preferible una muerte rápida, aquí y ahora, que una larga y dolorosa agonía bajo el látigo y el maltrato. Además, tampoco tenía de qué quejarse. Había tenido una buena vida, rodeado de placeres, dinero y poder. Muchos aceptarían con gusto el precio que él se disponía a pagar a cambio de bastante menos.

Delante de él había un grueso árbol caído, medio cubierto por la nieve. Era un sitio tan bueno como cualquier otro, pensó. Dio unos pasos y se dejó caer. Su cuerpo maltrecho agradeció el repentino descanso y el apoyo de la fría corteza. A su alrededor, los demás prisioneros de la cuerda le pedían que se levantase, mientras con los ojos buscaban a los guardias.

Gayo Mario decidió en ese momento que sus últimos pensamientos en este mundo serían para la hermosa Pupinia. No la había visto entre los prisioneros. Deseaba sinceramente que la muchacha hubiera podido esquivar toda aquella desgracia y estuviese ya a salvo.

Dos soldados se acercaron a él. No parecían muy amistosos.

Desde lo alto del promontorio Crispo contempló la fila de prisioneros que caminaban despacio sobre la nieve. Atados unos a otros, cada vez que alguno caía arrastraba consigo a varios más, obligando al resto a detenerse hasta que lograban ponerse de pie otra vez antes de que los soldados entrasen en acción y los moliesen a golpes. En un momento dado, un hombre ya entrado en años, malherido y que apenas podía caminar, terminó por derrumbarse junto a un tronco, sin que ni los gritos de los demás ni los golpes de los guardias lograsen moverlo. Molesto por el alboroto, un decurión se acercó al hombre y trató de levantarlo por la fuerza sin lograrlo.

El decurión empezó a insultarlo y zarandearlo pero, por toda reacción, el viejo esbozó una triste sonrisa y balbuceó algo. Fuera lo que fuese lo que dijo, fue suficiente para que el decurión, rojo de ira, sacase su puñal y lo degollase delante del resto de los aterrorizados prisioneros. La sangre manó a chorros y el anciano se agitó débilmente en el estertor de la agonía. Después se quedó quieto, muerto. Su asesino cortó las ligaduras que lo unían a los demás y apartó el cuerpo a un lado de una patada. Restablecido el orden, los prisioneros continuaron su triste marcha hacia Tréveris.

Crispo se sintió asqueado, pero así eran las cosas en aquel mundo. Él mismo había usado la fuerza unas pocas horas antes. Arguyendo

una ineludible cita con el *redemptor* Escribonio, había salido a toda prisa hacia el establo en el que su caballo dejaba pasar el tiempo a la espera de que sus servicios fueran requeridos. Una vez montado, se dirigió hacia la monumental puerta septentrional de la ciudad, que formaba parte de las fortificaciones de Tréveris y de la que, en su realidad, apenas quedaban más que unos pocos restos irreconocibles en medio de un bosque frondoso. Durante siglos fue conocida como la *Porta Nigra*, siendo considerada uno de los símbolos de identidad de Trier hasta la destrucción de la ciudad durante las Guerras de Conciencia.

Pero todo eso pertenecía a su pasado, no al futuro de su actual presente. Ahora tenía otras cuestiones de las que preocuparse. Y la principal de ellas era tratar de llegar cuanto antes a la villa de Gayo Mario. Por fortuna, no había demasiados viandantes a aquellas horas y los pocos que se aventuraban en la fría mañana lo hacían desde el relativo resguardo de las aceras porticadas. Un joven soldado soñoliento lo observó sin interés mientras atravesaba la puerta y se lanzaba al galope.

Crispo cabalgó durante un buen rato sin encontrar un alma en el camino y enseguida se encontró en medio de los espesos bosques cubiertos de nieve que rodeaban la ciudad. Estaba a punto de llegar a su destino cuando fue interceptado por tres soldados de caballería que parecían haber salido de la nada. Ataviados con capas, cotas de malla, calzones y gorros panonios, la heráldica de sus escudos les identificaba como exploradores de los *Cornuti*. Hombres duchos en las escaramuzas y las emboscadas. En eliminar silenciosamente a testigos inoportunos. Y la hosca mirada que le lanzaron cuando le dieron el alto no auguraba nada bueno. Crispo lo confirmó en cuanto vio cómo uno de ellos avanzaba hacia él espada en mano. No tuvo alternativa.

Tras descargar su aro de energía sobre los tres jinetes, desmontó para hacer a un lado los cuerpos y espantar a los caballos. Luego continuó la marcha, atento a cualquier movimiento extraño que pudiese detectar. Si aquellos tres soldados estaban por allí era porque una fuerza mucho mayor andaba por los alrededores. Y eso significaba problemas. Sólo cuando llegó a lo alto de la loma y vio lo ocurrido en la villa se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Desmoralizado, por un momento estuvo tentado de volver grupas, regresar a Tréveris y esperar a que los prisioneros llegaran a la ciudad para averiguar si el traidor estaba entre ellos. Pero también podía estar muerto o escondido entre los restos de la villa. O incluso cabía la posibilidad de que hubiese escapado.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, debía de asegurarse antes de pensar en el siguiente paso. Tenía que bajar a la villa. Y hacerlo rápido, antes de que la noticia de su asalto y destrucción se divulgase a los cuatro vientos y los trabajadores y siervos que se ocupaban del resto de las propiedades de Mario decidiesen que había llegado el momento de llevarse su parte de los despojos.

Los ecos del asalto de los *Cornuti* llegaron a los oídos de Sexto y de Flavio amortiguados por las sólidas puertas y espesos cortinajes de los aposentos de Julio Vero, de quien no había ni rastro. Los dos guardias francos que protegían la entrada estaban adormilados y no supuso demasiado problema hacerlos pasar de durmientes a cadáveres.

Lo que sí les paralizó y les dejó sin habla fue lo que se encontraron nada más entrar en las tres habitaciones que componían el apartamento privado de Vero. Ante ellos se desplegó un muestrario de lujo abrumador, una impúdica ostentación de riqueza más propia de un príncipe caprichoso que de un viejo delincuente con suerte.

Ni un solo rincón estaba libre de las sedas, los mosaicos, las vajillas de oro y plata, las copas labradas, las mesas de mármol, las pieles, los perfumes, los marfiles, los cofres llenos de elegantes ropajes, las grandes lámparas, candelabros y braseros de bronce, las estatuas, los muebles de madera tallada… Dos leones dorados, que guardaban desafiantes los pies de una cama cubierta de sábanas de seda y brocados elaborados con hilo de oro, parecían mirarlos con ojos burlones. Con ojos de azul zafiro.

—Dios Todopoderoso… —susurró Flavio, sin dar crédito a lo que veía.

—Y seguro que esto es sólo una parte —comentó Sexto, también asombrado—. Recuerda que Vero se mueve entre varias fincas y es de suponer que tendrá estancias parecidas en ellas.

Flavio se acercó a una mesita de bronce con encimera de mármol sobre la que descansaba un elegante cofrecillo de madera, reforzado con placas de hierro en sus esquinas y decorado con paneles de marfil que mostraban escenas mitológicas. Sexto reconoció de inmediato el tema del panel delantero: el noveno trabajo de Heracles, aquel en el que el héroe tuvo que arrebatarle a Hipólita, la reina de las Amazonas, el cinturón de oro de Ares para entregárselo a Admete, la hija de Euristeo, rey de Argos. Sexto no pudo sino admirar la maestría de los artesanos de cuyas manos habían salido tanto el cofre como las

figurillas de marfil.

Flavio levantó el cofre, que estaba cerrado con un candado, y se vio sorprendido por su peso. Al moverlo, un familiar tintineo le dejó claro qué era lo que contenía. Sin pensárselo dos veces, sacó su puñal y, con un hábil movimiento, reventó la cerradura.

—Candados a mí —musitó, mientras levantaba la tapa.

Nada más hacerlo, una exclamación de asombro escapó de su garganta. Una enorme cantidad de relucientes monedas de oro y plata inundó la mesilla.

—¡Por todos los dioses!

—¿Cuánto habrá? —se preguntó Flavio— ¿Dos libras?

—Más bien tres —calculó Sexto— Aquí hay cerca de doscientas monedas de oro y el resto son de plata. Hay muchos mercaderes prósperos que no ganan eso en un año. Y no me extrañaría que en estos otros cofres hubiese todo un tesoro… ¡Eh! ¿Qué haces?

Flavio estaba recogiendo las monedas pero, en lugar de devolverlas al cofre, las estaba metiendo en la bolsa de cuero que colgaba de su cintura.

—Mira, Sexto, dentro de un rato los *auxilia* acabarán con la poca resistencia que puedan presentar los francos y saquearán esta villa hasta los cimientos. En cuanto a Julio Vero, que es por quien se supone que estamos aquí, no aparece, o al menos no hemos sido capaces de dar con él. Seguramente estará escondido en algún rincón, pero no creo que nos dé tiempo de encontrarlo antes de que las tropas entren y lo destrocen todo.

Mientras hablaba, Flavio se acercó a otro cofre, algo mayor que el que acababa de vaciar, le rompió el cierre y lo abrió. Sexto no daba crédito.

—Vaya, tenías razón. Más monedas. Y también unas cuantas joyas de oro y plata. Bueno, siempre vendrán bien —sin dudarlo, Flavio empezó a guardar el nuevo botín en su bolsa—. Yo ya soy viejo. Demasiado para no aprovechar una oportunidad como ésta. Dentro de poco tendré que retirarme y no tengo ganas de acabar como muchos camaradas. He sido honrado durante años, no me he aprovechado de mi cargo como han hecho otros y me las he arreglado para vivir con lo que tenía. Pero la vejez es un camino lleno de baches que conduce al Hades y me gustaría hacer ese trayecto con cierta comodidad, disfrutando un poco de la vida los años que me queden. Creo que me

lo merezco.

»Tú deberías hacer lo mismo, pues nunca se sabe lo que puede deparar el futuro. Al fin y al cabo, nada de lo que hay aquí ha sido ganado de forma honrada y el resto de las propiedades de Vero pasarán enseguida a manos del Prefecto, así que…

»Eso sí, no debemos ser avariciosos; hay que dejar lo suficiente para que Bainobaudes y sus chicos no se mosqueen cuando vuelvan de registrar el resto de las dependencias, aunque no creo que regresen con las manos vacías. Bueno, tú mira por ahí y no te preocupes, que cogeré lo suficiente para los dos. Mientras tanto, si encuentras alguna pista que nos permita averiguar dónde coño se ha metido Julio Vero, mejor que mejor. Nos vemos luego, ¿de acuerdo?

Y sin esperar la respuesta, Flavio desapareció a través de la puerta que comunicaba con el resto de los aposentos.

Durante un momento, Sexto se quedó inmóvil, ajeno a los gritos y al alboroto que llegaban del exterior, tratando de asimilar el cambio que se había producido en el comportamiento de su compañero. Nunca antes lo había visto preocupado por el dinero o el futuro. Consciente de la brevedad de la vida humana, Flavio parecía feliz con disfrutar del día a día y con el cumplimiento de sus obligaciones, por difíciles o desagradables que resultasen.

Pero ahora todo eso había cambiado. Tal vez lo único que había ocurrido era que Flavio había caído en la cuenta de su propia fragilidad, del creciente declive físico de su cuerpo, y ya no deseaba arriesgarse más. Allí, al alcance de la mano, había suficiente riqueza como para asegurarle una vida cómoda y tranquila durante los años que aún le quedasen. ¿Acaso no había puesto los mejores años de su vida, todas sus fuerzas y capacidades, al servicio del imperio? Y, a cambio, ¿qué había obtenido? Sólo unas migajas en forma de salario, un pedazo de tierra y unas palmaditas en el hombro.

No sería él quien le reprochase su comportamiento. Si Flavio se estaba llenando los bolsillos con el oro de Vero, bien se lo había ganado.

Además, todos podían cambiar. A mejor o a peor. Él mismo lo había hecho en el transcurso de una sola noche. Ahora tenía habilidades con las que jamás había soñado y conocimientos que nunca había aprendido pero que comprendía como si los hubiese estudiado durante años. ¿De dónde habían salido? ¿Por qué se habían manifestado en él justo ahora?

Incapaz de dar respuesta a esas preguntas, Sexto se encogió de hombros y se dispuso a continuar el registro.

Para su sorpresa, no le costó demasiado dar con uno de los objetivos de la misión: los archivos. Estaban sobre un anaquel, en la pared opuesta a la de la entrada, cuidadosamente dispuestos en pulcros rollos dentro de un gran estuche de cuero. Sospechosamente al alcance de cualquiera en entrase allí. Con un rápido vistazo a su contenido, Sexto supo que el *princeps* Claudiano se pondría muy contento: listados contables, cantidades entregadas y recogidas, contratos, nombres y más nombres… La purga se anunciaba profunda.

Sexto dejó el estuche con los documentos sobre una de las mesas y siguió registrando la estancia. Entonces su atención reparó en un baúl de generosas dimensiones, de los que se usaban para guardar ropa y otros enseres personales, que ocupaba buena parte del espacio en una esquina al fondo de la habitación. Tal vez, pensó mientras se aproximaba a él, contuviese algo de interés, o algún indicio sobre el paradero de Vero.

A diferencia de los cofrecillos que Flavio había vaciado, su factura era simple, casi burda, un producto fabricado en serie que podía comprarse por poco dinero en cualquier mercado. Sobre el arcón, en la pared, había una hornacina que alojaba la delicada estatuilla de mármol de la diosa Afrodita, la Venus de los romanos, encarnada en una hermosa muchacha de largos y espesos cabellos recogidos alrededor de su cabeza que cubría con su mano derecha su pubis mientras con la izquierda se apoyaba sobre una columna.

El rostro de la diosa se le antojó vagamente familiar y durante unos instantes se preguntó a quién le recordaba. Y, de pronto, cayó en la cuenta. Sí, se parecía a Alina, su madre adoptiva.

En ese instante, Sexto se vio inmerso en una tormenta de recuerdos tan vívida que creyó que había vuelto atrás en el tiempo. Se vio de nuevo siendo un niño, caminando de la mano de su madre, camino del mercado; preparando la cena; acompañando a sus padres a las festividades religiosas…

Sexto tardó un instante en recuperar el aliento, turbado. Había sido más que un recuerdo vívido, casi una realidad palpable. ¿Estaba ante otra de sus nuevas habilidades? Sin demasiado esfuerzo, Sexto empezó a rememorar con todo detalle rostros y lugares que creía olvidados, conversaciones mantenidas o escuchadas meses atrás, aromas y sabores experimentados en los mercados o en las tabernas que frecuentaba en su mocedad, las lecciones de medicina de su padre, el olor de las heridas gangrenadas de los legionarios de la

valetudinaria, el ácido hedor de su vómito o la pestilencia de sus heces y orines… Podía evocar toda su vida si lo deseaba. Pero no tardó en darse cuenta de que también por su mente pasaban rostros y lugares que no reconocía aunque no le eran desconocidos del todo.

Aun perplejo, Sexto acercó una mano a la estatuilla para verla más de cerca. No pudo moverla. Trató de levantarla de nuevo, pero con el mismo resultado. La figura parecía pegada a la hornacina. Era extraño, pensó. Era un objeto hermoso, pero ello no justificaba el que…

Entonces tuvo una inspiración. Volvió a coger la estatuilla con la mano derecha pero, esta vez, trató de hacerla girar. Y Afrodita lo hizo. Justo un cuarto de vuelta sobre su base, acompañado de un sonoro "clic".

El baúl se movió. Sorprendido, Sexto comprobó que una estrecha ranura iluminada había aparecido a un lado del arca. Al agacharse para examinar más de cerca el estrecho surco en el suelo de mármol pudo comprobar, asombrado, que era una entrada a un pasadizo. Pero si quería averiguar lo que se escondía allí abajo debía apartar el baúl. No le costó mucho esfuerzo, pues parecía que el cofre estaba situado sobre algún tipo de plataforma. Una vez despejada la entrada, se encontró ante una escalera de madera que lo invitaba a bajar. El pasadizo, estrecho pero de una altura que estimó equivalente a la de dos hombres, se perdía en las entrañas de la mansión.

Si Julio Vero estaba escondido en algún lugar de la villa, tenía que ser allí, pensó. Sólo cabía hacer una cosa.

—¡Flavio! Ven a ver esto.

—¿Qué ocurre?

—Ven, he encontrado algo.

—Yo también. Es un objeto muy curioso. Una bola que… ¡Mejor te la enseño!

Enseguida los pesados pasos de Flavio se dejaron oír y entró en la habitación. Sexto comprobó, divertido, que su compañero había sustituido la bolsa de cuero de su cinturón por una amplia saca del mismo material que debía haber encontrado por ahí y que colgaba de su hombro. Estaba casi llena.

—¿Qué tienes ahí? ¿Y esos documentos? —inquirió Flavio al ver el estuche con los pergaminos sobre la mesa.

—Una de las cosas que andábamos buscando. Pero lo que quería

enseñarte era esto otro…

—¡Vaya! ¡Un pasadizo!

—Quizás Vero esté escondido o haya escapado por ahí. Voy ir a echar una ojeada.

—Voy contigo.

Sexto meditó un instante y negó con la cabeza.

—No. Ese pasadizo es estrecho y es mejor que baje solo. Quizás no haya nada interesante, pero te avisaré si es necesario. Lo que sí convendría es que Bainobaudes y sus hombres estuviesen por aquí por si aparecen los *auxilia* con ganas de arrasarlo todo.

Flavio pareció convencido.

—Tienes razón. Iré a darles instrucciones. Pero tú ten cuidado. Al mínimo indicio de problemas, grita.

—Descuida.

Sexto desenvainó su puñal y comenzó a bajar los escalones.

Fuego. Muerte. Destrucción. Eso era lo que Crispo encontraba a cada paso que daba en la arrasada villa de Gayo Mario. Los *auxilia* se habían empleado a fondo y lo habían hecho a cambio de unas pocas bajas propias. No podían decir lo mismo los mercenarios francos que se suponía debían proteger la propiedad. Sus cuerpos acuchillados, asaeteados, mutilados y decapitados habían quedado tendidos allí donde habían caído. Otros cadáveres eran de siervos, criados y trabajadores que habían opuesto alguna resistencia o, simplemente, se encontraban en el peor lugar en el peor momento. Saqueada e incendiada, la mayor parte de la villa no era más que un despojo humeante entre cuyos restos los cuerpos de decenas de seres humanos esperaban que las llamas les alcanzasen y borrasen el recuerdo de su existencia para siempre.

Crispo se movió con cuidado, con su aro de energía listo para disparar si era necesario. Y lo haría con gusto, sin remordimientos, si se tropezaba con alguno de los *auxilia* que habían convertido la villa en un matadero. Desde su punto de vista, tamaña matanza no tenía otra justificación que la de dar rienda suelta a las ansias de rapiña y a la violencia de la soldadesca. Romanos matando a romanos. O, mejor dicho, soldados del ejército imperial romano asesinando a súbditos provinciales de su augusta majestad. Porque hacía tiempo que la

“romanidad” era un concepto etéreo. Buena parte de los soldados de las huestes romanas, ya fuesen de los ejércitos de campaña o de las guarniciones de frontera, no tenían de “romano” más que el equipo y las órdenes en latín de sus oficiales, pues eran tan “bárbaros” como sus enemigos. Y lo mismo podía decirse de muchos de los habitantes de las provincias del *limes*. Pero el resultado era análogo: muertos por docenas.

Crispo dejó atrás la carnicería del gran patio y atravesó el portón del muro que lo separaba de la morada del propietario. Las llamas crepitaban muy cerca y abrasaban puertas, ventanas y techos. La torre de vigilancia había ardido hasta los cimientos y con ella dos de los mercenarios francos. El olor a carne y madera quemada lo invadía todo.

Algo más allá, el cuerpo ensangrentado de un hombre de no más de cuarenta años mostraba una enorme herida de espada que abarcaba desde el hombro derecho hasta el abdomen. Su mano derecha sujetaba todavía un gran machete de cocina. Una resistencia inútil.

Espesas nubes de humo se escapaban a través de las columnas de la doble galería de la fachada principal, ennegreciendo paredes, mosaicos y cadáveres. Pero la entrada estaba lo suficientemente despejada como para parecer segura. Aunque supuso que allí dentro no encontraría a nadie vivo, Crispo se decidió a entrar. Tal vez el ansia de oro de los asaltantes hubiese pasado por alto algo importante para él.

Para no avanzar a ciegas, extrajo de su mochila una pequeña caja que contenía dos microesferas de vigilancia, no mayores que una bola de rodamiento. Depositándolas en la palma de su mano derecha, sobre la trama, las activó y les dio las oportunas órdenes para que recorrieran todos los rincones de la casa y le transmitieran las imágenes directamente a su mente. Acto seguido, las pequeñas canicas se elevaron en el aire y, en el más absoluto de los silencios, volaron al interior de la villa a través de la puerta principal.

Eran este tipo de cosas, estos juguetes, los que hacían tan entretenido el trabajo de un Protector, pensó.

El pasadizo se prolongaba hacia el subsuelo con una ligera pendiente durante aproximadamente un centenar de pasos. No se trataba de una obra improvisada. De unos diez pies de alto y cuatro de ancho, había sido consolidado con piedras perfectamente alineadas y el techo estaba abovedado. Sexto consideró la posibilidad de que el

túnel formase parte de un antiguo sistema de drenaje, quizás relacionado con los baños de la villa. La iluminación corría a cargo de una serie de lámparas de aceite, colgadas de la pared a intervalos regulares y mantenidas en perfectas condiciones.

Sexto miró hacia arriba y vio que, como suponía, el baúl estaba asentado en una plataforma de hierro y madera articulada sobre un complejo e ingenioso mecanismo de torsión que permitía la apertura o el cierre de la entrada del pasadizo tanto desde el exterior, haciendo girar la estatuilla de Afrodita, como desde el interior, tirando de una palanca que estaba medio escondida detrás de la escalera.

Al fondo, casi en la penumbra, podía verse una pared de piedra que cerraba el paso, pero el túnel giraba en ese punto a la derecha y la pendiente se transformaba en unos pequeños escalones, excavados en la piedra, que bajaban una treintena de pasos hasta morir junto a una doble puerta de madera maciza.

Sexto trató de abrir la puerta. Como era de esperar, no ocurrió nada. Debía estar cerrada por dentro, pensó. ¿O era por fuera? ¿Acaso el pasadizo era una salida de emergencia hacia el exterior? ¿O conducía a aposentos secretos? En todo caso, ¿cómo se abría?

Dado que no había cerradura ni llave alguna a la vista, miró a su alrededor buscando algún mecanismo parecido al que daba acceso al túnel desde las habitaciones de Vero. Entonces se fijó en que, en la pared, junto a la puerta, había una lámpara de aceite que no estaba encendida. La única apagada en todo el pasadizo. Y la única que no mostraba signos de haber sido encendida alguna vez.

No dudó un instante y tiró hacia abajo de la lámpara. Casi de inmediato un resorte saltó y el portón se entreabrió. Sexto empujó el portón y, para su sorpresa, las dos pesadas hojas de madera de roble se movieron sin dificultad y en absoluto silencio. Excitado, Sexto se asomó para ver qué había al otro lado.

Tal y como esperaba, el portón daba acceso a lo que parecía ser un almacén o bodega de unos veinte pies de largo por cinco de ancho y quizás diez de alto. Las paredes de piedra desnuda estaban iluminadas por la luz nacarada que se derramaba desde un curioso objeto de forma esférica situado en lo alto de un gran trípode de bronce que ocupaba el centro de la estancia. No cabía duda de que había sido fabricado con esmero por alguien que sabía lo que hacía. Era una estructura alta, que casi llegaba al techo, y entre sus patas había espacio suficiente para que un hombre estuviese de pie.

Fascinado por lo que veía, avanzó hacia el trípode. De pronto, la

esfera emitió un destello.

Sexto se detuvo. Asustado, se dio cuenta de que no podía seguir avanzando. De hecho, no podía moverse. Una creciente opresión en el pecho casi no le permitía respirar. El puñal cayó al suelo. Dejando escapar un grito de dolor, Sexto se llevó las manos a la cabeza y cayó de rodillas. Todo su ser parecía a punto de explotar. Pero no lo hizo.

Al cabo de unos interminables instantes, la esfera dejó escapar otro destello y la parálisis y la opresión en el pecho empezaron a remitir. Sexto recuperó el aliento. En sus sienes la sangre latía con fuerza, pero ya no sentía como si estuviesen golpeando su cabeza con un martillo.

Y, al cesar el dolor, en su mente se desató una nueva tormenta de imágenes, rostros y sonidos. Su memoria parecía estar rompiendo las ataduras que la mantenían prisionera y Sexto supo de repente qué era aquella esfera y por qué estaba sobre aquel trípode.

Era obvio.

Tampoco tuvo ningún problema en identificar qué era y que función tenía él curioso aro dorado firmemente sujeto por abrazaderas a una pequeña plataforma en la parte superior del trípode, sólo unos palmos por debajo de la esfera.

De hecho, se dio cuenta de que sabía casi todo lo que necesitaba saber. No pudo por menos que alegrarse de que Flavio no lo hubiese acompañado. Porque, ¿acaso tendría sentido tratar de explicarle de qué iba todo aquello?

Entonces, una voz grave se dejó oír a su espalda.

—Sé bienvenido, Sexto Claudio Propercio.

Sorprendido, se dio la vuelta de inmediato para enfrentar a su interlocutor.

Ahí estaba. Delante de él. Un individuo muy alto, bien formado, saludable, que no parecía tener más de cincuenta y tantos o sesenta años, desde luego muchos menos de los que se suponía que debía tener. Algunas manchas blancas teñían una todavía espesa cabellera castaña, que enmarcaba las pocas arrugas que cruzaban su frente y su rostro anguloso. Vestía una larga túnica roja ceñida a a la cintura por un ancho cinturón de cuero del que colgaba una voluminosa bolsa hecha de algo que parecía piel. En su mano derecha, apuntándole, brillaba un aro dorado.

—Saludos, Julio Vero —respondió—. Aunque una voz en mi

interior me dice que tal vez debería llamarte *padre*.

DUODECIMUS

28 de diciembre

No sin sorpresa, en las imágenes de las microesferas Crispo descubrió que una parte de la principesca residencia de Gayo Mario permanecía más o menos intacta. El incendio que produjese la gran humareda que tanto lo había alarmado antes de entrar parecía limitado a las dependencias delanteras, a algunos tablinios y dormitorios en los que el ansia salvaje de los *Cornuti* había dejado a su paso un rastro de sangre, saqueo y fuego. Pero un amplio atrio, que precedía a dos salas que se abrían a un impresionante jardín adornado con fuentes y pequeños estanques, había actuado de cortafuegos. Más allá, las dependencias de la casa parecían haber escapado a la completa destrucción, aunque no al desvalijamiento.

Crispo atravesó el jardín y se introdujo en un corredor que daba acceso a un nuevo conjunto de habitaciones. Algunas habían sido registradas a fondo, otras de manera somera y unas cuantas no habían sido tocadas. Crispo se asomó por un instante a una de las estancias, que resultó ser una pequeña biblioteca. Las librerías destrozadas y las docenas de rollos de pergamino desparramados por el suelo dejaban pocas dudas sobre la frustración de quienes no habían encontrado allí el botín que tanto ansiaban.

Siguió avanzando por el elegante corredor. Algunos bustos imperiales habían acabado rotos sobre las losas de mármol del suelo, y allí donde la noche anterior las lámparas de bronce habían ahuyentado la oscuridad ahora reinaba el vacío. Pero la que permanecía en su sitio, presidiendo un gran comedor de verano, era una estatua casi a tamaño natural de una mujer desnuda. Crispo no tuvo que mirarla dos veces para reconocer en ella a la diosa Venus, de la que en la casa existían varias representaciones, ya fuera como la Afrodita griega o en su gemela romana. En este caso se trataba de una de tantas copias del original heleno que mostraban a la diosa agachada y desnuda, sorprendida en la intimidad de su baño, tratando de cubrir con las manos sus voluptuosas formas de las miradas lascivas de los intrusos. Toda una declaración de intenciones del propietario, pensó.

Fue entonces cuando lo oyó. Se detuvo y escuchó con más atención. Procedía de una habitación a su izquierda. Su potenciado

sentido del oído determinó que el casi inaudible gemido pertenecía a una mujer joven. Era una respiración débil y entrecortada, moribunda.

Sin dudarlo entró en el cuarto, un dormitorio pequeño y oscuro, típicamente romano, aunque a sus ojos el tétrico espectáculo con el que se encontró apareciese tan claro como si lo contemplase a plena luz del día.

Sintió que se le revolvía el estómago. Tirada sobe la cama como una muñeca rota, con la *subucula*{30} ensangrentada y hecha jirones, una lívida muchacha pelirroja, que quizás no tuviera más de quince años, agonizaba semiinconsciente. Tan sólo un débil hálito de vida la separaba de una muerte que se acercaba presurosa conforme la sangre se escapaba de su cuerpo a través de la puñalada que una mano asesina, después de violarla y dar rienda suelta a su sadismo golpeándola hasta la extenuación, había infligido en su vientre.

Crispo sintió crecer en su interior la cólera. No conocía de nada a la pobre cría, pero sintió el deseo de matar, de la forma más dolorosa posible, al salvaje que la había torturado con tanta saña y crueldad, hasta el punto de que un rostro que se adivinaba hermoso se había convertido en una máscara grotesca, sanguinolenta e hinchada. En su costado izquierdo, un prominente moratón advertía de una posible fractura de una o más costillas.

Pero pronto la ira fue cediendo paso a la razón. No estaba allí para impartir justicia a todos los desvalidos, sino para ejecutar una misión; aunque ello no le impediría tratar de prestar ayuda a la muchacha, si es que todavía podía hacerse algo por ella. Al fin y al cabo, era la única persona viva que había encontrado hasta ese momento en la villa. Si la salvaba, tal vez pudiese proporcionarle alguna información útil. Claro que también tenía el deber de tratar de socorrerla porque, ¿en qué se convertiría la humanidad si renunciaba a la misericordia? ¿Qué clase de mundo sería ese? ¿Uno como el que él había dejado atrás?

Pero no era momento de divagaciones. De su pequeña mochila de cuero sacó una caja trapezoidal negra de unos quince centímetros de largo por cinco de alto. Un módulo médico. Presionó uno de sus lados y al hacerlo se abrió un compartimento del que extrajo un pequeño cilindro dorado. A continuación, apartó la mano que la chica había puesto instintivamente sobre la cuchillada. La sangre, roja oscura, manaba de su vientre como el agua de una vasija rota, encharcando la colcha y el suelo. Crispo acercó el cilindro al tajo y pulsó con el pulgar el botón de la parte superior. Un rayo de plasma azulado se disparó por el extremo inferior y se sumergió en la sangrante herida. Apenas

unos segundos después, la hemorragia se había detenido.

Crispo respiró aliviado: había ganado algo de tiempo. Mil quinientos años de constante evolución de la ciencia médica militar, desde el quitosano{31} al rayo hemostático, estaban al servicio de una vida que sin su intervención estaría condenada. Pero ahora era preciso monitorizar, estabilizar, evaluar y curar.

Con cuidado, situó la caja sobre el pecho desnudo de la joven y pulsó un par de botones virtuales que habían surgido en la parte superior del dispositivo. De inmediato, éste se activó y proyectó en el aire una imagen holográfica que mostraba todo tipo de datos biomédicos de la muchacha: presión sanguínea, saturación de oxígeno, ritmos respiratorio y cardíaco, estructura del ADN, actividad neurológica… No hacía falta estudiar a fondo los datos para comprobar que estaba al borde del colapso. Un par de minutos más tarde, el chequeo había terminado y en la parte inferior derecha de la imagen apareció un mensaje en grandes letras rojas parpadeantes:

INICIANDO RECUPERACIÓN

Y entonces ocurrió. En una acción que cualquier persona de aquella realidad habría considerado mágica, delicados zarcillos dorados empezaron a crecer y extenderse desde el interior de la caja. Algunos, más finos que un cabello humano, se introdujeron bajo la piel del pecho y en la herida del vientre, mientras otros se expandían hacia los brazos y el cuello, buscando las venas y arterias del sistema circulatorio. Otra red de delicados tentáculos avanzó decidida hasta los muslos de la chica para fusionarse con sus dañados órganos sexuales. Más sorprendente aun, del interior de la caja surgieron dos delicados tubos que crecieron hacia la cabeza de la joven, haciéndose cada vez más gruesos. Cuando llegaron a la altura de la cara se fusionaron en una única estructura que comenzó a expandirse sobre su rostro con una consistencia cremosa. En unos instantes, la cara quedó completamente cubierta por una mascarilla flexible, adherida como una segunda piel.

Desde el módulo empezaron a fluir oxígeno, suero, antibióticos, antivirales, estimuladores de la función hematopoyética de la médula ósea, calmantes y cientos de nano-robots autoreplicantes que, a través de su sistema circulatorio, llevarían allí donde fuera necesario el aliento vital reconstruyendo tejidos, vasos sanguíneos y órganos, eliminando infecciones y tumores, soldando huesos, reconstruyendo el sistema nervioso central. Millones de vidas se habían salvado en su mundo en los últimos quince siglos gracias a máquinas como aquella, uno de los mayores logros de la biogenotrónica y la medicina.

Crispo esperó paciente –con un ojo puesto en los datos del monitor holográfico y otro en la puerta, por si de repente aparecía algún visitante inoportuno– a que la pequeña máquina médica terminase su trabajo. Pasaron treinta minutos. La luz que penetraba en el cuarto a través del ventanuco de la pared era cada vez más débil, pues las nubes habían cubierto el cielo. Poco después, la lluvia empezó a golpear con fuerza suelos, tejados y celosías. Por lo menos no habría que preocuparse más por el fuego, pensó Crispo.

La máquina emitió un ligero zumbido. En la imagen holográfica, los indicadores biomédicos mostraron que la tecnología del cuarto milenio había hecho bien su trabajo. Como siempre.

La máquina volvió a zumbar. La red de finos tentáculos y zarcillos que se habían extendido por el cuerpo de la joven empezó a retirarse a toda velocidad para desaparecer en el interior del módulo. La mascarilla que cubría su rostro se quebró y deshizo como un molde de arcilla, dejando sólo una mancha parduzca sobre la almohada. El color había vuelto a sus mejillas y de la puñalada apenas quedaba una cicatriz. En unos pocos días, una semana a lo sumo, *todo* rastro de la agresión habría desaparecido de su cuerpo, aunque las nano-máquinas que la habían salvado seguirían dentro de ella durante al menos una década, protegiéndola de cualquier trauma, enfermedad y degeneración. Era irónico, pero la bestial agresión que había sufrido y que la había puesto a las puertas de la muerte iba a regalarla, si nada se interponía de nuevo, una vida más larga y saludable que la del resto de sus contemporáneos.

Todavía bajo los efectos de los sedantes, la chica se agitó y su cuerpo se estremeció con un escalofrío. La temperatura estaba bajando, así que Crispo decidió buscar algo para abrigarla y, de paso, encender el brasero del rincón. No tardó en encontrar un par de mantas de lana en un baúl y con ellas cubrió la casi completa desnudez de la joven. Hasta ese momento no había reparado en que era realmente hermosa y que su bien proporcionado cuerpo había disfrutado de cuidados por lo común fuera del alcance de una esclava o de una mujer de clase baja. No había rastro alguno de vello en su blanca piel, como mandaban los cánones de belleza, y todavía podían distinguirse restos del hollín que había empleado para perfilar sus ojos y del ocre de liquen con el que había teñido sus labios de rojo. También se fijó en la cuidada manicura en los dedos de manos y pies, en lo que quedaba de los tirabuzones de su cabello, en la calidad de las ropas que había dejado sobre el diván al otro lado del cuarto…

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Era una prostituta. Una meretriz joven y hermosa. Voluptuosa. Deseable. Cara. Mercancía de

primera calidad sólo al alcance de los bolsillos más solventes. Crispo sabía que el mejor burdel de Tréveris era el de Helvia, la hermana mayor del fallecido marido de Marcia. El mundo, ciertamente, era un pañuelo.

La muchacha tosió y entreabrió los ojos. Si se despertaba del todo la situación podría complicarse, por lo que Crispo optó por hacer lo mismo que hiciera días atrás con *Castor*: controlar su mente. Así que puso su mano derecha sobre la frente de la chica y concentró su pensamiento.

Ella abrió los ojos y vio un hombre a su lado. Pero no sintió miedo ni dolor. Tampoco sentía frío. Ni hambre. Ni siquiera se preguntó quién podría ser él. Notó que estaba desnuda bajo las mantas, pero para ella eso era bastante habitual, tan natural como comer y beber. Se sentía bien. Cómoda. Segura. En paz.

—No tengas miedo —dijo el hombre—. Ahora estás a salvo.

La voz era varonil, cálida y amable. Pero, ¿por qué decía que estaba a salvo? ¿Acaso…?

Entonces, empezó a recordar.

—¡Los soldados! Me…

Crispo aprovechó la manifestación del recuerdo para bloquearlo. No tenía sentido ni utilidad que ella evocara el traumático suceso que había vivido. Al menos, no del todo. Bastaría con reducir su intensidad a la de un sueño desagradable o un recuerdo difuso. Ventajas de la nano-robótica que ahora ambos compartían.

—No te preocupes. No ha sido más que una pesadilla. ¿Cómo te llamas?

—Pupinia Helvia.

—Bien, Pupinia. Dime, ¿qué haces en esta casa?

La muchacha pareció algo confusa.

—Pues… Gayo Mario alquiló mis servicios a Helvia. ¿Qué ha pasado?

—Nada que deba preocuparte. ¿Has estado todo el tiempo con Mario?

—Sí, toda la tarde. Estuvimos haciéndolo hasta que se puso el Sol. Mario es un viejo asqueroso, pero paga muy bien. Yo hubiese preferido estar con el otro. También es mayor, pero es más alto y

guapo.

—¿Cómo es Gayo Mario?

La descripción de Pupinia le recordó de inmediato a Crispo al prisionero degollado por el decurión.

—¿Y el otro? El alto y guapo. ¿Cómo és?

Los ojos de Pupinia brillaron con el recuerdo.

—Tiene el pelo rubio y los ojos azules, muy azules. Y es muy alto y fuerte…

Crispo sintió un escalofrío. Pero necesitaba confirmar su sospecha.

—Pupinia, vas a ver ahora unas caras. Dime si la de ese hombre está entre ellas.

Crispo extrajo directamente de su memoria los rostros de los demás Exilados. Con un simple deseo, proyectó las imágenes en la mente de Pupinia.

La muchacha no pareció experimentar asombro o extrañeza alguna ante lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué iba a hacerlo? No eran más que varias cabezas flotando en el aire, delante de sus ojos. Aquello la parecía lo más natural del mundo.

—Ese —dijo, sin el más mínimo asomo de duda—. El hombre de la derecha.

Crispo asintió, decepcionado, al ver confirmadas sus sospechas. Había combatido codo con codo con aquel hombre en las infinitas selvas de Nergal, juntos habían atravesado el gélido río del tiempo y del espacio para llegar a aquella realidad y había creído sus palabras. Ahora se mostraban como las mentiras que en realidad eran.

—¿Sabes dónde están sus habitaciones?

—Una de las esclavas me dijo que están en el lado de la casa que da al templo de Jano, por donde sale el Sol. Pero sólo pueden entrar un par de personas.

—Entiendo. Y ahora escuchame, Pupinia. Cuando yo quite mi mano de tu frente, vas a dormir un rato, ¿de acuerdo?

—Sí.

Crispo retiró la mano y la joven cayó al instante en un profundo sueño. Cuando despertara, no recordaría nada de todo lo que había

visto o de lo que él había preguntado.

No tenía muy claro qué es lo que iba a hacer con ella. Podía, simplemente, dejarla allí y que Pupinia se las arreglase para regresar a Tréveris cuando se despertase, aunque le parecía más adecuado y justo llevarla él mismo a la ciudad con cualquier excusa. En cualquier caso, era una cuestión que podía esperar. Ahora tenía otras prioridades.

Decidido a no perder más tiempo, Crispo se dirigió hacia el ala este.

Aunque Bainobaudes y sus hombres no pudieron participar en el saqueo metódico al que el resto de los *Cornuti* sometieron a la villa, tampoco podían mostrarse insatisfechos. Flavio les había entregado una generosa cantidad de monedas a cambio de que montaran guardia en la entrada del corredor que conducía a los aposentos de Julio Vero e impidiesen a sus camaradas meter las narices donde no debían.

—Que hagan lo que quieran en el resto de la villa —les dijo Flavio—, pero estas habitaciones son *nuestras*, ¿entendido? Si alguien trata de entrar aquí sin permiso o por la fuerza, matadlo. Y me da lo mismo que se trate de un lancero o de un oficial.

La bolsa con dinero que acompañó a las órdenes de Flavio fue el mejor estímulo para su cumplimiento, aunque tampoco tuvieron que emplearse muy a fondo. Sólo les dio algún que otro problema un pequeño grupo formado por cuatro soldados borrachos que, cantando obscenidades y arrastrando un pesado saco que contenía el producto de sus rapiñas, estaban empeñados en registrar a fondo aquella parte de la casa. Una certera cuchillada en un costado y unos cuantos palos fueron suficientes para despejar un poco sus embriagadas seseras y hacerlos ver la conveniencia de probar suerte en otro sitio. Al poco, los desesperados gritos de auxilio de una mujer joven y las risotadas de los *auxilia* indicaron que éstos habían encontrado algo con lo que entretenerse. Los chillidos no tardaron en cesar, como también lo hicieron las risas y ya sólo podía escucharse el repiquetear de la lluvia en el tejado.

Tras dejar arreglada la cuestión de la seguridad, Flavio volvió a la habitación y se dirigió al rincón en el que estaba la entrada del pasadizo. Pero entonces pudo ver, alarmado, que el baúl había vuelto a su posición original, cerrando el acceso.

Flavio se precipitó sobre el cofre e intentó desesperadamente moverlo. Pero la fuerza bruta no parecía servir de nada.

"¡Soy un imbécil!", se desesperó. "*Si no hubiese estado tan entretenido llenándome los bolsillos, puede que ahora supiese cómo mover este puto baúl*".

No tenía ni idea de cómo Sexto había logrado apartar el cofre. Por un instante consideró la opción de sacar la espada y emprenderla a golpes con el baúl hasta reducirlo a astillas, pero no tardó en comprender que ello no serviría de gran cosa mientras no fuese capaz de apartar la plataforma de hierro y madera que asomaba bajo el cofre.

—¡Sexto! ¿Me oyes? —gritó, sin obtener respuesta.

Era inútil. Su camarada podría estar en problemas allí abajo y él no podía hacer nada.

Flavio trató de tranquilizarse y pensar con claridad. ¿Dónde estaba Sexto cuando lo avisó de que había descubierto el pasadizo? Junto al baúl. ¿Y si hubiese una palanca, una llave o algo parecido que activase algún mecanismo oculto y permitiese moverlo? No se le había ocurrido hasta ese momento. ¿Quizás en el propio cofre? Empezó a palparlo por todos lados, pero sin resultado.

Abatido pero no derrotado, Flavio observó con atención la habitación. ¿Dónde podría estar? ¿Acaso en los leones bruñidos que adornaban los pies de la cama? No tardó mucho en descartarlos. ¿Puede que en las elegantes mesitas de bronce y mármol? No. ¿Quizás en el diván, en las sillas o en el escabel? Nada. ¿Podría estar en alguno de los cofrecillos, arquetas o baúles, o dentro de los armarios? Los había reventado, registrado y desvalijado todos hacía rato y no había visto nada raro. Tampoco parecía que en las losas del suelo hubiese nada fuera de lo común, ni en las columnas, ni en las estatuillas…

"No puede ser".

Acababa de reparar en la figurilla de la mujer desnuda que había en la hornacina sobre el cofre. Cuando estuvo con Sexto junto al pasadizo se había fijado en que estaba de cara a la pared. En ese momento no le prestó atención al hecho. Pero ahora la estatuilla estaba de frente.

Y, tal vez, si la giraba…

Justo con un cuarto de vuelta un sonoro "clic" anunció la activación de algún mecanismo oculto. El baúl se movió y Flavio se encontró mirando de nuevo la entrada del pasadizo.

Sexto estaría orgulloso de mí, se dijo. Sólo había que empujar un

poco más aquel armatoste y…

Los gritos de Bainobaudes lo sorprendieron cuando se disponía a hacerlo. Algo grave estaba ocurriendo en el corredor de acceso.

—¿Pero qué…?

—¡Cuidado!

—¡Cogedlo!

Entremezclado con los alaridos y el ruido de la lucha que parecía estar teniendo lugar, Flavio creyó escuchar un sonido extraño, un zumbido seguido de una crepitación. Pero luego sólo quedó el silencio y los acelerados latidos de su corazón.

¡Por todos los dioses! ¿Qué estaba ocurriendo ahí fuera?

Entonces oyó un nuevo ruido. Pasos. Y venían en su dirección.

Tras echar una última ojeada a la entrada al pasadizo, Flavio sacó su espada y apagó todas las luces de la habitación, que quedó apenas iluminada por la débil luz del día que penetraba por una ventana.

Buscando rápidamente un escondite, lo halló tras las gruesas cortinas que separaban la cama del resto de la estancia. No era el mejor sitio donde ocultarse, pero no vio nada mejor.

Y esperó. Como tantas otras veces a lo largo de su vida, sus dedos se ciñeron alrededor de la empuñadura de la espada sabiendo que, de un momento a otro, se desatarían las Furias.

Quienquiera que fuese el indeseado visitante, estaba ya dentro de la habitación, a escasos pasos de él, al otro lado del cortinaje. Sin hacer el más mínimo ruido, Flavio alzó su espada. Estaba listo para descargar el golpe, con todos sus músculos en tensión y las pupilas dilatadas al máximo. De nuevo sintió la excitación que precedía al combate cuerpo a cuerpo, el deseo de matar, el odio al otro.

El intruso se detuvo. Flavio podía oírlo respirar. Lo hacía de forma pausada. Tranquila. Sin miedo. Mostrando una tranquilidad absoluta. La calma que precede a la tormenta.

Sólo había una cosa que Flavio temía de las tormentas: los relámpagos. De niño lo asustaban y de adulto los temía, pues había visto lo que eran capaces de hacer con hombres y bestias. Y, quizás por eso, cuando un instante después escuchó de nuevo aquel extraño zumbido al otro lado del cortinaje, supo lo que venía a continuación.

Una crepitación.

Un relámpago.

El dolor. Intenso. Terrible. Paralizante.

La oscuridad.

Pese a que sus reforzados sentidos le daban ventaja en la emboscada y el combate, Crispo tuvo que reconocer que los *auxilia* estaban bien entrenados y que eran unos combatientes enérgicos que no tenían nada que envidiar a los aguerridos legionarios que les habían precedido en los días de gloria del imperio.

Pero su eficacia guerrera no iba a servirles ahora. Desde antes de torcer la esquina, y gracias a sus microesferas, Crispo sabía cuántos eran sus oponentes y qué equipo portaban. Por eso, cuando atacó, sus disparos fueron certeros y letales. Tres infantes cayeron casi al unísono. El cuarto tuvo tiempo de reaccionar, cambiar de posición y disparar su ballesta. El dardo pasó rozando el cuello de Crispo, que respondió con un rayo que destrozó el arma del *auxilia*. Un segundo disparo lo alcanzó de lleno en el pecho y cayó fulminado.

Pero el quinto soldado, un decurión de indudable origen bárbaro, fue el más ágil y protagonizó un salto casi inverosímil para un hombre de su envergadura que lo dejó frente a Crispo, al que dejó sin espacio para disparar. Se impuso la lucha cuerpo a cuerpo y ahí los reflejos inculcados durante años de entrenamiento en artes marciales fueron determinantes. Un bloqueo sobre la mano que portaba la espada, una llave de agarre, un estrangulamiento con los brazos y las piernas… Privado de aire, el decurión perdió el sentido antes de que Crispo terminase de ejercer toda la presión necesaria para partirle el cuello. Por alguna razón, decidió no hacerlo y lo dejó caer inconsciente al suelo.

Crispo empujó a un lado al voluminoso y noqueado guerrero, recuperó el aliento y se incorporó. Al fondo del corredor, la puerta de la habitación estaba entreabierta. Una de las microesferas flotó en silencio hacia ella y penetró en el aposento, justo a tiempo para mostrarle la imagen de un hombre que, empuñando una espada, se ocultaba presuroso tras los espesos cortinajes que rodeaban una cama digna de un rey.

Aunque sólo pudo verlo unos segundos, Crispo reconoció de inmediato al cuarentón emboscado: era el mismo sujeto al que días atrás, al regresar de su cacería humana en el bosque, había visto a las puertas de la taberna de Ulfilo charlando con un hombre más joven.

Recordó entonces las pocas palabras que oyó de su conversación:

—*Y ahora, ¿qué crees que debemos hacer?*

El hombre joven se había vuelto para responderle, pero el viento cambió en ese momento de dirección y Crispo ya no había podido oír el resto.

Así pues, concluyó, aquel hombre –y quizás también su ahora ausente compañero– estaba también interesado en los secretos de la villa de Mario. ¿Quiénes eran? ¿Qué los había llevado hasta allí? ¿Qué era lo que sabían? ¿Dónde estaba el más joven? ¿Qué tenían que ver con el asalto?

Eran muchas las preguntas y quería conocer las respuestas. Por eso decidió que aquel viejo soldado, con el rostro marcado por las cicatrices de la vida y de mil batallas, no moriría ese día. Era, después de todo, un hombre con suerte.

Con un movimiento de su pulgar sobre los controles de la empuñadura de su aro de energía, Crispo cambió la intensidad del haz. Sólo tenía que entrar, apuntar y disparar.

Y así lo hizo.

La descarga de energía que sobrecargó y colapsó el sistema nervioso de Flavio lo mantendría inconsciente al menos un par de horas, así que Crispo tenía tiempo para registrar a fondo toda aquella pomposa estancia.

Estaba a punto de empezar a hacerlo cuando reparó en un bulto que destacaba en la cintura de Flavio. Extrañado, se acercó a él e introdujo la mano entre sus ropas. Le bastó palpar el objeto para saber de qué se trataba.

La esfera de un Protector.

Con el pulso acelerado, Crispo extrajo la esfera y se quedó mirándola, sin salir de su asombro. ¿De dónde la había sacado aquel tipo? Entonces se dio cuenta de que de su cinturón colgaba una bolsa repleta de monedas y joyas y lo entendió. Era parte de su botín.

Crispo puso su mano derecha encima de la bola. Apenas un instante después ya sabía que aquella era la esfera de Uras. La que había desaparecido tras su asesinato en Roma.

Desconcertado, Crispo se dispuso a averiguar más. En un instante,

concentró su pensamiento en la interface virtual de la esfera, se identificó y accedió al registro principal.

Su mente se movió con rapidez a través del intrincado laberinto de archivos, funciones y niveles. Hubo una época ya remota en su realidad en la que la totalidad de la potencia de cálculo y almacenamiento de todos los ordenadores del planeta apenas sumaría la décima parte de la capacidad de una sola de aquellas esferas. Había decenas de miles de ellas funcionando, aunque sólo estaban al alcance de los Consejeros, los Controladores y los Protectores. Y ningún cerebro humano antes de la Era del Consejo podría navegar a través de su ingente contenido sin enloquecer.

No tardó en encontrar lo que estaba buscando. La sorpresa que lo inundó cuando descubrió la verdad no conoció límites.

Sin terminar de dar crédito a lo que acababa de ver, Crispo apartó la mano de la esfera y regresó al mundo real. Entonces, sus ojos repararon en el gran cofre y en la brizna de luz que se escapaba de la ranura en el suelo bajo él. Intrigado, Crispo se agachó para observar con más atención y empujó el baúl. Ante él apareció el pasadizo subterráneo, a través del que le llegó el eco de una conversación lejana. Una de las casi inaudibles voces no le era familiar, pero la otra sí. La conocía de sobra. Era la voz del individuo que había identificado Pupinia.

Era la voz del traidor.

TERTIUS DECIMUS

28 de diciembre

Julio Vero no mostró sorpresa alguna. Tampoco bajó el arma.

—¡Vaya! Parece que el cachorro ya sabe a qué manada pertenece. Bien, me alegro. Eso facilita las cosas. Aunque preferiría que te abstuvieras de llamarme "padre". Tu concepción y nacimiento fueron el resultado de un experimento en el que yo me limité a aportar mis genes y a vigilar tu desarrollo en tus primeros años. Quienes te criaron y educaron fueron Tito y su mujer. Es mejor que me llames por mi nombre romano. Me he acostumbrado a él.

Sexto asintió y envainó su daga.

—Lo entiendo, pero quería asegurarme de que lo que me estaba diciendo mi mente era cierto. ¿Qué se supone que vas a hacer ahora? ¿Matarme? Porque, si no es así, te agradecería que bajases eso.

Vero bajó el aro y lo guardó en la bolsa de piel que colgaba de su cintura.

—Lo siento, simple precaución. ¿Sabes lo que es, no?

—¿El aro? Por supuesto. Un arma proyectora de energía. Esta mañana no habría tenido ni idea de qué era, pero ahora hasta podría decirte de dónde saca toda esa potencia y qué niveles de intensidad es capaz de desarrollar. Y lo que está detrás de mí es una baliza temporal. Pero no tengo ni idea de por qué lo sé.

Vero aplaudió.

—¡Bien! Así que los recuerdos y conocimientos ya están aflorando, ¿verdad? ¡Fascinante! Siempre supimos que sería teóricamente posible, pero nunca tuvimos ocasión de hacer la prueba. Claro, en nuestro mundo era imposible.

Sexto asintió.

—Desde hace horas, lo que antes eran sueños y visiones inconexas se están transformando en conocimientos y recuerdos claros, en habilidades que desconocía. La rememoración no sigue una línea fija, sino que parece ser provocada por intensos estímulos externos, por situaciones de estrés. De todas formas, aún es mucho lo que

desconozco sobre mí mismo. Así que te rogaría que me ayudases a aclarar mis dudas. Creo que tengo derecho a ello, ¿no?

—¿Derecho? Bueno, digamos más bien que ya es hora de revelarte la verdad sobre tus orígenes. Eso no va a perjudicar nuestros propósitos iniciales y de todos modos terminarás por averiguarlo cuando tu memoria despierte por completo. Pero antes dime, ¿dónde está tu compañero, el *campidoctor* Flavio Maximiano?

—Arriba, esperando. Y supongo que llenando la bolsa con todo lo que pueda encontrar.

—Tal y como suponía —sonrió Vero, con malicia—. Espero que ya habrá vaciado las arquetas con las monedas y las joyas. Va a vivir muy bien los años que le queden, suponiendo que llegue a viejo. Bueno, ya no las necesito. Por fortuna, me enteré a tiempo de la visita que vosotros y vuestros amigos del ejército me ibais a hacer y pude poner a buen recaudo lo realmente importante, además de encerrarme aquí y prepararlo todo, claro.

—¿Sabías que íbamos a asaltar la villa?

Vero estalló en una carcajada.

—¡Por supuesto que sí! ¿Acaso piensas que algún rincón de este mundo puede escapar a la tecnología del mío? ¡Mira!

Vero hizo un gesto con su mano derecha y al instante Sexto se contempló a sí mismo y a Flavio en el despacho del *princeps scholae agentium in rebus* Appio Claudiano cuatro días antes. Sentado a su mesa, su superior estaba consultado un expediente:

—Un caso curioso el de Quinto Julio Vero. Según parece, nació en Diona, una aldea cercana a Savaria, en Panonia, el mismo año en que fue proclamado emperador Marco Julio Filipo, esto es, hace ochenta y cuatro años, nada menos. Parece que ni la mismísima Parca es capaz de poner fuera de la circulación a este elemento…

La escena se desvaneció de su mente con la misma inmediatez que había aparecido. Desconcertado, Sexto miró a Vero que, por toda respuesta, hizo un nuevo gesto con la mano. Y de nuevo, Sexto se vio a sí mismo saltando sobre el adarve de la muralla de la villa y degollando al mercenario franco. La escena volvió a cambiar y mostró a decenas de *auxilia* irrumpiendo en el gran patio delantero de la villa, asesinando a diestro y siniestro. Un nuevo cambio de imagen y Sexto volvió a verse encontrando el estuche de los archivos y luego activando el mecanismo que abría el acceso al pasadizo.

—Espero que tu jefe, Claudiano, esté contento. Ha sido una operación militar de gran precisión —comentó, sarcástico, Vero—. Por lo menos, espero que los listados y cuentas que os he dejado ahí arriba lo satisfagan.

Sexto todavía estaba tratando de asimilar lo que acababa de ver.

—Estas visiones…

—Sí, las he proyectado en tu mente. Es la ventaja de tener distribuida por el cerebro y el resto del cuerpo una red nanoelectrónica que puede enviar, recibir, almacenar y procesar todo tipo de informaciones, en este caso procedentes de unos minúsculos dispositivos de vigilancia. Tú también la tienes, claro, aunque está todavía madurando y configurándose. De ahí tus nuevos conocimientos y recuerdos. Irán creciendo hasta que, al final, Sexto Propercio se convierta en otra persona, pero sin dejar de ser del todo quien era. De hecho, esa transformación ya está ocurriendo.

—Esa es una de las cosas que no acabo de entender.

Vero asintió y, con un gesto, lo invitó a sentarse en un taburete junto a una mesita que ocupaba un rincón de la bodega. A continuación, tomó la elegante y elaborada jarra de vidrio azul transparente que estaba sobre la mesa, al lado de una lamparilla de aceite encendida, y llenó con un vino espeso, rojizo y sin aguar dos bellas copas acampanadas de vidrio verde envueltas en un delicado camafeo que mostraba escenas de la tragedia homérica del rey espartano Licurgo quien, en un ataque de locura, mató a su hijo Drías confundiéndolo con una cepa de vid. Su país quedó yermo en señal de luto y sólo al morir Licurgo volvió a florecer la tierra.

Vero alzó su copa e hizo un brindis.

—A tu salud, Sexto.

Ambos bebieron un largo sorbo.

—Un magnífico vino de las Galias —alabó—. Y, como dijo con razón nuestro amigo Claudiano, aguar el vino y especiarlo en un pecado…

Vero sujetó la copa entre sus manos y la fue girando poco a poco, observándola con atención. Acto seguido, apuró su contenido de un trago, volteó la copa y la puso sobre la llama de la lamparita de aceite.

—Son curiosas estas copas, ¿verdad? En apariencia son de color verde, pero si las iluminamos desde dentro, cambian. Mira, ahora el cristal es rojo amarillento. ¿Sabes por qué ocurre esto, Sexto?

Durante un instante, el rostro de Sexto reflejó su confusión, pero enseguida sus ojos se iluminaron. Claro que lo sabía.

—Porque están hechas de vidrio dicroico, que hace aparecer el color verde en la luz reflejada y el rojo en la luz transmitida.

Vero hizo una mueca.

—Oh, vamos… Esa respuesta está bien para un maestro soplador de vidrio, pero tú puedes hacerlo mejor. Sumérgete un poco más en tu mente.

Sintiéndose de nuevo como un alumno al que su pedagogo le estuviese exigiendo recitar la lección del día, Sexto obedeció y se concentró. La respuesta surgió casi sin esfuerzo.

—Están fabricadas a partir de un vidrio de sosa y cal que contiene nanopartículas de oro y plata de entre cincuenta y setenta nanómetros distribuidas en el interior del vidrio. Al incidir luz sobre ellas, la zona del espectro cuya frecuencia favorece la vibración colectiva de los electrones de las nanopartículas induce una resonancia en la absorción de la luz. Este efecto es el que hace que el oro y la plata a escala nanométrica se vean al trasluz de color rojo y amarillo.{32}

Vero volvió a poner la copa en su posición original y se sirvió más vino.

—¿Has entendido algo de lo que acabas de decir?

—Sí. *Todo*. Igual que hace un par de horas entendí sin problemas todo lo que de repente supe sobre por qué veía en la oscuridad o cuáles eran las consecuencias de una hipotermia no controlada.

—Pero nadie te lo ha enseñado. En realidad, ninguno de tus nuevos conocimientos y habilidades podría ser entendido ni asumido por nadie de esta época. Fuimos nosotros, los Exiliados, los que te los dimos.

—¿Por qué? ¿Con qué propósito?

Vero jugueteó con los dedos sobre el borde de la copa. Luego, levantó la vista y clavó sus ojos azules en los de Sexto.

—Porque podíamos hacerlo. Porque teníamos un plan, un proyecto para este mundo.

Sexto le mantuvo la mirada.

—Y eso es así porque tú y tus amigos, así como los hombres y mujeres que hemos encontrado muertos y desnudos por toda Tréveris

procedéis de un tiempo futuro.

Vero le guiñó un ojo al tiempo que lo apuntaba con el índice de la mano derecha.

—Casi. Procedemos de una realidad paralela a esta, pero no de vuestro futuro, del mismo modo que esta realidad no es propiamente nuestro pasado, aunque sea prácticamente idéntica.

»Verás, el universo da cobijo a todas las realidades posibles, pero no todas comparten el mismo tiempo. En tu propia realidad "avanzas" hacia el futuro, pero no puedes "retroceder" a tu pasado ni dar un salto a tu futuro para luego "volver" a tu presente. La única forma de hacerlo es "saltar" a una realidad paralela en la que se esté viviendo ese pasado o ese futuro. La diferencia entre tu realidad y la que visitas puede ser mínima, casi inexistente, o puede ser tan grande que sea irreconocible. ¿Lo entiendes?

Sexto reflexionó un instante y luego asintió.

—Ahora sí. Hace un rato, no. Si no lo he entendido mal, me estás diciendo que puede existir por ahí una realidad en la que la casa de Constantino no existiese, u otra en la que el cristianismo siguiese estando perseguido, u otra en la que los persas fuesen los dueños de mundo…

Vero asintió y rellenó la copa de Sexto.

—Ahora que parece que lo has comprendido, te explico el resto. Verás, cuando llegamos aquí hace treinta y cinco años lo hicimos forzados. Era esto o la muerte, por razones que no vienen al caso y que ya descubrirás. Se suponía que habíamos venido en una misión de exploración, una expedición histórica y antropológica a un mundo del pasado. Pero el caso es que, cuando llegó el momento de retornar a nuestra realidad, las seis personas que integrábamos el equipo consideramos más oportuno quedarnos aquí. Al fin y al cabo, nada bueno nos esperaba al otro lado.

»Así que saboteamos la baliza y el portal temporal y nos dispusimos a exiliarnos, disfrutando de todas las ventajas que nuestra tecnología y nuestros conocimientos nos podían dar en este mundo. Pero también decidimos que, ya que estábamos aquí, podríamos tratar de cambiar las cosas, de alterar la dinámica de esta realidad para evitar que evolucionase como lo hizo la nuestra. Queríamos ver si era posible cambiar la historia para dar luz a algo mejor. En resumen, queríamos jugar a ser dioses.

»El ideólogo del proyecto, su principal defensor fue Uras, un

Protector como yo, pero de rango superior…

—¿Qué es un Protector? —lo interrumpió Sexto para, casi a continuación, añadir— ¡Oh! Vaya, disculpa…, ya lo sé. Protectores, Controladores, Técnicos, Comunes… Un mundo curioso, el vuestro. Por favor, prosigue.

—Como ves, conforme pasa el tiempo tus recuerdos y conocimientos latentes vuelven a la vida —Vero tomó otro sorbo de vino. Casi al tiempo, un sordo y apagado ruido llegó a ellos a través del pasadizo. Vero torció el gesto—. Vaya, parece que nuestra cordial charla va a llegar a su fin. Es igual. Voy a abreviar y dejar que los detalles los complete tu flamante memoria.

»El caso es que fueron Uras, el más veterano de nosotros, y la Técnico Karis, una especialista en genotrónica y biología, los que diseñaron el plan. En un primer momento, se trataba de averiguar si sería posible transmitir a los humanos de esta realidad parte de nuestra herencia genotrónica de forma que, en unos años, pudiésemos disponer de una sólida "segunda generación" de romanos modificados según los patrones de nuestra realidad y que, con sus avanzados conocimientos, pudiesen alterar de forma irreversible la evolución del imperio.

»En nuestra realidad, el proceso es sencillo: en los Centros de Reproducción se seleccionan los "donantes" más adecuados y se diseñan las redes genotrónicas necesarias para que los nuevos reemplazos generacionales tengan su papel en nuestra sociedad, estén perfectamente integrados y sean disciplinados y productivos. Así llevamos funcionando desde hace siglos. Pero aquí teníamos que trabajar de otra manera. Karis estaba convencida de nuestro éxito, así que nos pusimos manos a la obra. Materia prima no nos iba a faltar; si algo hay en abundancia en este mundo son bebés abandonados y en venta con los que poder experimentar con nuestros estimuladores neuronales y nuestra tecnología médica. Y, para probar otras vías de investigación, recurrimos a métodos más tradicionales pero también más placenteros. Las esclavas no suelen preguntarse por los motivos de sus señores al poseerlas. Simplemente, se pliegan a sus deseos.

»Y el resultado lo tengo delante de mí.

—¿Soy el hijo de una esclava? —Preguntó Sexto, incrédulo.

—No dejes que tus prejuicios nublen tu mente, Sexto. Simplemente, fuiste concebido dentro del útero de una mujer a la que seleccionamos con cuidado. Que fuese esclava o libre era lo de menos. Llevas dentro de ti sus genes y los míos, pero también buena parte de

mis propias mejoras genotrónicas y de los conocimientos generales con que los humanos venimos al mundo en nuestra realidad. Esta tecnología se basa en la modificación y mejora del código genético, en la introducción de nuevos genes artificiales y en la ampliación de la capacidad cerebral y corporal gracias a miles de nanodispositivos. Fuiste uno de los primeros y por eso te sometimos a un seguimiento continuo. Luego te entregamos al cuidado de una familia de confianza.

—La de Tito Propercio, mi padre adoptivo.

Vero asintió.

—Así fue. No queríamos crear esclavos superdotados, sino a hombres y mujeres mejorados en lo físico y en lo intelectual. Integrados en su mundo, pero dispuestos a cambiarlo a mejor. Lo que nos sorprendió fue la lentitud con la que las mejoras genotrónicas se manifestaron. El efecto es bastante sutil durante los primeros años, pero luego, como bien sabes por tu propia experiencia, llega un momento en que eclosionan. Tú pareces haber sido el primero en, digamos, "madurar".

—¿Hay más como yo?

—Otros once.

—Entonces somos doce. Como los Apóstoles.

—Sí, los heraldos de un nuevo mundo. Los Elegidos. Como no podría ser de otra manera, están repartidos por los puntos estratégicos del imperio: Constantinopla, Alejandría, Roma, Cartago, Antioquía…

—Tréveris.

—Ajá. Y luego están los otros, los cientos a los que sometimos a estimulaciones neuronales. No puedo darte un número exacto, pues cada uno de nosotros podía actuar al respecto con total libertad, pero quizás estemos hablando de cerca de medio millar de individuos.

Sexto sintió que todo encajaba. Sus extraños sueños infantiles, su pasión por aprender, su facilidad para los idiomas, su permanente insatisfacción con los retazos de ciencia médica que su padrastro le enseñaba… Ahora entendía cómo había descubierto las tramas de las palmas de las manos de los asesinados de Tréveris. E incluso el oscuro placer que había experimentado durante los interrogatorios de Lucio Cornelio y de Gayo Mario o cuando mató al mercenario franco del adarve. Sí, la sombra de los Protectores era alargada.

—Tengo curiosidad por saber una cosa. ¿Quién era Julio Vero?

—Tu jefe, Claudiano, os lo explicó muy bien: era un soldado panonio que decidió enriquecerse de forma poco honrada. Cuando nosotros llegamos, hacía ya un tiempo que se dedicaba a sus actividades ilícitas.

—Hasta que tropezó contigo.

—Así es. Cada uno de los Exiliados se buscó la vida de la forma que mejor le pareció así que, aprovechando la campaña de limpieza del emperador Diocleciano entre las filas de sus *frumentarii*, decidí que no sería mala idea quitar a ese tipo de en medio, asumir su personalidad y hacerlo pasar a la clandestinidad. Usando mis conocimientos y recursos, desarrollé y mejoré su incipiente red. Durante treinta años la tapadera me ha funcionado muy bien, he ganado ingentes cantidades de dinero y he supervisado tu desarrollo y el de otros.

—¿También el de tu sobrino?

Por un momento, Sexto creyó ver una sombra de tristeza cruzar los ojos de Vero.

—Cayo era sobrino del auténtico Julio Vero. Un hijo tardío de su fallecido hermano Marco al que éste nunca hizo demasiado caso. Cuando yo asumí la personalidad de su tío, Cayo era sólo un crío, pero también era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que había salido ganando en el cambio. Sí, estimulé su mente, como hice con tantos otros. Tenía grandes esperanzas depositadas en él y siempre fue leal. Pero no pude impedir que la guerra y la muerte se cruzasen en su camino, aunque murió haciendo lo que le gustaba: combatiendo bajo los estandartes imperiales. Una pérdida lamentable. Habría sido un gran oficial.

—Fue él quien recuperó el aro ese que está alimentando de energía la baliza, ¿verdad? El que encontró Domicio Petelio entre las ruinas del templo.

—¿También sabes eso? —se sorprendió—. Vaya, veo que Flavio y tú sabéis hacer vuestro trabajo. Sí. Como te decía, él sabía que yo hacía uso de determinados instrumentos nada habituales. Así que, cuando vio lo que tenía el imbécil de Petelio en la mano y lo que parecía haber hecho con él, supo al instante de qué se trataba, así que se hizo con el aro y me lo trajo.

»Cuando me enteré de lo que había pasado, los pelos se me pusieron de punta. Sin duda, algún movimiento de tierras o el arrastre de una crecida del río habían desenterrado parcialmente el aro, así

que enseguida fui hasta el templo. Por fortuna, pude recuperar intacta la baliza que habíamos enterrado allí años atrás. El suelo y las piedras todavía estaban cubiertos de sangre seca. Regresé con la esfera y la puse a buen recaudo sin decírselo a nadie. Durante veinte años he estado esperando mi oportunidad.

Sexto asintió, mirando de reojo el dispositivo a su espalda y concluyó:

—Has reactivado la baliza usando la energía del arma.

—Llevo meses intentándolo. Pero no ha sido fácil y en alguna ocasión casi me cuesta el pellejo. Cuando la baliza fue desconectada, Uras desactivó algunos componentes esenciales y he tardado meses en recalibrarlos de nuevo.

—Pero, ¿Para qué?

—Porque, como bien sabes, no deben ponerse todos los huevos en una única cesta. ¿Tienes alguna pregunta más? Se nos acaba el tiempo.

Sexto quedó desconcertado por la respuesta, pero había otra cosa que deseaba saber.

—¿Qué hay de los hombres y mujeres asesinados en Tréveris que hemos estado investigando Flavio y yo? Tú también parecías interesado en ellos, ya que nos ayudaste.

Por toda respuesta, Vero se levantó, se acercó al trípode que sostenía la baliza y levantó su mano derecha. La esfera empezó a girar a toda velocidad, destellando en colores indefinibles. Acto seguido, cogió la abultada bolsa de piel que había tenido todo el tiempo sujeta de su cinturón y la depositó en el centro de la parte inferior de la estructura. Sexto no comprendió lo que estaba ocurriendo hasta que vio a Vero soltar el cinturón que ceñía su túnica y dejar caer ésta al suelo. Completamente desnudo, se introdujo en el centro de la estructura, junto a la bolsa, y se giró para enfrentar la mirada de Sexto que, incrédulo, estaba de pie, a escasos pasos de él.

—Será mejor que retrocedas y te quedes junto a la puerta, Sexto. Por tu bien. La deformación puede ser impredecible.

Instintivamente, Sexto obedeció. El aro de energía que estaba a unos pocos palmos por encima de la cabeza de Vero emitía un brillo cegador. La baliza giraba cada vez más deprisa y su superficie se hacía transparente. El aire se había hecho de repente más denso y cálido.

—¿Qué estás haciendo? —gritó, al tiempo que sentía un extraño

cosquilleo en la piel.

Julio Vero sonrió.

—Algo que llevo años deseando hacer.

—¿El qué?

—Marcharme. Ya estoy harto de todo esto. Quiero vivir el resto de mis días en algún lugar realmente civilizado. Aquí me he divertido, pero ya he tenido suficiente. No soporto más tiempo tanta mugre, ignorancia, atraso y pobreza. Vosotros podréis cambiar esta realidad si queréis, pero a mí ya no me interesa. Es cosa vuestra.

En lo alto de la estructura, la creciente esfera giraba a tal velocidad que estaba perdiendo su forma definida. Y, con ella, la estructura que la sostenía y el mismo Vero se volvían etéreos. A Sexto le pareció que todo a su alrededor oscilaba, que la realidad latía y que todo se deformaba.

Sexto se cubrió la cara con las manos para evitar la cegadora luz que lo envolvía todo. A través de los dedos, entrevió a Vero convertido en un fantasma de sí mismo. Sonriéndo, el espectro cerró los ojos.

Entonces, alguien tiró con fuerza de él y lo arrastró fuera de la bodega, arrojándolo al suelo del pasadizo de un empujón. Sexto trató de incorporarse para enfrentarse a su agresor pero, en ese instante, el mundo se incendió en un destello de colores indefinibles y todo pareció quedar detenido, congelado, inmóvil. Él mismo experimentó un gélido éxtasis que apenas duró un segundo. Al instante siguiente, el espacio y el tiempo giraron sobre sí mismos y se retorcieron. Sexto sintió que todo su cuerpo era atraído hacia la esfera traslúcida que inundaba la bodega y sobre la que la realidad se deformaba en formas imposibles, como las irisaciones en apariencia azarosas de una pompa de jabón.

La burbuja de espacio-tiempo volvió a latir para, a continuación, contraerse hasta la mitad del tamaño que tenía un instante antes, apenas la altura de un ser humano adulto. Un nuevo latido. Una nueva expansión. Una última contracción.

La burbuja desapareció.

Un silencio antinatural inundó el lugar. Sexto miró hacia donde apenas un instante antes había estado Julio Vero. La estructura de bronce, ahora vacía, crujía como si fuese a derrumbarse de un momento a otro. Las patas, con forma de garra de león, aparecían

deformadas y la baliza de la parte superior, inerte, se mantenía en un precario equilibro sobre su fundido soporte. Bajo ella, el aro de energía se había convertido en una masa informe y negruzca.

Sólo entonces se dio cuenta de que no estaba sólo. Había alguien detrás de él. Un zumbido rasgó el aire.

—Nanshe se ha marchado, muchacho. Y no podemos seguirlo allá donde quiera que haya ido.

Sorprendido, Sexto saltó hacia atrás, adoptando una posición defensiva al tiempo que su mano derecha buscaba la empuñadura de la daga. Pero le bastó con ver el aro de energía que empuñaba el desconocido para saber que no tenía la más mínima oportunidad. Resignado, levantó las manos.

—Tranquilo, Sexto. No tengo ninguna intención de hacerte daño, a no ser que me obligues.

—¿Quién eres tú?

—Aquí todos me conocen como Fabio Crispo, pero mi nombre real es Lugal-Kitun Zarlagab Shamash. Soy…, era Protector del Consejo Supremo. Y soy el asesino que andas buscando.

QUARTUS DECIMUS

28 de diciembre

La copa que le tendió Crispo ayudó a Sexto a templar su ánimo. Todo lo que había vivido en las últimas horas le parecía demasiado increíble como para ser cierto.

Sentado en uno de los divanes del apartamento privado de Nanshe –o de Julio Vero, según se prefiriese–, sintió cómo su cuerpo agradecía la cálida suavidad del vino, un blanco dulce mezclado con agua tibia y miel, sin duda salido de los grandes viñedos de la villa. Apuró la copa con un último trago y rechazó con la mano la invitación de Crispo para llenarla de nuevo.

—No gracias —dijo—. Quiero mantener la cabeza en su sitio para tratar de entender todo esto.

Sentado también en el diván opuesto, Crispo dejó la jarra sobre la mesa.

—Una decisión acertada. Además, debemos reservar un poco para tu amigo. Cuando se despierte, sólo una generosa ración de vino aplacará la tremenda jaqueca que va a tener.

Sexto miró hacia la cama en la que habían tendido a Flavio tras salir del pasadizo. El viejo *campidoctor*, todavía inconsciente, parecía respirar con normalidad.

Crispo leyó la preocupación en el semblante de Sexto.

—Ya te he dicho que no tienes que temer por él. El haz de energía que lo alcanzó era de baja intensidad. Dentro de un rato empezará a despertarse, aunque supongo que lo hará de bastante mal humor. Es uno de los efectos. Otro es la confusión. Quizás no recuerde gran cosa de lo ocurrido en los instantes previos a la descarga. Puede que no los recupere nunca. Mejor así. De todos modos, cuando eso pase, yo ya me habré marchado y será cosa tuya. Como la muchacha.

Crispo le había explicado lo ocurrido con Pupinia, y no le sorprendió saber que los dos la conocían. Al fin y al cabo, el de Helvia era el mejor lupanar de la ciudad. Y su hermano, el difunto esposo de Marcia, había construido el soporte de bronce que Nanshe emplease como plataforma para el salto entre realidades. Nunca habría

descubierto lo ocurrido de no haber visto entre los juguetes de Aulo la magnífica copia que del aro de energía de la plataforma había hecho Lucio para ajustar al milímetro el soporte. Y los dos *agentes in rebus* tampoco habrían llegado nunca hasta allí si Sexto no hubiese sido el producto de un experimento genético y tecnológico concebido y llevado a cabo por mentes y herramientas procedentes de un remoto futuro que ni siquiera era el de aquel mundo.

Al final, todo está relacionado, se dijo, mientras esperaba a que Sexto terminase de asimilar lo que acababa de contarle.

—Así que, según tú, todos esos cuerpos con los que nos hemos ido tropezando por Tréveris no eran sino Protectores del Consejo Supremo que venían a ajustaros las cuentas por vuestra deserción. Y lo de cruzar desnudos el portal entre dos realidades no es una cuestión de gusto, sino una necesidad técnica, ¿no?

—Eso es.

—Y sabías dónde aparecerían porque tu esfera detecta las alteraciones en la estructura del espacio-tiempo, qué extraño me resulta decir esto, y puede calcular las coordenadas en las que se abrirá el portal. Sólo tenías que esperar a que aparecieran y disparar.

—Veo que Nanshe tenía razón: hicimos un buen trabajo contigo. Sí, básicamente así es. Aunque en realidad las cosas eran algo más complicadas. Casi siempre pasaba algo que me obligaba a cambiar de planes sobre la marcha. Supongo que esta próxima primavera alguien que busque frutos o leña en el bosque se tropezará con los restos descompuestos de una mujer a orillas del Mosela.

—¿Ha sido tu último trabajo?

—Sí, hace unos días. Flavio y tú estabais charlando a la puerta de una taberna cerca del anfiteatro cuando pasé con mi carro de regreso del bosque.

Sexto rebuscó en su memoria.

—¿Tú eras el del carro cargado de leña?

—Sí.

—¡Diablos! Ya decía yo que había algo raro en el carro. Me llamó la atención lo mal dispuesta que iba la carga.

—Tenía otras preocupaciones en ese momento, la verdad.

—Lo entiendo. Tengo que ir pensando en qué le voy a contar a

Flavio sobre todo esto.

—Bueno, seguro que se te ocurre algo. De todos modos, supongo que querrás conocer todos los detalles antes de ir pensando en una buena historia para Flavio y para Claudiano, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Por fortuna, ya tenemos todas las respuestas. Las tuyas…, y también las mías.

—Te escucho.

Crispo hizo un gesto con su mano derecha sobre la esfera de Uras, que estaba sobre una de las mesitas de bronce y mármol al lado de los divanes. De inmediato, un rayo de luz se proyectó desde la esfera y formó una imagen fija tridimensional justo entre ellos. El holograma mostraba a cinco personas, tres hombres y dos mujeres que, por sus ropajes y abalorios, daban la impresión de pertenecer al estamento más pudiente de la desigual sociedad romana. Tumbados sobre divanes alrededor de una mesa repleta de platos suculentos y de todo tipo de frutas, parecían un grupo de viejos amigos disfrutando de una cena veraniega. Uno de ellos, el mayor, parecía tener en torno a sesenta y tantos años. Los demás no aparentaban más de cuarenta.

—Estás viendo a Uras, Karis, Nanshe, Ishkur y Gibil, en el transcurso de una reunión que tuvo lugar hace aproximadamente un año y medio en una elegante villa costera en las afueras de Tarraco, en Hispania, propiedad de los dos últimos. La habían comprado años antes, con la intención de pasar allí el resto de su vida, juntos. No era ningún secreto que la estrecha relación de amistad que ambos mantenían desde los días de Nergal se había transformado en amor. Ishkur era un físico muy capacitado y Gibil una especialista en nanotrónica, así que tenían bastante en común. Habían participado con entusiasmo en el plan inicial de Uras y después optaron por una existencia plácida y acomodada, esperando ver, dijeron, cómo las semillas que habían plantado en la sociedad romana empezaban a brotar.

»Los demás estábamos haciendo más o menos lo mismo. Por entonces, tras dedicar años a viajar a lo largo y ancho del imperio como secretario personal de un rico mercader de Cartago, yo me había establecido en Roma con una nueva identidad, escapando de una complicada relación con la hermana del comerciante, que empezaba a hacer demasiadas preguntas. Se suponía que Nanshe dedicaba su tiempo también a viajar a regiones poco exploradas del imperio, pues no teníamos ni idea de sus “otras” actividades, y el viejo Uras, junto a

su fiel Karis, se movía de un lado al otro, supervisando su proyecto. Nos manteníamos en contacto esporádico a través de nuestros dispositivos, aunque Ishkur y Gibil, al no ser ninguno de ellos miembro de la Orden de los Protectores, no tenían acceso a las esferas ni a sus fantásticas prestaciones.

Crispo hizo una pausa y se sirvió otra copa de vino.

—Si quieres, puedo hacer que la esfera reproduzca íntegra toda la reunión —dijo—. Estos aparatos lo guardan absolutamente todo. Pero creo que será mejor si te hago un resumen.

Sexto asintió.

—El caso es que Ishkur y Gibil eran demasiado inteligentes e inquietos como para permanecer ociosos el resto de sus días —prosiguió Crispo—. Desde el momento en que, en nuestra realidad, habían tenido acceso a los entresijos del proyecto Cronos, que al final nos conduciría a todos aquí, habían quedado fascinados con el mismo y se habían sumergido en su fundamentación físico-matemática y tecnológica hasta alcanzar un nivel de comprensión tal que estaba muy por encima del de cualquiera de nosotros y de muchos de los científicos que participaban en él. De hecho, antes de partir, el Consejo les ofreció la opción de quedarse como parte del equipo del proyecto, pero ambos rechazaron el ofrecimiento. No habían llegado tan lejos, dijeron, para quedarse a las puertas. Querían ver con sus propios ojos qué había más allá. Y nada de lo que les pudieran ofrecer en nuestra realidad podría hacerles cambiar de opinión.

»Gracias a la esfera de Uras, ahora sé que Ishkur siguió trabajando por su cuenta en el tema del viaje temporal entre realidades, explorando vías teóricas que, en principio, habían sido descartadas. Aunque no tenía una esfera para apoyarlo en su trabajo, sí disponía de otros dispositivos científicos que, convenientemente modificados por Gibil, le permitieron realizar experimentos a muy pequeña escala. Así y todo, lo que en nuestro mundo habría supuesto unos segundos de cálculos en un sencillo ordenador cuántico, a Ishkur le llevó años. Pero era un genio concebido en una sociedad de superdotados así que, al final, lo consiguió. Y eso fue lo que anunció durante esa cena.

—¿El qué?

—Que había descubierto que era posible realizar un salto temporal, un cambio de realidad, sin precisar de la mastodóntica infraestructura que nos había traído hasta aquí. Que bastaba con disponer de un mínimo de la tecnología necesaria y de una fuente poderosa de energía para hacerlo. Y que esa tecnología era la que

contenían las balizas. Sólo había que recalibrar algunos de sus componentes e introducir unos nuevos conjuntos de ecuaciones en la programación de sus ordenadores cuánticos. Nada más. En cuanto a la potencia, bastaría con modificar el extractor de energía de vacío de una de nuestras armas para lograr la cantidad mínima necesaria para abrir el portal.

»Una baliza y un aro. Eso era todo lo que hacía falta. Y todos sabíamos dónde estaban. Creíamos que lo único que podía hacerse con esos dos artefactos era tratar de restablecer el contacto con nuestra realidad, esperado que alguien se diese cuenta al otro lado del portal y pulsase el botón correspondiente. Pero ahora teníamos otra opción: si lo deseábamos, podíamos abandonar este presente.

»El problema es que sería una acción muy arriesgada: más allá de una cierta probabilidad, no había forma de saber a dónde conduciría el portal exactamente, ni tampoco podría mantenerse abierto el tiempo necesario para enviar una sonda a ver qué había al otro lado. Y por ello tampoco habría opción a regresar, pues la baliza quedaría inutilizada tras el salto. Salir de aquí supondría jugárselo todo a una única carta y sin garantías de supervivencia.

Crispo hizo una pausa para tomar un sorbo de vino. Sexto, siguiendo el hilo del relato, no tardó en llegar a la conclusión.

—Entonces, el portal que ha usado Julio Vero…, quiero decir, Nanshe…

Crispo asintió.

—Como habrás ya supuesto, no estuve presente en la reunión de Tarraco. Había sido convocado, por supuesto, y tenía la intención de asistir, pero me fue imposible por culpa del asunto al que he hecho antes referencia, y así se lo hice saber a mis camaradas. Fui el único miembro del grupo que no participó en la cena. Y tal vez eso me salvó la vida.

Sexto guardaba un silencio expectante.

—Algunas semanas después, recibí un mensaje de Uras a través de mi esfera. Estos aparatos están enlazados unos con otros a nivel cuántico y permiten la comunicación instantánea. El Uras que apareció en mi mente era un hombre que tenía dibujada la preocupación y el miedo en su rostro. “*Tengo que contarte algo terrible*”, me dijo. “*Es muy importante, pero creo que es más seguro que te lo cuente en persona. Estoy de camino*”. Concertamos una cita para unos días más tarde en la misma Roma, en los jardines de las Termas de Constantino,

junto a una estatua del dios Apolo.

»Cuando llegué al punto de encuentro me encontré con un grupo de personas alrededor de un cuerpo tirado a los pies de la estatua. Era Uras y estaba muerto. En su frente mostraba la inconfundible marca del impacto de un haz disparado por un aro de energía.

»Pasada la primera impresión, pregunté qué había ocurrido y uno de los clientes de las termas me dijo que Uras estaba de pie junto a la estatua cuando un relámpago, salido de no se sabía dónde, lo había fulminado. Sin duda, sugirió otro testigo, había sido cosa del dios, harto de tanta insidia cristiana. Un testigo aseguró haber visto como una alta figura embozada se inclinaba sobre el cadáver, le arrebataba una bolsa de cuero y huía a la carrera.

»Todavía sin creérmelo, angustiado, abandoné el lugar a toda prisa, dejando que la guardia y los magistrados se hicieran cargo del cuerpo de Uras. Tuve la inmediata convicción de que el Consejo Supremo, de alguna manera, había logrado restablecer el contacto y había mandado a sus esbirros a darnos caza. En cuanto llegué a mi apartamento, recogí mis pertenencias y me largué, temiendo que los Protectores me localizasen y acabasen conmigo también. Busqué un refugio seguro y luego traté de ponerme en contacto con Nanshe.

»Cuando le conté lo que había pasado me sorprendió diciéndome que ya lo sabía, que Uras también lo había alertado y que, de alguna manera, el Consejo Supremo había logrado restablecer el contacto con esta realidad y que habían hecho cruzar a varios Protectores para acabar con nosotros. Tampoco tenía ni idea de cómo lo habían hecho porque, me aseguró, acababa de comprobar personalmente que nuestra baliza estaba donde la habíamos enterrado, completamente desactivada. Me dijo que él mismo se iba a encargar de poner a salvo a Karis, a Ishkur y a Gibil, que era más seguro que no mantuviésemos de momento más contactos, que me desplazase a la Bélgica y que programase mi esfera para detectar cualquier variación espacio-temporal que anunciase la apertura de un portal. Si eso ocurría, debía actuar y tratar de eliminar la amenaza de inmediato. Después, cortó la transmisión y nunca más volví a tener noticias suyas.

»Fui tan ingenuo que me creí desde la primera a la última palabra. Pero es que hasta hace unas horas, para mí y para cualquier persona nacida en mi mundo, la idea de que un Protector pudiese cometer tal traición era simplemente inconcebible. Todos en nuestra realidad nacemos con la innata aceptación del orden establecido, de que fuera lo que fuese que el Consejo o sus agentes te exigiesen, tenían razones para ello y que se hacía siempre por el bien común, el

valor supremo de nuestra sociedad. Y aunque la horrible experiencia de Nergal había roto buena parte de esa seguridad en nuestras mentes y nos había hecho conscientes del valor de nuestra propia singularidad como individuos, había cosas que yo todavía consideraba poco menos que sagradas. Como que un Protector nunca trataría de engañar a un camarada, aunque fuese más joven que él.

—Así que recogiste tus cosas y regresaste aquí, dispuesto a ser el guardián de los Exiliados y de sus creaciones.

—Tú lo has dicho. Entonces me pareció lo lógico. Al fin y al cabo, los portales se abren sobre la señal de la baliza, en una posición geográfica que puede variar sólo unas pocas millas con respecto a la posición que el portal ocupa en la realidad original. Eso era lo que nos habían explicado durante la preparación de la misión. En nuestro mundo, el centro de investigación desde el que partimos estaba próximo al lugar en el que en el pasado había estado la ciudad de Trier, que es como se llamó durante muchos siglos la ciudad que sucedió a la Tréveris romana, y lo lógico era que aquí los portales se abriesen en sus cercanías. Así fue. Al poco de llegar a esta región, mi esfera empezó a lanzar las primeras alertas. Y actué en consecuencia.

Crispo volvió a tomar un sorbo de vino. Conforme hablaba, se sentía liberado del tremendo peso que oprimía su conciencia. En el exterior la lluvia estaba arreciando, disolviendo parte de la nieve acumulada en las últimas jornadas. Mientras Crispo reponía fuerzas, Sexto tomó la palabra.

—Creo que no me equivoco si supongo que los portales que tu esfera detectaba se abrían sobre la señal de la baliza que vosotros desactivasteis y enterrasteis, ¿verdad? Nanshe se había hecho con ella y al realizar las pruebas para reactivarla generaba una señal que era detectada en vuestra realidad.

Crispo asintió.

—En efecto. Nada sabía de eso entonces, claro. Simplemente, no me lo planteaba. Detectaba una anomalía espacio-temporal, la situaba en un mapa, esperaba a que la burbuja se formase, eliminaba al Protector y seguía con mi vida. Así durante meses. Ni siquiera cuando caí en la cuenta de que tenía que ser alguno de los Exiliados el responsable de todo aquello, que uno de ellos había tenido que hacerse con el aro y la baliza enterrados bajo las ruinas del templo de Cibeles y reactivarla, llegué a sospechar de Nanshe. Sólo sabía que el responsable estaba en esta villa. Pero cuando Pupinia lo identificó como el huésped de Gayo Mario, el velo se cayó. Tú buscabas a Julio Vero y yo a mi traidor, y resultaron ser la misma persona. Y cuando

encontré aquí la esfera de Uras, la que tu amigo Flavio había considerado una joya digna de figurar entre las demás de su botín, todo encajó.

»Nanshe, el Protector, el camarada con el que habíamos compartido dolor y sangre en Nergal, el entusiasta que había colaborado con Uras y con Karis en la definición y planificación de nuestro proyecto, era en realidad un asesino. Sin duda fue durante la reunión de Tarraco cuando empezó a concebir su plan de huida de este presente. Alguna vez, en el transcurso de alguna conversación intrascendente durante los esporádicos contactos que manteníamos unos con otros, había dejado deslizar la sensación de que, una vez puesto en marcha el proyecto de Uras, no tenía mucho que hacer aquí. Quizás se aburría y deseaba explorar otras realidades. Tal vez, como te dijo a ti, estaba harto de todo esto y quería volver a un tiempo mucho más avanzado en el que poder disfrutar de las comodidades y adelantos de una sociedad tecnológica. O puede que, simplemente, el trauma de la experiencia de Nergal fuera de tal envergadura que sus obsesiones, miedos y deseos terminaron por controlarle. No sé a dónde quería ir, pero es evidente que estaba dispuesto a matar por hacerlo.

—Él mató a Uras.

—Así fue. No había ningún Protector llegado de otra realidad. Según los registros de su esfera, Uras descubrió que hacía muchos años que Nanshe había desenterrado la baliza. Sospechando lo que estaba ocurriendo, fue a Tarraco a hablar con Ishkur y a Gibil, pero no los encontró. Según sus siervos, habían partido días atrás hacia la ciudad acompañados de un conocido. Nanshe. Temiendo lo peor, Uras fue tras ellos, pero no encontró rastro alguno. Entonces decidió ir a Roma para advertirme. Pero Nanshe debía estar vigilando nuestras comunicaciones con su esfera, se adelantó y lo mató. Sin duda, debió hacer lo mismo con Ishkur y Gibil tras hacerse con toda la información necesaria para abrir el nuevo portal.

»¿Y sabes lo más gracioso? Nanshe sabía que sus experimentos con la baliza generarían alteraciones espaciotemporales que serían detectadas en nuestra realidad original. Con cada reinicio de la baliza, Nanshe abría la puerta a los esbirros del Consejo Supremo. Necesitaba a alguien que los eliminase para que él pudiera continuar tranquilamente con sus experimentos. Por eso me hizo venir aquí. Sin saberlo, me había convertido en su escudo. Cada vez que acababa con uno de los Protectores que trataban de colarse en este presente, le estaba dando tiempo para preparar su fuga.

Crispo, con el semblante apagado, volvió a sumergir su conciencia

en la copa de vino. Sexto guardó también silencio.

—¿Y Karis? —preguntó al fin— ¿Sabes algo de ella?

Crispo negó con la cabeza.

—Ni la más mínima noticia. O Nanshe la mató también o, tras enterarse de la muerte de Uras, decidió ocultarse y perderse entre la población del imperio. Quizá nunca lo sepamos. Pero, ahora mismo, ése no es el mayor de nuestros problemas. Supongo que te habrás dado cuenta de que hay un cabo suelto ¿no?

Durante un momento, Sexto no supo a qué se estaba refiriendo Crispo.

—Ya veo a qué te refieres —asintió de pronto, abriendo los ojos de par en par—. Al activar de nuevo la baliza para abrir el portal y desaparecer, Nanshe ha enviado otra señal a vuestra realidad y pronto habrá otro intento de penetración.

—Eso es.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Tú? ¡Nada! Es asunto mío. Será mi última cacería. Tú debes seguir con tu vida. De momento, tienes que inventarte una buena historia para explicar todo este embrollo de forma coherente a Flavio y a Claudiano. No creo que te sea difícil.

»¿Qué ocurrirá después? No podemos saberlo, Sexto. Lo que sí sé es lo que haré yo. No quiero seguir jugando a ser un dios. Aquí he encontrado todo lo que un hombre puede necesitar para ser feliz, así que mi intención es llevar una vida tranquila y en paz. Trataré de olvidar que un día existió un hombre llamado Lugal-Kitun que llegó a este mundo huyendo de sus propios fantasmas y envejeceré como Fabio Crispo al lado de la mujer a la que amo, viendo a su hijo convertirse en un hombre y preguntándome hasta dónde podrá llegar.

»En cuanto a ti, tienes una larga vida por delante y sin duda conseguirás grandes cosas. Como el resto de los Elegidos. Con vuestros conocimientos y con la ayuda de los cientos de individuos cuyas mentes estimulamos en su infancia, cambiaréis este mundo. ¿De qué forma? Sólo el tiempo lo dirá.

EPÍLOGO

Nanshe abrió los ojos.

Arena y piedra. Eso fue lo primero que vio.

Todavía algo aturdido y tembloroso, se incorporó y miró alrededor. La bodega y la plataforma de la baliza habían desaparecido. Estaba de pie, desnudo, sobre una pequeña colina. Una luz y un calor intensos bañaban una meseta desolada en la que sólo destacaban algunos arbustos resecos. En la lejanía se distinguía una cadena montañosa de cimas irregulares. Bajo sus pies desnudos, la roca ardía. El aire sabía extraño y le costaba un poco respirar.

No sabía dónde estaba pero sí sabía que lo había logrado y, por ello, sonrió satisfecho. Era evidente que el portal se había desplazado durante el tránsito y que su posición espacial no era la misma que en la realidad de partida, pero esa era una posibilidad que ya contemplaban las simulaciones que había efectuado en los últimos meses. Lo importante era que la teoría y las ecuaciones de Ishkur eran básicamente correctas.

Los cálculos efectuados por los procesadores matemáticos de su esfera también apuntaban a que, gracias a los parámetros almacenados en la baliza, existía una elevada probabilidad de que el salto condujese a una realidad paralela a la que lo vio nacer. A un mundo tecnológico, cómodo, en el que vivir entre iguales. Con un poco de suerte, se dijo mientras se agachaba para abrir la bolsa de tejido vivo en la que guardaba sus ropas y el resto de sus pertenencias, esta sería una realidad de la que estaría ausente el Consejo Supremo. Un mundo quizás no tan perfecto como el suyo, pero sí más placentero.

Nanshe sintió con agrado el suave tacto del tejido sintético de su uniforme. Hacía más de treinta años que no se lo ponía. Era como una segunda piel que lo mantenía caliente si hacía frío y fresco si hacía calor. Como ahora.

Una vez vestido, comprobó que el resto de su equipo no hubiese sufrido daños. El aro de energía, la cantimplora, la destiladora, las provisiones de emergencia, la máquina médica, la esfera… Todo estaba allí, en perfecto estado.

Nanshe volvió a examinar el árido panorama que lo rodeaba. Un

Sol infernal reinaba en un cielo sin nubes. Espesas columnas de aire caliente se levantaban a lo lejos, distorsionando la visión del horizonte. No se veía rastro alguno de civilización. Ni la más pequeña construcción, ni el más simple sendero. Nada. El abrumador silencio, apenas roto por el débil susurro del viento, era la más clara señal de que aquel páramo desolado estaba lejos, muy lejos, de cualquier lugar civilizado.

Nanshe se encogió de hombros. Habría preferido aparecer cerca de alguna gran ciudad, o en medio de un parque, pero ello tampoco le suponía un gran problema. Bastaría con reconocer el entorno en busca del más mínimo indicio de actividad humana. Por aislado que estuviese aquel sitio, el hombre siempre termina dejando su rastro. En el mismo aire podría detectar las huellas de los elementos sintéticos, químicos y radiactivos fruto de la actividad industrial avanzada.

Así pues, extrajo de la bolsa un par de microesferas de vigilancia, las situó sobre su mano derecha y, con una orden de su mente, las activó. Las pequeñas canicas giraron sobre sí mismas y se elevaron en el aire a gran velocidad, tomando direcciones opuestas. En unos segundos alcanzaron una altitud de varios kilómetros y empezaron a enviar imágenes y datos a su mente.

Nada.

No había el más mínimo rastro de civilización, sólo cientos de kilómetros cuadrados de superficie yerma abrasada por el Sol. En la atmósfera no se detectaba ni la más mínima molécula de elementos sintéticos y no había otra radiación que la natural. Fue entonces cuando se fijó en los datos de la composición atmosférica. El nivel de oxígeno era de apenas el dieciséis por ciento, cinco puntos por debajo de lo normal, aunque la concentración de dióxido de carbono no pasaba de las trescientas partes por millón.

"*Qué extraño*", pensó.

No sin cierta inquietud, resolvió que necesitaba tener más información, así que ordenó a las esferas elevarse más todavía sobre la superficie. Quizás, se dijo, en este mundo la humanidad viva concentrada en un puñado de grandes megaciudades, o tal vez en grandes complejos orbitales como los de su realidad, dejando la mayor parte de la Tierra convertida en una gigantesca reserva natural.

Desconcertado, apartó los datos y las imágenes de su mente, tratando de entender lo que estaba pasando.

Entonces lo vio. Y sintió que un escalofrío recorría todo su

cuerpo.

El animal se acercaba a él a la carrera. Rugiendo. Debía medir unos cinco metros de largo y en su cuerpo musculoso destacaba una poderosa cabeza cubierta de pelo en la que una boca enorme y entreabierta dejaba ver dos grandes colmillos de sable rodeados por otros más pequeños pero no por ello menos letales.

—¿Pero qué demonios…? —exclamó, aterrorizado.

Instintivamente, su mano buscó el aro de energía en la bolsa y se preparó para disparar. El animal estaba ya a unas pocas decenas de metros, avanzando con las fauces abiertas.

Disparó. Un relámpago atravesó el aire y el extraño ser se estrelló de bruces contra el suelo. Llevado por la enorme inercia de la carrera, el cuerpo se deslizó sobre la arena, en medio de una enorme polvareda, hasta quedar detenido, muerto, a escasos metros de él.

El corazón de Nanshe parecía a punto de estallar. La adrenalina había inundado su sistema sanguíneo y ahora estaba repartida por todo su cuerpo. Era una sensación que tenía olvidada desde los días de Nergal. Todavía temblando, se acercó al extraño monstruo. Un terrible depredador. Armado, peligroso y, sin duda, hambriento. Pero totalmente desconocido para él.

Absorto en la contemplación de la bestia y con el corazón todavía desbocado, Nanshe no fue consciente de los otros dos animales que, saliendo desde detrás de un pequeño montículo, se acercaban a él por la espalda en absoluto silencio. Cuando sus sentidos le advirtieron del peligro y se dio la vuelta, ya era demasiado tarde. Apenas tuvo tiempo de levantar su arma y disparar de nuevo.

Uno de los seres cayó abatido por el rayo de energía, pero el otro, haciendo gala de una agilidad pasmosa, saltó sobre él. Nanshe giró para tratar de evitarlo, pero no fue lo suficientemente rápido.

Al animal le bastó una única y feroz dentellada para arrancarle el brazo desde el hombro. Nanshe chilló de dolor. Un aullido como nunca se había escuchado en aquel mundo. Un grito humano.

En pleno *shock*, Nanshe dio un paso atrás mientras la sangre se escapaba incontenible de su cuerpo. Casi sin sentido, tropezó con una roca y cayó al suelo.

Sin prestar mayor atención a la extremidad amputada, cuya mano todavía sujetaba el aro de energía, el monstruo avanzó hacia él. Con la boca entreabierta, sus afilados dientes parecían dibujar una sonrisa

diabólica. De victoria.

En los escasos segundos de agónica consciencia que le quedaron, Nanshe sintió el fétido olor que desprendían las ensangrentadas fauces del animal. Y justo un instante antes de que los colmillos atravesaran su cuerpo y lo partieran en dos, la genotrónica de su cerebro le prestó un último servicio al identificar al ser que estaba a punto de devorarlo:

Los gorgonópsidos son una familia extinta de terápsidos carnívoros del período Pérmico. Cuando estos reptiles mamiferoides se desarrollaron, los pelicosaurios ya estaban en decadencia y los gorgonópsidos llegaron a estar por encima de los demás terápsidos en cadena alimenticia. Vivieron hace entre 268 y 251 millones de años, desapareciendo en la extinción del Pérmico junto con el 95% de la vida. Son ancestros directos de los mamíferos…

Flavio Magnencio Pompilio

Nacido en Samarobriva (Galia), 303 d.C.

Muerto en Augusta Treverorum (Galia), 379 d.C.

Emperador de 350 a 379 d.C.

Predecesores: Flavio Julio Constante (337-350 d.C.) y Constancio II (337-351 d.C.)

Sucesor: Tito Magno Propercio (nacido en 340 d.C. Emperador de 379 a 415), hijo de Sexto Claudio Propercio y Pupinia Helvia.

Cuesta imaginar cómo habría evolucionado el imperio romano si la rebelión en al año 350 d.C. de Flavio Magnencio Pompilio, a la sazón comandante de las unidades *Ioviani* y *Herculiani* del ejército occidental, no hubiese puesto fin a la dinastía constantiniana. Su largo y próspero reinado de casi treinta años sentó las bases de uno de los períodos más esplendorosos de la historia del imperio romano, el protagonizado por la dinastía properciana (379-563), que sería inaugurada por su sucesor, Tito Propercio (379-415 d.C.), hijo del *magister officiorum* del emperador Magnencio, el brillante Sexto Claudio Propercio (313-403 d.C.). Comandante en jefe (*magister militum*) de los ejércitos imperiales en el momento de ascender al trono por expreso deseo de Magnencio, que lo había designado sucesor y *César* en 375 d.C., Tito Propercio fue uno de los más brillantes gobernantes del mundo romano y a él le dedicamos íntegro el capítulo XXIII.

Las disputas sucesorias entre los hijos del emperador Constantino (306-337 d.C.) se tradujeron en una serie de conflictos entre ellos de los que la primera víctima fue Constantino II (337-340 d.C.), derrotado y muerto en Aquilea (Italia) por su hermano menor, Constante (337-350 d.C.). Insatisfecho con la política de éste, el ejército occidental designó emperador a Flavio Magnencio, que derrocó a Constante a principios de 350 d.C.

Una vez asentado en el trono, Magnencio inició una inteligente política de tolerancia religiosa (la mayor parte de las tropas occidentales eran paganas), tomó rápidas medidas para asegurar las fronteras y estabilizó la situación interna de sus dominios de forma que pudo disponer de abundantes recursos económicos y humanos para enfrentarse exitosamente al emperador de Oriente, el muy piadoso y fanático Constancio II (337-351 d.C.), al que no tardó en derrotar en la batalla de Mursa Maior (Panonia) en 351 d.C.

Dueño absoluto del imperio, Magnencio inició una serie de reformas administrativas, económicas, militares y religiosas que aseguraron la estabilidad del imperio durante casi tres siglos, tarea que fue continuada por los primeros emperadores de la dinastía properciana. Los historiadores contemporáneos, como Amiano Marcelino, no tienen empacho en reconocer que la mayor parte de esas medidas fueron inspiradas por el genio de Sexto Claudio Propercio, *magister officiorum* entre 352 y 378 d.C., que así preparó el terreno para la ascensión al trono de su hijo, el general Tito Magno Propercio, al que Magnencio debió las fundamentales victorias de Augusta Vindelicorum (368 d.C.) contra los alamanes, y de Amida (375 d.C.) contra los persas. Una de las más importantes y acertadas políticas impulsadas por Sexto Propercio, la asimilación de las tribus bárbaras, fue facilitada sobremanera por los decretos de libertad religiosa y por una serie de brillantes campañas militares.

Pero los reinados de Magnencio y sus inmediatos sucesores no sólo se distinguieron por los éxitos bélicos y por las reformas acometidas en todos los órdenes, sino también por la coincidencia en el tiempo con algunas de las mentes más brillantes del mundo romano, a tal punto que este período es conocido como el de la Segunda Edad de Oro del imperio. Así, tenemos la figura del ingeniero y arquitecto Aulo Helvio (332-414), cuyo trabajo y esfuerzo en la renovación y ampliación de la red de calzadas romana fue fundamental y determinó su evolución y desarrollo durante los tres siglos y medio siguientes, hasta la aparición de las primeras máquinas de vapor sobre raíles, aplicadas al transporte de mercancías y personas en la primera mitad del siglo IX d.C.

En este contexto, tampoco podemos dejar de señalar la renovación y potenciación que la nueva dinastía acometió en la *Gran Biblioteca de Alejandría,* en la que Calímaco de Damasco descubriría la pólvora en 407 d.C. y donde el geógrafo Tarasio de Antioquía retomaría los trabajos de Eratóstenes en el cálculo casi exacto del tamaño de la Tierra y la distancia de ésta a la Luna y al Sol; en la *Academia de Atenas*, donde destacan figuras como el obispo Demófilo de Constantinopla, inventor de la brújula magnética (466 d.C.) y principal defensor del modelo heliocéntrico del universo, o el famoso Macrino Galo, cuyos estudios de física y óptica llevarían a la invención del catalejo por su discípulo Evagrio en 519 d.C.; y en la flamante *Gran Escuela Imperial de Tréveris*, en la que brilla con luz propia la personalidad de Macrina Helvia (364-453 d.C.), hija del emperador Tito Magno y unánimemente considerada por los historiadores como la "madre" de la medicina moderna y del método científico.

Fue también la gran época de las expediciones geográficas, que llevaron a los expedicionarios imperiales hasta lo más profundo de África y Asia. La circunnavegación de África por Filareto (483-484 d.C.) y las expediciones de Marcelo a la India y China (488-90 d.C. y 496-503 d.C.) fueron hitos que culminaron en la gran expedición oceánica del geógrafo, cartógrafo y matemático hispanorromano Marco Valerio Sabino (493-571 d.C.), descubridor de Terra Nova, el Nuevo Mundo. A su hijo, Flavio Valerio (521-603), debemos la primera *Geographia* de las nuevas tierras, pero no sería hasta las expediciones de Flavio Heraclio en el primer cuarto del siglo VII d.C. cuando se tomase conciencia de las auténticas dimensiones del entonces llamado Mar del Sur, rebautizado desde entonces como Magno Océano.

Cuando a principios del siglo VIII d.C. empezaron a llegar noticias de la existencia de un nuevo continente, al que pronto se bautizó como Terra Australis Ignota, la civilización romana se extendía ya por la práctica totalidad de Europa, todo el norte de África, parte de su litoral atlántico e índico y avanzaba imparable en las nuevas e inmensas provincias de Terra Nova. La Persia sasánida se había convertido en un estado satélite y los bárbaros de las estepas euroasiáticas habían sido rechazados y reubicados. La mayor parte del mundo civilizado disfrutaba de una larga era de paz, de prosperidad y de crecimiento demográfico sin parangón en la historia de la humanidad.

Pero, centrándonos de nuevo en la figura del hombre que dio origen a todos estos cambios, el emperador Flavio Magnencio, no

podríamos terminar esta breve reseña sin citar a quien fue una de las personas que más influyeron en su vida y en su política, su tía Carina (300?-398?), de la que poco sabemos fuera de su gran ascendiente sobre el emperador. Ningún historiador contemporáneo nos ha hecho llegar datos biográficos reseñables sobre esta enigmática y longeva mujer. Lo más que sabemos, a través del siempre bien informado Amiano Marcelino, es que Magnencio la tenía en gran estima, y que sus consejos en asuntos de gobierno eran también bien recibidos por el *magister officiorum* Sexto Propercio, quien se refería cariñosamente a ella como "*la vieja Karis*".

Extraído del capítulo XXII de "De Imperatoribus Romanis", de Ana Comneno. Escuela de Historia Romana de la Universidad Imperial de Filadelfia. Prefectura de Terra Nova Occidental.

Año 1866 de la fundación de Roma.

Año 1113 después de Cristo.

FIN

GUÍA DE LECTURA

En nuestros época, la antigua *Augusta Treverorum* de los lejanos días del imperio romano, fundada en el año 16 a.C. por el emperador Augusto (27 a.C.-14 d.C.), es una ciudad del estado de Renania-Palatinado, Alemania, ubicada en la ribera derecha del río Mosela distante unos nueve kilómetros de Luxemburgo y unos treinta y cinco de la frontera francesa. Tiene algo más de cien mil habitantes y se la considera la ciudad más antigua de Alemania. En 1986, la Unesco la declaró Patrimonio de la Humanidad.

Conocida como "la segunda Roma" por la importancia política que llegó a alcanzar en el bajo imperio (Constantino I fijó en ella su residencia tras ser nombrado Augusto en Eboracum –York, Reino Unido– en 306 d.C.), los vestigios romanos son muy abundantes: la *Porta Nigra*, el *Aula Palatina* o *Basílica Imperial*, las termas imperiales, las termas del foro, las termas de Santa Bárbara, el anfiteatro y el puente romano son sus monumentos romanos más conocidos. En algunos de éstos, en especial en el anfiteatro, tiene lugar todos los años, en verano, el festival de recreación romana más importante de Alemania, el *Brot und Spiele* (“Panem et circenses” en alemán).

Visita obligada para el turista y el viajero amante de la historia es el *Rheinisches Landesmuseum* (Museo Estatal Renano), seguramente el mejor museo de Alemania sobre el mundo romano. En especial destaca una gran maqueta que muestra el aspecto de la ciudad romana en su momento de mayor esplendor en el siglo IV d.C.

Si bien a continuación de estas páginas facilitamos un plano de la ciudad imperial, el lector curioso podrá disfrutar de unas magníficas ilustraciones que recrean la vieja Tréveris bajoimperial en:

http://www.markaurel.de/augustatrever.htm

En esa web el lector podrá encontrar reconstrucciones de algunos de los escenarios descritos en la novela, como el templo de Asclepio, la basílica imperial o la *Porta Nigra*.

Por lo que respecta a los *agentes in rebus*, hay bastante información en castellano y en inglés en la red sobre este peculiar cuerpo, pero también bastante debate entre los historiadores sobre su auténtica naturaleza. Uno de los artículos más completos e interesantes en nuestro idioma es el titulado *El servicio policial secreto romano en el bajo imperio según Ammiano Marcelino*, de Narciso Santos

(1977) y está disponible en:

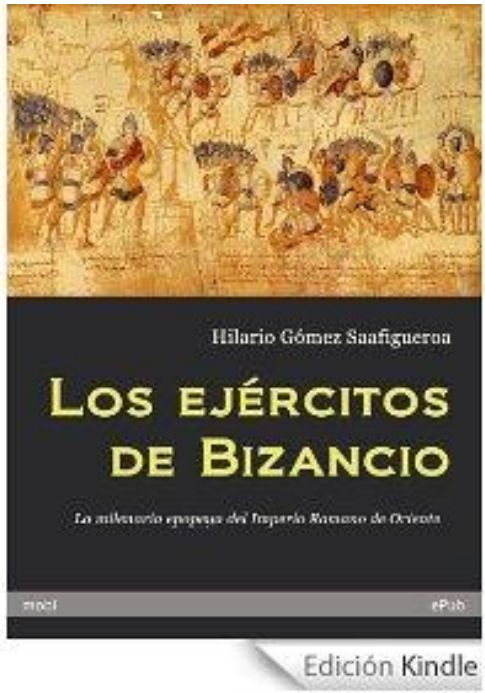
http://www.dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2018586.pdf

En dicho artículo se encuentra un interesante fragmento del historiador romano Ammiano Marcelino que cuenta el caso del gobernador de la provincia Pannonia Secunda, llamado Africano, que en una comida osó criticar al gobierno y sugerir que muchos verían con buenos ojos un cambio de poderes. Para su desgracia, un miembro de la policía secreta de los *agentes in rebus* andaba por allí…

En cuanto a las fiestas de las Saturnales, los interesados también hallarán abundante información en la red.

Cambiando de asunto, a lo largo del relato se cita en varias ocasiones el sistema horario romano. Conviene aclarar que los romanos no dividían el día en 24 horas iguales durante todo el año, sino que su duración variaba de una estación a otra. De este modo, las doce horas del día en verano eran más largas que en invierno, siendo la *hora prima* la del amanecer y la *duodécima* la de la puesta del Sol. Lógicamente, la *hora sexta* marcaba el mediodía. La noche se dividía en cuatro partes denominadas *vigilia*, cuya duración también era diferente según la época del año.

En Internet y en la Wikipedia puede encontrarse abundante información sobre la organización política y administrativa del Bajo Imperio romano. También sobre sus ejércitos, aunque a este respecto me permito aconsejar el libro **Los ejércitos de Bizancio**, del que soy autor, y puede adquirirse por menos de dos euros en la *Tienda Kindle* de Amazon.es:



En cuanto al relato en sí, no debemos olvidar en ningún momento que estamos ante una novela de ciencia-ficción con elementos de novela de intriga histórica y de ucronía. Este último aspecto queda claramente de manifiesto en el "epílogo extra" al que he titulado *Gloria Romanorum*, en el que se describe cómo podría haber sido una (improbable) evolución de los destinos del mundo romano tras la aparición y actuación de los Exiliados. Donde la fantasía toma el relevo de la historia real es en el resultado de la batalla de Mursa Maior (actual Osijek, en Croacia), en 351 d.C. Allí quien resultó victorioso fue el muy pío Constancio II (337-361 d.C.) que, si bien no era un general tan notable como el usurpador Flavio Magnencio (350-353 d.C.), sí era un político más avispado e intrigante.

Ni que decir tiene que Magnencio no tuvo ningún colaborador llamado Sexto Propercio, pero sí es verdad que, aunque cristiano, aplicó una política de tolerancia religiosa en un momento en que el cristianismo estaba todavía lejos de ser el culto mayoritario en Occidente. Y también lo es que en su vida hubo una mujer muy influyente: su madre, una famosa sacerdotisa y vidente franca con gran ascendiente entre la población, según nos cuentan los escritores antiguos.

Bajo el reinado de Constancio II, y también bajo el del césar y futuro emperador Juliano (361-363) sirvió otro personaje de la novela: el franco Bainobaudes, que por entonces era tribuno del *Scola*

Scutatiorum. Murió durante la batalla de Argentoratum (Estrasburgo) en 357 d.C.

En cuanto a la misteriosa *Terra Nova*, descubierta por el ficticio geógrafo hispano Marco Valerio Sabino, creo que es evidente que se trata de América, y el *Magno Océano* no es sino el Pacífico.

En otro orden de cosas, recomiendo al lector curioso la lectura del interesante artículo de la Wikipedia titulado "*Paradoja del viaje en el tiempo*"en:

http://es.wikipedia.org/wiki/Paradoja_del_viaje_en_el_tiempo

Allí encontrará un apartado titulado "*Solución de las líneas temporales relativas*" que es el que, entre otras fuentes, da la "justificación" a los viajes temporales de los protagonistas de la novela. Se trata de una teoría similar a la de los universos paralelos, pero que se da dentro de un solo universo.

En cuanto al complejo orbital *Shamash*, en el que naciera Crispo, no es sino una adaptación de la propuesta de las "islas" o hábitats espaciales propuestas en 1977 por el físico estadounidense Gerard K. O'Neill. Y si al lector le han llamado la atención los nombres de los protagonistas en su realidad originaria (Lugal-Kitun, Nanshe, Uras, etc.), puede encontrar una explicación completa en la Wikipedia, en el artículo "*Mitología de Mesopotamia*" en:

http://es.wikipedia.org/wiki/Mitolog%C3%ADa_de_Mesopotamia

La astronave *Isimud* (nombre del dios mensajero mesopotámico) en la que Lugal-Kitun y sus compañeros viajan a Nergal puede superar la barrera de la velocidad de la luz gracias al modelo matemático de la Métrica de Alcubierre, desarrollado por el físico mexicano Miguel Alcubierre en 1994. Una completa explicación de esta sorprendente propuesta se puede consultar, por supuesto, en la Wikipedia en:

http://es.wikipedia.org/wiki/M%C3%A9trica_de_Alcubierre

Finalmente, no quisiera finalizar sin expresar mi agradecimiento a todos aquellos que han adquirido esta novela a través de Amazon.es (versión para Kindle) o de Lulu.com (versión *.epub* para otros dispositivos lectores). Gracias por ayudarnos a demostrar al anquilosado mundo editorial español, y por extensión a toda la autodenominada industria cultural, que la venta de ebooks a precios muy bajos no sólo es posible sino que es la única opción de futuro si se quiere limitar de alguna manera el fenómeno de las descargas "alegales" de libros y otros contenidos digitales sujetos a derechos de autor.

Y si este libro ha llegado a tus manos a través de alguna de las muchas webs de descarga que hay repartidas por la red (cosa bastante probable) te ruego, querido lector, que seas sincero contigo mismo y –si te ha gustado– contribuyas a que este humilde escritor aficionado reciba un modesto estímulo pecuniario que lo anime a seguir estrujándose el cerebro y rebuscando documentación para componer estos relatos. Puedes hacer una donación (de cómo máximo 1 euro) vía PayPal a través de la web:

http://www.telescopio.3a2.com

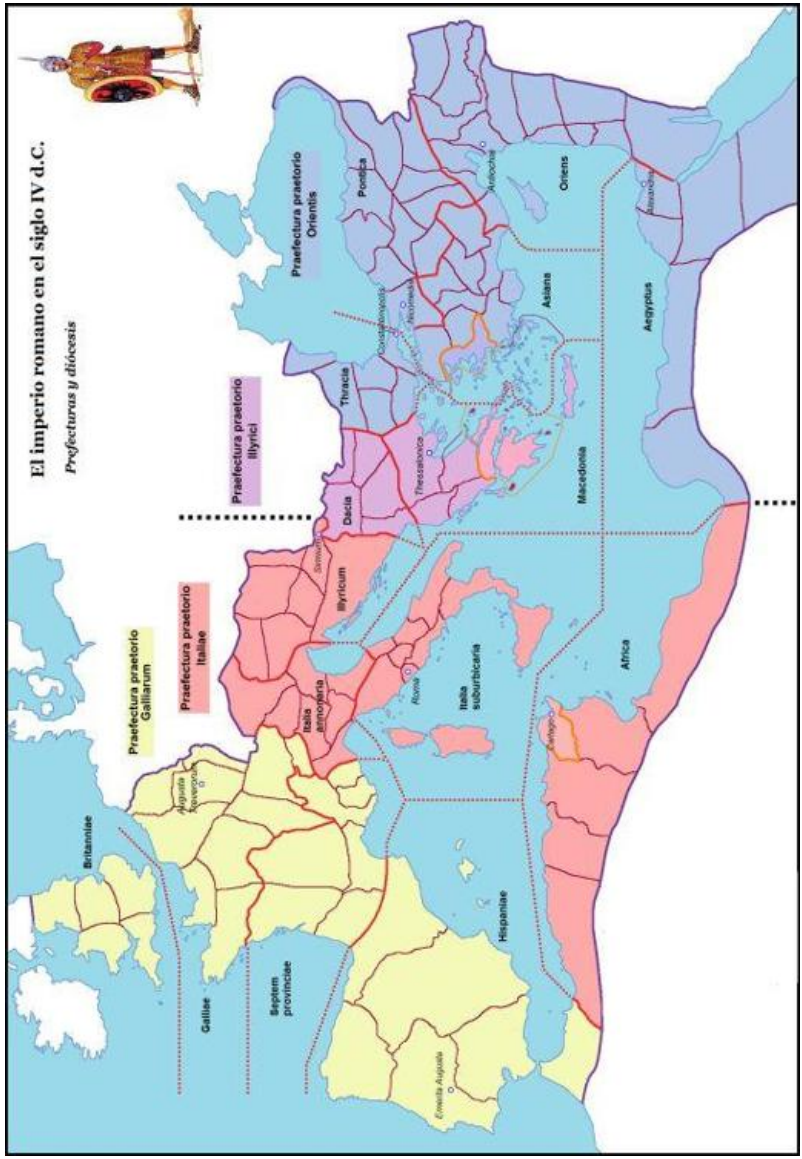
Muchas gracias

Hilario Gómez Saafigueroa

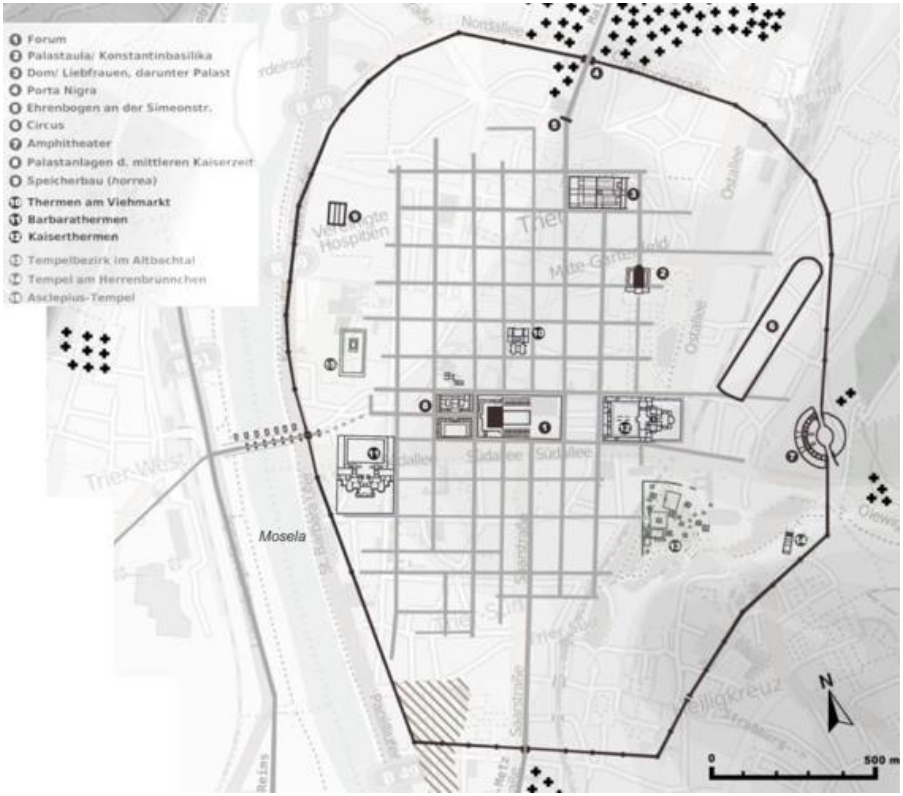
Madrid, julio de 2013

MAPAS

El Bajo Imperio romano



Augusta Treverorum



DEL MISMO AUTOR, EN AMAZON.ES:

EL HONOR Y LA GLORIA

Constantinopla. Año 959 d.C.

Manuel Kolastés, un oficial de los Tagmata, las unidades de élite del ejército bizantino, se ve accidentalmente envuelto en la resolución de un crimen que, en principio, no parece ser más que uno de tantos delitos que se cometen en la capital del Imperio romano de Oriente. Pero pronto él y sus amigos descubren que tras el asesinato del copista Nicetas se esconde una oscura trama que tiene por objetivo hacer caer en desgracia a uno de los mejores generales del Imperio, Nicéforo Focas.

LOS SENDEROS OCULTOS DE LOS DIOSES

A finales del siglo XXI un grupo de intrépidos hombres y mujeres serán los protagonistas del primer vuelo interestelar tripulado. A bordo de la astronave Argo, y en el más absoluto de los secretos, atravesarán un agujero de gusano hasta un sistema estelar situado a 28 años-luz de la Tierra, donde deberán enfrentarse a los desafíos de un nuevo mundo y desvelar un desconcertante misterio enterrado bajo la nieve en el polo norte de Medea, el único planeta gemelo de la Tierra descubierto hasta el momento.

El SIGLO DE TEÓFILO

Apasionante relato en forma de artículo académico que nos muestra cómo podría haber sido la historia del Imperio romano de Oriente (el Imperio bizantino) en la Edad Media si el emperador Basilio II (976-1025) hubiese sido sucedido por un emperador al menos tan capacitado como lo fue él.

Enmarcado en el género de la ucronía histórica, en El siglo de Teófilo los aficionado a la novela histórica encontrarán todo un desafío: ¿qué es ficción y qué es realidad en el largo y fructífero reinado de Teófilo II "El Afortunado"?

LOS EJÉRCITOS DE BIZANCIO

En LOS EJÉRCITOS DE BIZANCIO el autor nos propone un viaje en el

tiempo, desde el siglo II de nuestra era hasta el siglo XV, para trazar la senda histórica de los ejércitos que defendieron a Roma y a Constantinopla durante más de 1.300 años. Este libro no es sólo la crónica de las victorias y derrotas de las huestes del Imperio romano y del Imperio bizantino, sino que el autor describe con precisión, empleando para ello una gran cantidad de fuentes, mapas e ilustraciones, los cambios experimentados en la organización, tácticas, denominación, número y distribución de esos ejércitos a lo largo de un milenio, así como su impacto en las sociedades y economías de su tiempo.

GUÍA ILUSTRADA DEL ASTRÓNOMO NOVATO

Todo lo que necesita saber el aficionado sobre telescopios, prismáticos, oculares y demás herramientas para iniciarse en el fascinante mundo de la observación astronómica. Una información completa y detallada que permitirá a los astrónomos novatos moverse con seguridad entre los distintos tipos de instrumentos astronómicos y conocer sus posibilidades, precios y características.

ASTRONÁUTICA, EL CAMINO A LAS ESTRELLAS

Libro ameno pero riguroso, "Astronáutica: el camino a las estrellas" es una obra imprescindible para todos los aficionados a la astronáutica y a las ciencias del espacio. Desde los primeros cohetes chinos de la Antigüedad a las más avanzadas investigaciones en nuevos sistemas de propulsión, desde los conocimientos matemáticos y físicos básicos de esta fascinante rama de la ciencia a la historia y actividades de las principales agencias espaciales, pasando por las propuestas más atrevidas para viajar a otros sistemas solares, este libro ocupará sin duda un lugar de honor en su biblioteca.

NOTAS

{1} El sago o *sago* era una especie de manto cuadrado de lana que cubría hasta las rodillas y se ponía encima de la ropa ajustándose por medio de un broche.Tenía una apertura para la cabeza y en ocasiones una capucha. [N. de A.]

{2} Bonn (*Bonna*) en Alemania occidental. [N. de A.]

{3} El río Rín (*Rhenus*). [N. de A.]

{4} Carnunto fue una importante fortaleza romana en el *limes* panonio del Danubio, en la actual Petronell (Deutsch-Altenburg, Austria). [N. de A.]

{5} Brigetio se corresponde con la moderna localidad de Szőny, en el norte de Hungría. [N. de A.]

{6} Actual Maguncia, en Alemania, en la orilla sur del Rin. [N. de A.]

{7} En esta época, el *Magister Officiorum* era la denominación que tenía un alto funcionario que cumplía funciones equivalentes a un superintendente general de los servicios del Palacio imperial: controlaba los servicios de información, de la guardia imperial (y la fabricación de las armas para dichas unidades) y del servicio postal romano. Se encargaba igualmente de organizar las recepciones y audiencias del emperador, del conjunto del personal de palacio adscrito directamente a atender a éste y gestionaba todas las cuestiones internas. [N. de A.]

{8} Dioses griegos de los vientos. [N. de A.]

{9} "*Si no se espera lo inesperado, no se lo hallará, dado lo inhallable y difícil de acceder que es*". La frase es parte de una cita del teólogo Clemente de Alejandría (h. 150-215 d.C.). Corresponde al Libro II, capítulo 4, sección 17, de sus ***Stromata*** ("Misceláneas"):

ἀληθὲς δ᾽ οὖν ὃν παντὸς μᾶλλον ἀποδείκνυται τὸ ὑπὸ τοῦ προφήτου εἰρημένον· «ἐὰν μὴ πιστεύσητε, οὐδὲ μὴ συνῆτε.« τοῦτο καὶ Ἡράκλειτος ὁ Ἐφέσιος τὸ λόγιον παραφράσας εἴρηκεν· «ἐὰν μὴ ἔλπηται ἀνέλπιστον, οὐκ ἐξευρήσει, ἀνεξερεύνητον ἐὸν καὶ ἄπορον»

Traducción: «*Más cierto que cualquier otra cosa es lo dicho por el profeta(Isaías): "si no tenéis fe, tampoco comprenderéis". Y esta sentencia es parafraseada por Heráclito de Éfeso, cuando dice: "Si no se espera lo inesperado, no se lo hallará, dado lo inhallable y difícil de acceder que es"*» [N. de A.]

{10} La *valetudinaria* era un hospital militar dirigido por un *medicus ordinarius*. [N. de A.]

{11} 25 de diciembre. [N. de A.]

{12} El *patagium* era una especie de cinturón que se ponía sobre la *stola* o túnica superior. El *patagium* era considerado muy elegante y el usarlo le daba prestigio social a la mujer que inmediatamente la distinguía como una persona adinerada o de buen pasar. [N. de A.]

{13} Portaestandarte (el *draco* o dragón era un distintivo de origen sármata).

{14} Marco Claudio Tácito, emperador de septiembre de 275 a junio de 276 d.C. [N. de A.]

{15} A finales del año 310 d.C., con la crisis del sistema de la Tetrarquía impuesto por Diocleciano, las luchas por el poder devinieron en un caos en el que existían siete Augustos, oficiales o autoproclamados: Constantino, Majencio, Maximiano, Galerio, Maximino, Licinio y Domicio Alejandro, vicario de África. [N. de A.]

{16} Actual Jülich, una ciudad alemana de tamaño medio en el estado federado de Renania del Norte-Westfalia. [N. de A.]

{17} La *paenula* fue un tipo de capa utilizado en el mundo romano a partir del siglo IV a. C. Se trataba de una pieza de tela de lana oval con una capucha, similar al actual poncho. [N. de A.]

Fue introducida en Roma por influencia etrusca y se convirtió en la capa típica de las clases populares y de los esclavos. Como era práctica y resistente, se convirtió en parte del equipo estándar de los soldados del Ejército Romano y, a partir de ahí, hacia el cambio de era, se convirtió también en una pieza común para hombres y mujeres en todo el Imperio. [N. de A.]

{18} Las dimensiones interiores del *Aula Palatina* o *basílica de Constantino* de Trier (Tréveris) son 67 metros de largo, 27,5 metros de ancho y 30 metros de altura. [N. de A.]

{19} Los *causadici* eran los abogados que tenían la clientela más pobre. [N. de A.]

{20} Más conocido como Filipo el Árabe (244-249 d.C.). [N. de A.]

{21} Se refiere al emperador Publio Licinio Valeriano (253-260 d.C.) y a su hijo, el también emperador Licinio Egnatio Galieno (253-268 d.C.). Este último tuvo que hacer frente en 268 a una nueva invasión goda en Panonia, a la secesión del general Póstumo en la Galia (lo que se ha dado en llamar el "Imperio Galo") y a la rebelión del general Aureolo en Iliria. Este último tomó poco después Milán y durante el sitio a esta ciudad encontraría la muerte el emperador Galieno. [N. de A.]

{22} El emperador Lucio Domicio Aureliano (270-275 d.C.) reunificó el imperio romano tras derrotar en 273 d.C. al reino nabateo de Palmira, en Siria, y a Tétrico, último gobernante del "Imperio Galo". [N. de A.]

{23} Marco Aurelio Carino (282-285 d.C.), sucesor de Marco Aurelio Probo (276-282 d.C.). [N. de A.]

{24} Flavio Dalmacio, sobrino de Constantino I. Murió asesinado por sus tropas en un motín en 337 d.C. [N. de A.]

{25} El *harpastum* o "juego de la pelota pequeña" es considerado el antecedente del rugby y empezó siendo un juego de entrenamiento militar. [N. de A.]

{26} La *tyropatina* es el antecedente directo del moderno flan. Su receta nos ha llegado gracias al gastrónomo romano del siglo I d.C. Apicio. [N. de A.]

{27} En la fórmula tradicional del casamiento romano, el hombre le decía a la mujer: "*Ubi tu Caia, ego Caius*"; luego ella respondía: "*Ubi tu Caius, ego Caia*". Es decir: "*Donde tú estés, yo Cayo, estaré*" y ella contestaba: "*Donde tú estés, yo Caya, estaré*". [N. de A.]

{28} Los *auxilia palatina* eran unidades de infantería del período del Bajo Imperio. Fueron creadas por Constantino I como parte del nuevo ejército de campaña que organizó en torno al año 325 d.C. El regimiento de los *Cornuti* formaba parte del ejército de campaña de la Galia y está atestiguada su presencia en el *limes* septentrional desde al menos mediados del siglo IV d.C. Según nos informa el cronista Amiano Marcelino, en el año 357, y bajo la dirección de su tribuno, el franco Bainobaudes, los *Cornuti* efectuaron operaciones de castigo contra los asentamientos alamanes en la frontera del Rín. [N. de A.]

{29} "*¡Degüéllalo!*" El grito del público en los espectáculos de gladiadores cuando uno de los combatientes no había mostrado el valor debido.

{30} Túnica interior, equivalente a nuestras blusas o camisas. [N. de A.]

{31} El quitosano, también llamado *chitosán* (del griego χιτών "coraza"), es una sustancia que se extrae de ciertos animales marinos y tiene gran cantidad de aplicaciones comerciales y biomédicas. Entre las más destacadas, está la de servir de base al Celox, un producto que es capaz de detener una hemorragia, incluso de origen arterial y por ello está presente en los botiquines individuales de campaña de los ejércitos. [N. de A.]

{32} La copa que se describe en esta parte del relato se corresponde con la llamada *Copa de Licurgo,* que puede contemplarse en el Museo Británico de Londres. Los vidrieros romanos fabricaban vidrios con nanopartículas metálicas ya en el siglo IV antes de Cristo. [N. de A.]

ÍNDICE

Título página
PRIMUS
SECUNDAS
TERTIUS
QUARTUS
QUINTUS
SEXTUS
SEPTIMUS
OCTAVUS
NONUS
DECIMUS
UNDECIMUS
DUODECIMUS
TERTIUS DECIMUS
QUARTUS DECIMUS
EPÍLOGO
GLORIA ROMANORUM
GUÍA DE LECTURA
MAPAS
DEL MISMO AUTOR, EN AMAZON.ES:
NOTAS